

A
000017879
8



UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY

Ex Libris
C. K. OGDEN





HISTORIA
DE LA
REPÚBLICA ARGENTINA

VICENTE F. LÓPEZ

HISTORIA

DE LA

REPÚBLICA ARGENTINA

SU ORIGEN

SU REVOLUCIÓN Y SU DESARROLLO POLÍTICO

HASTA 1852

NUEVA EDICIÓN

TOMO VII

BUENOS AIRES

LIBRERÍA LA FACULTAD, DE JUAN ROLDÁN

418 - FLORIDA - 418

1911

INDICE

Capítulos	Págs.
I.—Fatal influjo de los intereses y de los partidos de Chile sobre la política y el gobierno de las Provincias argentinas	9
II.—Campana del coronel Las Heras en el Sur de Chile	53
III.—Esfuerzos y extenuación de nuestro organismo político	75
IV.—Sitio y asalto de Talcahuano	120
V.—Desbande de Cancha-rayada y victoria de Maipú	144
VI.—Suplicio de los hermanos Carrera, y asesinato de don Manuel Rodríguez	197
VII.—Pezuela y Laserna en las provincias del Norte.	240
VIII.—Erogaciones del gobierno argentino para los armamentos navales. — Apresamiento de la «María Isabel» y dominación del Pacífico ...	264
IX.—Disidencias personales. — Complot llamado «De los franceses». — Conjuración de los prisioneros españoles en San Luis	316
X.—El Río de la Plata en la diplomacia europea.	353
XI.—Los anarquistas del litoral uruguayo en la margen derecha del Paraná	402
XII.—Los generales Belgrano y San Martín en la catástrofe de nuestro organismo político ...	428
XIII.—Ojeada retrospectiva sobre la obra administrativa de este período	494

**Dedicación y sacrificio de los intereses
argentinos á la libertad de las otras
regiones sud-americanas: de Chacabu-
co á Pichincha.**

**Dedicación y sacrificio de los intereses
argentinos á la libertad de las otras
regiones sud-americanas: de Chacabuco á Piehineha.**

CAPITULO PRIMERO

**FATAL INFLUJO DE LOS INTERESES Y DE LOS PARTIDOS
DE CHILE SOBRE LA POLÍTICA Y EL GOBIERNO
DE LAS PROVINCIAS ARGENTINAS**

SUMARIO: Fatal y desgraciado influjo de los intereses de Chile sobre la política argentina.—Llegada de Carrera.—Los buques norteamericanos y sus pasajeros.—Conferencias y sus pasos ante el Supremo Director.—Doña Javiera Carrera.—Afinidades y propósitos sediciosos.—Disidencia con el capitán de la *Clifton*.—La victoria de Chacabuco.—Empeño de Carrera por adherirse al servicio de Chile.—Inconvenientes é incompatibilidades.—Protestas y promesas de Carrera.—Situación de los buques.—Proyectos sediciosos de los tres hermanos.—Delación de Lavaysse.—Prisión de Carrera.—Visita de San Martín.—Evasión de Carrera.—Su residencia en Montevideo.—La situación general de los negocios.—Nuevas cargas y responsabilidades.—Necesidad del ejército de los Andes para el Organismo Nacional.—Inquietudes de Pueyrredón.—Sus ideas sobre la invasión portuguesa.—Reservas ambiguas de San Martín.—Principio de la divergencia.—Incompatibilidad de miras de intereses y de responsabilidades.—Situación interna de O'Higgins.—Poderoso prestigio de San Martín.—Exceso de sacrificios

y cargas sobre el gobierno de Buenos Aires.—El nuevo ministro doctor Tagle y su política interior.—Transigencias íntimas y promesas privadas.—Embarazos y compromisos con Portugal. — Entreríos. — Corrientes y las costas del Uruguay.—La causa de Sud América según el *Times* de Londres.

Desvanecidas las sombrías alarmas del año anterior, y consolidado en la capital el régimen unitario por la templada energía del Supremo Director y por las victorias de San Martín y de Güemes, surgió una doble categoría de hechos, que echó en camino de su crisis final el movimiento político creado por la Revolución de Mayo. Impúsose por un lado la necesidad abrumadora de que nuestro ejército no sólo se remontase otra vez parcialmente en nuestro país, sino que permaneciese á nuestra costa al otro lado de las cordilleras para defensa exclusiva de Chile. Cayó con esto sobre nosotros la fatalidad de que quedásemos así sometidos al influjo absorbente de los intereses del Pacífico, y que de sacrificio en sacrificio nos viésemos arrastrados á una bancarrota total y á la más completa disolución de fuerzas y de medios con que sostener nuestro gobierno y nuestro orden interior.

Cuando el país contaba con ver regresar á su seno las tropas vencedoras que debían garantizarle su solidez y su respetabilidad, se encontró con que era indispensable que ellas emprendieran una nueva y laboriosa campaña al sur de Chile, y que quedaran todavía á la mira de una fuerte expedición con que el virrey del Perú se preparaba á tomar desquite del desastre que había sufrido en

CHACABUCO. Pero peor que esto fué todavía la cruel necesidad en que nos vimos, de cargar con las responsabilidades, con los odios y con los intereses personales de los partidos chilenos; y que para contener su anarquía, mientras el país estuviese amagado por el desembarco de tropas españolas, fuese forzoso emplear nuestras tropas en sostener el gobierno de O'Higgins contra las tentativas subversivas del partido de los Carrera, tanto más audaz y apasionado ahora, cuanto que veía á sus contrarios sostenidos por la irritante complicidad de las armas de un gobierno extranjero. He aquí el doble y fatal conflicto que complicó el proceso de nuestra historia después del Paso de los Andes y de la victoria de Chacabuco.

Las tropas realistas que no habían podido llegar á tiempo para tomar parte en esta gloriosa batalla, ni concertarse para hacer la defensa del terreno que ocupaban, se pusieron en retirada buscando asilo en las fortalezas de Talcahuano. Allí se concentraron en número de dos mil hombres bajo las órdenes de un oficial superior—el coronel Ordóñez—dotado de eminentes cualidades. El general San Martín comprendió bien que si los españoles conseguían aguantarse en esa plaza, no tardaría el virrey del Perú en mandar tres ó cuatro mil hombres, con que abrir nuevas operaciones; y desde luego mandó remontar algunos cuerpos en Cuyo, al mismo tiempo que al mando del coronel Las Heras hizo salir una brillante división que limpiase el sur de partidas enemigas y pusiese un sitio en forma á la plaza de Talcahuano.

Cuando la guerra tomaba esta nueva faz, que

había de comprometer la permanencia indefinida de nuestro ejército en Chile, era también cuando don José Miguel Carrera llegaba á Buenos Aires, y levantaba en alto sus derechos de ciudadano libre, y de hombre político, para entrar y actuar como tal en su país; mas, el gobierno argentino, convertido por la fuerza de las cosas en guardián de la tranquilidad de Chile, tenía que prohibírselo, y que abrir con él y con su partido una desgraciada lucha, echándolo como aliado en el campo de las esperanzas y de las pasiones con que los adversarios del gobierno directorial trabajaban por trastornar el orden imperante en Buenos Aires.

Envuelta así con nuestros partidos políticos, esta lucha produjo tan tristes y extensas consecuencias que conviene estudiarla en su origen, dejando para más tarde los episodios del sitio de Talcahuano y de la subsiguiente campaña.

Después de muchas contrariedades y de agotar sus haberes en diligencias, consiguió don José Miguel Carrera en los Estados Unidos entrar en relación con la casa de los señores Darcy y Didier de Filadelfia. Estos hábiles y emprendedores negociantes habían hecho ya varios negocios de armas con la plaza de Buenos Aires, y estaban dispuestos á continuarlos. Puestos de acuerdo en el negocio que Carrera les proponía, convinieron en equiparle y armarle dos buques, la corbeta *Cliffton* y el bergantín *Savage*, comprometiéndose Carrera á pagar el doble de todos los valores así que estableciese su autoridad en el primer punto de Chile en que desembarcase. Pero, como era natural, Darcy y Didier y C.^a no entregaban tan grandes valores

á la personal discreción y mando de Carrera, sino que los habían confiado en todo al cuidado y resoluciones del comandante de la *Cliffon*, conocido agente de la casa y poseedor de toda su confianza.

Al fin había encontrado Carrera los medios de transportarse á los mares de Chile. Tomó y embarcó á su servicio algunos oficiales franceses, que por la caída de Bonaparte andaban desgraciados y desvalidos, y con ellos muchos otros aventureros norteamericanos (1). El 3 de diciembre salió la corbeta de Baltimore, debiendo seguirla algunos días más tarde el bergantín. El viaje fué muy feliz, y el 9 de febrero llegó á Buenos Aires. Informado Carrera por la voz pública de que San Martín y O'Higgins habían emprendido su marcha sobre Chile el 18 de enero, se lisonjeó de que los buques que traía, su armamento y oficialidad podían ser un precioso auxilio para el éxito de la expedición argentina; y así que bajó á tierra se fué á hablar

(1) Nombraremos los que se hicieron más conocidos en los sucesos argentinos de la guerra ó de la política: *Alberto Bacler d'Alve*, comandante de escuadra de ingenieros (francés); *Carlos Ambrosio Lozier*, administrador militar y sabio naturalista (francés); *Juan Ougham*, doctor en medicina (irlandés); *José Rondizzoni*, capitán de infantería; *Miguel Brayer*, general de división, conde y par de Francia; *Juan Dauxion Lavaysse*, coronel de caballería (francés); *J. de Widt*, capitán de caballería (francés); y con éstos, veinte ó veintidós oficiales y sargentos franceses, norteamericanos ó ingleses, que no se hicieron conocer con hecho alguno, á excepción del norteamericano *Diego Yates*, fiel compañero de Carrera, que ha escrito todas sus correrías con el desembarazo de un hombre sin responsabilidad.

del asunto con el Supremo Director: y lo hizo con el entusiasmo de su deseo por operar sobre las costas del sur de Chile poniéndose de acuerdo con el ejército de tierra, que á la fecha, según se calculaba, debía estar operando ya al otro lado de los Andes. El señor Pueyrredón lo recibió con la exquisita cortesía que le era habitual. Se lamentó de que no hubiera llegado antes con tan poderosos auxilios; pero le hizo presente que en aquel momento eran inútiles, porque hallándose ya San Martín al otro lado, el lance estaba comprometido, y cualquiera que hubiese sido el resultado de la campaña, no había auxilio ni hecho que pudiera alterarlo. Si había vencido era necesario dejarle consolidar la victoria y restablecer el orden interior del país; y si había sufrido un descalabro, todo auxilio por mar era extemporáneo. Por consiguiente, era forzoso esperar hasta saber los sucesos; y antes de saberlos, el gobierno no permitiría empresa ninguna que pudiera complicarlos.

Comprendió muy bien Carrera que en el fondo de estas declaraciones se le notificaba una categórica resolución de no dejarlo obrar libremente; y tanto mejor lo comprendió cuanto que afectando mucha amabilidad y confianza, el señor Pueyrredón le manifestó que estaba acordado y resuelto que en caso de haber triunfado, ocuparía el gobierno de Chile el general O'Higgins con el título y los poderes de Supremo Director de aquel Estado. Con el mismo candor le hizo notar que en semejantes circunstancias la primera necesidad de las autoridades patriotas que se creasen en Chile sería refrenar con mano firme y fuerte toda intentona subver-

siva; y que en vista de lo que antes había pasado, creía que su presencia en Chile había de poner en recelos el ánimo de sus adversarios, y dar origen á persecuciones y violencias. «Mire usted, le agregé el Director, yo creo que puedo arreglar sus intereses de usted y los de nuestros respectivos Estados, de un modo sumamente satisfactorio. El gobierno argentino tomará á su cargo los dos buques y todos los valores que contengan; cancelará las cuentas de los tripulantes; y usted será nombrado con plenos poderes y con el correspondiente sueldo, agente diplomático, en los Estados Unidos, de Chile y de las provincias argentinas». Oirlo y enojarse, fué todo uno en el ánimo y en el rostro de don José Miguel. «Me negué dicididamente á aceptar su propuesta (dice él mismo) y le contesté que siendo yo ciudadano chileno no podía aceptar empleos de un gobierno extranjero, por honrosos que fueran; que además de eso sería indecoroso para mí ejercer cargos de boato y de comodidad, cuando mi patria en peligro invocaba el socorro pronto é inmediato de sus valientes hijos».

Carrera no había buscado espontáneamente esta entrevista con Pueyrredón, sino que lo había hecho forzado por las vacilaciones y dificultades que el comandante de la *Cliffton* había comenzado á oponerle desde que se impuso en Buenos Aires del nuevo aspecto que ofrecía la situación de Chile. De espíritu vivaz y diestro en los negocios como genuino yanqui que era, había comprendido que era mucho mejor y más seguro para sus comitentes redondear todo el negocio con el gobierno de Buenos Aires; que si los argentinos habían triunfado

y organizado gobierno en Chile, Carrera no podía cumplir el contrato; y que si habían triunfado los españoles no era posible ya que tuviese éxito una aventura tan azarosa como la que éste premeditaba. Carrera había ido, pues, á requerir la aquiescencia de Pueyrredón para tranquilizar al agente de los señores Darcy Didier y C.^a; y como no lo había conseguido, se abstuvo de volver á bordo de la *Cliffton*; pero despedido hasta lo más hondo del corazón, se alojó en casa de su hermana doña Javiera decidido á buscar su venganza entrando de lleno en las conspiraciones que se fraguaban contra Pueyrredón.

Don José Miguel, jefe natural de su familia y jefe histórico del partido excluido y perseguido por O'Higgins, había dejado en Buenos Aires quien lo representase cumplidamente, y mejor quizá que lo que él mismo lo habría hecho estando presente. Su hermana doña Javiera, mujer de una alma heroica, de un carácter inflexible y de pasiones implacables, sabía querer y odiar, cubriendo su natural vehemencia con las formas exquisitas y halagüeñas de una reina florentina medioeval. Su belleza era proverbial: nada le faltaba. Estatura de una rara esbeltez, fundida, digámoslo así, en el molde de una Ariadna, perfil griego; ojos hermosos, con un cierto velo de disimulo, pero elocuentes por la tranquilidad poderosa de su mirada. Entregada con alma y vida á los intereses políticos de su hermano, bullían en su seno las mismas pasiones, los mismos enojos; y poco diría yo con eso, si no agregase que sabía trabajar con destreza sin igual en el manejo de los hilos de una conjuración complicada y extensa.

Tenía á su lado sus dos hermanos, don Luis y don Juan José, bravos y resueltos ambos, pero mejor dotado el primero con las condiciones sobresalientes de un joven hidalgo y aventajado.

Por sus talentos, por su arrojo y soberbia, era doña Javiera todo un hombre político; y á no haber sido por su extremada belleza, y por sus hábitos tan galanos como afinados, poco habría quedado en ella de lo que es común en el carácter de la mujer. Inflamada con la mala suerte de su familia, y lastimada en lo más altivo de su alma al ver desalojados á los suyos del regio y predominante influjo que les correspondía, según la creencia connaturalizada en la familia, había reunido en derredor suyo toda la emigración chilena, y forjado estrechos vínculos con los argentinos descontentos que buscaban ocasión de asaltar el poder.

Doña Javiera habitaba en Buenos Aires la mejor parte de un vasto edificio, casa perteneciente entonces á la viuda doña Juana Ordóñez de Zamundio. Esa casa, que hoy pertenece á uno de los vecinos más pacíficos y más honorables de la ciudad (2), convertida entonces en un laberinto sombrío de intrigas tiernas y políticas, en un foco de convulsiones, es donde se han enredado en el silencio de sus muros los desgraciados complots de los hermanos Juan José y Luis Carrera, y de los franceses Robert y Lagresse cuya sangre corrió dolorosamente, si no con injusticia, con una justicia

(2) Calle de Belgrano, número 213, entre *Bolívar* y *Perú*, perteneciente á don Alejo Arocena; se halla en el mismo estado en que entonces se hallaba.

desapiadada al menos, al mismo tiempo que nuestra historia grababa en las barreras del tiempo sus páginas más gloriosas.

Los hijos de doña Juana Ordoñez, don Máximo y don Floro Zamudio, habían sido celosos y ardientes partidarios de Alvear; y como habían conservado sus altas conexiones de familia y de partido con miembros distinguidos y activos de la sociedad porteña, dona Javiera había tenido ocasión de tratar allí á muchos descontentos y rezagados del movimiento revolucionario, que estaban inclinados á entrar en aquellas tentativas que pudiesen cambiar el estado de las cosas que servía de apoyo al gobierno de Pueyrredón.

Algunos jóvenes argentinos mal predispuestos con el orden actual, y animados de un provincialismo que entonces se tenía por patriotismo, seguían detestando al gobierno centralizado, y mirando como funesto el influjo aristocrático y monárquico que atribuían al Congreso, entregado según ellos á los intereses de los *arribeños* y de la corte del Brasil. Pertenecían por consiguiente á la facción de French, de Agrelo y de Moreno (don Manuel), sobre quienes el Supremo Director tenía ya el ojo vigilante, y levantada la mano para descargarle el golpe de su poder. Figuraban entre ellos tres hermanos, oficiales de cívicos, que por vínculos de familia estaban ligados á un caballero emigrado de Chile, que, aunque sin grandé notoriedad política, era muy considerado entre sus compatriotas por su fortuna y por su carácter respetable (3). Atraídos éstos y otros

(3) El señor Ureta (chileno), estaba casado con la señora Del Campo, de la que eran hermanos los jóvenes don Epitacio, don Dámaso y don Estanislao.

jóvenes por opiniones propias, encontraban en el trato seductor de doña Javiera, y en los intereses que se promovían en su círculo, un teatro atrayente donde eran agasajados y casi mimados por el interés de lo que se esperaba de ellos, y fueron los que principalmente sirvieron para ligar el conciliábulo chileno con la conjuración de French y Agrelo.

El 10 de febrero, conociendo ya que nada tenía que esperar de Pueyrredón, don José Miguel Carrera, montado en ira, é informado de la conjuración que se había tramado, entrevistóse con French y con Agrelo. Cegado por la pasión aseguraba que todo el éxito dependía de que se diese el golpe con prontitud y rapidez; les ofreció apoyarlos con todos sus recursos, que al decir suyo no eran pocos, pues creía contar con parte de las tripulaciones que había traído en la *Cliffton* y con muchos, si no todos, de los oficiales extranjeros que venían á su servicio (4).

Que fuera por haberlo sabido, ó por haber llegado el tiempo oportuno de la represión, fueron esos mismos instantes los que el Supremo Director aprovechó para prender y deportar como hemos visto á los jefes de la conjuración, haciendo caso omiso por el momento de todo lo demás que era subalterno. Y si inmediatamente no cayó sobre Carrera fué, en primer lugar, porque tenía tratos pendientes con el capitán de la *Cliffton*, que á su vez necesitaba desligarse de Carrera comercial y civilmente; y en segundo lugar, porque una vez dispersados los principales cabecillas de la conjuración,

(4) Véase el vol. VI, pág. 355.

don José Miguel no tenía valor propio en Buenos Aires. «Yo no he descargado el golpe, decía el Supremo Director, sino sobre las cabezas... muchos alucinados estaban dispuestos á seguirlos: ellos saben que los conozco y que sé sus pasos, pero no he querido llevar adelante los procesos para evitar más castigos y desgracias».

Descorazonado por este lado, don José Miguel se echó todo entero en un empeño desesperado de ir á Chile por mar, y de operar sobre las costas del Sud. No teniendo como hacer valer su natural soberbia, y la impetuosidad de su carácter, se doblegó todo entero á las circunstancias y se hizo solicitante. Por un lado se empeñaba privadamente en rogarle á mister David, capitán de la *Cliffton*, que no le opusiese resistencias, y que conviniese en levantar anclas ocultamente con dirección al Pacífico. Por otro lado repetía humildes diligencias para que el gobierno autorizase la expedición como una dependencia del ejército argentino, ofreciendo su sometimiento al gobierno de Chile aunque estuviese presidido por O'Higgins, con quien desde luego quería conciliarse.

Llégale en esto el día 26 de febrero, y á las tres de la tarde rompen sus fuegos de salva los baluartes del *Fuerte*, échanse á vuelo las campanas, se alborotan las gentes; corren todos por las calles, y ebrios de júbilo se gritan los unos á los otros: Hemos triunfado en Chile, todo aquello es ya nuestro. El sentimiento de la libertad definitiva de la América del Sur iluminaba ya como un hecho la fantasía de todos los ciudadanos: habían pasado los peligros; estaba alcanzado el éxito de aquella tre-

menda aventura corrida al borde de los abismos, y todas las recriminaciones levantadas contra los hombres del gobierno caían de suyo entre los encantos y los transportes del triunfo. ¡Qué moralista sería capaz de apreciar en todo su horror, delante de este espectáculo, las emanaciones mórbidas del espíritu de Carrera frente á frente con su hermana y con los suyos, en el silencio del hogar, si toma en cuenta los recuerdos amargos de su vida, y su despecho al ver á O'Higgins y á San Martín (la cruel pesadilla de sus insomnios) convertidos en semidioses de la causa americana y en dueños absolutos de su Chile! ¡Qué momento para un Shakespeare!

Pero ¿qué hacer? Pasado el primer choque del tétrico estupor era menester no aplastarse y volver á hacer por su persona levantando su derecho á participar del triunfo y de la libertad de su país.

El capitán David le había declarado definitivamente que no contase con la *Clifton*. Había puesto en tierra todos los pasajeros; y una gran parte de ellos, desprovistos de medios de subsistencia, habían solicitado colocación en el ejército de los Andes, ó en el de Tucumán titulado Auxiliar del Perú. No le quedaba, pues, más recurso que congraciarse con Pueyrredón, que halagarlo, que pedirle, en una palabra, su graciosa protección, y le dirigió esta carta diciéndole:

«Han cambiado, señor Director, las circunstancias después de la gloriosa victoria de Chacabuco; pero la necesidad de dominar las aguas del Pacífico es ahora mayor y más interesante que nunca, porque por ahí es que debemos asegurar la ruina final de nuestros opresores. Dígnese Vuestra Excelen-

cia reflexionar sobre tan interesante asunto, no olvidando que puede duplicarse la fuerza de la flotilla sin desembolso de este erario, y *que debe contarse seguramente con la protección que he insinuado*». Aludía en esta última frase á la esperanza de que los Estados Unidos protegerían la independencia de la América del Sur. Mas, como los buques no tenían los bastantes medios para la empresa, solicitaba también auxilios y tropa que lo pusiesen en actitud de emprenderla. Carrera tenía razón; pero por desgracia su persona era incompatible con los intereses públicos y privados que dominaban la nueva situación.

Pueyrredón lo llamó á su despacho y le dijo de palabra que aceptase el puesto diplomático que ya le había ofrecido, porque no era posible permitirle que tomase parte alguna inmediata en los negocios internos. Carrera se negó con la misma firmeza que antes. En vano trató el Director de reducirlo diciéndole categóricamente que estaba en la firme resolución de no dejarlo salir de Buenos Aires, ni á él, ni á sus hermanos, amigos ó parciales; porque ante toda otra consideración, la quietud y la sujeción absoluta de Chile al poder de O'Higgins era una condición forzosa de cuanto quedaba por hacerse por la independencia de Chile mismo, del Perú y de la América del Sur. Carrera esquivó la prosecución de este altercado; y preconizando su honorabilidad personal en asuntos y compromisos de dinero, solicitó fondos para pagar y sostener las tripulaciones de los buques que había sacado de Baltimore con objetos y fines de servicio público. Pueyrredón le contestó que estaba dispuesto á arreglar el asunto

directamente con los interesados á nombre y por cuenta del gobierno, pero de ningún modo en otra forma, cualquiera que fuese.

Convencido de que por este lado no le quedaban esperanzas, se resignó á tentar el chilenismo de O'Higgins. Supuso que éste estuviera mal avenido en el fondo con la prepotencia de San Martín y con la incómoda presión de los argentinos, y que no estuviera muy distante por lo mismo de hacer con él acto de generosidad y de clemencia, aceptando sus amistosas protestas, para realizarse en la opinión propia del país con una reconciliación que hiciera de Chile la patria de los chilenos, libre de influjos extraños y aborrecibles. Otro hombre podía y debía haber esperado con justicia un éxito cumplido en este camino; pero con él no era eso posible por un lado; y por otro, O'Higgins no era ya aquel O'Higgins de la primera época, que con paciencia y moderación había soportado el influjo soberbio y poderoso de la familia, que no había tenido tiempo de sacudir. Ahora tenía el poder supremo y la resolución de sostenerse á todo trance, hasta con castigos de sangre, sordo á la clemencia y aún á las influencias del general San Martín en sentido contrario, como hemos de verlo.

Carrera juzgaba las cosas desde el punto de vista de sus intereses y de su fantasía. No se imaginaba ni se había dado el trabajo de descifrar lo que había en las tinieblas con que O'Higgins guardaba lo más recóndito de su espíritu: pues no en balde había hecho en su juventud el aprendizaje del sufrimiento y de la reserva. Sin sospechar este cam-

bio radical, le escribió tres notas halagüeñas haciendo valer con moderación los servicios que acababa de hacer á Chile en su viaje á los Estados Unidos. Le comunicó que había encontrado allí una acogida tan favorable de parte del gobierno y de muchos otros personajes influyentes, que tenía por cierto que no tardaría aquella poderosa República en hacer grandes y eficaces manifestaciones en favor de Chile. Allí era también, agregaba, donde debía constituirse un centro de acción que fundase las relaciones continuas y la alianza entre el movimiento de las otras provincias hispano-americanas con las autoridades patriotas de Chile. Era tal, agregaba, la disposición del país y del gobierno, que él no había encontrado dificultad ninguna en armar buques y reclutar partidarios, y que estaba seguro que arreglado el gobierno chileno, se podría organizar allí una poderosa escuadrilla que haría desaparecer del Pacífico las fuerzas marítimas de España.

Lo que no comprendía, agregaba, era que habiendo llegado á Buenos Aires con tan valiosos resultados, se le tratase como enemigo, y se le prohibiese llevar los buques con su armamento al servicio del gobierno de Chile. Cosa peor no habrían hecho los españoles con él; y le parecía en efecto tropelía inexplicable y atentatoria. Reclamaba, pues, con este motivo la inmediata protección de su gobierno y de su país, protestando que con tal de que los buques se empleasen en servicio de Chile estaba dispuesto á entregar su mando á otro jefe chileno. «Los sucesos posteriores hacen creer que cuando Carrera hacía estas protestas no tenía otra mira que

la de recuperar las simpatías perdidas por sus anteriores hechos, y volver á su país» (5).

Entretanto, la situación de las tripulaciones de los dos buques era ya insostenible. Los gastos, los víveres, las otras erogaciones indispensables y las esperanzas con que se había emprendido la aventura, no reposaban ahora sobre ninguna base razonable. Advertido de esto el capitán de la *Cliffon* mister Sam. David, andaba negociando una solución con el Supremo Director; pero el del bergantín *Savage* insistía en continuar el viaje contando con mejores utilidades. Esto motivó conferencias bastante violentas, que llegaron hasta convertirse en un altercado en que los dos capitanes se insultaron y se amenazaron con armas. El del bergantín lo desoyó todo, y declaró que haría el viaje con su buque, quisiese ó no el gobierno de Buenos Aires; y don José Miguel preparó sigilosamente su partido llevándose á muchos de los oficiales extranjeros que habían venido con él, y casi todos sus partidarios. Sus hermanos don Luis y don Juan José acordaron salir disfrazados por tierra, ocultarse en Chile, y recibir la expedición con un pronunciamiento nacional de sus partidarios.

El contratiempo les vino de donde menos lo esperaban. El coronel del ejército francés Dauxion Lavaysse, gozaba, no sólo por su alta graduación, sino por la distinguida cultura de sus modales y por su vasta instrucción, de una reputación tan aventajada entre sus compañeros de emigración, que Ca-

(5) Barros Arana, vol. IV, pág. 115, notas de Carrera del 15 de marzo de 1817.

rrera tuvo justísimas razones para mirar en mucho su adquisición; y tanto caso hizo de él que le entregó su más absoluta confianza, y lo alojó á su lado en su misma casa. Difícil es decir qué pasó por el alma de este hombre, que no había querido pactar con los Borbones asegurando su fortuna y su carrera en su país; y que trasladado á Buenos Aires, se resolvió á pedirle una audiencia secreta al Supremo Director, en la cual le delató no sólo cuanto Carrera y sus hermanos hacían y proyectaban en aquel momento, sino los pasos que había dado pocas semanas antes para tomar parte en la conjuración de French y de Pagola. Semejante delación hecha por un hombre de la importancia de Lavaysse, comensal de la familia Carrera, testigo y actor íntimo de todo lo que se hablaba, se pensaba y se decía en la casa, hizo comprender al Supremo Director la gravedad del incidente, y la necesidad de sofocarlo con una medida tan rápida como inesperada. Sin dar tiempo á más dió orden de prender á don José Miguel, á sus dos hermanos y á otros de sus parciales más señalados. Quiso la casualidad que don Luis no estuviese en su casa, lo que dió tiempo para salvarlo ocultándolo en la familia de don Dámaso del Campo. Don José Miguel fué llevado por lo pronto al bergantín de guerra *Belén* el 19 de marzo, fondeado al interior de las balizas; y don Juan José, con los otros detenidos, á otro buque menor de la escuadrilla.

Como quince días hacía que don José Miguel sufría esta prisión cuando llegó de improviso á la capital el libertador de Chile, introduciéndose en su hogar, casi de incógnito, para sustraerse á las

ovaciones y festejos de parada que le habrían hecho, y que él miraba con un tedio invencible. Hombre práctico y modesto, grande guerrero y hábil político, estaba siempre preocupado en los áridos negocios que pesaban sobre su espíritu, y en los medios de libertar á la América del Sur. Que fuera por esto, ó que fuera por la natural sensatez de su carácter, huía, siempre que podía, de las escenas de aparato y de fastuoso charlatanismo. Tenía el sentimiento sincero de la gloria y del deber, y no apreciaba las manifestaciones más ó menos teatrales de la lisonja que tanto envanecen á los necios y á los pícaros.

Su viaje tenía por objeto graves y difíciles asuntos de que vamos á ocuparnos. Pero antes conviene seguir la suerte de don José Miguel Carrera en este momento, para explicarnos las causas que vinieron á ser después de una importancia capital en nuestra historia. En medio de los asuntos que venía á tratar, quería el general San Martín ver y hablar á don José Miguel. Traído éste á tierra fué colocado en el cuartel de Granaderos, que era entonces el que ocupa hoy el centro del costado oriental en la *Plaza de Marte* (6).

Estrictamente incomunicado hasta entonces, Carrera no tenía antecedente alguno que le hiciera

(6) En el trasunto de esta interesante entrevista, voy á dar la substancia de las informaciones de mi padre, del doctor Tagle y del señor don Nicolás Rodríguez Peña, que son también las que se repitieron entre los miembros de la *Logia Lautaro*. Deben ser fieles porque conciben con el relato del señor Barros Arana (tomo IV, pág. 119), que procede de documentos chilenos.

suponer la presencia de San Martín en Buenos Aires. Al verlo entrar en su aposento se demudó, pero disimuló rápidamente su sorpresa.—No extrañe usted, general Carrera, mi presencia, le dijo San Martín con tono franco y sin la menor afectación; estoy sinceramente disgustado de lo que pasa con usted y desearía poder servir en algo á un amigo de la causa americana tan conocido y tan digno de toda mi consideración como es usted,—y al decirlo tomó asiento.

Carrera reflexionó un momento, y con irreprochable urbanidad contestó:—A pesar de eso, señor general, convendrá usted en que es natural que yo extrañe tan repentino interés; y de veras, si él fuese tan sincero como usted me lo manifiesta, desearía que se me permitiera trasladarme á mi patria; fuera de éste no puede usted hacerme ningún otro servicio, ni yo aceptaré jamás otro, cualquiera que sea.—Pero usted comprenderá que las circunstancias políticas en que se halla Chile, y la necesidad suprema en que estamos todavía de defenderlo contra los preparativos del virrey de Lima empeñado en arrojarnos de allí, hacen imposible que podamos acceder por ahora á sus deseos: más tarde.—En ese caso, usted no puede hacerme ningún servicio, señor general San Martín.—Debo, sin embargo, insistir; porque sin pretender que usted necesite de mí, seguiré siendo franco y no ocultaré que yo necesito de usted. De lo que usted me dice debo inferir que no aprecia usted bien la causa de su posición.—Debe ser la envidia y el temor que me tienen allá en Chile sus amigos de usted.—Pues no es nada de eso, general; y sin convertirme en juez de hechos

y de cargos que usted debe conocer mejor que yo, le diré que usted ha sido denunciado por el coronel don Juan Dauxion Lavaysse.

Oír esto Carrera y demudarse con una indignación tremenda, fué todo uno; y prorrumpió en palabras elocuentísimas contra los gobiernos que se valían de tanta corrupción y de tan infames medios, para sostener sus fines personales.

—Puede usted tener razón, le dijo el general San Martín con la más completa calma; el coronel Lavaysse solicitaba pasar á servir en el ejército de mi mando, y yo me he opuesto; nada tengo de común con él; pero me da vergüenza y dolor de ver que los hombres que servimos una misma causa nos estemos persiguiendo como enemigos... Ya usted lo ve, ni es envidia ni es temor: se sabe que usted conspira.—¿En defensa de mi libertad y de mis derechos de chileno!—Pero usted conspira contra el gobierno de Buenos Aires y contra el de Chile, que han reconquistado la independencia perdida... General, este es mal camino: mejor es que seamos amigos. Al fin somos americanos, y es una barbaridad que no nos entendamos aquí los dos mano á mano. Todo se puede remediar con ventajas mutuas.—Es difícil, dijo Carrera con sequedad. —Yo creo que no es difícil si usted me oye cordialmente como yo quiero hablarle. El hecho es que usted conspira.—Por ir á mi país donde tengo el derecho de vivir con libertad.—Pero, general, en su país de usted hay un gobierno.—Humillado y sostenido por extranjeros.—No, general: usted está en error... pero esto mismo probaría que usted amenaza dos gobiernos que tienen el derecho de defender-

se y de prevenir sus ataques. De volver á Chile, no tendría usted más camino que subordinarse á O'Higgins como Director Supremo de aquella República, y á mí como general en jefe de las fuerzas aliadas.—No nos necesitamos, señor general San Martín, usted ya tiene en su mano el instrumento de sus planes.—Luego usted mismo conviene que no iría sino á conspirar. General, no quiero hablarle del pasado, y créame: ahora no tiene usted medios para nada de lo que premedita: usted se perdería y perdería también á sus amigos: no se obstine usted contra mis consejos y mis súplicas; he venido con el deseo sincero de que seamos amigos.—Aceptaría sus protestas, general, sin comprometerme á ninguna condescendencia indigna de mí, si no recordara nuestros antecedentes, si no tuviera en vista su posición y los compromisos que allá y acá lo ligan á mis enemigos: ellos son los que me persiguen.—Mire, general Carrera, á usted no le conviene conspirar: consérvese para mejores tiempos; para cuando tengamos asegurada nuestra campaña, y sea posible que cada uno ocupe su lugar sin peligro de la causa americana.—Eso equivale á predicarme que me resigne con este indecente calabozo, con la desgracia de mi familia y de mis amigos, mientras el señor general San Martín, que no es chileno, sino general en jefe de un ejército extraño, se ocupa de hacer á su modo el triunfo de mi causa y la felicidad de mi país... usted ve, señor, á qué martirio estoy condenado, y puede calcular quién es el que está devorando aquí el sufrimiento y la paciencia.—Pero yo no vengo á decirle á usted que se resigne á ningún tormento; por el contrario,

deseo poner un término á esta fatal posición en que nos encontramos, y que usted consienta en hacernos servicios de mucha importancia para los dos gobiernos.—¿Marcharme como plenipotenciario á los Estados Unidos? dijo Carrera con ironía; Pueyrredón ya me lo había propuesto, por orden de ustedes probablemente.—Permítame, general, que le observe que el señor Director Supremo no recibe órdenes mías. La misión á los Estados Unidos, representando á Chile y á las Provincias Argentinas en estos momentos, es una de las posiciones más importantes que puede desempeñar un americano.—Usted no la tomaría, general.—Yo no estoy en el mismo caso; tengo deberes que me lo impiden. Por otra parte, jamás he aspirado á gobernar ni á otra cosa que á servir la causa de nuestra independencia bajo las órdenes de los gobiernos que la defienden. Con usted es cosa muy diversa.—Yo he contestado ya al señor Pueyrredón rehusando esa oferta: sería indigno é ignominioso que yo representase á mi país en los Estados Unidos, cuando se halla humillado por un déspota que no tiene más razón de ser ni más apoyo que los soldados de usted, muy dignos en verdad de elogio, pero que al fin son extranjeros en Chile. Es natural que se me quiera alejar; yo sé el terror que mi nombre inspira á los opresores de mi país, y que no cuentan con una hora de tranquilidad, ni aún teniéndome aherrojado en este calabozo.

San Martín no pudo disimular su cansancio, y se vió bien que iba á cambiar el tono de la conferencia.

—¿Es esta su última palabra, general Carre-

ra?—Es irrevocable.—Usted está engañadísimo, señor don José Miguel; no es á usted ni á su partido lo que tememos: lo que yo temo y quisiera evitar es que haya que castigar con el rigor que se haría necesario. Por mi parte no encuentro inconveniente de ningún género; y si no fuera porque no puedo tomarme facultades que no tengo, ahora mismo lo sacaría á usted de esta prisión y le daría amplia libertad para que regresase usted á Chile con sus hermanos y sus amigos. Voy á hablarle al Supremo Director sobre esto; y aunque la licencia que á usted se le acuerde no sea directamente para entrar en Chile, porque esto no es de la incumbencia de este gobierno sino del de Chile, trasladándose usted al exterior puede hacer viaje de su cuenta y riesgo para donde usted quiera, para Chile también, ya que usted se empeña en esto. Eso sí, general Carrera, tenga presente que por allá hay una resolución inquebrantable de ahorcar sin muchos miramientos ni trámites á los que conspiren contra el orden establecido.—En ese caso será necesario ir con precauciones ¿no es así?—Me parece mejor no ir; medite usted bien nuestra situación: ella no nos permite salir de un sendero estrechísimo por ahora. Si usted fuese á los Estados Unidos sería otra cosa: nuestra causa común se habría consolidado, y usted mismo procedería á su regreso de otro modo que lo que ahora piensa. Sentiría tener que retirarme sin haber convencido á usted de que no seré jamás su enemigo sino forzado y comprometido por usted mismo.

Convencido de que nada podía obtener, el general San Martín le preguntó á Carrera al despe-

dirse, si no tenía ningún encargo, ningún deseo que confiarle; y Carrera, agradeciéndole su oferta, le pidió que se empeñase para que le volvieran al bergantín *Belén* donde estaba mucho más cómodo que en aquel cuartel. San Martín le ofreció empeñarse y obtener el cambio de prisión; pero comprendiendo bien claro que ese deseo ocultaba algún proyecto de fuga, mucho más fácil de ejecutar por el río que desde tierra, le dijo:—Usted no necesita fugarse, general Carrera; le doy mi palabra de que conseguiré que se le manden pasaportes para salir libre de Buenos Aires.—Haciendo honor á su hidalguía, general San Martín, le diré bajo reserva que prefiero correr el riesgo de una evasión, á la gracia de una licencia.—Tiene usted razón, le contestó San Martín; y se separaron dándose las manos. San Martín cumplió su palabra: nunca fué enemigo ni perseguidor de Carrera; éste siguió, empero, su destino; el despecho y su intransigencia lo echaron en el camino de los bandoleros; cubrió su nombre con crímenes atroces, y sucumbió bajo el peso del castigo que había merecido.

Razones personales tenía don José Miguel para solicitar que lo pusieran de nuevo en el bergantín *Belén*. Por circunstancias propias de los tiempos de desórdenes revolucionarios, que tan favorables son á los aventureros y advenedizos, mandaba en ese buque un marino catalán, hombre sin más antecedentes, según hemos oído, que haber estado al servicio de la antigua casa de Larrea y Hermanos en el año de 1813 y 1814 en que tanto influjo tuvieron estos señores. Monteverde se había dejado seducir por Carrera, entrando en los proyectos gran-

diosos y fantásticos de la expedición marítima á Chile. Cubrió su mal proceder con grande aparato de cañonazos y correría de lanchas; pero quedó ocultamente comprometido á servir de intermediario entre el prófugo y los afiliados á sus planes, que quedaban en Buenos Aires (7).

Asilándose en un buque mercante que estaba inmediato al *Belén*, y que había sido concertado con anticipación, Carrera hizo viaje á Montevideo con la esperanza de captarse la protección de Lecor, en caso de guerra entre portugueses y argentinos, que parecía inminente, ó de entenderse con Artigas y con los jefes de Entreríos y Santafé para atravesar rápidamente por los campos de Cuyo, sublevar á Chile, y envolver en dificultades insuperables al ejército de San Martín, que era la única fuerza que imponía respeto á los montoneros y que les impedía echarse sobre la capital á trastornar todo el orden existente. El plan no era desatinado, pero aún no había llegado el momento de que tuviese éxito.

Lecor se creía también amenazado por el gobierno de Buenos Aires; y como era muy previsor puso esmero en recibir á Carrera con muchísima distinción, sin perjuicio de descuidarlo á medida que se disipasen los temores que le inspiraba el probable regreso del ejército de los Andes, ó de una parte considerable al menos de las fuerzas que lo componían: suposición que se había acreditado

(7) Monteverde se pasó más tarde á las montoneras del litoral y tomó servicio con Ramírez, el caudillo entrerriano, al mismo tiempo que Carrera se unía también al mismo caudillo.

más en la opinión general con la súbita presencia del general San Martín en la capital.

Por lo demás, la evasión de Carrera fué más bien un descanso para el gobierno. Permaneciendo en Buenos Aires, Pueyrredón tenía sobre su espíritu el deber de cuidarlo y retenerlo por cuenta de O'Higgins. Puesto fuera de su alcance y de sus facultades, quedaba libre de esa incómoda responsabilidad. Entre tanto Carrera se había fugado sin necesidad: un día antes, su hermana doña Javiera había recibido tres pasaportes para los Estados Unidos, con los cuales los tres hermanos quedaban en libertad de salir libremente. Pero una vez evadido don José Miguel, se puso en libertad á sus hermanos, con lo cual, lejos de desistir ellos de su complot, lo reanudaron con mayor tesón, insistiendo en evocar su mala estrella y los tremendos desaciertos que sin saber cómo de un momento á otro originaron grandes y luctuosas catástrofes.

Cuando San Martín triunfó en CHACABUCO, resolviendo en un día uno de los problemas vitales de la independencia, los políticos del partido directorial debieron creer que con esa victoria quedaban resueltas también todas las incertidumbres de la organización interna. Vencida allí España, é impotente desde entonces para presentarse en nuestras fronteras del Norte, el gobierno directorial debió contar con que las tropas vencedoras volverían á la patria para sofocar la insurrección de las masas litorales, imponer límites á los portugueses que se habían apoderado de la Banda Oriental, y quedar á la mira de la formidable expedición que preparaba España contra Buenos Aires.

Concertado estaba de antemano con el general San Martín que una vez libertado Chile y puesto en posesión de sí mismo, levantaría y reorganizaría su ejército para su propia defensa; pues para ello había tiempo de sobra, desde que no era probable que el virrey del Perú pudiese enviar fuerzas respetables á Chile antes de ocho meses ó un año. En este concepto habían de repasar la Cordillera las tropas argentinas, ó por lo menos una parte considerable de ellas, quedando al otro lado sólo las que fueran estrictamente necesarias mientras se reorganizaba el ejército chileno, para cooperar á la defensa del país si era nuevamente invadido por los realistas.

Al través del influjo momentáneo y de las grandes apariencias producidas por el triunfo, bastaba una segunda ojeada para comprender que si el ejército de los Andes no regresaba á Buenos Aires para imponer un límite al descomunal desorden de las cuatro provincias litorales dementadas por el bandolerismo de Artigas, sería imposible reconstruir la nacionalidad, infundir respeto á Portugal, y entrar de una manera seria en el trabajo de tranquilizar los espíritus para reanudar la armonía moral y plantear el organismo constitucional y administrativo sobre bases científicas y estables.

Despojado del apoyo de ese ejército, no le quedaba al gobierno directorial otra perspectiva que la muy triste de continuar en un pugilato desesperado contra las facciones, contra el desorden creciente, y reprimir siempre las fuerzas disolventes, sin un sólo día de quietud; y por término de tan azorosa vida, caer aplastado bajo los escombros

de un derrumbamiento general. Y para tan triste juicio, poco era todavía lo que sucedía y amenazaba dentro del mismo país; porque coincidía además para más amargura la amenaza terrible de la expedición formidable que España preparaba en Cádiz contra Buenos Aires directamente.

Apenado con las dificultades, las dudas y los sinsabores que le rodeaban, el Supremo Director le escribió al general San Martín en estos términos con fecha 3 de marzo de 1817, es decir á los 6 días de haber recibido la noticia de la espléndida batalla de Chacabuco, tales eran las aprehensiones con que miraba su situación: «Los portugueses han manifestado ya su mala fe: su objeto, y sus tan ponderadas miras de beneficencia con estas provincias están ya descubiertas, y no son otras que agregar á la Corona del Brasil la Banda Oriental, si nosotros proclamamos por emperador al rey don Juan y admitirnos como por gracia bajo su soberano dominio. ¡Bárbaros miserables! Tenemos *más poder* y dignidad que ellos, y jamás las provincias del Sud-América tendrán un monarca tan subalterno. Vea usted mi Manifiesto de ayer y *gradúe por él mis sentimientos*. El nombre americano y nuestro amor propio debe sentirse humillado. Yo deseo un soberano para nuestro Estado, pero lo quiero capaz de corresponder á la honra que recibirá de mandarnos; es decir, quiero alguno que sea más grande que don Juan, y lo quiero para sólo nosotros. Es pues necesario aumentar este ejército (el de la capital) para hacerles sentir la locura de sus pretensiones; y *de oficio* digo á usted que me mande mil soldados *de nuestras fuerzas*, y mil chilenos de los

presentados ó prisioneros. Veo muy indispensable y muy próxima la guerra con los portugueses. . Que vengan sin falta antes que se cierre la cordillera los dos mil soldados pedidos, *porque aquí está ahora la mayor necesidad*».

Dos días antes, el Supremo Director había pasado una nota al Congreso residente en Tucumán, diciéndole que no era posible poner en práctica las instrucciones antes despachadas para negociar acuerdos con Portugal como lo habían pretendido su antecesor el general González Balcarce, y el ministro Tagle; que él no cargaría con semejantes responsabilidades, porque «tenía la resolución de no sufrir insultos. Si los portugueses quieren negociar con las armas en la mano, nosotros debemos conservar la misma actitud».

En el Manifiesto del 2 de marzo, el Supremo Director hacía causa común con los orientales contra Portugal, empleando las palabras más vehementes. Que estaba dispuesto á emprender esta guerra no cabe la menor duda: los documentos hablan; y si fué «una veleidad», no por eso era menos grave; pues una gran parte de las guerras más desastrosas provienen de veleidades. *Veleidades* fueron las guerras de Napoleón I á contar desde Egipto á Moscou; *veleidad* (y no de hombres sino de mujeres) fué la última guerra de Francia con Prusia; *veleidad* fué también la de Popham y Beresford contra Buenos Aires; y se puede decir que no hay gran desastre que no tenga por origen una *veleidad* (8).

(8) No solamente Pueyrredón, sino todos sus ministros, estaban predispuestos á emprenderla con Portugal á

No estaría en verdad fuera del cálculo, la sospecha de que en este alarde de guerra contra Portugal, el Supremo Director exagerara sus enojos y su resolución para afirmar mejor su derecho á que

principios de 1817. Véase en el vol. VI, pág. 335, el acuerdo de reconciliación y de reabsorción de la Banda Oriental celebrado con los emisarios orientales por el señor López y Planes, á quien se ha supuesto adversario de la guerra con Portugal; véase la carta del coronel don Pedro Andrés García en la nota de la pág. 181. Véase los cargos y reproches del enviado argentino en Río Janeiro en la página 175 á 181 del mismo volumen VI. Este mismo enviado no repugnaba tampoco á la guerra con Portugal en tiempo oportuno, y allí decía, hablando de los portugueses: «*Sabemos bien cuáles pueden ser sus pretensiones: no crea usted que se me ocultan. Pero aseguremos lo principal, y después hablaremos con más probabilidades de éxito*». Todos estos hombres, bastante serios en verdad, y puestos en cabal inteligencia de las cosas, creían en una guerra inminente con Portugal. En un trabajo anterior, hecho con la premura con que se escribe de ordinario para diarios y revistas, incurrí en un error de pluma insubstancial, que ha dado pretexto para ponerme bajo un mal aspecto personalmente, y que por lo mismo me obligará á volver sobre este incidente en un apéndice especial y detenido. Este error fué escribir: «A fines de 1818 y después de la batalla de Maipú», en vez de haber dicho: «A principio de 1817... y después de la batalla de Chacabuco». He dicho que el error era insubstancial, porque se trataba sólo de fijar «*el punto de partida de las desavenencias del general San Martín con el Gobierno Directorial*», que terminaron en el estallido y en la insubordinación militar de 1820. Desde luego, pues, lo importante y substancial era la verdad del conflicto, de la filiación de su proceso y de sus resultados, y no la fecha material en que se originó, porque cualquiera que ésta fuese—1817 ó 1818—no alteraba la verdad ni el carácter de los hechos que siguieron acen- tuándose en el mismo sentido. Por ahora basta.

el general San Martín le devolviera la mitad, al menos, de las fuerzas que había llevado al lado occidental de la Cordillera, y que el principal estímulo de esta exigencia fuese la necesidad de fortificar su autoridad contra los peligros y los vaivenes internos que preveía. Pero esta presunción no es del todo aceptable: el señor Pueyrredón sabía bien que el general San Martín no era hombre que se dejase engañar con farsas; y en tal caso, tomarlas como motivo para exigir un derecho legítimo era estorbar y esterilizar la exigencia. Y tanto más era eso de temer, cuanto que el general San Martín, vencedor en Chile, dueño absoluto de su ejército, y absoluto dominador también de las tres provincias de Cuyo, si no por la fuerza, por la idolatría y por el respeto con que lo miraban los habitantes, tenía ahora donde remontar los cuerpos que mandaba, y donde hacer cuanto conviniera á sus miras por su solo influjo. De Buenos Aires no necesitaba ni quería otra cosa que dinero: todo lo demás lo podía hacer á su voluntad en Cuyo y estaba resulto á obrar de por sí, como quiera que fuese, con la persistencia lenta y paciente con que acostumbraba llevar adelante sus propósitos, cohonestándolo todo el modo con que un hombre político hábil evita estrellarse, y salva las apariencias y el decoro de su carácter en aquello mismo en que á sabiendas obra contra su estricto deber (9).

(9) Y para que no se nos acuse de hacerle un cargo antojadizo y gratuito, vamos á adelantar este dato que dejaremos á la apreciación de los lectores. Se hallaba en Mendoza y se *disculpaba* con el gobierno de Buenos Aires de no tener medios ni caballos para mandarle los auxilios

El general San Martín tenía indudablemente un interés personalísimo en no desprenderse del ejército que le había confiado el gobierno argentino, ni de parte alguna de él que pudiera amenguar su integridad y su fuerza. Contra todo y contra todos había resuelto llevarlo al Perú y seguir con él en sus gloriosos propósitos de destruir el régimen colonial de España en toda la América del Sur. El medio en verdad no era lícito ni es aceptable á los ojos de la moral política y de la disciplina militar. El mismo lo reconocía y decía como hemos visto: «Voy á echar sobre mí una terrible responsabilidad». Después de eso nada tendríamos que agregar, sino que el personalismo que lo empujaba en ese camino, no era el repugnante anhelo de gobernar ni de satisfacer las ambiciones impuras de aquellos ambiciosos vulgares y perversos, que pasan por el

que se le pedían; y con la misma fecha le escribía á O'Higgins en estos términos: «Tengo la orden de marchar á Buenos Aires con toda *mi caballería é infantería* que pueda montar; pero *me parece* imposible poderlo realizar, *tanto por la flacura* de los animales como por la falta de dinero... *Reservado para usted solo*». «No pierda momento en avisarme el resultado de Cochrane, para sin perder momento marcharme con toda la división á esa (Chile), excepto un escuadrón de granaderos que dejaré en San Luis para resguardo de la provincia. Va á caer sobre mí una responsabilidad terrible, pero si no se emprende la expedición al Perú, todo se lo lleva el diablo. *Tengo reunidos 2,000 caballos sobresalientes* que marcharán á esa con la división». La nota del gobierno de Buenos Aires le había dicho: «Si no nos manda usted nuestro ejército, *todo se lo lleva el diablo* aquí». Y se lo llevó. (Correspondencia de San Martín con O'Higgins inserta por Barros Arana en el vol. III de la *Revolución Chilena*, pág. 632).

poder haciendo daño, sin haberlo idealizado jamás con una obra digna de la historia, ni con cualidades honorables siquiera. El general obraba con la conciencia de su genio, poniendo sus aspiraciones á la altura de la obra que pensaba consumir con sublime desprendimiento, como lo prueba toda su vida.

Pero es verdad también que poniendo á un lado el influjo de estas nobles aspiraciones personales, cuya existencia no negaríamos jamás, la situación creada en Chile por la victoria de Chacabuco, era no sólo tan desgraciada y tan compleja como la de las provincias argentinas, sino mucho más embarazosa é insoportable para el gobierno de Buenos Aires porque constituía un estado de fuerza y de presión que pesaba sobre sus recursos, y que á la vez irritaba á Chile.

Si la gloriosa reconquista de ese país había desconcertado los peligros de la reacción española, por un lado, vivas quedaban por el otro todas las dificultades del régimen interior; y no sólo vivas, sino complicadas fatalmente con enormes responsabilidades, y cargas abrumadoras para un gobierno como el de Buenos Aires que había quedado exhausto y postrado por el esfuerzo hecho para crear y poner en marcha, por cima de las Cordilleras más altas y más desiertas del mundo, un ejército cumplidamente pertrechado y vigoroso como el que acababa de libertar á Chile.

Aunque contenido por los vencedores, el espíritu local y patriótico de Chile estaba emocionado y sumamente predisposto á anarquizarse. Crear allí en aquellos momentos un ejército nacional y librarle el país, era echar el germen de un desorden com-

pleto y perder todo lo ganado; pues las fuerzas militares que se creasen en un momento en que las opiniones estaban viciadas por los sucesos anteriores, por el influjo de los mismos caudillos y por el escozor de tener que alternar con tropas extrañas, vencedoras y propensas á conflictos y rivalidades, como ya se había visto, no podían ser base de seguridad: y en vez de servir á defender el país, serían un semillero de facciones y causa incurable de su perdición. No había, pues, alternativa: ó se perdían todos los resultados del *Paso de los Andes*, ó era indispensable persistir en la ocupación, dando al ejército argentino, y á los elementos políticos ligados con él, la triste misión de una *fuerza compresora* encargada de sostener militar y políticamente la autoridad dictatorial de O'Higgins, interesado en imperar y castigar á los partidos subversivos que intentaran derrocarlo. En este sentido Chile había venido á ser una provincia argentina, sometida al menos á la *hegemonía* de Buenos Aires, bajo el influjo latente, pero directo del general en jefe de nuestro ejército.

O'Higgins dominaba con omnímodo poder, pero supeditado á los gigantescos proyectos del general San Martín. En esto consistía toda la solidez de su base. Para él mismo era un peligro gravísimo crear un fuerte ejército chileno, porque su propio partido estaba muy lejos de ser compacto y de prestarle un apoyo que pudiese dispensar á los argentinos de ser los guardianes obligados de su poder y de su persona (10).

(10) Don Tomás Guido le escribía al señor Pueyrredón, que después de la victoria «don Bernardo O'Higgins

El general San Martín no podía cerrar los ojos á esta dificultosa situación, ni podía tampoco consentir en esterilizar los importantísimos resultados que debía sacar de su victoria. Pero, Pueyrredón de su lado pasaba por angustias harto apremiantes también. Con la entrada de los portugueses en la Banda Oriental, se había levantado un verdadero furor de guerra contra ellos. Lejos de atreverse á contrarrestarlo, Pueyrredón parecía inclinado á ceder á la fuerza de esa corriente, después del triunfo de Chacabuco; porque no sólo creía que así pondría de su lado las simpatías de los pueblos, sino que teniendo bajo su mano el brillante ejército de los Andes, tenía como exterminar á los facinerosos y anarquistas del litoral, al mismo tiempo que imponer respeto y condiciones al gabinete portugués.

La fuerza, pues, de las cosas y sus respectivas preocupaciones producían una necesaria divergen-

era el militar más condecorado por su rango y más acreditado por su valor, y que fué colocado en la Suprema Dirección del Estado *por elección del general* San Martín y con aprobación del pueblo de Chile, después de la resistencia de este ilustre jefe á tomar el mando del país. Mas, desde aquel momento, *fué fácil calcular* que el carácter honrado del señor O'Higgins no suplía la falta de fibra *ni la escasez* de sus luces para dirigir los negocios, ni aquel tesón y tino necesarios, etc.» El general San Martín decía también: «En Chile, Excmo. señor, es imponderable la penuria de recursos, y espantosa la pobreza general. Buenos Aires ha iniciado y sostenido con magnanimidad la grandiosa empresa de cimentar una patria... sin *sus auxilios* convenientes, en esta ocasión urgente todas nuestras ventajas retrogradarían á una nulidad espantosa». *Papeles del brigadier general Guido*, 1817-1820, coordinados y anotados por C. Guido Spano, pág. 24, 167 y 181.

cia de intereses personales y de propósitos políticos entre el general en jefe del ejército de los Andes constituido substancialmente en poder independiente, y el Supremo Director *de las Provincias Unidas del Sur*, que desposeído, por aquel general, de ese su ejército, y que combatido y desarmado, presentía la ruina más ó menos inmediata del régimen que presidía. Aunque muy desagradable para todos, la disidencia se mantenía completamente reservada en el seno de los amigos más íntimamente afiliados á los secretos de estado; pero comenzaba ya el cambio de notas y exigencias cuando San Martín avisó que en breves días saldría para Buenos Aires á tratar de los asuntos relativos á los dos países. Y en efecto llegó á la capital el 2 de abril (11).

Traía el general, como hemos dicho, exigencias gravosísimas. Ya no era sólo la permanencia indefinida del ejército, y su consagración absoluta al servicio y *prepotencia de Chile en el Pacífico*, sino que además de vestirlo y perterecharlo eran dispensables dos cosas para invadir y emancipar al Perú: 1.º, *asegurarle esa prepotencia creándole y costeándole una gran fuerza marítima con dineros argen-*

(11) Profundamente disgustados con estos síntomas, y previendo disidencias más ó menos inmediatas en que no quería tomar parte activa, el ministro López renunció su cartera á principios de marzo (1817), manifestando su decidida voluntad de no continuar actuando. El Supremo Director, que quería un hombre resistente con quien escudarse de las exigencias y sacrificios que el general San Martín parecía resuelto á imponerle invocando los solemnes compromisos tomados en la logia Lautaro, llamó á su lado al doctor Tagle, á pesar de ciertas dudas en las circunstancias de su iniciación.

tinios, porque Chile no tenía cómo hacer frente á ninguno de esos gastos (12). Pero mientras la fantasía del general tenía fijos sus ojos, como el águila, en los resplandores del sol de los incas, el fantasma del año 1820, trasunto en la negra nube de la borrasca litoral, tronaba á lo lejos, y llenaba de angustias la mente y las previsiones del Supremo Director.

Las circunstancias le sirvieron cumplidamente al general San Martín para salir con la suya en este crítico momento. Cuando llegaba á Buenos Aires, se deshacía como una tormenta de verano el conflicto de agravios y de amenazas recíprocas que pocas semanas antes habían hecho temer un rompimiento inmediato de hostilidades con Portugal. La corte de Río Janeiro no había aprobado el edicto de *Policia criminal* contra los orientales promulgado por Lecor, que había sido la causa de la explosión; y mientras el enviado García trabajaba por regularizar de nuevo las relaciones de los dos gobiernos, se le había escrito á Lecor que hiciese manifestaciones indirectas en un sentido contrario al de aquel edicto.

Con esto desaparecía á los ojos del general San Martín la parte seria y urgente de las dificultades y objeciones que pudieran oponerse á sus exigencias. Quedaba algo que por cierto era harto grave y desesperante, á saber: la dificultad de que pudieran colectarse las enormes sumas que requería no sólo

(12) Cuando llegemos al momento en que se acentuaron todos estos disgustos entre Pueyrredón y San Martín, daremos las pruebas documentadas de estos asertos.

la compra del armamento y tripulación de los buques, sino el complemento de vestuarios y pertrechos que necesitaba el ejército que ocupaba á Chile. Por más que se le protestara el exceso abrumador de los gastos, la exigüidad de las entradas, y la irritación que ya se levantaba en el país después de siete años de sacrificios, el arbitrio de los empréstitos forzosos y capitaciones, San Martín nada quería oír ni ceder; y pretendía que con la buena voluntad del gobierno y de los *Amigos* (la logia Lautaro) Buenos Aires tenía medios para contribuir á la defensa de Chile, á su prepotencia marítima en el Pacífico y á la expedición sobre Lima.

El inmenso prestigio que le daba su reciente campaña de los Andes; la profunda gratitud de que la opinión pública estaba animada hacia un hombre que como él había cambiado en poco más de un año la suerte del país, sacándolo de su perdición inminente, á la seguridad de su independencia y de su porvenir, le daban un influjo omnipotente; y como se sentía moralmente incontrastable en aquel momento, insistió, trajo en su apoyo á los miembros de la logia y dominó la oposición lenta y capciosa que en nombre de la seguridad interior comenzó á hacerle desde entonces el nuevo ministro doctor Tagle, empeñado en que se postergase toda grande empresa ulterior, hasta que una parte de las fuerzas del ejército de los Andes, unida á otra división del que mandaba en Tucumán el general Belgrano, bajasen al litoral, y tomasen posesión de Santafé y de Entreríos, ahogando á Artigas en la Banda Oriental, y reintegrando el orden y la unión de todas las provincias en una verdadera entidad política y na-

cional. El momento no podía ser más favorable para esto. En Santafé, en Entreríos y Corrientes había una decidida inclinación á la reintegración nacional, con jefes de importancia predispuestos á trabajar por ella desde que fuesen bien apoyados, como vamos á verlo. Pueyrredón no se manifestaba. En el secreto de sus confidencias creía que la política de su nuevo ministro era bien meditada, necesaria y justa; pero le dejaba opinar por lo pronto (como le dejó hacer más tarde), sin pronunciarse; y de ahí que el general San Martín conmenzase á mirarlo con esa evidente aversión de que ha dejado pruebas escritas (13).

Por muy fundados que fueran los temores con que el gobierno nacional veía que el desorden de las masas litorales iba en crecimiento, y que no estaba quizá muy lejano el momento de que se viese desarmado delante de aquella anarquía ligada á las facciones de la capital, San Martín no pensaba del mismo modo: creía que Artigas tenía demasiado que hacer con los portugueses para amenazar seriamente á Buenos Aires, y que con eso era imposible que las montoneras de Entreríos pudiesen combi-

(13) En una de sus cartas confidenciales, el general le escribía al señor Guido: «El tal Tagle ha tenido un modo sumamente político de separarme del mando del ejército: Dios se lo pague por el beneficio que me hace... Dije á usted en mi anterior que mi espíritu *había padecido* lo que usted no puede calcular: algún día lo pondré al alcance *de ciertas cosas*, y estoy seguro que usted dirá que nací para ser un verdadero cornudo». Por ahora basta con esto; más adelante vendrá el momento de mostrar y de ver como se fué enlazando todo esto desde su punto de arranque hasta su desventurado desenlace.

narse con las de Santafé, para amenazar al Supremo Director. Había, según él, tiempo para terminar la campaña de Chile; para preparar un nuevo ejército en Mendoza que quedase á la disposición del gobierno nacional, y organizar en Chile una poderosa expedición contra el Perú.

Con estas promesas y con el apoyo de *Los Amigos* que estaban juramentados á la empresa simbolizada con el nombre masónico de *Lautaro*, el general consiguió hacer aceptar un presupuesto nominal de 700,000 pesos oro destinados á formar la escuadra del Pacífico. En esta suma Chile entraba con 200,000 pesos, de los que no abonó sino 100,000 (14); el gobierno argentino, después de inmensas y dolorosas dificultades, pagó al fin su cuota de 500,000 más 170,000 por otras cuentas (15). Una vez hechas las ofertas y los cálculos, el general San Martín dió por perfeccionado el trato, y aun cuando no estaba recolectada la suma, en abril de 1817 mandó á Inglaterra al oficial de ingenieros Alvarez Condarco, y á los Estados Unidos al señor don Manuel Hermenegildo Aguirre con el encargo de comprar buques y de contratar marinos; seguro de que aún cuando Chile no tuviera con que responder, llegado el caso, el gobierno de Buenos Aires y *los Amigos* arbitrarían recursos con que hacerlo (16).

(14) *Papeles del brigadier general Guido*, pág. 54, 59, 70 y 89.

(15) *Id.*, pág. 98 y 153.

(16) El señor Barros Arana se equivoca cuando dice: «Para esto les entregó (á los comisionados) 200,000 por cuenta del gobierno de Chile, y el director Pueyrredón les dió letras por 500,000». A lo que resulta de los *Papeles del*

Una de las circunstancias que embarazaban más al gobierno argentino para dar tantos y tan costosos recursos al general San Martín, era los arreglos que habían mediado entre el gabinete portugués y el enviado argentino señor García. Se ha visto antes que aquel gabinete se había comprometido á respetar la inviolabilidad del territorio de Entreríos como parte integrante de las provincias argentinas, limitando sus operaciones contra Artigas á la margen izquierda del Uruguay; pero todo ello á condición de que el gobierno de Buenos Aires obrase coercitivamente en la margen derecha con fuerzas eficaces, á fin de que las bandas de Artigas, deshechas y perseguidas por el lado oriental, no se abrigasen ni se pudiesen reponer para repasar y hostilizar á las fuerzas portuguesas. Nada más justo que esta exigencia por parte de Portugal, y no sólo por eso, sino por apremiante interés de ocupar y de aquietar las provincias argentinas de Entreríos y Corrientes, el gobierno de Buenos Aires se veía formalmente obligado á poner en acción allí un ejército de tres mil hombres á lo menos. San Martín no los daba como los había ofrecido, de los que reputaba *suyos*. Belgrano no podía desguarnecer á Tucumán ni dejar sin reserva á Güemes. Entretanto

señor Guido, no hubo tales entregas en 1817; la primera no se entregó siquiera, y la segunda no se hizo efectiva sino en 2 de enero de 1818, lo que tiene una grande importancia en la historia de los disgustos de los señores Pueyrredón y Tagle con el general San Martín. Como ahora lo vamos á ver, los sucesos que ocurrieron en seguida interrumpieron el curso de estos armamentos marítimos.

había que hacerlo; y se hizo con fuerzas débiles y con el desgraciado desenlace que era natural.

Dejando las cosas en este estado, el general San Martín aunque seriamente enfermo, regresó á Chile y llegó á la ciudad de Santiago el 11 de mayo, á tiempo de atender á las numerosas y árduas necesidades que por allí ofrecían también los negocios.

El virrey del Perú preparaba una nueva expedición de sus mejores tropas europeas, en número de tres ó cuatro mil soldados.

Pero la causa de la independencia argentina comenzaba á poner de su lado la poderosa influencia de la prensa inglesa y de la opinión pública: y el *Times*, que era ya su representante más genuino y respetado, decía en 11 de abril de 1817, al saber la victoria de Chacabuco: «Hay sin duda un deseo vehemente de parte del gobierno español de comprometernos primero á intervenir como mediadores entre la madre patria y sus colonias, y por consecuencia, si nuestros términos no son aceptados, á envolvernos en una guerra contra las últimas. Por el contrario, LA DISPOSICIÓN DEL PUEBLO AQUÍ ES DE INTERVENIR POR LA PARTE DE LOS INSURGENTES. Nosotros *todavía* nos adherimos á la opinión de que nuestro deber al presente es de una estricta neutralidad, con tendencia á *aprovecharnos de las ventajas comerciales* que naturalmente resultarán de la neutralidad entre los beligerantes... Sería vergonzoso é inhumano *vender ó alquilar* nuestras armas por algunas ventajas. Aún más, los que solicitan nuestra mediación olvidan *que ya hemos mediado y mandado una Comisión á Cádiz con ese objeto*, QUE NO FUÉ ACEPTADA. Confesamos francamente que

durante la guerra peninsular *estuvimos pesarosos de que los colonistas no estuviesen más activos en mandar auxilios á la madre patria...* Parece levantar aprehensiones (en España) el hecho de que algunos ingleses de espíritu turbulento se reunan á los insurgentes. No tenemos medios legales de evitarlo ni de impedirlo... Es sabido que si la tentativa de mediar que se nos pide fuese inútil, deberíamos combatir, y no lo podemos *ahora* aunque quisiésemos. Nuestras rentas no saldan siquiera nuestro estado de paz. ¿Qué sería si tuviésemos que recomenzar una guerra y mandar nuestras flotas y ejércitos para Sud-América?... Expeliendo á los franceses, y auxiliando á los españoles á expulsarlos del corazón de sus territorios europeos, los hemos dejado expeditos *para reunir todas sus fuerzas*, y dirigir toda su energía contra sus súbditos revolucionarios de Sud-América».

Fácil es ver que alboreaba ya la política de mister Caning en el sentido de la Independencia de la América del Sur, y que no fué Bolívar sino San Martín quien produjo y acentuó este grande movimiento de la diplomacia europea en la época más gloriosa y más fecunda de nuestra historia.

CAPITULO II

CAMPAÑA DEL CORONEL LAS HERAS EN EL SUR DE CHILE

SUMARIO: Campaña del coronel Las Heras en el Sur de Chile.—Extenuación asombrosa y lamentable del país.—Sus causas.—Indiferentismo.—Bandolerismo.—El coronel español Ordóñez.—Fuerzas de Ordóñez.—Operaciones de Las Heras.—Hábil lucha de maniobras entre ambos jefes.—Encierro de Ordóñez en Talcahuano.—Previsiones de Las Heras.—Acción de *Curapaligüe*.—Episodio de la isla de la *Quiriquina*.—Alteraciones históricas: sus fines, sus ventajas y la leyenda nacional.—Las previsiones proféticas de la poesía argentina (*nota*).—Asedio de la plaza de Talcahuano.—Brillante victoria del cerro del *Gavilán*.—Llegada de O'Higgins al sitio con fuerzas argentinas.—Enfermedad grave de San Martín.—Opiniones sobre O'Higgins.—El coronel argentino H. de la Quintana, Director Supremo de Chile.—Llegada del general don Antonio G. Balcarce.

Como el general San Martín lo había previsto, preparó á su vez una división que marchando con rapidez pudiera sorprender á los españoles en sus primeros preparativos de defensa, atacar y tomar la plaza de Talcahuano. Conseguido esto, la expedición de Lima debía encontrar tales dificultades, que casi era imposible que pudiera realizar su desembarco.

Antes de partir para Buenos Aires, San Martín organizó la división con su habitual esmero, y

la puso en marcha á las órdenes del coronel don Juan Gregorio de Las Heras. Componíase toda ella de tropas argentinas: del batallón núm. 11 con 750 plazas, del tercer escuadrón de *Granaderos á Caballo* al mando del comandante don José Melián, y de cuatro piezas de línea y dos obuses al mando del comandante don Pedro R. de la Plaza. Suponía el general que los comandantes chilenos Freire, Merino y otros guerrilleros patriotas á quienes había encomendado correrías y recolección de recursos y acémilas para la división, se habrían expedido con éxito, y reunido todos los medios indispensables para que Las Heras marchase rápidamente sobre Talcahuano sin dar desahogo á los españoles, que se esperaban por su parte para defenderse y salvarse en esta plaza.

El 8 de marzo tuvo el general la satisfactoria noticia de que Las Heras había ocupado la ciudad de *Talca*, y dominado con esto toda la línea interior del río *Maule* donde debía concentrar los recursos para ponerse en rápida marcha sobre el Sur. Arreglada así la prosecución de la campaña con que debían coronarse los resultados de la victoria de Chacabuco, partió el general San Martín para Buenos Aires.

No era la campaña militar sobre el sur de Chile, tan fácil ni tan expeditiva como el general había pensado. Por mucho que dijéramos, no alcanzaríamos á dar con verdad una noticia acabada del estado de extenuación y de miseria, de anarquía y desorden en que se hallaba. Desde la batalla de *Rancagua* la mayor parte de los habitantes propietarios del norte del *Maule* habían emigrado á Cuyo, aban-

donando sus haciendas al robo de los ladrones sueltos y al saqueo de la soldadesca española. Trecentos veintiséis de los que prefirieron quedarse habían sido deportados al atroz presidio de la isla de *Juan Fernández*—150 leguas dentro del mar Pacífico,—sin contar con los que habían caído bajo la cuchilla de los vencedores. Las familias se desbandaron, rodando por todas partes en el abandono, en el dolor, ó en la degradación. Se habían seguido tres años de dura opresión, de contribuciones forzosas, de cárceles, de confiscaciones para pagar, premiar y mantener las tropas vencedoras. Muchos de los hijos de las familias criollas nacidos y criados en aquellos vecindarios rurales, se habían dedicado al bandolerismo patriótico, permítasenos decirlo, y hacían por su cuenta una guerra implacable, abrigados en las escabrosidades del país. Otras partidas de guazos y verdaderos facinerosos sin rey ni ley, vagaban haciendo la misma vida, destruyendo y consumiendo cuanto encontraban. Obligadas á mantenerse concentradas en vista de las amenazas argentinas, las tropas realistas cuidaban ante todo de no gastarse, y se abstenían de emprender una campaña de policía en lo que hubieran sufrido mucho.

Pero triunfaban ahora los patriotas, y las familias y los propietarios adictos ó comprometidos en las banderas del rey de España, huían á su vez buscando asilo en Talcahuano, detrás del Bío-Bío, y no pocos habían huído hasta el Perú y Lima.

De ambos lados el país estaba, pues, solado; y así lo encontró el coronel Las Heras, cuando con una marcha atrevida vino á dominar la margen derecha del río *Maule*. Las Heras se encontró en

Talca desprovisto de los recursos que se le habían prometido, sin dinero y sin medios de adelantar. A lo que parece era en vano que los pidiese: no se le contestaba (1). Pero comprendiendo la urgencia de los momentos, aunque no estaba en aptitud de sacar resultados definitivos, se decidió á pasar el *Maule* y continuar las operaciones que se le habían encomendado.

Los españoles, según uno de sus partes, habían comenzado á hacer correrías á su frente desde el *Itata* al *Maule*. Para contenerlos y arrollarlos Las Heras ordenó al comandante Freire que con cuatrocientos milicianos marchase sobre ellos; pero burlando al jefe chileno, se ladearon á la costa de Cauquenes. Las Heras hizo marchar entonces á los granaderos de Melián con doscientos infantes montados; y los enemigos desalojaron el terreno trasladándose al Sur del *Itata*, con lo cual el jefe argentino se puso en aptitud de pasar también ese río, y de abrir su campaña el 23 de marzo.

(1) El 22 de marzo le escribía á O'Higgins: «No sé por qué mis cartas y hasta mis comunicaciones oficiales llegan á usted con tal desgracia que no alcanzan contestación siquiera. Yo estaría ya operando sobre los enemigos si se me hubiese dado lo que estaba pedido y convenido. No se me envía el dinero necesario, y se me recomienda muy especialmente que gravite lo menos que pueda sobre los pueblos. Era inútil la advertencia, porque éstos están en tal estado que aunque los pongan en prensa no dan un adarme de jugo; y si en otras circunstancias dijo usted que la guerra no se hacía con *padrenuestros* y *avemarias*, sino con dinero, calcule ahora cómo podré yo en otras peores llenar mi comisión. En fin, no seguiré incomodando á usted, puesto que estoy cubierto en mi responsabilidad».

Veamos ahora lo que habían hecho los jefes españoles que lo esperaban.

Uno de los oficiales que más se habían distinguido en la guerra de España contra las tropas de Bonaparte era el coronel Ordóñez. Hombre de temple enérgico y audacísimo, de excelente ojo militar, experimentado y sagaz, se había captado una alta y merecida estimación en el ejército español; y si hemos de seguir las informaciones que hemos recogido de muchos de los que lo conocieron, presentaba indudablemente un conjunto de calidades que lo hacían muy parecido al general Prim que tanto se distinguió más tarde. Ordóñez salió de España en 1814 con el nombramiento de gobernador intendente de las provincias del Sur de Chile.

Llegó á Lima después de la victoria de *Rancagua*. Algunos cuentan que no le cayó en gracia á Pezuela, y que le tuvo detenida la licencia de partir á su gobernación; pero que conociendo después la necesidad de buenos oficiales por la ineptitud de Marcó del Pont, se le dió el pase á su destino muy entrado ya el año de 1816.

Las asechanzas y falsas maniobras de San Martín habían sido causa de que Ordóñez hubiese permanecido en su provincia vigilando la entrada de los argentinos por el sur; y estaba de hito en hito esperándolos todavía, cuando ya San Martín había triunfado en Chacabuco y ocupado á Santiago. Fácil es de concebir su estupor cuando algunos de los pocos fugitivos que alcanzaron á llegar del norte le dieron noticias de lo que había sucedido: noticias que como sucede generalmente en estos casos se prestan á grandes dudas y conjeturas contradic-

torias. No tardó empero en conocer la verdad, aunque sin creer que todo el ejército de la capital hubiese sido totalmente deshecho.

Comenzó, sin embargo, á desplegar una poderosa actividad acreditando el genio militar que se le reconocía; y poniéndose de acuerdo con el coronel don Juan Francisco Sánchez, gobernador de Chillán, que tanto había acreditado también su capacidad y energía en la campaña de 1813-1814, comenzó á prepararse para resistir á los patriotas y dar tiempo á que le llegaran auxilios y refuerzos del Perú. Por lo pronto, su primer medida fué reclutar, por bien ó mal, todos los milicianos y hombres capaces de llevar armas en quienes pudo poner la mano, y encerrarlos en los castillos y cuarteles de Talcahuano. Dió órdenes á los subdelegados del *Maule* y del *Itata* que se replegasen pronto en sus partidos, arrastrando todo el ganado vacuno, caballos y víveres que pudiesen recolectar á viva fuerza y sin consideración ninguna.

A poco andar comenzaron á llegar partidas considerables de dispersos, casi todos de los que habían pertenecido á los cuerpos europeos, como era natural. Por ellos fué que Ordóñez pudo conocer toda la extensión del desastre que habían sufrido las armas del rey de España; y de los nueve mil soldados veteranos que había contado el ejército real, sólo pudo recoger bajo sus órdenes como 1,200: mil y tantos habían huído al Perú por Valparaíso, quedando todo el resto perdido, unos como prisioneros, muchos como pasados, en deserción todos los naturales de Chile que servían más ó menos violentados; porque «la dispersión de un ejército reclutado

en país enemigo, es como el agua que llueve en tejado», decía el mariscal Berwick.

El coronel Las Heras llevó su campaña de una manera muy hábil. Las divisiones enemigas que Ordóñez y Sánchez habían echado á su frente desde Concepción y Chillán trataban de operar para reconocer la fuerza patriótica y dividirla por los tres caminos más ó menos paralelos que se corren del norte al sur de Chile. Las Heras tomó el del centro con 600 y pico de buenos soldados, por la derecha y sobre el camino de la costa adelantaba Melián con 500 hombres y por la izquierda ó camino de las alturas marchaba Freire con 400, milicianos en su mayor parte. Se hizo la marcha oblicuando alternativamente las posiciones respectivas; de modo que los enemigos retrocedían amenazados siempre de frente y flanco, sin poder descubrir el grueso de las fuerzas que los empujaban, hasta que llegaron á las posiciones que ocupaba Ordóñez en las góttaras de Talcahuano (2). Entre nuestros oficiales generales de la guerra de la Independencia tenía tanta fama de precavido y desconfiado el coronel Las Heras, que sus compañeros muchas veces le tachaban de visionario y previsor de peligros donde ellos contaban con la más completa confianza (3). Marchaba de día y acampaba de noche como si tuviese al enemigo encima y se tratase de repeler su brusco ataque: precaución que le sirvió en las altas horas

(2) Informes verbales del mismo señor Las Heras, que me fueron dados y repetidos varias veces, de 1842 á 1844.

(3) Esto, como veremos, le sirvió en *Cancharrayada* para salvarse y salvar todo el ejército.

de la noche del 4 de abril no sólo para evitar una derrota, sino para ganar una victoria digna de su crédito militar. Ordóñez había venido observando cuidadosamente, y con mucha maña, los pasos de la división patriota, en la esperanza de tomarla en un mal momento y de destruirla por sorpresa. Contaba, sin que los patriotas lo supiesen, con mil y pico de buenos soldados, y se mantenía herméticamente encerrado en Talcahuano, como si hubiese resuelto permanecer inmóvil allí hasta recibir los refuerzos de Lima. Para Las Heras, las apariencias nada valían: que tuviera cien hombres ó cuatro mil era lo mismo; y cuando llegó en la noche del 4 de abril á la hacienda de *Curapaligüe* destacó sus partidas de avanzada hacia todos los rumbos por donde podía ser atacado; y alarmado precisamente por la soledad y el silencio en que todo aquello estaba, acampó su tropa en el espacio que mediaba entre los edificios de la casa y un morrudo molino, quedando, se puede decir así en una posición inexpugnable sin más trabajo que poner de pie la tropa y recibir al enemigo. Inútil es decir que los oficiales de avanzada Dehesa, Alemparte, J. A. Martínez y Correa tenían órdenes estrictas de mantenerse en observación continua.

Y tenía razón, ese era el momento que Ordóñez había escogido para batirlo. A la una de la noche salió éste de Talcahuano con 600 infantes y 100 caballos contando con dar una feliz sorpresa.

Pero al aproximarse con ímpetu, las avanzadas argentinas lo reciben con una descarga cerrada, y se abren, tomándole los flancos; le vuelven á hacer fuego y se repliegan al cuerpo principal. Los sol-

dados españoles se conturban: en vez de sorprender se ven sorprendidos: sus jefes los apuran, los reorganizan á la ligera y los llevan aturridos sobre la línea de Las Heras que los esperaba en calma y en posición: sigue el combate reñido en medio de la noche: trata Ordóñez de entrar á la bayoneta, pero es repelido de frente, y fusilado de los flancos: pierde al fin su orden de batalla, es acometido á su vez y cede dejando en el campo dos cañones, bastantes muertos, algunos prisioneros, sesenta y dos fusiles y un carro de municiones, sin contar un número considerable de heridos que al favor de grandes empeños lograron levantar del campo y llevarse consigo. Ese mismo día entró Las Heras en Concepción dejando acampadas sus fuerzas en el cerri-*llo del Gavilán* que se levanta en los suburbios del noroeste (4).

(4) Curioso será ver lo que con este motivo dice el señor Vicuña Mackenna: «Batiendo á Ordóñez en una de las jornadas más sangrientas que se registran en nuestras campañas de la guerra de la Independencia, dió Las Heras un día de gloria á las armas de Chile». Si uno no viera esto escrito, é impreso, sería cosa de no creerlo. Verdad es que desde entonces, con la complicidad disimulada al principio, pero manifiesta después, del general San Martín, el ejército argentino comenzó á ser mirado y empleado como una propiedad de Chile, sin que un solo día se obediesen en él las órdenes é insinuaciones del gobierno de Buenos Aires. Aprovechándose de esto casi todos los escritores de Chile, con más ó menos desembarazo, convierten en armas y triunfos chilenos las de ese ejército que desde *Chacabuco* hasta *Pichincha* continuó siendo siempre compuesto de soldados, de oficiales y de jefes argentinos; y de esto dió testimonio verídico, aunque tardío, el mismo general San Martín, cuando habiendo dejado de necesitar

Al encerrarse en Talcahuano, Ordóñez había tenido el cruel antojo de hacer prender un número considerable de vecinos afincados en los pueblos del sur, y de confinarlos en la isla de la *Quiriquina* con

esa ficción insincera de un ejército chileno, que nunca existió ni triunfó al norte ó al sur de Chile, ni en el Perú. le dijo en la proclama que le dirigió al tomar tierra en el Perú: «Soldados: ya hemos llegado al lugar de nuestro destino... Acordaos que vuestro gran deber es consolar á la América, y que no venís á hacer conquistas sino á liberar á los pueblos... Los peruanos son nuestros hermanos y amigos: abrazadlos como tales y respetad sus derechos COMO RESPETASTEIS LOS DE LOS CHILENOS DESPUÉS DE LA BATAILLA DE CHACABUCO». (*Historia del Perú Independiente* de don Mariano Felipe Paz Soldán, vol. I, cap. III, pág. 65). Ante este testimonio no hay quien pueda levantar la voz contra la verdad que él acredita, ni quien pueda negar que esas palabras del general se dirigían al mismo ejército argentino que había triunfado en Chacabuco y libertado á Chile. Pero si aun se pidiese más, más daremos ahora y mucho más á su tiempo. La justicia y la verdad reclamaron su imperio sobre la conciencia del general San Martín al zarpar de Valparaíso en busca del Perú, y dirigió al Cabildo de Buenos Aires la siguiente nota fechada el 19 de agosto de 1820: «Excmo. Señor: El día de mañana da á la vela la expedición libertadora del Perú: como su general, yo tengo el honor de informar á V. E. que representa el *pueblo heroico, el virtuoso pueblo más digno de la historia de Sud América y de la gratitud de sus hijos, protestando* á V. E. que mis deseos más ardientes son por su felicidad, y *que desde* el momento en que se erija la autoridad central de las Provincias (Argentinas) ESTARÁ EL EJÉRCITO DE LOS ANDES SUBORDINADO Á SUS ÓRDENES SUPERIORES con la más llena y respetuosa obediencia». (*Papeles del señor don Tomás Guido*, publicados por su hijo don Carlos Guido Spano, 1882, pág. 466). Véase en la página 175 de esa misma colección, donde dice el general

todos los presos políticos y prisioneros que extrajo de las cárceles de Chillán y de Concepción. La *Quiriquina* es un peñón bajo y estéril colocado en la bahía bajo los fuegos de las fortalezas en donde

que «*Chile no había dado ni un peso ni un recluta*». Sería este el caso de traer á colación la malhadada carta del general Guido del 18 de marzo de 1819 que con tanta jactancia y placer han usado los escritores chilenos para atribuirse la propiedad y las glorias del ejército argentino que libertó á Chile, que ocupó á Lima, y que puso los cimientos incontrastables de la emancipación del Perú. Pero entre estos escritores ninguno como el señor Vicuña Mackenna. Según él, la victoria de *Chacabuco* estaba ya preparada y ganada por las partidas de guazos chilenos; y quien la decidió fué O'Higgins. En la de *Maipú*, los españoles huyeron al ver sobre los cerros de sus flancos y retaguardia las innumerables huestes de campesinos con que los amenazaba el guerrillero Manuel Rodríguez. La de *Cura-paligüe* fué «gloria de las armas chilenas», aunque ganada por Las Heras y por soldados argentinos. Mucho más hemos de ver después.

Y sin embargo, no seremos nosotros quienes criticaremos esa manera y método de presentar la historia nacional, porque el hecho es que, adulterándola con ese patriotismo, se incrusta poco á poco en la creencia común y general del pueblo una tradición heroica, que aunque ficticia, levanta el carácter y la energía de las naciones: nadie, muy pocos al menos, son los que tienen ocasión y medios de verificar la verdad de los hechos. Si un escritor extranjero los refuta, su libro no puede correr con la abundancia ni con la aceptación del libro nacional; contribuye á eso la complicidad del patriotismo; de modo que para lo que es realzar el sentimiento nacional, la historia adulterada ó ficticia produce el mismo efecto benéfico que la historia genuina. De lo contrario, bastaríanos leer en la *Historia General de América*, del señor Barros Arana, que el ejército que llevó al Perú la causa de la emancipación

nada hay que crezca, ni agua siquiera que beber. Caro y difícil era para Ordóñez mantener aquella multitud de desgraciados dentro de una plaza sitiada; y se le ocurrió aliviarse pasándole una nota rajante á Las Heras en que le notificaba que dejase entrar víveres para esos presos si quería evitar que

era «un ejército chileno», contra los documentos y los asertos del mismo general en jefe, como acabamos de verlo. Para los que lo necesitan el método no es malo, repetimos.

Al hacer estas rectificaciones nada más nos mueve que el derecho á restablecer la verdad de los sucesos; y lejos de tener la idea de mortificar el amor propio ajeno, pensamos que Chile tiene más justos motivos que esas jactancias lisonjeándose de haber adquirido la estimación y el respeto de las naciones por la sensatez y la honorabilidad de su administración, que es lo que lo hace uno de los Estados más prósperos y más sólidos de la América del Sur.

Diremos ahora que en las páginas del señor Vicuña Mackenna encontramos algo que nos concierne por razón de nuestro ilustre padre don Vicente-López y Planes; y es, la burla que el escritor chileno hace de aquella conocida cuarteta: «Calle Esparta su virtud,—su grandeza calle Roma.—¡Silencio! que al orbe asoma—la gran capital del Sud». Sobre esto diremos que la poesía tiene sus visiones y sus pronósticos inescrutables cuando es grande y verdadera por la frase y por el concepto. Quizá, después que pase un siglo sobre nuestro país, no parecerá tan excesiva la visión del poeta argentino, que al ver nacer esa nacionalidad victoriosa al otro lado de los Andes y á lo largo de las costas del mar Pacífico, echaba inspirado su vista al porvenir desde las márgenes del Río de la Plata, y de pie en el vasto y opulento suelo que debemos al favor de Dios veía sus progresos futuros.

*Tu procul eventura vides: tibi deditus augur
Scit bene quid fati provida cantet avis.*

muriesen miserablemente de necesidad. Ordóñez no conocía (á lo que parece) al hombre que tenía al frente, y debió morderse los labios cuando recibió inmediatamente la contestación diciéndole: «A Vuestra Señoría corresponde asistir y mantener con abundancia y esmero á los patriotas que tiene presos ó prisioneros. En virtud de la nota de Vuestra Señoría acabo de dar orden de poner á *media ración escasa* á todos los prisioneros europeos que tengo en mi poder; y me incumbe el deber de hacer saber á Vuestra Señoría que por cada preso ó prisionero patriota que muera en la *Quiriquina*, pasaré por las armas dos de los que tengo en mi poder, hasta obtener que las leyes de la guerra se cumplan como las cumplo yo y los jefes á cuyas órdenes sirvo. No tenga duda Vuestra Señoría de que igual cosa se hará en la capital y en los demás depósitos de prisioneros». No hacía muchos días que el jefe argentino había hecho fusilar espías que había tomado, y se sabía que era hombre de una justicia severa y recta, pero inflexible. El resultado fué que Ordóñez hizo retirar las guardias de la *Quiriquina*, dejando allí botes viejos y hangadas en que todos los detenidos se embarcaron hasta tocar libres las orillas donde dominaban los patriotas.

Atrincherado Las Heras en el *Gavilán* y fortificado Ordóñez en la plaza de Talcahuano, se puede decir que quedaban reducidos á fortaleza contra fortaleza, pero sin bastantes recursos ambos para poner en apuros el uno al otro. Sin embargo, la posición de Ordóñez mejoraba día á día, mientras que la de Las Heras se hacía de más en más difícil. Ordóñez disciplinaba y aumentaba sus fuerzas

dentro de la plaza, y contaba con un número muy superior al de Las Heras. Le convenía, pues, por lo pronto ganar tiempo; porque no sólo esperaba refuerzos del Perú, sino que el activo y bravo coronel Sánchez dominando absoluto al otro lado del Bío-Bío, reunía numerosas fuerzas de caballería, y disciplinaba también soldados traídos de Valdivia y de Chiloé. Las Heras entretanto se hallaba paralizado en medio de un país devastado y sin medios de acción. Advertido de que su posición se empeoraba y de que podía llegar un momento en que no tuviera cómo retirarse ó cómo evitar un contratiempo, multiplicaba sus avisos al gobierno de Santiago y aconsejaba la venida de O'Higgins á Concepción, no sólo por la popularidad de que gozaba en el sur, sino porque sólo un chileno revestido de la autoridad suprema, podía extraer y colectar por la fuerza los recursos y medios necesarios para continuar las operaciones.

Que fuese por las atenciones apremiantes del gobierno y de la tristísima situación en que yacía la administración pública, ó por no dar bastante crédito á las exigencias de Las Heras, O'Higgins ofrecía partir pronto, pero no lo verificaba. Según él, era ridículo el temor de que pudiera llegar á Talcahuano un refuerzo de Lima, que Las Heras comunicaba aludiendo á noticias que le habían dado algunos pasados, y entre ellos un oficial mendocino. Pero cuando el Supremo Director de Chile estaba en esta seguridad, llegó un bergantín norteamericano contando que el virrey Pezuela no había permitido desembarcar las tropas que habían escapado del desastre de Chacabuco embarcándose en Val-

paraíso y San Antonio, y que en el puerto del Callao se les estaba habilitando con toda rapidez para que volviesen á Chile.

Conoció entonces O'Higgins que Las Heras tenía razón, y el 10 de abril puso en marcha hacia el sur el batallón argentino número 7 mandado por el teniente coronel Conde, de la misma nacionalidad, el tercer escuadrón de *granaderos á caballo*, cuya nacionalidad es notoria, dos compañías de artilleros con dos piezas del ejército de los Andes, y doscientos á trescientos hombres de las milicias de caballería de las cercanías de Santiago.

Después de los arreglos administrativos y políticos que su ausencia hacía necesarios, delegó el mando en el coronel argentino don Hilarión de la Quintana, y el 15 salió á ponerse á la cabeza de la división. Apenas se vió en la campaña, tuvo ya ocasión de darse cuenta de cuántas y cuán enormes dificultades había tenido que vencer Las Heras para operar y arrollar á los enemigos hasta encerrarlos en Talcahuano. «Por grandes que fuesen sus deseos de llegar á Concepción, su marcha no pudo ser tan rápida como él quería. En todos los pueblos de su tránsito ocurrían grandes dificultades que le obligaban á demorarse y que embarazaban el servicio de todos los empleados y subalternos. El camino del Sur *estaba cubierto de bandidos* que si no estaban ya en relación con los realistas, era probable que se entendiesen con ellos». Entretanto se realizaba la peor parte de los celos del coronel Las Heras. El 1.º de mayo se avistaron en Talcahuano cuatro buques españoles que desembarcaron 1,600 hombres á las órdenes del coronel Morgado, ente-

ramente de acuerdo con las noticias que había comunicado el bergantín norteamericano (5).

Apenas recibió estos refuerzos no pensó ya Ordóñez en otra cosa que en emprender de sorpresa un vigoroso ataque sobre el campamento de Las Heras, con el fin de destruirlo antes de que se le reuniese O'Higgins. Nada más natural que esta esperanza teniendo ahora una enorme superioridad de fuerzas disponibles; y con el temor de que se le evadiese por una pronta retirada, tomó sus medidas para impedirsele. Las Heras había previsto también que un militar de las aptitudes de Ordóñez había de hacer lo posible por aprovechar tan favorable ocasión. Tan cierto estaba de ello, que en la tarde del día 4 de mayo le escribió á O'Higgins que apresurase en lo posible sus marchas. «Al alba pienso ser atacado; y si Vuestra Excelencia no acelera sus marchas á toda costa en auxilio de esta división, pudiera tener un fatal resultado para el país».

Pero más confiado en sí mismo que en el auxilio que pudiera traerle O'Higgins, se ocupó toda la noche en rectificar cuidadosamente sus posiciones. Por su frente defendía su centro el número 11 con cuatro piezas colocadas al frente de la altura de Chepe y mirando al camino que de Talcahuano viene á Concepción; por su izquierda, mirando al oriente, había hecho construir un reduto defendido por

(5) De esas tropas fueron sólo separados por Pezuela el coronel Barañao, que fué destinado á la gobernación de Trujillo; el coronel Quintanilla, por no andar en buenas relaciones con Ordóñez, y el brigadier Maroto, que pasó á la gobernación del Cuzco.

una compañía de los batallones argentinos 7 y 8 á las órdenes del teniente coronel Freire (chileno), y á su derecha, defendida por un arenal difícil de transitar, había colocado otras dos piezas, que en caso de ser necesario podían ser apoyadas por dos compañías del número 11 puestas en disposición de acudir por allí á las órdenes del capitán don Ramón Dehesa: formaba en reserva el escuadrón de granaderos á caballo al mando de su comandante Manuel Medina.

Si Ordóñez contaba con la sorpresa, estaba engañado. El jefe argentino lo esperaba, y sus soldados estaban resueltos á no dejarse vencer. En efecto, entre las cuatro y cinco de la madrugada, se sintió la aproximación á la playa de Penco de unas cuatro lanchas armadas con *pedreros* que abrieron un vivo fuego por aquella playa, al mismo tiempo que Ordóñez, á la cabeza de una columna de 600 infantes resguardada en los flancos por 250 caballos apareció por el lado de *Charpe*, avanzando con rapidez sobre el centro. La artillería de los patriotas rompió sus fuegos sobre él causándole bastantes estragos: la columna enemiga se conturbó un momento: su bravo jefe la reorganizó, y consiguió colocar en la lomada de *Chepe* dos piezas de artillería que tiraban á bala rasa sobre el campamento argentino, y de allí volvió al ataque amagando entrar á Concepción por el lado oriental protegido por esos cañones. Su arrojo fué tanto que sus primeras partidas ocuparon la *Casa de Ejercicios*, frente á frente del campamento. Por el costado derecho entró conjuntamente la división Morgado, fuerte de 400 á 500 hombres: topó allí con el re-

ducto de Freire, vaciló, y éste, así que lo notó, sacó al exterior sus soldados, los echó en guerrilla, y reforzado al instante por dos compañías del número 11 al mando del capitán Nicolás Arriola, se arrojaron á la bayoneta, desbarataron el ataque, y pusieron al enemigo en completa derrota quitándoles los dos cañones con que había entrado en combate. A pesar de todo, Ordóñez sostenía bien el ataque por el lado de *Chepe*. Las Heras había tenido allí el contratiempo de que se le desmontasen las cuatro piezas por la viveza y la continuidad del fuego. Pero supliéndolas con un acto de energía, desprendió al capitán Dehesa con la cuarta compañía del número 11 ordenándole que recuperase á la bayoneta la *Casa de Ejercicios*; y para asegurar el éxito de este audaz movimiento, lanzó los granaderos á caballo sobre el centro de la columna de Ordóñez protegiéndolos con el avance de la tercera y cuarta compañía del número 11 á las órdenes del sargento mayor del cuerpo don Enrique Martínez. Comprendió Ordóñez que todo le había fallado, y se puso en retirada; mas, en ese momento entraba en el campo de batalla el sargento mayor Cirilo Correa con dos compañías del número 7 que O'Higgins había hecho avanzar al oír el fuego, presintiendo que Las Heras era atacado. Con esta aparición, la retirada de los realistas se convirtió en completa derrota: dejaron tres cañones, 25,000 cartuchos, muchas cargas de municiones, 86 caballos, 300 fusiles, 80 prisioneros y 180 muertos. Las Heras había batido á un enemigo muy superior en fuerzas, quedando dueño del campo de batalla. En la tarde de ese mismo

día se incorporó el general O'Higgins á la división vencedora.

No estaba fuera de los designios de O'Higgins y del coronel Las Heras el proyecto de dar un asalto en forma á la plaza sitiada, antes de que viniesen á reforzarla las nuevas tropas que se esperaban de Lima. Pero por lo mismo, era indispensable limpiar el país vecino de las gruesas partidas con que el enemigo lo recorría, y tomar los fortines de la frontera á uno y otro lado del Bío-Bío, para estrechar así la escasez de la plaza, quitarle los víveres que de cuando en cuando lograban introducirle esas partidas, y hacer no sólo difícil el desembarco de los refuerzos, sino más estrechas las angustias de la plaza cuando tuviese que mantener tres ó cuatro mil hombres más.

Pero un invierno excepcionalmente rígido y lluvioso, en que las nevadas menudearon como pocas veces, hizo sumamente laboriosas estas operaciones, cuyo éxito no se consiguió sino entrado ya el mes de noviembre. Era tarde.

Resulta de los documentos oficiales, que el general San Martín se encontró imposibilitado de atender personalmente á los sucesos tan retardados de la campaña del sur. A fines de mayo, y por causa probablemente del viaje que acababa de hacer por las cordilleras en una época muy desfavorable ya del año, tomó un catarro bronquial, que descuidado al principio por lo imperioso de las tareas que pesaban sobre él en la administración y campamentos de la tropa, comprometió el pulmón de una manera tan seria que el médico del ejército Juan Isidoro Zapata llegó á temer un fatal desenlace, sin que

fuera extraño que por sus enormes responsabilidades, y por su timidez, hubiera exagerado en demasía el estado del ilustre enfermo, de quien en aquel momento dependía el éxito feliz ó desgraciado de la emancipación de Sud-América (6).

Con estas malas noticias, se le hacía saber á Pueyrredón que el ejército argentino había sido

(6) El mal, según parece, llegó á su mayor intensidad de julio á agosto, y tuvo una declinación lenta de septiembre á diciembre. El doctor Zapata, cirujano mayor del ejército, según me han dicho los que lo conocieron y se ve en la *Revista de Buenos Aires*, tomo V, pág. 172, era un negro limeño, modesto y aplicado, pero verboso. Como es sabido, en el tiempo colonial ningún hombre blanco y de buena estirpe estudiaba y ejercía la medicina en los pueblos del Pacífico. Se le tenía por profesión baja y menospreciada, de que se habían apoderado los negros criollos, con no poco talento al pensar de muchos, pero con estudios incompletos como era indispensable en el tiempo. Decíase que este físico era hijo del canónigo Zapata, natural de Mendoza, pero dignatario del coro de Lima. He aquí el diagnóstico que emitió oficialmente sobre el estado del general San Martín á fines de julio (1817): «Preveo muy próximo el término de la vida de nuestro ilustre general, si no se alivia de las tareas que lo agitan. El cerebro, viciado por el continuo trabajo, comunica la irritabilidad al pulmón, al estómago, y á la tecla vertebral, de donde resulta la *emathoe*, ó sangre por la boca, que si antes fué traumática, hoy es lo que he dicho. El mismo origen tienen sus *dispexias* y vómitos, sus insomnios y la consunción á que va reduciendo su máquina».

Daba cuenta el señor Guido de este diagnóstico fatal, y decía: «La complicación de los negocios que pesan sobre este digno jefe es inexplicable en un país donde todos los vicios de la depravada administración española *conspiran contra el que manda*. La mayor parte de los ciudadanos más distinguidos por su rango, lejos de auxiliar embara-

puesto á las órdenes de O'Higgins al frente de Talcahuano. El Supremo Director contestó que esperaba que con la buena estación se hubiese ya restablecido San Martín, «y que creía de suma conveniencia la ida de San Martín (al sur), pero que consideraba también necesaria su presencia en el ejército (la parte acampada en *las Tablas*) pues ignoraba la situación por menor de ese pueblo (Santiago) y no podía formar un juicio exacto. Contemplo á O'Higgins (agregaba) muy bueno, pero en la guerra es una arma eficaz el crédito del general, y es preciso convenir en que O'Higgins no lo tiene, como aquél, entre nuestras tropas ni entre las enemigas» (7).

Era indispensable, además, por mil otras razones, que O'Higgins volviese á Santiago y tomase las riendas del gobierno. La persona de Quintana, ya por ser de argentino, ya por ser manifiesto que en ese alto puesto no era otra cosa que agente subalterno de intereses políticos y personales de otros, ofendía profundamente la quisquillosa delicadeza de los chilenos, y sobre todo de los mismos que estaban adictos á la situación. Parece probable que en vista de todo esto, se resolviera privadamente entre San Martín y Pueyrredón que el general don Antonio González Balcarce pasase á Chile á substituir á O'Higgins en el mando del ejército del Sud, para que este regresase á la capital. Pero, como fuera el

zan, por su timidez y por su apego á los resabios coloniales. Esto redobla los cuidados del general, aniquila sus fuerzas, y le produce recaídas violentas que agravan su estado». (*Papeles del señor Guido*, pág. 24 y 25).

(7) *Papeles del señor Guido*, pág. 32 y 42.

señor Guido quien apareciera como promotor y negociador de este cambio, el general O'Higgins quedó bastante resentido, como veremos después.

Complicaciones muy dolorosas habían tenido lugar al mismo tiempo en Buenos Aires, comprometiendo de más en más la política argentina en la situación engorrosa de los asuntos de Chile.

CAPITULO III

ESFUERZOS Y EXTENUACIÓN DE NUESTRO ORGANISMO POLÍTICO

SUMARIO: Alucinaciones febriles de los emigrados políticos.—Combinaciones y proyectos fantásticos de los hermanos Carrera.—Doña Javiera Carrera.—Proyectos para insurreccionar á Chile contra O'Higgins.—Fuga y aventuras de los hermanos Luis y Juan José Carrera.—Robo y violación de la valija del correo.—Luzuriaga gobernador de Cuyo.—Arresto y prisión de don Luis y de su compañero Cárdenas.—Situación política de Chile.—El coronel don H. de la Quintana delegado en el mando por O'Higgins.—Viaje de don Juan José Carrera.—Suceso de la posta *San José*.—Presunción del asesinato del joven postillón.—Arresto de don Juan José.—El proceso criminal y las averiguaciones.—Pueyrredón, San Martín y O'Higgins.—Efecto del descalabro sobre el ánimo de don José Miguel.—Don José Miguel, Artigas y los naipes del fraile García.—Tentativa de don Luis Carrera para evadirse y apoderarse de Cuyo.—Nuevo desastre.—Opinión del licenciado don Juan de la Cruz Vargas.—Carácter enfadoso y dañino de estas complicaciones desde el punto de vista argentino.—Agotamiento de recursos, y extenuación de fuerzas ocasionadas por la defensa del orden interno y de la emancipación de Chile.—Complicación funesta de las tropelías de Artigas en Entreríos y Corrientes.—Horrible situación de los vecindarios y de las familias.—Conatos por romper el yugo de Artigas y de sus tenientes.—Descalabro de los *Toldos*.—La nota oficial de Artigas.—La demencia de los tiranos y el mareo de la sangre.—Entrada de nuevas divisiones

portuguesas, y derrota de Artigas.—Pasiones agresivas y brutales de Artigas sin justificación de ninguna clase.—Barreiro: su peligro de muerte y su salvación.—Insinuaciones y trabajos de don José Miguel Carrera.

No hay situación que alucine tanto las esperanzas de los desgraciados, como la de los emigrados de un partido político perseguido por el gobierno de sus contrarios. Hacen entrar en el cálculo de sus realidades aquello que generalmente se llama «los sueños del pordiosero». De acuerdo con sus pasiones y con las angustias que pasan cada día, multiplican por miles los grupos de descontentos que están dentro del país que los llama, esperando que vengan de afuera á salvarlos; y toman por decisión al sacrificio y al levantamiento en masa, los vagos rumores con que uno ú otro amigo acongojado, y mal avenido, les transmite el deseo de los pueblos á echarse á la acción, desde que un jefe atrevido se presente á congregarlos. La preocupación se convierte pronto en un estado *psicológico* iluminado unas veces y enfermizo otras. Las ideas toman una claridad fascinadora á causa del giro y del roce continuo con que van y vienen por la imaginación, en mil combinaciones de circunstancias á cual más precisas y más favorable: allí mismo se las forjan, hasta que llega al fin una hora en que el genio rompe todas las dificultades, y triunfa entre las luces de la historia; ó en que la vulgaridad, cegada por la misma irradiación de la demencia, va en derechura á la catástrofe.

Don José Miguel Carrera en Montevideo, sus hermanos don Juan José, don Luis, doña Javiera sobre todo en Buenos Aires, no podían convencerse

que el pueblo entero de Chile no estuviese indignado de que un «gaucho» y un «gitano»—O'Higgins y San Martín—lo tuviesen dominado y esclavizado á los soldados extranjeros de un tirano, de un Nerón, con quien para solaz de sus conciliábulos, comparaban á Pueyrredón, en las infinitas diatribas con- que ya en prosa, ya en verso, solazaban sus reuniones privadas y sus planes. En el fondo tenían razón de suponer que, si bien no era en ese mismo grado, el espíritu público de Chile participaba del mismo enojo; y cuando les llegó la noticia de que San Martín estaba *postrado en cama*, de que O'Higgins estaba al frente de Talcahuano, y de que se había cometido la insoportable insolencia de entregar el Poder Supremo del país á un menguado coronel argentino, contaron con que todo estaba ya maduro á la medida de sus deseos, y que había llegado el momento de obrar. Contribuyó á hacerles concebir facilidades las circunstancias de que en esos días hubiera llegado á Montevideo la fragata norteamericana *General Scott*, que era uno de los buques que don José Miguel había inducido á venir al Río de la Plata con la mira de sacar un buen precio. Creyendo contar con este buque para trasladarse al Sur de Chile con armas y partidarios, don José Miguel acordó con sus dos hermanos y algunos de sus mejores parciales que saliesen de Buenos Aires, y se introdujesen ocultamente en Chile para *dar el golpe*, decía, así que supiesen la llegada de la fragata y su desembarco.

Pronto estuvieron de acuerdo; y bien servidos por sus relaciones, don Luis y don Juan José se procuraron buenos pasaportes y papeles con nom-

bres falsos, contando que así atravesarían incógnitos y felizmente las provincias argentinas hasta introducirse en Chile.

Hicieron salir en delantera á tres partidarios oscuros con cuatro sirvientes y cinco soldados, que como peones se juntaron con dos *arrias* que marchaban á San Juan llevando mercaderías. Tomando diversos caminos y distintos días, estos descubridores, por decirlo así, llevaban orden de ocultarse en la *hacienda de San Miguel*, vasta y opulenta propiedad de doña Javiera, y de esperar allí la llegada de sus jefes, que debía tener lugar diez ó doce días más tarde por caminos separados.

Suponiendo que semejantes pasos les salieren bien, se proponían apoderarse ante todo del general San Martín que, como hemos dicho, se hallaba postrado; obligarlo á firmar órdenes y movimientos de tropas para dejar desarmado á O'Higgins y fraccionado el ejército de los Andes; y en caso de no lograrlo, levantar guerra en Chile con la bandera del patriotismo local contra la tiranía de los argentinos. Otras mil fantasías habían acordado. Pensaban juzgar á San Martín en un gran consejo de guerra por el crimen de haber intervenido y tomado parte en los partidos chilenos, usurpando un poder que no le correspondía en país ajeno. Habían resuelto también permitir al ejército de los Andes que repasase libremente la cordillera, si renunciaba á la resistencia. Pero pensaban reclamar la entrega de todos los chilenos que hubiesen servido voluntariamente á las órdenes de los vencedores de Chacabuco, para confiscarles los bienes y fusilarlos, premiando con empleos y dádivas á los patriotas

que cooperasen á la grande obra, intentada por estos desgraciados ilusos, al mismo tiempo que el ejército realista estaba próximo á desembarcar en Talcahuano con nuevo peligro de la independendencia de su propio país. ¡Nada les decía, por lo visto, el lúgubre recuerdo de Rancagua!

En Buenos Aires debía también responder una sedición de los cívicos, así que el movimiento de Chile pusiese en conflictos al ejército de los Andes, para darse la mano con los montoneros del litoral; derrocar el Directorio, y levantar hombres del partido popular ó *cívico* que comenzaba á tener una importancia amenazante como en el tiempo de Alvear.

Eran tales las seguridades que daban los descontentos de Chile, que los conspiradores de Buenos Aires habían llegado á convencerse de la practicabilidad de estos ensueños; y así fué que llenos de fe pusieron manos á la obra.

El 6 de julio de 1817 llegaron, en efecto, á la hacienda de *San Miguel* diez ó doce soldados de nombre insignificante bajo el mando de cuatro oficiales decididos: Jordán, Martínez, Lastra y el sargento Conde que había sido inseparable compañero de don José Miguel. Pero no bien se habían introducido en el monte de la hacienda para cortar ramas y preparar algunas chozas, cuando una partida del gobierno se echaba sobre ellos, y los conducía á un cuartel, con tal reserva, que nadie sospechaba en Santiago lo que acababa de suceder. El fin del gobierno era aprovecharse de esta ignorancia para descubrir por medio de los presos todos los hilos que la conspiración pudiera tener en Chile.

Los jefes de la conspiración, que ignoraban la mala suerte de sus emisarios, salieron de Buenos Aires en prosecución de su plan. Don Luis salió el 10 de julio como peón ó *mozo* de un tal Cárdenas, que había sido oficial subalterno suyo. El 18 llegaron á Córdoba. Cárdenas hizo revisar los pasaportes; y como nadie sospechara allí quiénes eran ni de lo que trataban, pudieron tomar el camino de la Sierra para salir al de San Juan, como el menos expuesto á encontrar en él obstáculos ó desconfianzas. A los dos días de andar, quiso el acaso que se les reuniera un correísta que llevaba la *valija* para la Rioja y para otros puntos de las comarcas andinas. La ocasión le pareció propicia á don Luis para apoderarse de la correspondencia y ver si el gobierno de Buenos Aires había descubierto su fuga, ó si daba órdenes y prevenciones para detenerlos. El correísta se resistió á las indicaciones y halagos que los dos prófugos le hicieron para que abriese la valija y les dejara ver si había algunas cartas ó pliegos para ellos, contestándoles con honradez que sólo el maestro de posta tenía el derecho de abrir la valija. Pero ellos, disimulando sus propósitos, esperaron la noche, y se alojaron en la misma posada en que se alojó el postillón. Lo convidaron á comer y á beber, hasta que habiéndolo embriagado fingieron que se ponían á dormir. El que en efecto se durmió con todo descuido fué el postillón. Cuando los prófugos lo vieron así, se apoderaron de la valija, le cortaron con cuidado las costuras que aseguraban las presillas del candado, y sacaron toda la correspondencia oficial con lo demás que les pareció importante para su caso. Después de este

atentado volvieron á coser con el mismo cuidado las partes desprendidas, de modo que el postillón no pudiese sospechar lo que había sucedido, como no lo sospechó en efecto.

Dueños de la correspondencia, pasaron la noche leyéndola; y como no encontraran motivo ni rastro alguno que les hiciera temer haber sido descubiertos, arrojaron los papeles á un lado del camino, y siguieron la misma ruta con el postillón hasta la posta donde éste entregó la valija á otro postillón, y regresó á Córdoba.

Después de esto llegaron á San Juan sin ninguna novedad; y allí resolvieron separarse para borrar los indicios que pudieran haber dejado en el camino. Un antiguo soldado de los Carrera, amigo de Cárdenas, se comprometió á conducir á don Luis hasta Mendoza y ocultarlo en casa de un pariente obscuro que le merecía mucha confianza. Partió don Luis con él, y Cárdenas quedó en San Juan. El conductor cumplió su promesa; y luego que dejó oculto á don Luis, se ausentó. Pero los misterios con que éste parecía preocupado, las precauciones que tomaba para que no se supiese su venida, pusieron en angustias al vecino que lo había asilado. El coronel don Toribio de Luzuriaga, brazo fuerte de San Martín, era allí tanto más temido cuanto que se tenía una idea muy bien acreditada de la suspicacia de su carácter, de la grande vigilancia con que cuidaba el orden de la provincia, y del rigor, sobre todo, con que perseguía y castigaba toda sospecha de subversión por efímera que fuese. Dióse cuenta don Luis de la agitación en que estaba su ocultador; y al verlo ausentarse, comprendió que iba á delatarlo,

y salió detrás de él sin darse tiempo á tomar sus papeles ni su equipaje. Introdújose sin previo aviso en casa de otro chileno á quien había conocido antes; pero en ese momento ya se le buscaba. Sus papeles y su equipaje lo habían descubierto, y en pocos momentos se le tomó.

Por lo pronto don Luis negó con firmeza que hubiera llevado propósito alguno contra la tranquilidad pública: la causa de su fuga era la desesperación de su largo destierro, las persecuciones de que era objeto su familia en Buenos Aires, y el deseo de mantenerse ignorado y quieto en la hacienda ó granja de sus padres.

Pero quiso su desgracia, que al mismo tiempo que á él le prendían, se descubriera en San Juan el robo y la violación de la valija. Preso Cárdenas no sólo había confesado el hecho y que su autor había sido don Luis, sino que había revelado también la marcha de éste á Mendoza y *todos los propósitos de la conjuración que llevaba á Chile* (1).

El teniente gobernador de San Juan, don Juan de la Roza, comunicó inmediatamente lo ocurrido al gobernador Luzuriaga. De modo que éste, si bien pudo creer que hubiera algo de verdad en las primeras disculpas de don Luis, tuvo al momento la prueba de los propósitos anárquicos y subversivos con que había emprendido el viaje. Con esta luz procedió al momento á formalizar la famosa causa que tanto ruido ha hecho en nuestra historia; y mandó un expreso, que ganando horas, llevase la

(1) Declaración de Cárdenas en el proceso que corre impreso.

noticia á Chile, para que se tomasen las precauciones necesarias contra aquel peligro que, en el primer momento, se le presentaba como sumamente serio y grave, por las vastas ramificaciones que le suponía en Chile y por las revelaciones de Cárdenas.

En la ausencia de O'Higgins gobernaba, según hemos dicho, el coronel argentino don Hilarión de la Quintana, que, como es natural suponerlo, era fiel instrumento de la política personal de O'Higgins. A éste le había convenido mantener en el más impenetrable secreto la prisión del grupo de conjurados que habían descubierto y prendido en los montes de San Miguel. Esperaba de ese modo aprovecharse de la ignorancia de esta prisión, para obtener revelaciones y descubrir las maniobras de los conjurados que suponía avisados y prontos en Santiago. Pero aprehendido don Luis en Mendoza, y dueños ya de todos los hilos de la tentativa, temieron que el sentimiento de la propia defensa llevara á los conjurados de Santiago á tentar un golpe rápido que hubiera de ocasionar más desgracias y mayor severidad en la represión; y se decidieron entonces á obrar prendiendo y encarcelando un número considerable de personas notables, que indudablemente estaban complicadas, de una manera directa las unas, é indirecta las otras, como resulta de las revelaciones que produjo el proceso.

La obligación de perseguir personas de distinción y estrechamente vinculadas con familias de primera nota, fué motivo de grande sinsabor para el coronel Quintana. Como argentino no era allí más que un extranjero sin derecho propio para

ejercer facultades coercitivas y castigos severos sobre los ciudadanos chilenos, ni tenía otra misión que la que le había dado O'Higgins para que representara sus intereses personales en la política interior de Chile. Esto, en el momento presente exageraba el sentimiento de indignación personal contra esta prueba palpable y humillante de que el personalismo de O'Higgins estaba apoyado por hombres y por influjos argentinos, ó por lo menos, de que éstos eran los sostenes y cómplices de su dictadura. Los mismos partidarios de O'Higgins habían mirado mal esta predilección por un extranjero, y cada día corroboraban más su opinión al ver el efecto desastroso que hacía en el público.

Entretanto, el coronel Quintana había sido puesto en ese lugar espontáneamente por O'Higgins. Contra su propia voluntad se había visto forzado á prestarle ese servicio. El general San Martín se hallaba entonces en Buenos Aires (abril de 1817), y tuvo tal disgusto al saber esa circunstancia, que escribió reservadamente á Guido para que sin estrépito, y aprovechando la primera oportunidad, sacase á Quintana de esa comprometida situación y recayese en manos de chilenos la delegación del gobierno. Guido también había hecho objeciones á tiempo, pero tuvo que callar ante la voluntad decidida de O'Higgins.

El caso se presentaba ahora más desnudo y más irritante. Era necesario perseguir, encarcelar y deportar chilenos; y para mayor enojo, coincidía una disidencia viva y agria entre Quintana y el Cabildo de Santiago, con motivo de unos impuestos irregu-

lares, ó tenidos por tales, que por órdenes de O'Higgins se habían cargado al vecindario (2).

Consiguíó al fin el coronel Quintana que O'Higgins lo eximiese de la comisión que le había dado, y

(2) El señor Guido cuenta así este incidente: «Después de la jornada de Chacabuco el orden se había restablecido; la armonía entre los magistrados tomaba consistencia; la liberalidad de las tropas restauradoras, compensada por la gratitud de los ciudadanos virtuosos, estrechaba cada día más la confianza entre los súbditos (?) de ambos Estados. Pero aun existían en esas provincias (del Plata) ciertos genios que por desgracia de América tomaron influjo en los primeros tiempos de la revolución del reino (Chile) y que sin haber escarmentado en la escuela de las desgracias pasadas se empeñan en renovar las escenas que hubieron de perder para siempre este país. Incitados *algunos discolos* de esta capital por cartas de chilenos emigrados en esas provincias *para promover celos* entre los naturales de uno y otro Estado, habíase principiado ha más de tres meses á sembrar especies que avivasen la desconfianza contra nuestras armas; y aparentando un santo anhelo por la independencia del reino, inspiraban temores que fácilmente siente la multitud imbécil de todo pueblo y de que se aprovechan los malvados. La política del gobierno, la conducta moderada del general en jefe del ejército de los Andes, y la opinión de los hombres de bien, contrastaba el empeño de los perturbadores, á términos de inutilizar todos sus pasos; pero continuaba un rumor sordo fundado en la substancialidad de las quejas en el origen del Director Delegado don Hilarión de la Quintana, encareciendo la degradación del país por la tolerancia de un *porteño* á la cabeza de la magistratura Suprema. El espíritu de partido figuraba misterios en las operaciones más indiferentes. Entonces *creí* (*) político y necesario avivar

(*) Adviértase que en esta fecha (agosto) ya estaba el general San Martín en Santiago, y que este *creí* del señor Guido, debe ser *creímos* históricamente hablando y comprender á San Martín en esa opinión ó *creencia*.

fué substituído por una Junta delegada compuesta de tres señores enteramente ligados al partido dominante, coronel don Luis de la Cruz, don José Manuel Astorga y don Francisco Antonio Pérez: que por cierto no procedió con blandura en la prosecución de la causa y de las prisiones por vía de precaución y de esclarecimiento.

Mientras esto acontecía en Mendoza y en Chile, salía don Juan José Carrera de Buenos Aires (ignorándolo todo) como sirviente de un tal Alvarez, impresor chileno, que se fingía en sus papeles comerciante de mulas. Habiendo llegado sin novedad á la posta *San José*, intermedia entre el *Río Cuarto*

en el Director Delegado los deseos de dejar un mando *que había recibido con disgusto* y que ya le era insoportable. Con efecto dirigió sus renunciás al Supremo Director propietario, que no le *fueron admitidas* hasta por tercera vez, cuando descubierta la conjuración proyectada en esa capital (de que instruiré á V. E. por separado) se hizo inevitable la aceptación de la renuncia. Era necesario que el poder ejecutivo que sucediese apareciera todo del interés de los naturales, sin vislumbre de relaciones con las autoridades argentinas, y en aptitud de decidir sus operaciones políticas con absoluta independencia». (*Papeles del señor don T. Guido*, pág. 34). Algunos, sin fijarse en el anacronismo, han pretendido que esta actitud del señor Guido produjo un conflicto con O'Higgins tan fuerte, que éste exigió que le fuese retirada la plenipotencia; y que así se explica un notable párrafo de la *Gaceta de Buenos Aires* con el título de *Falso rumor* en que se procura desmentir la voz corriente de que el gobierno argentino retiraba su comisión al señor Guido; pero, la renuncia del coronel Quintana tuvo lugar en agosto de 1817, y el incidente del *Falso rumor* en noviembre de 1818, lo que prueba que en esta última fecha se trataba de otros hechos de muy distinto género é importancia como lo veremos á su tiempo.

y la ciudad de San Luis, pidieron caballos con urgencia, y el *Maestro de posta*, por servirlo pronto, se los dió haciéndolos acompañar de un muchacho de diez y seis años, hijo suyo, que había de conducirlos por aquella desierta travesía y regresar de la posta siguiente con los mismos caballos. Al entrar la noche, Alvarez se adelantó á la posta de la *Cañada de Lucas*, con el motivo ó pretexto de preparar la comida por el hambre que llevaba, *quedándose don Juan José con el muchacho*.

Quiso la mala suerte de aquellos malaventurados que después de la separación de Alvarez, y á pesar del hambre que había dado motivo á ella, don Juan José Carrera quedase en el desierto con el muchacho. Una tormenta violentísima de pampero y granizo les tomó en la noche; y tan crudo fué el frío, que el joven, á pesar de la vida habitual y de estar conaturalizado con las intemperies de aquellos campos, amaneció muerto, quedando Carrera solo, y sin testigo que pudiese delatar su camino; pero tan yerto y tan entumido, según dijo él mismo, que habría perecido, si Alvarez, inquieto por la tormenta y por la tardanza, no hubiera vuelto á buscarlo con caballos y con auxilios. Era fatal y raro el caso, en verdad.

Al llegar don Juan José á la posta de la *Cañada de Lucas* se encontró con el correo que venía de Mendoza dando noticias de la prisión de don Luis y de la vasta *Conspiración de los carrerinos*. Lo más acertado que don Juan José podía haber resuelto en aquel momento era volverse inmediatamente á Buenos Aires, donde podía haberse ocultado con mayor facilidad que en Chile, y donde, en todo caso, aun-

que preso al principio, habría obtenido un proceder más clemente que el que habrían de adoptar las autoridades de Mendoza ó de Chile amenazadas de más cerca por sus propósitos.

Pero su mala estrella ofuscó sus ideas, y prefirió seguir de incógnito á Mendoza, contando con que esta misma audacia le serviría para escapar á toda sospecha. Verdad es que él no sabía que Cárdenas en San Juan había ya declarado su venida; y que con este antecedente, una partida del gobierno de San Luis, donde imperaba el vigilante coronel Dupuy, le esperaba en la posta de las *Barranquitas*, donde en efecto fué detenido con Alvarez. Traído á dar las primeras declaraciones, dijo más ó menos lo que había dicho don Luis; pero reconvenido con las revelaciones de Cárdenas, confesó que había algo de cierto en los cargos que se le hacían; y es de creerse que dijo la verdad declarando *que él no había entrado en el complot político de sus hermanos*; que su único afán «había sido meterse en Chile y vivir al lado de su señora de quien no podía estar ausente sin sentirse profundamente desgraciado, pues no tenía recursos para vivir fuera de la hacienda de sus padres, donde había pensado hundirse en la más profunda obscuridad. En corroboración, agregó *que hacía mucho tiempo que se hallaba en el más completo desacuerdo con su hermano don José Miguel, á términos de tener rotas sus relaciones*».

Como esto último era verdad, creemos que lo demás también lo sería. Don Juan José había sido siempre *godo y realista* en el fondo, y muchos de los que lo conocieron y fueron bien informados de estos sucesos, aseguraban con buenos datos que su

último plan era declararse por los realistas si éstos triunfaban, y vivir entretanto oculto y tranquilo en la campaña, á la espera de los sucesos. Dupuy no pudo sacarle más aclaraciones que éstas; y Alvarez, á pesar de haber sido azotado cruelmente por orden de aquél se afirmó en que ésta era la verdad ó por lo menos lo único que á él le había dicho. Pero uno y otro cometieron la enorme imprudencia de guardar profundo silencio acerca de la muerte del muchacho postillón.

Entretanto, inquieto el padre con la demora de su regreso por dos noches y un día todo entero, se puso en su busca por los campos, hasta que en efecto dió con el cadáver del niño algo á trasmano de la línea recta que debían haber seguido: circunstancia que don Juan José explicó, cuando se le hizo tan tremendo cargo, diciendo que á causa de la borrasca los caballos se les habían alejado y que para no perecer habían tratado de andar algunas cuabras y ver si tomaban alguno, hasta que la rigidez de la noche los había postrado.

El padre del joven no aceptó esas explicaciones y persistió en asegurar que Carrera le había ahogado oprimiéndole el pecho para ocultar su ruta; que si se había quedado solo, había sido para que Alvarez le trajese nuevos caballos con que adelantar su camino y ganar tiempo. El cadáver estaba, en efecto, muy amoratado; pero la imposibilidad de hacer allí una inspección profesional autorizaba la duda. La excusa del hambre habría sido buena para que Carrera se hubiese adelantado á la posta, decía el acusador, pero no para que se hubiese quedado en la pampa.

Bajo el peso de un hecho como éste la historia tiene que bajar la vista y enmudecer. No pudiendo vindicar, no puede ni debe inculcar en los indicios desfavorables que podría seguir la razón y la lógica jurídica, contra un desgraciado cuya sangre corrió en el patíbulo como la de una víctima política. Pero es incuestionable que el padre de ese niño que se había sacrificado en el desempeño humilde de su deber, debió mirar esa triste y lúgubre ejecución como una reparación justa y debida á los manes de su tierno hijo.

A los pocos días de su prisión, don Juan José fué remitido por Dupuy á la cárcel de Mendoza, donde se hallaba también don Luis; y allí comenzó esa larga y azarosa causa de los dos hermanos que tanto ruido hizo, y que á medida que se adelantaba perdía su primera importancia, porque con excepción del incidente del postillón y del mal espíritu que era preciso sofocar en Chile, todo lo demás del plan era un miserable desatino que en ningún caso podía haberse llevado á cabo ni producir resultados serios.

Si como era evidente la prisión de los dos Carrera había sido una buena fortuna para O'Higgins, más favorables eran las coincidencias con que ella había venido á servir el vivo interés con que el gobierno argentino miraba la conservación del orden interior. Ni Pueyrredón, ni San Martín tenían motivos de odio personal contra los presos de Mendoza; y la verdad es que habían hecho de su parte cuanto era dable en las circunstancias por asegurarles una posición honorable y lucida que los mantuviese á distancia de Chile mientras se conseguía

expulsar á los españoles y expedicionar sobre el Perú. Pero convencidos de la terquedad y de la incansable saña con que don José Miguel y sus secuaces estaban resueltos á buscar complicaciones y medios de venganza en los azares del desorden popular, sabían que presos ahora dos de ellos y amenazados de un serio castigo en caso de que su propio hermano los comprometiera con una conducta imprudente, podían contar con que este hombre incorregible se contendría en sus atentados, y que se resignaría á una estricta tranquilidad, prescindiendo de intrigas ó tentativas peligrosas.

Tan acertado era este cálculo, que precisamente en aquellos días estaba empeñado don José Miguel en obtener auxilio de tropas y armamento naval, de la buena voluntad con que el general Lecor y don Nicolás Herrera lo habían recibido en Montevideo. Halagaba al uno con la amistad que lo ligaba al general Alvear para contrapesar la influencia de San Martín en el ejército argentino, y al otro con la probabilidad de que un trastorno en Chile y en Cuyo le libaran del temor de que el gobierno de Buenos Aires pudiera tomar parte en la guerra que le hacían los orientales. En la voraz actividad de su espíritu había tratado también de ligar relaciones con Artigas para combinar elementos disolventes que desde Santafé cundiesen en Córdoba, en San Luis y en Mendoza. Todo le venía bien y en todo ponía su mano, estrellándose cada día en los obstáculos de un lado y buscando al otro día como doblarlos por el otro lado. En medio de estos afanes le llegó la noticia del contratiempo ocurrido á sus hermanos.

Tanta razón y tanto acierto tenían los cálculos del general y del Supremo Director, que don José Miguel al saber este contratiempo le escribía así á la señora doña Javiera: «La situación de mis hermanos me tiene atado y perplejo. Todo quisiera hacer por ellos. Pero no sé cómo ni qué pedir. Preséntate al Congreso y ve al Director para que *los traigan á Buenos Aires*. Si han delinquido no ha podido ser sino contra el país en que se hallaban y en donde han sido tomados. Y si su crimen ha sido querer fomentar mis intereses en Chile, en Mendoza no hay jurisdicción para encausarlos y castigarlos. Su causa corresponde al gobierno general; y éste no tiene derecho á otra cosa que á expulsarlos del territorio donde hayan preparado esos trabajos... Mientras estén presos yo no puedo moverme de aquí ni emprender nada, aún cuando pueda llegar la fragata *Scott* cuya demora me tiene pensativo... Bien es que aún llegando nada haría quizás, por el amor de ellos, y calcula tú el estado de mi espíritu». Pero según consta del proceso, su hermano don Juan José había declarado que una de las bases de la conspiración era obrar de acuerdo con Artigas y con Mariano Vera, el gobernador de Santafé; y el mismo don José Miguel, con fecha 24 de julio había escrito á su señora: «Pronto estaré con Artigas, y de ahí á Chile».

Y en efecto: desengañado, y conociendo que el general Lecor no pasaría jamás de los melosos cumplimientos y exquisita urbanidad con que lo trataba, no tardó en irritarse contra esta conducta que él llamaba desleal, y echó el fuego de sus esperanzas del lado de Artigas. Tratando, empero, de no

hacer acto propio ni ostensible, se valió del fraile franciscano Solano García, hijo de Chile y buen amigo suyo. Era este fraile hábil é industrioso en pequeños trabajos de mano; y aunque la cosa era poco concordante con su carácter sacerdotal, había trabajado unas excelentes planchas de madera con que estampaba naipes, y las usaba en provecho propio, no muy limpio quizá. Valióse Carrera de él para que le propiciase la protección y el favor de Artigas; y con ese fin inventaron un ingeniosísimo modo de captarse el cariño del caudillo oriental, que fué estampar en el *As de Oro* una orla de gloria con esta inscripción:

*Con su valor y fatigas
Libertó la patria Artigas (3).*

El presente era naturalmente apropiado á la popularidad y al influjo que quería mantener Artigas entre los semisalvajes y bandoleros del litoral dados con frenesí al juego de naipes; y el fraile Solano García se dirigió al campamento de la *Purificación* con buenas docenas de esos naipes, que regaló ó expendió según las clases y sujetos con quienes se puso en contacto.

Pero Artigas era demasiado desconfiado y cauto para recibir al fraile García sin inspección secreta de su policía. Supo muy pronto que era agente de Carrera: los elogios que hacía de éste lo confirmaron en que para algo se le buscaba; y no tardó en saber que se hacían diligencias para que Carrera pasara á Entreríos y se uniese con Ramírez y con

(3) Vicuña Mackenna.

Vera, de quienes (del primero sobre todo) tenía ya grandes celos y cuidados el caudillo oriental. Provocó él mismo las confidencias del fraile fingiéndose bien dispuesto, y cuando éste se confió en servicio de su mandante, Artigas prorrumpió en palabras terribles contra Carrera, hasta asegurar que si caía en sus manos lo haría degollar, pues por cuenta de Lecor y de los portugueses *maquinaba anarquizarle los pueblos libres que se habían puesto bajo su protección*. Sin más ni más expulsó en el instante al emisario de los naipes, que regresó como pudo en un lanchón y bastante de prisa. Los hombres de este jaez son demasiado astutos para admitir á su lado cooperadores con pretensiones de valer tanto ó más que ellos; y por eso Artigas y Carrera eran incompatibles.

Faltóle pues á don José Miguel, y de golpe, todo cuanto había combinado y tentado para continuar sus empresas contra O'Higgins y San Martín. Perdida toda esperanza de que lo protegiese el general portugués, rechazado y amenazado por Artigas, desparramados y presos sus mejores partidarios, y «atado y perplejo por la suerte de sus hermanos» no le quedaba más arbitrio que resignarse á una inacción desesperante, á una cruel y lenta expectativa, mientras se seguía, unas veces en Chile, otras veces en Mendoza, la causa criminal de sus hermanos, cuya principal gravedad no tanto era su faz política por lo pronto, cuanto su carácter criminal por el presunto asesinato del joven, hijo del maestro de la posta de *San José*.

De genio demasiado altivo, ó indómito, si se quiere, para resignarse á tanta desgracia, no pen-

saba don Luis en otra cosa que en combinar medios de evasión. Nunca menos que ahora era posible dejarlo entrar en Chile. Talcahuano se sostenía, y no era éste chico contratiempo para la causa de la independencia, porque no sólo era una plaza fortificada, sino un puerto seguro y bien situado para que la nueva expedición que acababa de salir del Callao con cuatro mil soldados, europeos en su mayor parte, tomase tierra en el centro mismo del territorio, y á la vanguardia de las numerosas masas de *Chillanejos* y de *Chilotes* que ocupaban todo el país al sur de Bío-Bío. La entrada de los Carrera y el alzamiento de su partido al favor de una situación tan complicada y tan peligrosa, habría traído el rompimiento de la guerra civil en medio de la guerra nacional: es decir, una coincidencia como la de *Rancagua* que era menester impedir á toda costa. El general San Martín, hartó y justamente preocupado con tan grande peligro le escribía al gobernador de Cuyo, general Luzuriaga: «Redoble Vuestra Señoría su infatigable vigilancia *por la seguridad de los Carrera*; pues se me repiten los avisos de que se trata con empeño de promover su fuga».

Y era verdad: don Luis había armado en la cárcel una nueva conspiración. Puesto al habla con el sargento Solís, chileno, que con frecuencia venía con la guardia de la cárcel, consiguió interesar su compasión con demostraciones de amistad, con lamentos sobre su desgracia, y promesas de todo género. Solís le procuró la adhesión de unos treinta *cívicos* y otros perdularios, que se dejaron halagar con las brillantes recompensas que les esperaban en Chile una vez que los reos se viesan allí en li-

bertad. El plan de la conspiración era ridículo; no se limitaba á la fuga, sino que aspiraba á derribar el gobierno y apoderarse de la provincia. Para esto los conjurados se proponían asaltar la guardia, poner en libertad y armar treinta y cuatro presidiarios que estaban en la cárcel; sorprender á Luzuriaga, á Corvalán, jefe de plaza, al mayor de los cívicos don M. Martínez y á otros muchos; llamar á las armas á todos los chilenos esparcidos por la provincia; reunir á los numerosos prisioneros españoles tomados en *Chacabuco* con otros que Güemes había remitido para alejarlos de aquella frontera; arrastrar con estas fuerzas á los cívicos de Mendoza, organizando un gobierno terrible; apoderarse de San Juan, y sacar recursos por contribuciones para entrar por el Sur en Chile, levantar el país, y ponerse en aptitud de exigirle á San Martín que expedicionase al Perú con sus tropas, ó que se retirase por la Cordillera libremente. Por el plan puede deducirse la capacidad de estos obcecados sediciosos. Bien le había escrito don José Miguel á su hermana: «Mis hermanos se pierden. No son hombres para estas empresas. No tienen discreción ni recursos; ni es ésta tampoco la época» (4).

Don Juan José era escaso de fantasía, pero tenía un sentido más práctico que el de don Luis; y cuando los soldados confabulados le impusieron de lo acordado dándole una lima para que se librase de los grillos y estuviese pronto á obrar, se resistió á creer que su hermano hubiera caído en semejantes sueños y exigió prueba escrita para contestar.

(4) · Vicuña Mackenna, § XI, cap. VIII.

A la verdad que el estado moral de ambos presos debía ser amargo. Creían que estaban bajo la mano de enemigos duros y terribles. La pasión les impedía formarse una idea exacta del ánimo de San Martín; y creían que no debían contar con otra esperanza de salvar de los tormentos, del mal trato y de la muerte, sino con su propio esfuerzo para romper sus cadenas. El encierro combinado con el insomnio y con la desesperación, bastan para enloquecer á los hombres, como lo saben hoy todos los criminalistas modernos.

Convencido al fin don Juan José de que su hermano había concertado realmente aquel complot, contestó que él no haría otra cosa que cooperar hasta recobrar su libertad, para *ocultarse en Chile en el seno de su familia, pues estaba hastiado de la vida política*, y decidido á no continuar en las amarguras que ella le había ocasionado.

Preparados al golpe, los conjurados designaron para darlo la noche del 25 de febrero de 1818, día en que Solís entraba de guardia. Como éste había hablado y comprometido á varios individuos del pueblo, luego que cayó la tarde del día fatal se fué á ver á uno de ellos llamado Olmos, que podía arrastrar y capitanear doce ó quince *cívicos*. Al oír Olmos que estaba inmediata la ejecución de sus promesas, se sintió turbado, y decayó perplejo su espíritu: la agitación y el miedo aumentaron su confusión por instantes; y en vez de ir á reunir su gente, se resolvió, al cabo de media hora de tribulaciones, á presentarse á Luzuriaga y revelarle toda la conjuración, confesando la parte que tenía en ella.

Luzuriaga lo secuestró inmediatamente; y lla-

mando en el acto una fuerza veterana, con oficiales de su confianza, se presentó en la cárcel, prendió la guardia de cívicos, los engrilló, los metió en los calabozos, redobló las prisiones de los Carrera, y comenzó á instruir el nuevo proceso en aquella misma noche.

Cuando daba cuenta de todo esto al general San Martín en la madrugada siguiente, el licenciado don Juan de la Cruz Vargas, á quien el gobierno había nombrado juez instructor, escribía también al mismo general lamentándose de que Luzuriaga hubiese procedido tan tontamente. «No ha sabido jugar el lance, le decía en estilo de naipes. El debió dejarlos salir, y tener apostados doce hombres por allí cerca, y haberlos tiroteado á ellos y á la guardia ganada que escapaba con ellos. Tiene usted una justicia pronta, bien merecida en el mismo hecho de la delincuencia, y nos librábamos de este modo de estos diablos, y *de las consideraciones, que no atino por qué fundamento les dispensan los gobiernos*, MÁXIME EL DE NUESTRO ESTADO. ¡Luzuriaga no estuvo en el golpe!»

De las declaraciones que se les tomaron resultó comprobadísimo el plan. Todos los testigos convinieron en que su autor y cabeza era don Luis. El mismo don Juan José declaró en 2 de marzo que los emisarios de su hermano le habían dicho que una parte del plan *era ponerse de acuerdo con Artigas y con Vera el de Santafé*, y protestó que él no se había prestado á nada más que á escaparse para esconderse tranquilo en Chile; que ignoraba lo que hubieran acordado los otros, pues jamás había pensado ni intentado TRASTORNAR EL BUEN ORDEN QUE

REINABA EN MENDOZA. En obsequio de la justicia, es preciso convenir en que esto era estrictamente cierto.

Envuelto don Luis en tan concluyentes declaraciones, vió que no le quedaba disculpa. Toda la dignidad de su alma se alzó soberbia de repente contra su propia confusión, y fastidiado por la fuerza de los cargos, dijo que iba á declararlo todo, si el gobierno le prometía perdonar á los infelices á quienes había seducido y engañado, protestando que su hermano don Juan José era enteramente inocente. Luzuriaga ofreció el perdón (que á su tiempo fué cumplido religiosamente) y don Luis confesó todo lo que antes hemos narrado con la franqueza caballescica y entera que era propia de su carácter.

Nada más desagradable para el Gobierno Directorial que esta tediosa inmixción de la política de Chile con los negocios interiores de las Provincias Unidas; y hartó caro pagaban éstas sus glorias del otro lado de las Cordilleras, con las fatigas y los sinsabores que esas complicaciones causaban continuamente.

La cuestión portuguesa tratada con suprema habilidad y heroico patriotismo por don Manuel José García, tomaba el sesgo altamente satisfactorio que conocemos. El gabinete de Río Janeiro había prometido categóricamente que la ocupación de la Banda Oriental sería transitoria, y concretada únicamente á la expulsión de Artigas y restablecimiento del orden (5), y que como una consecuencia de esta

(5) No debe olvidarse jamás que si esta gloria de la diplomacia argentina no tuvo su completa consecuencia después, fué porque los mismos orientales expresaron su

base amigable, el Brasil se abstendría de pisar con sus fuerzas las provincias de Entreríos y Corrientes; pero con la condición natural de que el gobierno argentino las sometiese á su autoridad, poniéndolas en orden é impidiendo que Artigas levantase fuerzas allí, y las emplease en hacer la guerra á las tropas portuguesas que ocupaban la otra costa.

Claro es que desde el punto de vista del derecho internacional el gobierno portugués tenía razón en exigir que las provincias del gobierno nacional, ó amigo, no sirviesen de cuartel y reclutamiento á su enemigo; porque de otro modo le incumbía el derecho de atravesar el Uruguay y de perseguir las bandas de Artigas en el territorio argentino.

Privado del ejército de los Andes, y no pudiendo disponer del que formaba el general Belgrano en Tucumán, que servía de reserva á las fuerzas de Güemes al frente del formidable ejército español que mandaba Laserna, se puede decir que el gobierno de Buenos Aires estaba en completa incapacidad de someter la rebelión de Santafé y de ocupar Entreríos. Contaba para la defensa de la capital y de las fronteras en que los indios salvajes, á veinte leguas, hacían sus atroces correrías y saqueos, con dos batallones de negros (africanos en la mayor parte) y con un cuerpo de dragones sin ninguna disciplina ni consistencia. Y no solamente era esto, sino que le faltaba buena oficialidad; porque toda la que va-

voluntad de que preferían convertirse en provincia brasileña antes que volver á la integridad nacional argentina, y que fué en este último acto en el que el Brasil apoyó su derecho contra las reclamaciones que el gobierno argentino le hizo para que cumpliera sus primitivas declaraciones.

lía algo, y era capaz de mantener el buen nombre nacional, se hallaba dentro ó alrededor de aquellos dos ejércitos en acción.

Sucedió entretanto lo que era de temerse en tan triste situación. Derrotado Artigas en el *Quaraim*, y deshechos sus tenientes en la *India muerta* (6), desparramó sus emisarios por toda la costa occidental del Uruguay y por Corrientes. Servido allí por Ramírez, el alzado jefe de Entreríos, aliado suyo en el levantamiento contra el orden nacional, reorganizó numerosísimos grupos de gauchos y de indios jinetes; disciplinó tres batallones, y preparó algunas fuerzas en el centro de la provincia fuera del alcance de los portugueses, con lo que volvió á echarse á la Banda Oriental donde al momento respondió un nuevo alzamiento, tan general como espontáneo, de valientísimos bárbaros con no pocos forajidos. En muy pocos meses, se vió el general Lecor verdaderamente asediado en Montevideo, falto de ganado vacuno y de artículos de campaña, privado sobre todo de caballos y sin medios de adquirirlos, ó de mantenerlos para operar en campaña. El resultado fué que se viera encerrado en la plaza, en pleno bandolerismo toda la campaña, y completamente cortadas sus comunicaciones con las fuerzas y autoridades portuguesas de la frontera del *Yaguarón* y de *Santa Ana*.

Forzados se vieron, pues, los portugueses á emprender una nueva y laboriosa invasión para despejar el país de aquellos enjambres de partidas que lo recorrían; y se acordó entre ellos que el general

(6) Véase el vol. VI, pág. 316 y siguientes.

Lecor hiciera entrar por el Uruguay una escuadrilla sutil que despejara la costa á uno y otro lado, y que sirviera de apoyo á una fuerte división de tropas que bajaría recorriendo la costa oriental del mismo río, y empujando los grupos enemigos hacia adentro del país, á fin de que pudiesen caer bajo las divisiones del general Curado, marqués de Alegrete y del general Abreu, que debían entrar, por Santa Ana el uno y por el Yaguarón el otro.

Las costas del Uruguay ofrecían entonces una vasta y solemne soledad abandonada á la barbarie en su estado primitivo, donde rara vez se veía ó se oía otra cosa que el canto de las aves, el rugido del jaguar, ó el murmullo del magnífico río llevando en su corriente la frágil canoa del indio leñador. La navegación era dudosísima y muy difícil para buques de vela y de construcción ordinaria como los de aquel tiempo. La escuadrilla portuguesa tenía, pues, que marchar cautamente, con suma lentitud; y sucedió que al pasar cerca de la costa entrerriana, entre *Gualeguaychú* y el Arroyo de la China, dió con una batería emboscada en las arboledas que le hizo fuego desde tierra, causándole algunos daños. Don Jacinto Roque de Sena Pereira, jefe de la escuadrilla, contestó ruidosamente, armándose con este motivo un infernal pero vano cañoneo que alborotó por demás los ecos de aquellas quietas regiones. Este estrepitoso ruido llevado por aquellos ámbitos solitarios, fué oído por las avanzadas portuguesas que venían ya próximas al *Queguay*; y habiendo dado parte inmediato al general Curado de aquella importante novedad, éste comprendió que la causa sería la llegada de los buquecillos de

su nación, y adelantó inmediatamente fuerzas bastante con orden de aproximarse al lugar del tiroteo. Dieron estas fuerzas al otro día con los buques que seguían subiendo el río, y recibieron informes unos y otros del estado de las cosas. Con el grande interés de que esta vía única de comunicación no fuese interrumpida por la batería que había hecho fuego á la escuadrilla, el general portugués le ordenó al jefe *riograndés* Bentos Manuel que atravesase el Uruguay llevando los caballos á nado; que atacase la villa de la Concepción en el Arroyo de la China y destruyese la batería.

En esa villa era donde Artigas tenía depositada la caja del dinero con que contaba. Hallábanse allí también, agrupadas sin hogar ni recursos, más de trescientas familias arrancadas de la otra costa, que habían visto incendiar sus casas, arrebatar sus bienes y sus enseres, como necesarios á las bandas del jefe y con el fin de dejar vacío y yermo el terreno en que habían de pisar los enemigos. Muchas personas de ambos sexos que no se habían apurado á ponerse en camino, habían sido pasadas á cuchillo á vista de sus deudos por las partidas que intimaban la orden.

Bentos Manuel atravesó el Uruguay, arrolló á los artiguistas hasta tres leguas al interior; entró en el Arroyo de la China, tomó dinero, armas, cañones, y cometió el desacato de imponer una contribución de 4,000 pesos á los vecinos entrerrianos, con el pretexto de que era necesaria para auxiliar á las familias arrancadas de su país, y proveer á su regreso bajo la custodia y la protección de las armas portuguesas.

Este ataque á la costa entrerriana causó en Buenos Aires una ruidosa irritación. Fué traído y puesto en prisiones el infeliz comandante de un buquecillo que hacía la guardia en Martín García, por haber dejado pasar la escuadrilla portuguesa; y el Director reclamó inmediatamente contra esa agresión. Lecor insistió en el buen derecho del general Curado para aquel acto. Desde que el gobierno de Buenos Aires (decía) no asegure con fuerzas propias la navegación del Uruguay por la parte argentina, es indispensable que los portugueses usen de los medios permitidos para su propia defensa, con tanta mayor razón cuanto que la agresión y los tiros habían procedido de la costa entrerriana. El Director no podía dejar de asentir á la justicia de la observación, y se vió forzado á enviar fuerzas contra las montoneras de Entreríos.

Dominaba en las regiones entrerrianas del Uruguay don Francisco Ramírez, gaucha mestizo ambicioso y resuelto, que se creía llamado á grandes destinos, y que no carecía de cierta amplitud en las ideas y aún de buenas dotes militares. Ligado con Artigas en los propósitos generales, había empezado á sentirse más fuerte que Artigas mismo en su propio terreno de Entreríos donde Artigas *era extranjero*, mientras que Ramírez era *nativo*. A fe que esta doctrina de la propiedad local, era la del maestro, y no tenía éste derecho á quejarse. Puesto en esta pendiente Ramírez se hacía cada vez más soberbio, asegurando de más en más su independencia local. Aunque gran federal por su cuenta, lo único que él sabía de las teorías federales era que ellas tenían por base un régimen en el que cada

provincia debe ser dueña de sí misma y cada caudillo dueño absoluto de su provincia; lo que él traducía como un dogma constitucional sin atenuaciones en provecho de su propio poder absoluto y personal. Reconociéndose con más aptitudes y fuerzas que los otros caudillejos que dominaban en Gualeguay y del lado del Paraná, había tomado ya la resolución de arrojarlos para quedar por árbitro único de todo su territorio.

Conocidas esas ambiciosas pretensiones que ya mostraba Ramírez de hacerse el jefe omnipotente de Entreríos, se alarmaron algunos de los que hasta entonces habían compartido con él el poder anárquico á que los autorizaba el caudillaje de Artigas, y se consideraron perdidos si no volvían sus ojos al gobierno nacional. Ramírez tenía la base de su influjo en las costas del Uruguay; y aunque predominante en todo el territorio, figuraban del lado del Paraná algunos jefes que con más ó menos razón se creían amenazados por él, y capaces de derrumbar su influencia si conseguían ser apoyados por Buenos Aires. Entre éstos era el comandante Eusebio Hereñú el que se atribuía más popularidad, pero se inclinaban también á sus mismas ideas los de igual grado Gregorio Samaniego, Gervasio Correas y Evaristo Carriego, hombre hábil este último, y muy á propósito para manejar el asunto con éxito. Unidos por el mismo temor y puestos de acuerdo, ofrecieron al Supremo Director provocar la reconciliación de los pueblos argentinos del litoral si él por su parte los auxiliaba con algunas tropas.

La ocasión era favorable y coincidía además con la necesidad imperiosa en que el gobierno nacional

se hallaba de tomar posesión de Entreríos para evitar que los portugueses tuvieran necesidad de entrar allí á pretexto de perseguir y desarmar las partidas de Artigas. El Supremo Director cometió el imperdonable error de no haberse puesto de acuerdo con los jefes portugueses para obrar en combinación. Si lo hubiera hecho, habría asegurado la victoria; y desde aquel día se habría consolidado para siempre la tranquilidad y la integridad del organismo político nacional argentino. Pero temió Pueyrredón las acusaciones de sus enemigos políticos: le faltó valor para afrontar el gran problema en el momento en que mejor y más completamente podía haberlo resuelto; y sin fuerzas adecuadas, sin medios consistentes, emprendió la sumisión del inmenso país barbarizado que se trataba de sujetar al orden.

La suerte de los vecindarios pacíficos y de las familias entrerrianas era de lo más desgraciado que la imaginación pueda concebir. La desnudez, el hambre y la desolación habría sido poco todavía si con la miseria pública no anduviese obrando á sus anchas el saqueo, la violación y el asesinato, sin piedad ni asilo respetado. Todos los días llegaban mujeres prófugas á las costas y á las islas de San Nicolás, pidiendo pan y andrajos, y contando horrores de lo que allá quedaba por detrás de ellas. El comandante Samaniego avisó que habiendo despertado las sospechas de los sicarios del artiguismo había tenido que armarse y llamar á sus amigos en derredor suyo; que esto había bastado para que se cometiesen tales tropelías que de los pueblos de Gualaguay y de Gualaguaychú habían venido á asilarse un número considerable de familias pidién-

dole que las trasportase á las costas de Buenos Aires. Pero que no tenía recursos para servir las, ni podría sostenerse si no se le mandaban auxilios.

El Supremo Director no pudo desoir las plegarias de tantos infelices; y haciendo un grande esfuerzo mandó aprontar de prisa una división de ochocientos hombres, y la envió á las órdenes de don Luciano de Montes de Oca, coronel graduado de milicias. Era este jefe un hombre honorable, pero de poquísimos alcances y sin antecedentes militares. Lo que determinó su elección fué la suposición de que conocía bien los lugares donde había de operar, y de que gozaba en ellos de mucha y justa estimación.

El 19 de diciembre de 1817 llegó la pequeña expedición al paso de los *Toldos* en el río Gualeguay. Allí le esperaban los jefes entrerrianos convenidos ya en pronunciarse contra Artigas y contra Ramírez. Tenían como 200 hombres del país, en su mayor parte vecinos de los pueblos ansiosos de sacudir la situación espantosa en que se hallaba la provincia. Estaban además con ellos todas las familias de Gualeguay y Gualeguaychú que habían venido buscando el amparo de las fuerzas nacionales. «Es imponderable (dice el coronel Montes de Oca en su parte, datado el 20 de diciembre en el Paso de los *Toldos*) la sensación que hizo en este ejército auxiliar el estado de miseria en que encontramos á estas gentes; en términos que para alimentarlas fué preciso partir de nuestros víveres, y sólo el olvido que manifestaban de sus trabajos con el regocijo del auxilio pudo mitigar nuestra compasión».

Ese mismo día en que desembarcó la división,

se presentó á cierta distancia, en actitud de observación, un grupo como de 300 jinetes. Adelantóse sobre ellos una fuerza de infantería en guerrilla, y se pusieron en retirada perdiéndose dentro de los bosques del río Guauguay, que eran entonces más difíciles de penetrar que ahora, con una fuerza tan diminuta. El comandante Samaniego le observó al jefe de la división que era indispensable perseguir de cerca al enemigo sin dejarle tiempo de engrosar su fuerza, de retirar los ganados y caballos, y quemar las habitaciones para dejar asolados y sin recursos los lugares por donde tendrían que marchar. El coronel Montes de Oca reforzó en el acto la partida de Samaniego con 25 húsares, otros tantos dragones y 50 infantes; ordenándole que persiguiese á Ramírez hasta Guauguaychú, y que se inclinase á la derecha hacia el Uruguay cuya dirección tomó él mismo con el grueso de su fuerza costearlo la margen izquierda del Guauguay. Pero en la noche cambió Ramírez de rumbo, tomó las puntas del Arroyo Ceballos, y el 26 de diciembre (1817) cayó sobre Montes de Oca, y le destrozó literalmente la caballería, dejándolo reducido al cuadro de los infantes. Bajo el peso de esta desgracia emprendió una retirada desastrosa por entre pantanos y esteros, abandonó los tres cañones que llevaba, perdió los bagajes y un crecido número de soldados dispersos, muertos y prisioneros. Pudo por fortuna llegar con los infantes á la villa de Guauguay: se fortificó á la ligera, y comunicó al gobierno diciéndole que se consideraba perdido si en cuatro ó cinco días no se le enviaban auxilios; pues rodeado de familias fugitivas é indigentes no tenía ni qué co-

mer. Samaniego tuvo que dispersar su tropa, y cada uno de los que lo acompañaban escapó como pudo.

A la noticia del desastre acudieron del Paraná el coronel Hereñú y el comandante Carriego, al mismo tiempo que el Director hacía salir de la capital con toda urgencia y con algunas tropas, al general don Marcos Balcarce. La situación en que este jefe encontró las cosas no le permitía continuar con éxito la campaña contra los montoneros, y contrajo sus cuidados á ponerse en retirada con las familias y con sus tropas hacia un punto cercano del Paraná por donde le fuera posible atravesar á *San Nicolás de los Arroyos*. Con esta retirada de las tropas porteñas, Hereñú, Samaniego, Carriego y los demás que habían tratado de hacer partido contra Artigas, tuvieron que huir también, y Entreríos quedó totalmente sometido á Ramírez y á su hermano materno Ricardo López Jordán. Cuatrocientas familias abandonaron aquella provincia. Su estado era más bárbaro todavía que el de la Banda Oriental, aunque asimismo no lo era tanto como el de Corrientes donde imperaba un indio llamado ANDRESITO. Estas familias fueron trasladadas á Buenos Aires, y el Cabildo se encargó de sostenerlas ayudado de la caridad pública.

Impuesto Artigas de que en Buenos Aires se preparaba esta desgraciada expedición, se lo había comunicado á Ramírez para que se previniese, trascribiéndole la famosa nota del 13 de noviembre de 1817 con el encargo de hacerla circular en Santafé y en las demás provincias del interior. La referida nota era un papel indescifrable y monstruoso, parto de una cabeza en delirio y obra maestra del

fraile Monterroso que le servía de secretario. La pieza merece ser conocida en todos sus detalles: contiene el mejor retrato que podría hacerse del personaje, de su política, de su estilo, de sus procedimientos y de sus propósitos.

«¿Hasta cuándo pretende Vuestra Excelencia apurar mis sufrimientos?... Ese gobierno debe haber reconocido mi delicadeza por la inalienabilidad de los derechos sagrados del pueblo oriental. ¿Y Vuestra Excelencia se atreve á profanarlos? ¿Vuestra Excelencia empeñado á provocar mi moderación? ¡Tiemble Vuestra Excelencia sólo al considerarlo!... Promovida la agresión de los portugueses, Vuestra Excelencia es criminoso en repetir los insultos con que los enemigos creen asegurada su empresa.—En vano querrá Vuestra Excelencia ostentar la generosidad de sus sentimientos.—Ella es desmentida por el orden mismo de los sucesos, y éstos convencen que Vuestra Excelencia es más escrupuloso en complicar los momentos, que en promover aquella santa energía que reanima á los libres contra el poder de los tiranos.—De otra suerte ¿cómo podía Vuestra Excelencia haber publicado en el último diciembre el pretendido reconocimiento de la Banda Oriental? (7) CRIMEN TAN HORRENDO PUDIERON SÓLO COMETERLO MANOS IMPURAS.—¿Y Vuestra Excelencia se atrevió á firmarlo?... Era conforme á los misteriosos planes de Vuestra Excelencia derribar al mejor coloso contra la iniquidad de sus miras... Efectivamente conocía usted

(7) Alude al acuerdo del 8 de diciembre que puede verse en el vol. VI, pág. 335.

(sic) mi dignidad y sabía que un justo reproche era todo el resultado debido á su perfidia.—Sin embargo, éste era un pedestal en que debía Vuestra Excelencia asegurarse contra las invectivas de la neutralidad más vergonzosa. Ella jamás podrá coonestar delitos tan manifiestos... Por ellos se autorizó Vuestra Excelencia á disponer de la escuadrilla para promover la insurrección de la Banda Oriental.—Por ella formó Vuestra Excelencia el triste proyecto de repetir tercera expedición sobre Santafé, y *animar las intrigas del Paraná*... Por ella, en fin, logró Vuestra Excelencia mezclarse á tiempo para avivar la chispa de la discordia, para complotarse con los portugueses y tramar la deserción del *Regimiento de Libertos* á la plaza, franqueándole el paso, y recibirlos Vuestra Excelencia en esa como en un triunfo. Un hecho de esa trascendencia no puede indicarse sin escándalo. ¿Y Vuestra Excelencia es todavía el Director de Buenos Aires? Un jefe portugués no hubiera operado tan descaradamente... ¡Oh! ¡qué dulce es el nombre de la patria y que áspero es el camino de la virtud!... Confiese Vuestra Excelencia que sólo por realizar sus intrigas puede representar ante el público el papel ridículo de un neutral... Pero sea Vuestra Excelencia un neutral, un indiferente ó un enemigo, tema la justa indignidad ocasionada por sus desvaríos:—tema y tema con justicia el desenfreno de unos pueblos que, sacrificados por el amor á la libertad, nada les acobarda tanto como perderla. Desista Vuestra Excelencia de concebir tan pobre pensamiento, que sobre los fragmentos de sus ruinas podrá cimentarse un día el alto Capitolio que simbolice nuestra de-

gradación (?). La grandeza de los orientales sólo es comparable á sí misma. Ellos saben desafiar los peligros y superarlos: reviven á la presencia de sus opresores. Yo á su frente marcharé donde primero se presente el peligro. Vuestra Excelencia ya me conoce y debe temer la justicia de la reconvención».

El hombre estaba loco, como se ve: la rabia de haber provocado él mismo su ruina y la de su país, la conciencia de la torpeza con que había hecho imposible la reconciliación que los habría salvado, lo ahoga, lo enfurece, lo hace estallar en improperios de fiera: propala propósitos de muerte y de exterminio contra los mismos á quienes pide socorros, y los pide pretendiendo hacerlos temblar cuando su derrota y su caída eran ya de notoria evidencia. Pero, véase cómo sigue:

«Confieso á Vuestra Excelencia que haciendo alarde de toda mi moderación *he tenido que violentarme por no* COMPLICAR los preciosos instantes en que la patria reclama la reconcentración de sus esfuerzos». En prueba de sus buenas recomendaciones por la paz, pero por la paz á su modo, agrega estas sandeces que revelan la barbarie y la crueldad de sus procederes habituales. «Yo abrí los puertos que debía mandar tener cerrados por razones poderosas; devolví á Vuestra Excelencia los oficiales prisioneros *que aún no habían purgado el delito de sus agresiones y violencias sobre la inocencia de los pueblos*. Vuestra Excelencia no puede desmentir estos actos de mi generosidad, sin que Vuestra Excelencia haya podido igualarlos, después de sus continuadas promesas por la reconciliación.»

A renglón seguido conviene cínicamente en que

había recibido auxilios; pero muestra la depravación de su alma en los términos mismos con que lo hace. «Es verdad que Vuestra Excelencia franqueó algún armamento al sitio (Montevideo) y al Paraná, *pero sin darme* el menor conocimiento. Esa doble intención de Vuestra Excelencia descubre el germen fecundo de sus maquinaciones. Convenía á las ideas de Vuestra Excelencia *ponerse á cubierto* de la responsabilidad de su inacción ante el tribunal de los pueblos, ¿y cree Vuestra Excelencia eludirla con REMESAS TAN RASTRERAS? ¿No acabamos de tocar sus resultados en las conspiraciones del Sitio y del Paraná? (8). Deje Vuestra Excelencia de ser generoso si han de experimentarse tan terribles consecuencias... Vuestra Excelencia puede gloriarse, no de haber servido á la patria, sino de haber apurado mi constancia, *hasta hacerme tocar el extremo de la desesperación*... ¿Y Vuestra Excelencia ha tenido la osadía de acriminar mi comportamiento en público y en secreto? ¿Soy yo por ventura como Vuestra Excelencia que necesita vindicarse con el público y *asalariar apologistas* en su favor?»

Podría preguntarse qué le había hecho el Gobierno Directorial y su presidente á este loco en pleno furor y desafuero... Nada, absolutamente nada. Desde 1814 en que se le dejó el absoluto derecho de mandar, estrujar, robar y matar á los orientales á su arbitrio, ni un solo soldado argentino había pisado el territorio oriental, ni una sola tentativa se

(8) Alude á los sucesos de Entreríos que acabamos de narrar, y á la deserción de Bauzá con sus oficiales y tropa.

había hecho para minar su autoridad. La misión García no había tenido por origen ni por primer motivo la destrucción de su caudillaje, sino la solicitud de protección contra España. La invasión portuguesa fué provocada por el mismo Artigas, y justificada precisamente por su alzamiento, sin ley ni nacionalidad conocida.

Sus actos de agresión en las provincias argentinas del litoral, la guerra á muerte que desató en ellas contra la soberanía argentina, su pretensión de usurpar allí la autoridad que no le pertenecía por título ninguno, la barbarie atroz de sus medios y de sus propósitos como esa misma nota lo revela, fué la que puso al gobierno argentino en la imprescindible necesidad de defender su genuino territorio, y de defenderse él mismo contra el vandalismo con que él lo dominaba. Bastante inclinado se había mostrado el gobierno de Buenos Aires á protegerlo contra los portugueses. Acababa de enviarle, como él mismo lo confiesa, veinte mil pesos, 300 fusiles nuevos, 500 sables, 30 mil cartuchos á bala, y dos cañones con 100 tiros de bala, y 100 metralhas. Lo único que se le exigía para tomar como propio el asunto, era que volviese á la integridad nacional argentina. Sin eso nada tenía él que reclamar: nada tampoco tenía su país que exigir, mientras continuase dominado por un gobierno bárbaro, sin formas orgánicas ni más bandera que la del vandalismo, la depredación, y los caprichos sanguinarios y delirantes de un monstruo. El fué quien hizo que la alianza portuguesa viniese á ser para el gobierno argentino un medio extremo de salvar la nación en las circunstancias más azarosas de nuestra historia.

Llevado de derrota en derrota, desde la del *Quarain* hasta la del *Catalán*, no encontró otro medio á que asirse, que el de pedir otra vez la protección del gobierno argentino por medio de un emisario privado á quien en todo caso podía desmentir impunemente. El Supremo Director le prestó oídos, porque el gabinete portugués había declarado al emisario argentino que desde que Artigas se subordinase y entregase el mando del país y las responsabilidades del orden interior al gobierno argentino, se abrirían negociaciones sobre la Banda Oriental y una rectificación de las fronteras en términos favorables al Brasil. Inclinado, pues, á negociar sobre estas bases, el Supremo Director, que no quería ser otra vez burlado, exigió que Artigas tomase la iniciativa, y que mandase comisarios en forma. Pero apenas supo las condiciones con que el Supremo Director le ofrecía su cooperación y apoyo, tronó otra vez enfurecida la soberbia enfermedad de este histérico caudillo. «Mi propuesta de junio de este año (1818) fué que Vuestra Excelencia me enviara diputados adornados con plenos poderes para estrechar los vínculos de la Unión. Vuestra Excelencia no pudo desconocer su importancia y se comprometió á remitir los diputados. Obra en mi poder la respuesta de Vuestra Excelencia datada en 10 del mismo junio (9). En consecuencia, anuncié á los pueblos el feliz resultado de mi propuesta. Todos esperábamos con ansia ese iris de paz y concordia. ¡Ni cómo era posible esperarse que Vuestra Excelencia dejase desairado (*sic*) el objeto de mis

(9) Falsísimo.

votos! Pero es un hecho, sin que hasta el presente otro haya sido el resultado que un desmayo vergonzoso con que se cubre de ignominia el nombre de Vuestra Excelencia. Para eludirla debía excusarse Vuestra Excelencia contra las tentativas del pueblo mismo de Buenos Aires: de aquí LA VULGARIDAD DE QUE YO HABÍA OFERTADO á Vuestra Excelencia diputados que se esperaban con el propio fin. Es muy poca dignidad en Vuestra Excelencia negarse tan descaradamente á los intereses de la conciliación, y acriminar por ocultar su perfidia. Este es el último insulto con que Vuestra Excelencia me PROVOCA. Vuestra Excelencia es un criminal é indigno de la menor consideración... Vuestra Excelencia no ha cesado de irritar mi moderación... y es responsable ante las aras de la patria de su inacción, ó de su malicia contra los intereses comunes. Entretanto desafío á Vuestra Excelencia AL FRENTE DE LOS ENEMIGOS, para combatir con energía y ostentar TODAS LAS VIRTUDES que deben hacer GLORIOSO el nombre americano».

¡Aquí está el hombre! He aquí su lenguaje y su cancillería. Inútil sería decir nada más sobre él, pues ahí está pintado. ¡Todo eso era lo que él se permitía decir del gobierno que había sabido preparar y consumir los triunfos de Chile; y se figuraba muy de veras que las glorias argentinas pendían de la estúpida empresa de MISIONES y de las correrías de sus hordas!...

Rara vez presentará la historia un personaje más inepto ni más obcecado, que haya ocupado un lugar más prominente en la historia de su país, y en la de los vecinos. Traidor en 1814 á las huestes

de la patria que luchaban en la Banda Oriental por sacudir el yugo español y por arrojar al opresor de las murallas de Montevideo; enconado en la guerra civil y en la obra del desquiciamiento cuando el país entero crujía bajo el peso de la guerra de la Independencia; sin haber cooperado jamás á los sacrificios, siempre solícito antes bien por arruinar los recursos apurados con que la causa nacional se defendía; enemigo de todo orden social, preocupado y retrógrado en todo, al mismo tiempo que cruel y descreído como un tigre; vencido siempre por los extranjeros, sin ninguna hazaña propia, y piedra de escándalo en todos los dolores de la revolución, ¡desafiaba todavía á los guerreros de TUCUMÁN, de SALTA y de CHACABUCO á que *ostentasen las virtudes que debían hacer glorioso el NUMBRE AMERICANO*, al frente de sus enemigos! ¡El!... El infeliz había perdido el criterio moral en los accesos del poder absoluto que no eran para su débil cabeza. Era un enfermo de los delirios del poder omnímodo, sanguinario y omnipotente, que no habiendo tenido la fortuna de enloquecerse del todo y de morir en los estremecimientos de la fiebre como Mazaniello, rugía devorado por el despecho cuando veía que había provocado su pérdida con sus propios desatinos.

Era tan malo y tan cruel, que aquel mismo Barreiro, aquel instrumento conocido de sus fechorías, hubo de ser la víctima de su rabia sombría. Este hombre que le había servido con toda fidelidad, había cometido un crimen á los ojos del loco; y era el de haber negociado y aceptado el acuerdo del 8 de diciembre (1816), restableciendo la integridad

nacional para alejar ó contener la invasión portuguesa (10).

Desechado ese acuerdo por Artigas fué imposible impedir que Lecor entrase en Montevideo; y leal á la causa que había defendido, Barreiro huyó de Montevideo, y fué con su señora y con sus hermanas á incorporarse al campamento de Artigas. No bien llegó cuando éste le mandó poner preso, y lo puso amarrado de pies y manos en el *cepo* de campaña (uno de los tormentos más bárbaros que se conocen) á unas varas de su misma tienda, y con centinela de vista, que con afectada compasión, y por orden superior sin duda, le decía que preparara su alma, pues estaba condenado á morir por traidor y por haber querido entregar la *patria Oriental* á los infames porteños. Afortunadamente para la víctima, á las dos noches de hallarse en esta cruel situación, tuvo lugar la sorpresa de *Arapehy*, y Barreiro, salvado por los portugueses, pasó á vivir obscuramente desde entonces á la villa de *Santa Ana do Libramento*.

Carrera también estaba en Montevideo á la sazón. Parecía natural á primera vista que hubiese corrido á reunirse con Artigas; pero se había guardado bien de cometer semejante imprudencia. Las gentes de esta estofa se comprenden á leguas. Bastante avisado por sí propio de lo que son las pasiones de un caudillo absoluto y perverso, sabía medir por su propia cuerda á los que eran de su temple, y había comprendido que era preciso no ponerse al alcance de sus garras. Pero se ocupaba con tesón en

(10) Véase vol. VI, pág. 335.

publicar manifiestos y en dirigir memoriales á Ramírez y al gobernador de Santafé Estanislao López, exponiéndoles las ventajas y fuerzas que él podría proporcionarles armando los emigrados chilenos, levantando el batallón número 10 compuesto en su mayor parte de chilenos y que estaba en Tucumán á las órdenes del coronel don Francisco Antonio Pinto, chileno también; con todo lo cual podía atacar las provincias de Cuyo, recorrer la de la Rioja engrosando sus fuerzas, y desbaratar muy pronto el ejército de Belgrano y el de San Martín, que eran en aquel momento la más grave amenaza que tenían los caudillos anarquistas del litoral.

CAPITULO IV

SITIO Y ASALTO DE TALCAHUANO

SUMARIO: El general Brayer y el coronel Juan Dauxion Lavaysse.—Decepción y ruina de las esperanzas.—Lavaysse y don José Miguel Carrera.—El mayor Beauchef.—La plaza de Talcahuano.—Estudios y opiniones sobre el asalto.—El coronel Las Heras.—Disposiciones y orden de ataque.—Exito completo de la derecha al mando del coronel Las Heras.—Descalabro del centro y de la izquierda.—Heroica retirada de Las Heras.—Aliento del espíritu militar en el ejército argentino.—Descrédito de Brayer.—Envío del emisario Torres á Lima.—Los fines y los resultados de la Comisión.—Apresos de la nueva tentativa del virrey Pezuela contra Chile.—Situación general de las cosas.

Eran el coronel Dauxion Lavaysse y el general don Miguel Brayer los dos oficiales de más categoría y mayor crédito que habían venido en la comitiva de don José Miguel Carrera. Ambos habían sido altamente recomendados por el ilustre mariscal Grouchy, emigrado como ellos en los Estados Unidos; y á creer á la hoja de servicios de cada uno, y á su indisputable crédito en los ejércitos de Napoleón I, parecían ser dos hombres de guerra científicos y probados. Brayer servía desde los 17 años y se había distinguido con Moreau en la famosa batalla de *Hohenlinden*, y en la no menos célebre de *Austerlitz*. En Prusia, en Silesia, en España había

subido de grado á grado con brillo hasta el puesto de general de una división de la guardia imperial. Restablecidos los Borbones, Brayer fué colmado de honores; pero á renglón seguido adhirióse á Napoleón en los *Cien días* como Ney con tantos otros y fué hecho conde y par de Francia. En Waterlloo mandaba 20,000 hombres, y se retiró honorablemente al interior de las fronteras francesas. Advertido allí de la extrema situación en que se hallaba su emperador, corre á él y le incita á que se ponga á la cabeza de su división y recomience la guerra. «Yo (dice Napoleón en su *Memorial*) habría debido montar á caballo cuando la división de Brayer se me presentó en la *Malmaison*, y hacerme conducir por ella al centro del ejército» (1). ¡Qué esperanzas! el héroe de las guerras de Italia había vivido mucho tiempo en las delicias del poder absoluto, y era ya un cobarde perseguido por los remordimientos y por la duda de su destino. Quería vivir,

(1) *Biographie des Contemporains* (1828). Esta obra, como es sabido, respondía á propósitos de oposición liberal, y aún bonapartista, contra el gobierno de Carlos X. No sería extraño, pues, que se hubiese exagerado los méritos de Brayer; y algo así podría deducirse del artículo bastante pálido que le consagra el *Diccionario* de Larousse, en el que no aparece como hombre de importancia bajo ningún aspecto, y que guarda mayor analogía con el papel, muy poco distinguido por cierto, que hizo Brayer en el *ejército de los Andes*. Pero la posición que ahí se le da de *haber organizado el ejército de Buenos Aires*, es notoriamente falsa, pues no organizó ni siquiera un batallón ó escuadrón. Todo estaba organizado cuando él se presentó en Talcahuano como jefe de estado mayor improvisado.

y vivir de esperanzas, aunque fuera en Santa Elena.

Brayer cayó, pues, con crimen de muerte, pero pudo evitar la suerte de Ney, huyendo á los Estados Unidos, como Grouchy, Lavaysse y muchos otros que estaban en su caso. Allí se salvó del cadalso, pero no de la miseria ni de la nostalgia, la peor de las nostalgias, la pérdida de la patria, de la carrera y del porvenir. Tenía que brindar su vida por un sueldo. De par de Francia tenía que descender á aventurero y mercenario. Tan altas dignidades no se pierden sin perder también las mejores y más nobles cualidades del carácter. La Europa, cerrada para él en todas partes. La democracia norteamericana en profunda paz y progreso económico, no necesitaba de héroes de espada completamente inútiles en pueblos libres. La América del Sur, punto oscuro, pobre, sin teatro para un oficial ilustre de las grandes guerras europeas, comprometida en una lucha sin ecos, donde los grandes ejércitos triunfadores ó vencidos, alcanzaban apenas á las microscópicas proporciones de cuatro ó cinco mil hombres, debía inspirar tedio á un hombre acostumbrado á ver en línea trescientos mil hombres, y á mandar él mismo veinte ó cuarenta mil de ellos.

Pero se encuentra con don José Miguel Carrera. Las ideas fosfóricas y el tono inspirado de este incansable removedor de la vida, le hacen ver á Brayer una noble causa y un horizonte seductor. Las promesas no escasean. Hay campo para la fortuna, y una carrera fácil en que hacerla, para volver á Europa ó al suelo de la patria en días de bonanza. De lo que se trata, pues, es de vivir mientras tanto;

y bien debió ver Brayer que al entregarse á este forzado y fatal destino, llevaba su alma y su antigua bravura sin el aliento de la fe; y, que cuando la fe falta, vacila el espíritu, decae el ánimo y queda el hombre de antes más expuesto á caer en flaqueza, á mostrarse cobarde en la causa ajena, más que á mantener su antigua nombradía.

Poco á poco anduvo Brayer este fatal declive. Llegan á Buenos Aires, y encuentran que Carrera, en vez de ser el iniciador y el héroe de la insurrección y de la independencia de su país, se hace conspirador, y procura echarlos en guerra civil contra las tropas y los hombres que acababan de triunfar y de asegurar esa independencia. Lavaysse, perdido y desesperado con tan cruel desengaño, comete el crimen indigno de la delación contra el protector y el amigo que lo había traído de Norte América. «Es, dice, el más imprudente impostor, el más vil intrigante, el más bajo de los traidores, pero al mismo tiempo, á Dios gracias, el más atolondrado é indiscreto de los conspiradores».

Más decente y más honorable que Lavaysse, el general Brayer guarda en su pecho los crueles tormentos del mismo desengaño, y ofrece sus servicios; pero sin convicciones, ni simpatías ni amistades de iguales campañas, y sólo como el náufrago que se agarra á una tabla para poner el pie en una tierra desconocida. Se le habló de las dificultades que ofrecía el sitio y los preparativos del asalto de *Talcahuano*; y Brayer se prestó á estudiar en el terreno mismo de la lucha, las condiciones de la plaza y de las tropas que debían atacarla. Con este encargo pasó á Chile á mediados de 1817, acompañado del

capitán de ingenieros Alberto D'Alve, y del capitán de infantería Jorge Beauchef: dos caballeros de un mérito distinguidísimo, que hicieron importantes servicios en Chile, con una valentía y con una competencia completa. D'Alve se incorporó al ejército argentino en calidad de primer ingeniero militar; Beauchef fué nombrado sargento mayor del número 1.º de Chile, cuerpo de nueva creación, y Brayer fué dado á reconocer como jefe del estado mayor del ejército del Sur que mandaba O'Higgins.

Nada más natural que el descontento de un ilustre general francés de los ejércitos de Napoleón, sostenidos con ostentación por las exacciones y violencias ejercidas sobre toda Europa, al tener que entender con tropas y oficiales sudamericanos. Contribuía á esto el carácter displicente, impetuoso y enfático de que á cada momento y en cada detalle daba muestras. El traje, el corbatín, las armas, la táctica, los detalles del campamento, todo era materia de reprobación y de enojo para él; á términos que para contentarlo no habría quedado otro remedio que traerle pintiparada su famosa división de la guardia imperial (2).

Con todas estas majaderías, provocó una funesta enemistad entre todos los oficiales del ejército, y comenzó á correr la voz de que era un fatuo cobarde que se amparaba de todos esos reparos para excusarse de batirse á la cabeza de las tropas. Y no era del todo infundada la observación. «Yo observaba (dice Beauchef en sus *Memorias*) algo que no era muy favorable para el general Brayer:

(2) Noticias dadas al autor por el general Las Heras.

de todas las caras que vi, la única que no le era desfavorable era la del general O'Higgins, el único tal vez que lo atendía de buena fe» (3).

Esta observación, sumamente sagaz, y de un tono tan frío ó indiferente respecto del general Brayer, trasunta la diferencia de caracteres y de procedimientos entre los dos oficiales franceses, á términos de parecerse á un asentimiento acerca de los defectos del mayor general. Y no era que éste no tuviera ocasión de conocer la bravura y la disciplina de los soldados argentinos, pues no pasaba día sin que dieran pruebas; pero afectaba mirarlas como juguetes sin consecuencia, desde la altura de sus recuerdos de Austerlitz y de Jena. Llegó empero el momento en que era indispensable dar el asalto á Talcahuano, é impedir que pudiera tomar pie allí la expedición que salía ya de Lima para reconquistar á Chile; y todo se preparó para dar el ataque el 6 de diciembre.

Talcahuano es una bahía bastante extensa, de forma casi circular, que se abre en la costa de Chile con una boca, ó entrada, relativamente bien cerrada que mira al noroeste. Por el norte se sigue una costa áspera que no ofrece ningún accidente de importancia. Pero hacia al lado del sur, ó sudoeste, el costado del puerto se fracciona, y forma entre las aguas interiores del puerto y las del mar una península estrecha que se avanza á formar la dicha boca, como si fuera un brazo extendido de sur á norte; en cuyo codo, por decirlo así (porque es un verdadero codo) está situada la plaza, de manera

(3) Barros Arana.

que con el antebrazo toca la ciudad de la *Concepción de Penco* colocada en el hombro de la figura que hemos trazado, y en el intermedio la pequeña caleta de *San Vicente*. En esta posición, la plaza defiende el puerto que queda al norte, la costa del mar exterior que queda al oeste, y la entrada de tierra que queda al sudeste, camino de Concepción.

En las discusiones y estudios que precedieron al asalto, habían diferido de opinión Brayer y O'Higgins en cuanto al punto por donde convenía iniciar el ataque. Ordóñez ocupaba con su ejército un campo atrincherado con reductos, baterías y empalizadas por el lado de tierra. Tenía en el puerto algunas lanchas bien tripuladas, el bergantín *Potrillo* de 16, y la fragata *Venganza* de 36, con tripulaciones completas. Así, pues, en cuanto á los medios de defensa estaba bien; pero no estaba lo mismo en cuanto á víveres, después que estrechado el sitio y limpiado de realistas el otro lado del Bío-Bío por el coronel Freyre, se veía privado de los recursos que éstos le mandaban antes por la costa. Al encerrarse en Talcahuano había cometido quizás un grave error, que sus parciales le reprocharon, por no haber preferido tentar la guerra en campaña abierta con la división de Las Heras; pero lo disculpaba la ignorancia en que se encontraba de lo sucedido después de *Chacabuco*, y las hábiles maniobras con que el jefe argentino lo había ido arrollando, y ocupando el país sin permitirle tomar conocimiento de la fuerza que lo había empujado hasta encerrarlo.

Fuera de los buques y lanchas cañoneras en el puerto y caleta de *San Vicente*, la línea de bastio-

nes y empalizadas cortaba la entrada de sur á norte, en el recodo que hacía el puerto con la dicha *caleta*, y afirmaba su izquierda en el *Morro*, reducto fortificado con especial esmero por su importancia estratégica. Al centro, algo inclinado á la derecha, es decir á la *caleta*, se alzaba otro reducto interior en la costa del puerto llamado el *Cura*, donde tenía su cuartel general el coronel Ordóñez; siguiéndose empalizadas hasta la orilla del mar, en la cual operaban cuatro lanchas cañoneras.

Decidido el asalto de estas formidables defensas, surgieron dos planes. El general Brayer afectaba un gran desprecio de la línea enemiga. Confiaba pasarla con un empuje victorioso, y sostenía que la fuerza del ataque debía llevarse desde luego sobre la parte capital que era el *Morro*. Vencido este punto, decía, la misma artillería y posiciones del enemigo servirán para posesionarnos del puerto y de los muelles de la ciudad, rendir ó echar á pique los buques realistas, y, atacado Ordóñez por el centro y por la bahía de San Vicente tendrá que capitular, ganando nosotros todo cuanto hay que ganar con un solo golpe.

El director O'Higgins, más conocedor del terreno y más práctico de los medios que tenían que manejar, opinaba que este plan era demasiado audaz y peligroso. Convenía en que era practicable con las tropas argentinas que formaban la musculatura del ejército sitiador; pero lo consideraba también arriesgado porque era preciso contar con *igual* empuje y con *igual* fortuna en tres puntos diversos; de los cuales, si fallaba uno, podían quedar quebrados los otros, dejando libre la disponibilidad y la

concentración de las fuerzas del enemigo sobre el punto que quedase en peligro para él. El plan del Supremo Director era concentrar el ataque todo entero sobre la bahía y las empalizadas de San Vicente; penetrar por allí en el interior de las mismas y de las defensas del campo atrincherado. Logrado esto, que no era tan difícil como el otro costado, era indudable también que Ordóñez estaba perdido, pues tenía que replegarse al *Morro* y al puerto de Talcahuano abandonando toda su artillería, porque no le quedaba más remedio que embarcarse.

En esto precisamente consistía la objeción que hacía Brayer al plan de O'Higgins; pues en este caso, el enemigo, al verse dominado por el lado de *San Vicente*, quedaba completamente libre para retirarse en salvo con todas sus fuerzas y buques por el puerto, y podía elegir entre ir á Lima á incorporarse con la nueva expedición que se preparaba á venir sobre Chile, ó tomar las costas del Sud para reunirse con el coronel Sánchez, Benavides y los Pincheiras, que todavía tenían á sus órdenes de tres á cuatro mil hombres de montoneras en los desiertos de Arauco, además de numerosas indiadas. O'Higgins se contentaba con una ventaja limitada, reservándose para después de obtenerla el expedicionar al Sud y acabar con los realistas; Brayer prefería una operación definitiva ejecutada con un solo esfuerzo.

Se necesitaba por consiguiente de la mejor tropa y del mejor jefe para llevar adelante el ataque y la ocupación del *Morro*; y desde luego no era posible poner la vista en otro cuerpo que el *Número Once*, ni en otro capitán que el coronel Las Heras. Lla-

mado éste al cuartel general en consulta privada con O'Higgins y Brayer, se le explicó detenidamente el caso con los croquis levantados por D'Alve, y se le pidió su opinión sobre la divergencia de los dos generales. «Yo reflexioné, nos decía él mismo veinticinco años después, que si me adhería á la opinión de O'Higgins, el *orgulloso francés* podía pensar que era miedo ó desconfianza de mi energía para ejecutar la operación; y sin embargo de que tenía por más juicioso el plan de O'Higgins, respondí que me abstenia de opinar, pero que si se me encargaba la división destinada á tomar el *Morro*, lo tomaría, ó lo tomarían mis oficiales faltando yo. El señor general Brayer, agregué mirándolo con firmeza, puede impartir las órdenes del cuartel general y tendrá ocasión de conocer á nuestros soldados».

Brayer conoció el espíritu de la frase, y dirigiéndose á O'Higgins le dijo: «Ya ve Vuestra Excelencia que el señor coronel tomará el *Morro*. Haciéndolo nos habrá asegurado una victoria completa, y sus soldados no serán inferiores á los que yo he tenido el honor de ver en los mejores días de mi carrera».

Llamado en seguida el coronel argentino don Pedro Conde, preguntó si estaba bien estudiado el terreno en que se le ordenaría operar; se le mostraron los planos levantados por los ingenieros Arcos y D'Alve; adelantó algunas dudas sobre ciertas escabrosidades interiores que no le parecían bien definidas. El general Brayer se las explicó, y le dijo que el coronel Las Heras había dado su asentimiento y ofrecido tomar el *Morro*. «Si el señor coronel

Las Heras lo ha dicho, yo haré de mi parte cuanto pueda por imitarlo» (4).

O'Higgins no había insistido en defender su plan delante de los dos coroneles. Casi siempre se mostraba dispuesto á prestar gran deferencia á las opiniones militares de Brayer; y adoptado al fin el plan de éste comenzaron los preparativos para dar el asalto. Se puso mucho esmero, por algunos días, en hacer ejercicios y maniobras adaptadas á la realidad de lo que podía acontecer, con sus accidentes y circunstancias, para que todo lo tuviesen presente los oficiales, los sargentos y la tropa.

El día 6 de diciembre de 1817, á las dos de la mañana, se puso en movimiento todo el ejército en tres divisiones, con arreglo á cada uno de los puntos señalados al asalto. Las Heras llevaba la derecha en rumbo al *Morro*, con el batallón número 11, dos compañías del número 3 de Chile, cuerpo diminuto y de nueva creación, dos compañías de cazadores del número 7 (argentino), y otras dos de los granaderos del número 8 (argentino), con una compañía del número 1 (chileno), á las órdenes del mayor Beauchef.

La del centro, á las órdenes del coronel Conde, marchó contra los bastiones del *Cura*, donde tenía su cuartel general Ordóñez; consistía su fuerza en el número 7 (argentino), el resto del número 3, el número 8 y trescientos hombres milicianos de infantería sacados de los diversos pueblos inmediatos.

La izquierda, encargada de dominar y ocupar

(4) El coronel Conde tenía un carácter dulce y muy modesto, que en nada perjudicaba á su conocida bravura.

la bahía de San Vicente, tenía su principal fuerza en ocho lanchas cañoneras construídas y armadas en el Bío-Bío, que á las órdenes de un valiente inglés, don Jorge Manning, con algunos buenos piquetes de tropa chilena formada en Concepción, debía acometer y destruir las lanchas españolas, saltar en la península por detrás de los fuertes, y sostenerse en los reductos esperando el resultado del ataque principal.

El mayor Beauchef había solicitado y obtenido del coronel Las Heras que se le hiciese la gracia de darle colocación en la cabeza de la columna. Se pusieron á sus órdenes tres compañías del número 11, del 7 y del 1, y tras de él, iba sosteniendo el ataque el resto de la división con su brillante jefe á la cabeza.

En una dirección paralela por su frente marchaba el coronel Conde. Llevaba á su vanguardia el mayor del número 7 don Cirilo Correa, uno de los más bravos oficiales del ejército argentino. A retaguardia del centro, marchaban los granaderos á caballo con un escuadrón de chilenos á las órdenes del coronel Freyre. Es de advertir que hacía algunos días que habiendo advertido Ordóñez ciertos movimientos que aunque indefinidos y oscuros le hacían presentir un ataque, disparaba sus cañones á metralla durante la noche en toda la extensión de sus líneas. Esta circunstancia en vez de dañar, favorecía el ataque; porque los soldados patriotas rompieron la marcha sabiendo que aquellos fuegos no nacían de haber sido descubiertos, sino de simple precaución sin valor para alarmarlos ni para hacerlos vacilar en la marcha.

Adelantaba Beauchef en el mayor silencio cuando se encaró con un centinela enemigo de caballería, que al verlos encima disparó su tercerola y huyó con tanta precipitación que fué imposible prenderlo. Presintiendo que iba á dar la voz de alarma, el mayor ordenó un cambio de frente necesario, y á *paso de carrera* se dirigió al *Morro*, bizarramente acompañado de toda la tropa, que siguió el movimiento con una regularidad admirable.

Advirtió Las Heras el rápido avance de su vanguardia, y lanzó también su tropa tras ella para sostenerla, guardando las convenientes distancias para no envolverse. Cuando Beauchef llegó á los fosos del *Morro*, recibió toda la descarga de un batallón enemigo que ya ocupaba el otro borde. La línea de los patriotas vaciló, pero el mayor y el capitán de cazadores del número 11 don Bernardo Videla, hijo de Cuyo, se lanzaron al foso lleno de agua; y como los soldados vieran aquel acto de arrojo siguieron también, yendo todos, ayudados los unos por los otros, á apoderarse de las empalizadas del otro lado bajo el fuego furibundo de los defensores. Beauchef y Videla, en hombros de los soldados, saltaron al interior seguidos de alguna tropa: en un momento echaron á tierra algunos postes; y aprovechando la primera confusión del enemigo, abrieron un portillo suficiente para que pasase la columna. Pero en ese momento, Videla, traspasado por cien balazos, caía muerto en aquel terreno glorioso, y Beauchef, destrozado el brazo, siguió por algunos momentos alentando á los soldados, hasta que exhausto cayó exánime, recogido y retirado por la primera línea de la columna de

Las Heras que ya llegaba gallardamente al terrible lugar del conflicto. Sin vacilar, el coronel lanzó sus columnas al foso en medio de la noche: salvó las empalizadas, y desenvolviendo su línea por su frente, arrolló las fuerzas realistas que procuraban resistirle. Una parte de éstas se echó al mar por los cerros de la costa, y la otra se replegó al centro en desorden, abandonando completamente los reducidos y la formidable posición del *Morro* con toda su artillería. Las Heras cumplía, pues, aquí la palabra que le había dado al general Brayer, y el soldado argentino se había hombreado con el soldado francés.

En el centro, la columna del coronel Conde no fué igualmente feliz. El valor no había faltado: multitud de oficiales cayeron traspasados de balas en las mismas empalizadas enemigas. Ordóñez, que estaba en aquel centro, había logrado poner en acción todas sus fuerzas, y oponía una recia resistencia al ataque. Trayendo al flanco derecho alguna artillería de campaña, vomitaba metralla sobre los asaltantes. En medio de sus esfuerzos, cayó gravísimamente herido el mayor Correa, cuando llevaba el empuje de la vanguardia, con siete oficiales más que lo secundaban y con un número considerable de soldados. El coronel Conde recibía á los pocos momentos un balazo en el costado, que lo derribó como muerto. Sin embargo de esto, algunos oficiales treparon por las empalizadas, entre ellos el teniente don Ramón Listas, argentino, don Antonio Alemparte, chileno, don Félix Villota, Borcosque, Villarreal y varios soldados; pero no pudiendo arrancar los postes, por falta de hombres; quemados

y ametrallados por el enemigo, privados de sus jefes, diezmados los oficiales, la tropa vaciló, y desistió del ataque sin lograr levantar el puente levadizo para que penetraran los granaderos á caballo, que debían haber completado el asalto.

Entre tanto, los fuegos del enemigo abrasaban toda la garganta de la península, causando grandes estragos en las reservas y en las cuadrillas de hospital que recogían y sacaban heridos.

En la bahía de *San Vicente*, derecha extrema del enemigo, el capitán Manning había asaltado las lanchas, tomando la más fuerte de ellas con una pieza de 18. Las otras habían huído y pasado al puerto principal. Operando con su artillería, Manning había puesto en fuga las guarniciones de los reductos, quedando éstos desalojados. Pero como la costa era pedregosa y brava, oponía serios obstáculos al desembarco de fuerza alguna, y los realistas tuvieron tiempo de volver con dos batallones para prolongar la defensa de aquel costado, que habría sido vencida si el centro enemigo hubiese cedido. El número 11 cubrió al momento la línea y las alturas del *Morro*. Los soldados, á pesar de la severa disciplina á que estaban habituados, al verse victoriosos en tan cruda escena, alzaron una inmensa gritería locos de júbilo y embriagados de gloria. Las Heras contó en aquel momento con el éxito completo. Anheloso por distinguir ó percibir algo de lo que pasaba en el centro, aunque envuelto en la obscuridad de la noche, y del humo, logró que todos se convenciesen de que era necesario guardar estricto silencio; y pudo percibir á lo lejos la confusión y el alboroto que reinaba en la ciudad y en

el puerto, donde parecía, por los gritos de los marineros, que había grande afluencia de gentes deseosas de embarcarse. Notaba sin embargo que el estruendo de la artillería y fusilería en el centro continuaba demasiado nutrido y por demasiado tiempo. Empezó esto á darle cuidados por la suerte de la división del coronel Conde; y comprendiendo la importancia capital que había en llevarle auxilio para que penetraran los *granaderos á caballo*, se decidió á faltar á su deber estricto, y trató de adelantar sus tropas por ese lado para abrir el rastrillo, á pesar de que las órdenes terminantes que tenía eran *tomar y mantener la posición*.

Para comprender las dificultades de esta internación es preciso tener presente que aquella península no está en un país llano, sino en un terreno pedregoso, erizado por cerros y cortado por precipicios cuyas asperezas y comunicaciones, ó estado de defensa relativa, ignoraba completamente el jefe argentino, sin poder formarse idea de ellas en la obscuridad de la noche. Las primeras descubiertas que echó volvieron diciéndole que el terreno no se prestaba á avanzar y mantenerse en comunicación con la división. No podía, pues, marchar al fuego sin llevar toda su división, y sin exponerse á encontrar obstáculos que lo expusiesen á ser cortado, y á perder la posesión del *Morro* que tenía orden de *mantener á toda costa*: prefirió conservarse en su puesto hasta que llegara el día.

Poco antes de la madrugada cesó enteramente el fuego. ¿Era que habían triunfado los patriotas? ¿Era que habían sido rechazados en el centro?

En la obscuridad de la noche, Ordóñez había

reflexionado como Las Heras. No sabiendo la situación en que estaba el *Morro*, había preferido esperar la mañana; cuando la luz puso en evidencia el descalabro de nuestro centro vió Ordóñez que el *Morro* continuaba en poder de los soldados argentinos: dirigió sobre ellos su artillería y concentró sus fuerzas para llevar el ataque y recuperar esa posición. Las Heras procuraba en ese momento apoderarse del pueblo de Talcahuano, contando con que el centro patriota tenía ahora mil ventajas para volver al asalto; pero al iniciar el movimiento, los fuegos de los buques lo abasaron y tuvo que replegarse á su posición. Muchos jefes y oficiales perecieron, entre ellos el comandante del 3 de Chile don Ramón Boedo, oficial argentino que se había granjeado un inmenso crédito de bravura y de competencia en Chile, como antes en el ejército auxiliar del Perú, cayó allí destrozado por el cañón enemigo. Las Heras y sus soldados impertérritos en su posición, hacían pagar también al enemigo estas pérdidas. Las tropas realistas que se habían aventurado á querer recuperar el *Morro* habían salido escarmentadas por los *Leones del 11*, como les llama el poeta de Cuyo (5).

Entretanto, el Supremo Director de Chile con el general Brayer, cuyo deber era haberse puesto al lado del coronel Las Heras, ocupaban esa mañana el *Alto de los Perales*, bajo el fuego nutrido de los enemigos. Al lado del Director, caían atravesados por balas de cañón, dos de sus ayudantes; y malogrado el ataque del centro y de la derecha enemiga,

(5) Don Juan Godoy.

no pudiendo hacer entrar la caballería por la parte llana de la península, los dos jefes hubieron de resignarse á retirar á Las Heras y á dar por fracasado el asalto.

Bien se comprende cuánto tenía de peligrosa y de ardua esta marcha por el flanco de un enemigo que quedaba libre para hacer jugar toda su artillería desde los baluartes y baterías avanzadas, y que disponía de columnas móviles con que apurar la retirada. Pero Las Heras, conservando una tranquilidad heroica, hizo recoger sus heridos con un esmero que todos admiraron: mandó clavar los cañones que dejaba al enemigo; y continuando su fuego se retiró lentamente sin dejarse conmover ni apurar. Pero lo singular es que sacó también *todos los prisioneros* hechos en el ataque de la noche (6).

Cuando el coronel Las Heras llegó al cuartel general, el general Brayer se adelantó á él y lo felicitó con más cortesía que espontaneidad, y le hizo un elogio cumplido de sus soldados.

—Señor general, le dijo Las Heras con la franqueza militar que le era habitual, cuando Vuestra Excelencia en presencia del señor Director de Chile me consultó el plan del asalto, me pareció poco acertado. Si Vuestra Excelencia hubiese sido un jefe argentino se lo hubiese dicho; pero siendo un general francés, y estando yo designado para una parte de la operación, creí de mi honor ejecutar lo que

(6) Casi todos estos detalles nos han sido dados por el general Dehesa, actor en aquel ataque como uno de los capitanes del número 11; y por el general Necochea como de notoriedad corriente en el ejército.

Vuestra Excelencia había resuelto; y me complace mucho que Vuestra Excelencia encuentre que mis soldados y yo hemos cumplido con nuestro deber llenando en un todo las órdenes de Vuestra Excelencia.—Las cosas de la guerra, coronel Las Heras, le dijo Brayer con dignidad, no se discuten con los subalternos después de los sucesos, sobre todo si son desgraciados». Nos decía el general Las Heras que reconociendo la justicia de la observación, había saludado con respeto y se había retirado.

El general Brayer no había caído bien en el ejército independiente. Ya fuese que en su persona hubiese algo de arrogante y de poco simpático, ó que infatuado en extremo contra las especialidades del soldado americano, despertase ofensas de orgullo en jefes también aventajados y oficiales engraidos de su tropa y de sus aptitudes, que por otra parte no podían mirar con gusto que se les sometiese á jefes extranjeros y recién llegados, el hecho es que era común la distancia y la poca simpatía que les merecía el general Brayer: que siendo por otra parte un jefe esencialmente francés, era inadecuado para nuestro terreno y para nuestros hombres; es decir, no había aquella armonía de cuerpo y espíritu que hace la fuerza de los ejércitos.

Lo que tuvo de singular este asalto, según lo oímos muchas veces de los actores, es la animación y confianza que él inspiró al ejército independiente, y las angustias en que el suceso puso al coronel Ordóñez. Parece que lo natural habría sido lo contrario; y que habiendo fracasado el intento, los realistas hubiesen cobrado seguridad, y decaído el brío de los patriotas. Pero lo que explica sucediera

lo contrario es, que al emprender una operación tan nueva para nuestras tropas, como esta de asaltar fosos, empalizadas y bastiones defendidos por artillería y por una guarnición numerosa y aguerrida, nuestros jefes y oficiales temían que el soldado se sobrecogiese, encontrando obstáculos para llevar sus bayonetas al pecho del enemigo, como acostumbraban hacerlo en campo raso. Era de temerse, pues, que no tuvieran quietud para trabajar y remover obstáculos y obras levantadas contra su marcha, bajo el fuego de tropas abrigadas fuera de su alcance. Los oficiales mismos dudaban de que pudieran tener autoridad para experimentar á sus soldados en este conflicto. Pero lejos de eso, todo había respondido admirablemente á las condiciones del valor, de la disciplina y de la consistencia en aquel tremendo trance: menos el plan del estado mayor, que había sido fundamentalmente errado y mal estudiado. Todos, pues, salieron de allí decididos á un nuevo asalto: lo deseaban y lo pedían, seguros de triunfar; y animados de tal brío, de tal seguridad en el éxito, que la nueva tentativa, con mejores datos y mayor acierto, se hizo una cosa resuelta y hasta una exigencia en la que tomaba parte la tropa misma con un evidente deseo de tomar desquite.

El coronel Ordóñez había comprendido también que desde que los independientes se habituasen al asalto, no podía contar con la persistencia de la defensa, y que estaba perdido si no le venía pronto el auxilio poderoso que no había cesado de pedirle al virrey de Lima. En una reunión de jefes que hizo el día 8 (diciembre de 1817) fué unánime la opinión de que la plaza había estado materialmente domi-

nada, y que sólo se había salvado por accidentes con los que no era posible contar en otro ataque, si los patriotas, como era probable, corregían sus movimientos, aumentaban su fuerza y concretaban el esfuerzo común sobre los puntos naturalmente débiles de la posición, que ahora se conocían á ciencia cierta; no pudiendo ya esperarse que la tropa argentina se mostrara incapaz del asalto después del modo como había operado.

En todas partes fué amargamente criticado el plan del general Brayer. El general San Martín, con quien el general francés había sido poco cortés y afectuoso, en la idea quizás de que no era digno de tenerlo bajo sus órdenes, reconvino muy explícitamente al general O'Higgins por no haber persistido en su propio plan, y por haber cedido á otro que ofrecía todos los inconvenientes de una tentativa imaginaria. Con todo esto, el general Brayer perdió su autoridad moral en el ejército argentino; comenzaron los disgustos y recriminaciones respectivas; mientras Ordóñez, esperando prudentemente otro asalto, contraía sus trabajos y cuidados á asegurarse una retirada al puerto, para embarcarse y salvarse con todos sus recursos si no podía resistir, como lo temía.

Hacía tiempo también que San Martín estaba inquieto sobre los proyectos de Pezuela y las fuerzas y medios que éste se preparaba á mandar sobre Chile. Hábil y diestro siempre para envolver al enemigo en los pliegues de su diplomacia previsor, había logrado engañar al comodoro inglés Bowles, y decidirlo á que por caridad iniciara el canje de los prisioneros patriotas que estaban en el Callao, por

los prisioneros realistas que estaban en las provincias argentinas, sufriendo horribles penurias y vejaciones los unos y los otros.

Dados los primeros pasos, el comodoro consiguió que Pezuela aceptase la propuesta. Hubo de enviarse á Lima con ese fin al señor don Tomás Guido. Pero se cambió de idea, y fué comisionado el teniente coronel don Domingo Torres, oficial cordobés muy disimulado y bastante astuto. Torres desembarcó en el Perú, y fingiéndose de una vulgaridad propia de un tonto, se granjeó la amistad particular de los escribientes y oficinistas de los ministerios (sobre todo la del señor Unánue) inclinados á la causa nacional; penetró por ellos, en los secretos de la expedición; supo las instrucciones que llevaba, y logró dejar establecidas inteligencias, asegurándoles que antes de muy poco tiempo estaría el ejército argentino en el Perú al mando del mismo general San Martín. Logrado esto, apuróse Torres á regresar, y San Martín quedó informado de lo que le convenía saber.

El nuevo ejército realista era fuerte: se componía de tres mil quinientos infantes, divididos en cuatro regimientos europeos de primera clase y uno peruano, 200 artilleros, 83 zapadores y 500 hombres de caballería, todo abundantemente provisto de armas y de recursos. El convoy se componía de tres fragatas y cuatro corbetas con 234 cañones y 1,426 hombres, entre las cuales el único buque de fuerza positiva y buen andar era la famosa fragata *Esmeralda*, cuyo nombre se conmemora en una de las calles de Buenos Aires.

El plan que Ossorio traía trazado por Pezuela,

era bajar en Talcahuano, salir á campaña inmediatamente, destruir el ejército sitiador que se suponía muy inferior al suyo, reembarcarse inmediatamente, bajar en Valparaíso y apoderarse de Santiago, centro de los recursos, y punto sensitivo de la fuerza moral de los patriotas. Para lograr el primer fin, Pezuela hacía de modo que San Martín creyese que la expedición caería sobre Valparaíso primero, que tomaría á Santiago y que marcharía á desembarazar á Talcahuano.

San Martín recibió estas noticias precisamente cuando Ossorio debía estar embarcándose en el Callao. Era pues urgente operar la reconcentración del ejército patriota en un punto oportuno, desde donde pudiese atender á los dos extremos, sin quedar expuesto á ser batido en detalle. Con este fin, fijó su campo en la hacienda de las *Tablas*, cubriendo á Santiago y á Valparaíso, y le ordenó á O'Higgins que se previniese á levantar el sitio y retirarse oportunamente buscando su incorporación entre el río *Maipú* y el *Maule*. Esta orden llegó á Talcahuano cuando todos en el campo sitiador se aprestaban á un nuevo asalto.

Tan urgente era cumplirla, que cuando O'Higgins ejecutaba el movimiento en aquel sentido haciendo retirar por delante la población y todos los recursos de la provincia de Concepción, Ossorio entraba con su convoy en Talcahuano. Al mismo tiempo que fondeaban las naves y que se armaba en el puerto y en la fortaleza un soberbio bullicio de salvas de artillería, el cuartel general salía de la ciudad de Concepción replegándose al norte con el general O'Higgins á la cabeza.

Con la espléndida defensa de Salta hecha por sus heroicos hijos, con la galana aunque malograda correría de Lamadrid en las provincias orientales del Alto Perú, y con el asalto de Talcahuano, se cerraba dignamente para la bandera argentina el año glorioso de 1817, que había comenzado por el PASAJE DE LOS ANDES y por CHACABUCO, *Sipe-Sipe* ó *Viluma*, quedaba reducido á una nube lejana ya disipada á los rayos del sol argentino.

Pero el esfuerzo había sido excesivo. El país entero, después del triunfo, y á causa del triunfo mismo, se sentía exhausto. Sus nervios estaban laxos. El cansancio y la postración por una parte, la anarquía de las pasiones y de los intereses por otra, producían la relajación completa de las fibras sociales: efecto propio de la violenta tensión en que el peligro las había puesto. ¡Y cosa singular! Un anhelo vehemente de mejoras pacíficas y orgánicas, de paz, de curación, levantaba también de todas partes su voz, pedía orden y quietud fraternal entre todos aquellos lamentables antagonismos que nada oían y que iban á correr confundidos al pugilato infame de la guerra civil.

Este es el cuadro bastante imponente por cierto que tendremos que trazar: glorioso por una faz, lúgubre por otra; victorias y patíbulos á la vez; concentración y disolución de fuerzas sociales; un drama griego, por fin... Pero en medio de todo, *spiritus intus alit*: CHAOS SATOR.

CAPITULO V

DESBANDE DE CANCHA-RAYADA Y VICTORIA DE MAIPÚ

SUMARIO: La terrible noticia.—Retirada de las fuerzas sitiadoras de Talcahuano.—Concentración en la hacienda de las *Tablas*.—El ejército realista y sus primeras marchas.—Traslación del cuartel general patriota á la villa de *San Fernando*.—Marcha decidida sobre el enemigo.—Retroceso de los españoles.—Grande operación estratégica de San Martín.—Confusión y angustiosa situación de Ossorio.—Encierra su ejército en Talca.—Operaciones recíprocas en la noche.—Sorpresa y contratiempo del ejército patriota. — El coronel Las Heras. — El capitán Dehesa.—El batallón español de Olarría.—El coronel Alvarado. — El mayor Zequeira. — El comandante Rondizzoni.—Animosa retirada del coronel Las Heras con todo el primer cuerpo del ejército y con los batallones y dispersos que se habían reunido á él.—Su marcha al norte en busca del cuartel general.—Situación angustiosa de Santiago.—Tentativas del partido de Carrera para sacar provecho del conflicto.—El tribuno y alborotador don Manuel Rodríguez.—Llegada de O'Higgins y restablecimiento del orden.—Desaliento y egoísmo de la burguesía.—Indiferencia y malas inclinaciones del populacho.—El pliego de Las Heras.—Actitud, auxilios y refuerzos de Cuyo.—Reorganización y fuerte espíritu del ejército.—Temores y desconfianzas de Ossorio.—Brillante triunfo del capitán Cajaravilla con un piquete de granaderos á caballo sobre todo el escuadrón del teniente coronel Palma.—Preciosos efectos de este encuentro.—Conducta del general Brayer.—Su situación desairada y su retiro.—Operaciones de los primeros días de abril.—

Disposición y orden de los cuerpos patriotas.—Prestigio imponente de San Martín aun entre los enemigos.—El grande y hábil acierto de sus medidas.—Situación y accidentes del campo de batalla.—Rectificaciones y cambios de las líneas y frentes de ambos ejércitos.—La mañana del 5 de abril.—Principios é incidentes de la batalla.—Triunfo completo de los republicanos en el primero y en el segundo encuentro.—Huída, persecución y escape de Ossorio.—Caída de Ordóñez y demás jefes, oficiales y tropa, en poder de los republicanos.—Las Heras y el historiador español Torrente. — «*¡Aquella ingrata noche había pasado!*»—Mérito estratégico de la batalla de Maipú.—Opinión del *Times* de Londres sobre sus resultados.—El parte detallado y Las Heras.—San Martín y Monteagudo en Mendoza.—¿Qué había pasado entre ellos?

¡Qué horrible sorpresa!... ¡Qué espantosa noticia!... El ejército de los Andes ha sido completamente derrotado, completamente deshecho. Todos han huído: todos están pasando la Cordillera: Chile queda en manos de los españoles: queda perdido el único, el último ejército formal con que Buenos Aires contaba para defender su independencia. Laserna vuelve sobre Salta. El de La Bisbal está á punto de embarcarse con 25 mil hombres en Cádiz. La escuadra rusa, aparentemente vendida, dará la vela con él en pocos días... ¡OH INGRATA NOCHE aquella en que un vago rumor primero, desabrido pero increíble, estalló en pocos momentos con el lúgubre y desesperado acento del dolor, por todos los ámbitos de la extensa capital!... ¡Y todo era verdad!... ¿Para qué decirlo? La indignación, el despecho del desastre se volvió todo entero contra Pueyrredón... ¿No era él quien había tenido la debilidad de dejar indefensa á Buenos Aires, la cuna

y el baluarte de la independencia, por una empresa lejana, problemática y desesperada? Ahí estaban las consecuencias: nuestros soldados no podían pasar las cordilleras en desorden, y todos quedaban ahora prisioneros del enemigo... ¿Pero qué es lo que ha pasado, por Dios? se preguntaban todos en grupos lastimosamente consternados. He aquí la triste y la gloriosa historia:

Al saber la fuerte expedición que acababa de salir de Lima á las órdenes del vencedor de *Rancagua* don Mariano Ossorio, el general San Martín pensó que era muy aventurado repetir el asalto de Talcahuano, y dió orden á la división de O'Higgins de retirarse hacia el norte lentamente procurando arrasarlo todo cuanto pudiera facilitar la marcha y la subsistencia del enemigo; no tanto para que no pudiera avanzar, como para que fuese desastrosa la retirada á que el general argentino pensaba obligarlo de cerca, cuando estuviera bien adentro del país. San Martín había establecido su ejército en las *Tablas* procurando cubrir á Valparaíso y á Santiago. Pero cuando supo que la expedición española había ido á desembarcar en Talcahuano, y que se ponía en campaña hacia Talca, hizo que O'Higgins retrocediese más aprisa con el deseo de que el enemigo pasase al norte del *Maule*; y contando apurarlo entonces, impedirle que repasase ese río, y obligarlo á dar una batalla en condiciones desfavorables, ó estrecharlo allí hasta hacerlo capitular. Con esta mira había ocultado cuidadosamente en cada provincia, y en Cuyo, el número de las fuerzas de que podía disponer, para concentrarlas rápidamente sin dar lugar á que el enemigo rectificase el cálculo que erradamente había hecho de ellas.

A últimos de febrero San Martín se situó en *San Fernando*, y dió órdenes á O'Higgins de situarse en *Quechereguas* (1) y en *Curicó* á donde se le reunió una división de 1,500 hombres mandada por el general don Antonio González Balcarce (2). La escasez de víveres y recursos era motivo de que el general español procurase adelantar con rapidez; á lo que también contribuía la animosidad de algunos jefes engreídos y bravos que se figuraban tener el triunfo con sólo presentar las briosas y viejas tropas que traían. El 4 de marzo quedó todo el ejército español al norte del Maule, sin tener á su frente más que las guerrillas del coronel Freire que lo venían observando muy de cerca. Sin detenerse en TALCA siguió Ossorio una marcha franca y confiada hasta *Quechereguas*. «*Pronto se acabará esta función*» les repetía á los chilenos y realistas que venían á felicitarlo. Su jefe de vanguardia el coronel Primo de la Rivera atravesó el río *Lautué* y se aproximó á las posiciones de los independientes. Llegó entonces al campamento el general San Martín, y rompió la marcha á encontrar al enemigo con cerca de 7,000 hombres bien equipados, mandados por oficiales competentes y bravos, con treinta y tres piezas y parque bien servido. Al siguiente día los enemigos abandonaron sus posiciones adelantadas y se replegaron hasta *Quechereguas*. Allí tuvo Freire un encuentro feliz, aunque

(1) Véase el croquis del vol. VI.

(2) El mismo que venció en *Suipacha*, que perdió la batalla de *Huacui*, y que fué Director Supremo en 1816. Véanse los vol. anteriores.

de poca importancia, con los escuadrones de lanceeros y dragones realistas que mandaba el coronel Morgado; y habiéndose retirado la vanguardia enemiga, vino todo el ejército patriota á acampar en ese punto. Entretanto, replegada su vanguardia, Ossorio permanecía inmóvil al parecer en *Camari-co*, pero pronto se supo que hacía movimientos disimulados para repasar el *Maule* y concentrarse en CONCEPCIÓN detrás de las baterías de *Talcahuano*, y bajo el amparo de los fortines del *Bío-Bío*.

Con esta previsión que estaba perfectamente justificada y que era cierta, San Martín dividió su ejército en dos cuerpos, y se embozó, por decirlo así, en el camino de la izquierda que va costean-do las caídas de las Cordilleras, sin que el enemigo hubiese advertido este rápido cambio, que tenía por objeto salir al Maule por el oriente cortando el flanco izquierdo del enemigo en retirada sobre los mismos vados del río; cuya operación, una vez conseguida, no le dejaba á Ossorio más alternativa que encerrarse en TALCA sin recursos de ningún género, ni más salida que la rendición sin condiciones.

Pocas veces se habrá ejecutado en la guerra una operación más hábil ni de un cálculo matemático más decisivo. Ossorio se mantenía en *Camari-co*, á inmediaciones del río y en el camino del centro, creyendo que el ejército patriota quedaba todavía acampado al norte; y se comprende cuál debió ser su turbación y su sorpresa al saber que lo tenía adelantado por su flanco derecho y en marcha á envolverlo por el oriente sobre las orillas del Maule. Sin pérdida de momento se puso en rápida contramarcha al sur por el camino del centro á meterse

en *Talca*, mientras San Martín seguía su paralela por el camino del oriente guardando una distancia de dos leguas. Descubierta la marcha y el fin que Ossorio pretendía alcanzar, trató San Martín de cruzar el río Lircay; y para forzar al enemigo á detenerse y dar la batalla en aquel momento favorable, puso 1,600 jinetes al mando de Balcarce con la orden de acometer la retaguardia de los enemigos y de obligar á su ejército á ponerse en línea. Pero como eran ya más de las cuatro de la tarde, los realistas habían tenido tiempo de formar su infantería detrás de los zanjones y escabrosidades de los alrededores de TALCA, que á causa de eso se llama campo de *Cancha Rayada* (llano zanjeado), y la caballería patriota que lo ignoraba, y que fué lanzada con un frente mucho más extenso que el del enemigo, se envolvió á sí misma, fué recibida con un fuego nutrido, y tuvo que retirarse á tomar nueva formación. Creyóse que había tiempo todavía de obligar al enemigo á batirse: se mandó en apoyo de la caballería á los granaderos y cazadores del número 2 de Chile que tomaron el flanco del enemigo, y se llevaron al encuentro 20 piezas de artillería; pero ya no daba lugar á nada la proximidad de la noche; y el general San Martín mandó suspender los movimientos y formar el campamento.

Desde las torres de *Talca* pudieron conocer los enemigos las fuerzas superiores del ejército argentino. Desde allí pudieron ver que ellos se hallaban en una posición desesperada. Por su frente soldados y jefes de una reputación ya consagrada; y á sus espaldas un río caudaloso que no era posible traspasar sin una evidente y desastrosa derrota. «Aquí las

del refrán, les dijo el coronel Ordóñez, «*audaces fortuna juvat*». Sin eso estamos perdidos. La suerte de los prisioneros es espantosa en esta guerra: prefiramos morir antes que entregarnos: yo sé que si permanecemos aquí, la tropa misma se levantará y nos entregará cuando lleguen la sed y el hambre: no hay más remedio que batirnos; batiéndonos mañana estamos perdidos: batámonos esta noche y de sorpresa; si salimos mal, muchos nos salvaremos corriendo al sur; pero si salimos bien podremos cuando menos aprovechar el día de mañana para atravesar el río y ganar á Talcahuano». Triunfó su decisión; y con lo que habían observado del campamento patriota formaron su plan de ataque nocturno.

Ossorio era cobarde é incapaz de dirigir un movimiento de esta clase. El único capaz de hacerlo era Ordóñez. Se convino, pues, que Ossorio quedase en Talca á cargo de la defensa de la plaza, y que Ordóñez tomase el mando de la aventura. Dividió las fuerzas en tres divisiones: á cargo de Primo de la Rivera, la de la izquierda; de don Bernardo Latorre (3) la de la derecha; y tomó él la del centro, donde el movimiento debía ser más recio y decisivo.

Lo singular es que el general San Martín había previsto el ataque del enemigo, y formado el plan con que debía desbaratarlo, y ultimarle al día siguiente. Para esto se propuso cambiar de posición, y situarse al norte de la ciudad, dejando al frente de la posición que había tenido en la tarde, partidas

(3) Véase el tomo VI, campaña de Güemes, pág. 531.

que le avisasen la salida del enemigo haciéndole la primera resistencia hasta engolfarlo, en dirección equivocada: mover él entonces el ejército, entrar á Talca, y consumir al otro día la victoria rindiéndolo á discreción.

Sospechando que algo de esto pudiera hacerse, calculó Ordóñez que le convenía dar el ataque apenas anocheciese, y esta sagaz previsión fué la que lo salvó; pues á las siete de la noche, completa ya la obscuridad y muy cubierto el cielo, se puso en movimiento sobre los patriotas. A esa misma hora comenzaban éstos su movimiento para cambiar la disposición de su campo. Fatigado el general San Martín por las marchas y los incesantes trabajos de seis días sin descanso ni sueño, encargó al general O'Higgins, al coronel de ingenieros don Antonio Arcos, y al jefe del estado mayor general Brayer, la ejecución de las disposiciones que había tomado. «¡Un diablo (nos decía el general Las Heras veinticinco años después) que yo me hubiera confiado en ellos!»

En ejecución de estas disposiciones, debían estos jefes colocar á media legua de *Talca* por el norte, las divisiones que mandaba don Hilarión de la Quintana, la del general O'Higgins, y las fuerzas de reserva: de modo que formasen tres líneas paralelas con el flanco derecho, apoyado en una batería de 10 piezas sobre el camino público que va de norte á sur.

Colocado el ejército en esta forma venía á quedar en ángulo recto con respecto á la formación anterior que abandonaba; y era claro que dado caso de que el enemigo intentara una sorpresa debía perder-

se en la prolongación de su frente y ser á la vez realmente sorprendido por su flanco izquierdo.

El jefe de estado mayor y el de ingenieros, encargados de ejecutar el movimiento, cometieron el error de darle principio por el primer cuerpo, que era el que guardaba el frente; de manera que se corrían dos peligros: el uno era que si esta línea era atacada durante el cambio quedara sin formación, expuesta á desorganizarse y á llevar la confusión sobre la paralela de su retaguardia; y el otro, que realizado el movimiento conversivo del frente, la segunda línea quedara desguarnecida, y sin que la primera pudiera sostenerla en medio de la obscuridad é ignorando su verdadera posición; y por último en ese conflicto de dos líneas formando ángulo recto y con el enemigo encima de una de ellas, era de temerse que chocasen sus respectivos cuerpos al querer maniobrar; y esto fué precisamente lo que sucedió. En el momento mismo en que realizado el cambio de frente de la primera línea, cambiaba el suyo la segunda para tomar su posición, fué cuando las columnas de Ordóñez llegaban y acometían el campamento de los patriotas con un denuesto desesperado. Empujando todo lo que encontraban por delante, fueron á dar contra la línea segunda que obedecía las órdenes del general O'Higgins, dejándole tiempo apenas para ofrecer alguna resistencia. Las descargas cerradas del enemigo, y la desorganización que se notaba en la línea del general O'Higgins, provocaron un pánico espantoso en todo el ejército. Este general se sostuvo sin embargo por algún tiempo haciendo un fuego mortífero sobre los agresores, que les costó cinco oficiales, un

coronel y como doscientos hombres. Perturbóse algo el ataque, y aún se vieron síntomas de retirada; pero llegando entonces la columna que mandaba Ordóñez, mal herido en el codo derecho el general O'Higgins por un balazo, y ya desatado el pánico por todas partes, la línea flaqueó y se desorganizó completamente, abriendo el paso á las columnas realistas hasta el cuartel general, que también se deshizo, sin que el general en jefe pudiera darse cuenta de lo que sucedía ni poner remedio al desastre. El parque y todos los pertrechos cargados en mulas, las caballadas y los dispersos, causaban un horrible alboroto y confusión por todo aquel campo cubierto por una noche oscura y cargada de nubarrones (4).

Entretanto, la primera línea, es decir la que había ya completado su conversión, se hallaba en una extraña posición. El coronel Las Heras formaba con el número 11 la extremidad izquierda, y había apoyado su flanco por ese lado en una batería de diez piezas con que podía barrer el camino público que tenía al frente. Hombre de una vigilancia incansable había adelantado sobre su frente en ese mismo camino la compañía del bravo capitán Dehesa: este oficial, como su jefe, había aprendido á no dormir jamás cuando tenía cerca al enemigo, y había adelantado treinta pasos á su frente, tocándose casi, en el vértice del ángulo, con la extrema derecha del otro cuerpo atacado, al teniente Juan Apóstol Martínez.

(4) Debo advertir que en esta narración sigo los informes tomados del general Las Heras, y los reproduzco tal cual he creído entenderlos.

Llegado á su puesto, el teniente se sentó para extraerse del pie una espina que le había martirizado toda la tarde, siendo este el primer momento que tenía suyo para deshacerse de esta incomodidad. No bien se había descalzado, cuando distinguió una columna enigmática que marchaba de frente por su flanco; y sin más tiempo que el necesario para incorporarse, dió el viva, ordenó hacer alto, y viéndose desobedecido mandó hacer fuego y se replegó á su compañía como se le había ordenado. El capitán Deheza se adelantó entonces, hizo una descarga cerrada sobre la columna enemiga que al parecer le presentaba el flanco izquierdo y volvió á replegarse á la línea de su cuerpo. Con este ataque por un flanco donde los realistas habían esperado encontrar el frente de la línea patriota, el coronel Olarría que los mandaba creyó que había equivocado la dirección de su marcha, y prefirió detenerse en observación de la línea de Las Heras. Pero éste puso en movimiento el número 11 sobre el batallón enemigo; lo tomó de flanco, lo desbarató, hizo matar todo lo que de él quedó en su poder para no ser descubierto, y volvió á su posición sin atreverse á operar más allá por la completa obscuridad en que se hallaba, limitándose á mantener firme y compacta su línea mientras le venían órdenes.

En ese momento, el batallón de CAZADORES DE LOS ANDES mandado por el coronel Alvarado y el bravísimo mayor Zequeira se desprendía de la extrema deshecha de O'Higgins, y evitando el ataque atravesaba el desorden por ese flanco y venía buscando la incorporación del segundo cuerpo. Pero éste, tomándolo por otro regimiento enemigo, lo

recibió con un fuego terrible. El mayor Zequeira se arroja entonces adelante dando voces tonantes, se hace reconocer con inminente peligro de la vida, y desvanecido el funesto error entra en línea prolongándose en el flanco izquierdo del número 11. Con este movimiento la línea del primer cuerpo se pone en la aproximación del número 3 de Chile que quedaba aún en el segundo cuerpo. Su jefe Rondizoni, en medio del desorden tiene la acertada idea de ordenar á su batallón un cuarto de conversión, y sobre su izquierda logra ponerse en la línea de Las Heras, ascendiendo entonces á 3,216 hombres de infantería los que este jefe tenía reunidos bajo sus órdenes.

Eran las once de la noche. El jefe de la división coronel H. de la Quintana no aparecía ni se sabía de él. Era indispensable tomar una resolución. Los jefes de los cuerpos se reunieron y otorgaron el mando absoluto de la división al coronel Las Heras.

El alboroto de la derrota se iba alejando; y sólo se oían á distancia toques y órdenes de concentración. Nadie venía á dar órdenes ni noticias; y viéndose librado á sus propias inspiraciones, el coronel Las Heras trató de apretar fuertemente los vínculos de la disciplina con todo rigor: hizo circular la orden de que sería penado con la vida cualquiera persona que diese ó emitiese una voz, una opinión cualquiera que no se le hubiese pedido; el que se separase de las filas ó se manifestase enfadado; y tomando la cabeza de la columna se puso en retirada procurando recostarse á los bajos de las cordilleras, para ir tomando posiciones en caso de ser perseguido, y poder adelantarse si no se descubría su marcha.

La retirada estaba, como bien se comprende, erizada de peligros; pero de su éxito dependía, como de un hilo, el destino de la independencia de Sud América. Ese heroico resto era todo lo que quedaba del precioso ejército de 7,000 hombres ricamente pertrechado que aquella tarde había acampado á la vista de Talca, y que no tenía más que extender su mano al otro día para apoderarse del ejército enemigo. El general argentino se había perdido por exceso de arte, por exceso de habilidad, y por la mala ejecución de sus órdenes. Pero lo que prueba el acierto admirable del general San Martín es la posición en que quedó la división de Las Heras en el momento del ataque. Si los cuerpos hubieran ocupado las paralelas, á todo el ejército enemigo le habría pasado lo que le pasó al regimiento de Olarria; se hubiera perdido en la proyección de su frente y al otro día habría capitulado. Esto es incontestable.

Al moverse, Las Heras carecía de víveres: no contaba con caballería para recogerlos, para recorrer el país, para observar los movimientos del enemigo, ni para cubrir su retaguardia. La artillería de su división estaba sin municiones, porque habiéndolas agotado en la tarde anterior para desembarazar al general Balcarce, no había tenido tiempo de reponerlas á la hora de la sorpresa. Carecía de bueyes y de caballos para arrastrar con rapidez las piezas; y en una palabra, todo lo tenía que sacar de su propia energía en aquel supremo momento, en que 3,216 de sus soldados y diez jefes superiores, única esperanza de la patria, iban allí cavilosos, ocultando cada uno en su pecho una angustia muda, rebelde

quizá, y sin saber lo que un momento después iba á ser de todos ellos. El coronel, con una severidad seca y concentrada, que no sería afectada porque era natural que su ánimo estuviese dado al diablo, tomó sus medidas dando á cada jefe su puesto en el orden de marcha con un laconismo imperioso, y emprendió la retirada en columnas regularmente cubiertas por su flanco. En este orden ganó después por una marcha diagonal, la línea paralela del camino de los cerros.

Con seis horas de marcha bien aprovechadas y con la rigidez inexorable con que hacía ejecutar sus órdenes, el brillante coronel se puso del lado derecho del Lircai. Todos, y él mismo para dar ejemplo, lo pasaron á pie con la única excepción de su tambor de órdenes á quien entregó su caballo. El 20 de marzo á las nueve de la mañana la división llegó á Camarico; supo allí que San Martín y O'Higgins se hallaban situados en Quechereguas, haciendo esfuerzos supremos para reunir dispersos. Todo el parque, los trenes, bagajes, muladás, habían quedado abandonados en Cancha-Rayada y desparrramados entre el río Lircai y el Maule. El 24 por la madrugada, sin víveres ni descanso, y siempre bajo la férrea presión del jefe que la salvaba, la división pasó á la margen derecha del Lontué; y la patria pudo contar con poco más de tres mil soldados experimentados y decididos, que iban á servir de base á la reorganización de la victoria, mientras el general argentino y el Director de Chile, sobreponiéndose á la congoja y á la vergüenza, ponían toda su alma y las luces de su inteligencia en la obra urgente, febril, apremiante de construir y de reincor-

porar los restos del ejército para contener al enemigo, que lleno de bríos y de aliento marchaba sobre Santiago, sin haber perdido más tiempo que el muy estricto para dominar el país adyacente y recoger los estragos de su victoria. Desde aquel momento, el verdadero general en jefe de los realistas era el coronel Ordóñez: Ossorio no era ya otra cosa que un figurón de paja á los ojos de sus tropas (5).

En diez días de trabajo incesante, San Martín había ya reparado en gran parte lo perdido, y tenía en el llano de Maipú un ejército retemplado por el despecho y por el patriotismo, de cinco mil hombres, cuya musculatura estaba formada, como siempre, por los viejos batallones y escuadrones argentinos. En aquella posición, el general se proponía dar una batalla si el enemigo trataba de marchar sobre la capital; ó bien, si confiado en la debilidad del ejército patriota, trataba de correrse á su izquierda para ocupar á Valparaíso y maniobrar con ventaja sobre su flanco ó sobre su retaguardia.

No se extrañe que en esta rápida ojeada ahorremos todos aquellos detalles de gobierno interno que

(5) Era tal la notoriedad del coronel Las Heras en el ejército de los Andes, que Brayer en una *Exposición* posterior en que colmaba de insultos y menosprecio al general San Martín y á toda la oficialidad, exceptuaba sólo á Las Heras de su procaz despecho, y aunque lo hacía con la fatuidad de un juez, decía sin embargo: «Las Heras es un oficial de la más alta esperanza, y si la fortuna no le es contraria, será algún día *la gloria* y *el orgullo* de su patria». El historiador Torrente, español remachado y acerbo siempre, todo lo barre como escoria y abominación: sólo á Las Heras exceptúa, comó lo veremos al hablar de la victoria de Maipú.

son exclusivamente de la historia chilena, y que no entran en el círculo de nuestro asunto, que es puramente argentino; si tocamos los acontecimientos capitales de la guerra, es sólo por llenar en todo su horizonte el cuadro de nuestra vida nacional íntimamente ligada con ellos.

Fácil es formarse una idea del estupor que produjo en Santiago el repentino desastre de Cancha-Rayada. Se había contado con la victoria como con un suceso natural. Nadie ignoraba la superioridad del ejército patriota, en número, en pertrechos de todo género, en la calidad de las tropas y en la competencia de los jefes que las mandaban. De improviso, todo desaparece. «El ejército no existe. San Martín ha sido muerto ó hecho prisionero. O'Higgins ha corrido una suerte ignorada. Los jefes han abandonado el campo de la derrota, quedando bagajes, cañones, parque, provisiones, muladas, tesoro, batallones enteros en poder del enemigo, que animoso con tantas ventajas, marcha ahora amenazante y seguro sobre la capital».

Después de Rancagua una porción considerable de familias chilenas había conocido las amarguras y las humillaciones que son el triste cortejo de la emigración. Muchísimas de ellas pertenecían al partido *carrerista*, para el que la restauración del régimen patrio, por la mano de O'Higgins y por la presión del ejército argentino, había tenido hasta entonces muy poco de lisonjero. Entre ellas, lo mismo que en el resto de la población, había ya por esto un gran número de vecinos que eran patriotas fríos, cuyo principal interés era vivir quietos en sus casas, ó en sus haciendas, al abrigo de una

autoridad cualquiera, por celosa y tirante que fuese. La otra parte, entre la que había muchos carrerinos exaltados, tenía como otros tantos o'higginistas, compromisos demasiado notorios para esperar de los realistas otra suerte que la del patíbulo ó las terribles *Casamatas* del Callao, que, en el clima peruano, eran una prisión más horrible que las de *Spielberg*, cuya fama lúgubre ha llenado de espanto el mundo civilizado y hecho adorable la pluma mística de Silvio Pellico.

Estos últimos, encabezados por el cívico fogoso don Manuel Rodríguez, tenido por un carrerista peligroso, trataron de organizar una resistencia popular. Pero, ya fuese por el apuro doloroso de los momentos, ya por la abyección en que estaban entonces las clases bajas de Chile, reducidas á la servidumbre (*serviage*) de los *inquilinos* en la campaña, y de los *rotos* en la capital, el pueblo verdadero no existía y lo que llevaba nombre de tal no podía responder, por consiguiente, con el alzamiento de las masas, que era lo único con que faltando el ejército, podía haberse desempeñado la defensa del país.

El movimiento de Manuel Rodríguez, más bullicioso que serio, produjo sólo el agrupamiento de dos ó trescientos jinetes, jóvenes de buenas familias, *antiargentinos* los más, que se alistaron en un cuerpo embrionario con el nombre de *Húsares de la Muerte*; pero que no entraron á ver la muerte de cerca en las filas del ejército que iba á batirse. El espíritu nacional de los nuevos escritores de Chile ha querido elevar á tal importancia esta manifestación de buenos deseos, que ha tratado nada

menos que de repartir con ella la gloria de San Martín.

Pero lo evidente es que ninguno de los *Húsares de la Muerte* murió ó derramó una sola gota de sangre en la batalla de Maipú, ni en ningún otro encuentro que pudiera haber contribuído á su éxito. El sentimiento general de las masas de Chile no se hallaba inclinado á insurreccionarse como el de las provincias argentinas de Salta y del Alto Perú. Más bien parecían todos resueltos á someterse ó emigrar, cosa natural en un país agrícola, en donde el hombre pobre es una adherencia de la tierra, ó un *paria*, y sigue la suerte que le impone la fuerza y el terror de la guerra.

Así es que un número *considerable* de personas conocidísimas, propietarios ricos los unos, antiguos patriotas de todas las clases los otros, se apresuraron á escribirle al general Ossorio felicitándole por su espléndida victoria, y abjurando el error que habían cometido siendo ingratos á la causa del rey, única base de tranquilidad pública y de justicia, para entregarse alucinados al desorden revolucionario en que se habían visto perseguidos, arruinados y tiranizados por los partidos y por los caudillos de su país.

En la capital comenzaron muy pronto á pronunciarse síntomas de desorden. Don Manuel Rodríguez promovió reuniones tumultuosas en las plazas é hizo hacer *Cabildo abierto*. Con la audacia que le era genial, se apoderó del mando haciéndose nombrar *Acompañado* del coronel Cruz, que era el delegado de O'Higgins; hizo abrir los parques y repartió armamento y municiones al populacho.

Pero al llegar á Rancagua fué O'Higgins informado de estos atentados, corrió á Santiago y puso en orden á los alborotadores cuando menos lo esperaban.

En aquellos momentos, lo primero era calmar las desavenencias y reunir todos los elementos de la defensa. Con este ánimo pasó una nota tranquila al gobierno delegado que había surgido del tumulto, advirtiéndole que reasumía el mando, y que aceptaba el concurso del pronunciamiento popular para reparar el descalabro que habían sufrido las armas de la patria.

Al otro día reasumió solemnemente el poder ante todas las corporaciones reunidas; y contestando á los discursos que se le dirigieron, les habló de que la situación era ya muy diversa de lo que había sido en los días anteriores. «Lo he visto todo, les dijo: el ejército se reorganiza bajo el cuidado inmediato del general San Martín, y abrigo una profunda convicción de que hemos de salir vencedores en la próxima batalla». Pero como O'Higgins conocía á fondo la fe vacilante y el dudoso patriotismo de los que lo rodeaban, sintió la necesidad de aquietarlos con estas curiosísimas palabras, que pintan el egoísmo, la duda y el miedo que veía pintados en el ánimo de todos, más interesados en saber algo para salvarse que en hacer sacrificios para una causa que consideraban perdida. «NO PIENSO (les dijo) EXIGIR DINERO: NO PEDIRÉ NADA, hasta que nuestra conducta en la batalla que va á decidir de vuestra suerte y de la de vuestros hijos, os manifieste que hemos cumplido con nuestro deber». La situación mora! de aquella sociedad se puede calcar con este

solo rasgo. SALTA había respondido de otra manera á las terribles exigencias de la salvación de la patria: hombres, recursos y dinero, todo cuanto tenía lo había entregado al heroico jefe que iba á defenderla; y Mendoza no sólo había hecho, sino que iba á hacer otro tanto.

O'Higgins, empero, multiplicaba sus esfuerzos y sus órdenes para reunir elementos, sin darse una hora de descanso, no obstante que la grave herida del brazo comenzaba á poner en alarma á sus médicos. Agravada por la necesidad de firmar tanto papel á cada instante, fué preciso mandar grabar una estampilla con su nombre para evitar las malas consecuencias de aquel esfuerzo.

Al día siguiente (es decir, el 25 de marzo) entró también San Martín en Santiago y se dirigió al palacio de O'Higgins. No bien corrió esta nueva por el pueblo, cuando se aglomeró en la plaza un inmenso concurso para esperar al general y verlo á su salida. La conferencia duró dos horas. Eran ya las ocho de la noche cuando el general salía del palacio y montaba á caballo para retirarse á su habitación. Pero el concurso le rodeó. Sus vestidos estaban maltratados y desaliñados. Desde la gorra á las fuertes botas granaderas, estaba todo cubierto de polvo y de barro; sus grandes ojos negros eran lo único que brillaba, como siempre, en su ennegrecida figura. Cuando llegó á su puerta de calle se dirigió á la multitud, y sin desmontarse pronunció algunas palabras modestas y **enérgicas**, atribuyendo su descalabro á las casualidades del juego de la guerra, y prometiendo una victoria próxima, para la que dijo que se hallaba ya preparado con los medios que

había reunido. Hacía un instante que estaba en el salón rodeado de muchísimas personas anhelantes por formar opinión sobre el estado de las cosas, cuando llegaba un chasque á raja-chincha, con tanta urgencia, que un momento después el caballo caía yerto en la calle. San Martín tomó el pliego, lo leyó con indiferencia, y siguiendo la conversación lo dejó como distraído sobre la mesa. Pasado algún tiempo, el general se disculpó de la concurrencia y pidió permiso para retirarse á fin de arreglar su traje y su persona. Así que salió del salón, los más curiosos se echaron sobre el papel que el chasque había traído y leyeron una nota de Las Heras en que avisaba al general, desde San Fernando, que marchaba á las inmediaciones de Santiago con su división compuesta de 3,800 hombres y 14 piezas de artillería todos en excelente espíritu, y *decididos á vencer á los godos con un éxito completo*; agregaba también que éstos no se habían atrevido aun á pasar el río Lontué.

Con esta noticia, los ánimos recobraron alguna quietud. Las esperanzas comenzaban á renacer, la autoridad se afirmó lo bastante para contener la deserción general que había comenzado á pronunciarse, con grave peligro en algunos puntos importantes como Yllapel, Valparaíso y otros puntos del norte.

Heroico siempre y digno de la gloria que le había cabido en la creación del ejército de los Andes, el pueblo de Mendoza hizo otro gigantesco esfuerzo, y pasó á Chile auxilios de todo género con una oportunidad y presteza asombrosa. «Se conservaron en diferentes puntos repuestos de bue-

nos caballos hasta el pie de la Cordillera, con los cuales conducidos por las milicias con el cuidado y exactitud militar á entregarse aptos, como lo cumplieron, de entrar inmediatamente en combate y con municiones de ciertos calibres de que igualmente llegó á necesitar el ejército con urgencia por el contratiempo de Cancha-Rayada en la noche del 19 de marzo de 1818, se le atendió puntual y rápidamente para la gloriosa jornada de Maipú. Se cubrió con dichas milicias el cordón que se puso á los dispersos de Cancha-Rayada, contuvo la desertión y la emigración; y *se mantuvo la reserva con que sirvió* esa provincia como el mejor ejército *hasta el año de 1820. Concurrieron también las mismas milicias* AL AUMENTO DE LA 2.^a DIVISIÓN, aunque por piquetes, con oficiales que adquirieron un distinguido renombre en el Perú, como Pringles y otros» (6).

Al mismo tiempo que con una rapidez asombrosa reorganizaba San Martín la fuerza y la moralidad de sus tropas, tomaba todas aquellas medidas de esmerada previsión para el caso en que la fortuna le fuera adversa. Escalonó fuerzas de inferior calidad, con depósitos de pertrechos y de movilidad fácil en todos los caminos por donde había de retirarse á la Cordillera, ó á Mendoza, en caso de verse forzado á ello; aseguró la resistencia de Coquimbo haciendo pasar 380 hombres de *San Juan* y de la *Rioja* donde el teniente gobernador general don

(6) *Escritos póstumos* del general don Toribio de Luzuriaga, gran mariscal del Perú, etc., etc., en la *Revista de Buenos Aires*, tomo VI, pág. 357.

Francisco Antonio Ocampo puso una diligencia digna de elogio en esta remesa importante, cuyo personal ingresó después en el grueso del ejército de los Andes.

En los días anteriores á la deserción, el general San Martín había puesto de acuerdo al señor Guido, plenipotenciario argentino, con el Supremo Director O'Higgins acerca de la compra, por cuenta común de ambos gobiernos, de una hermosa fragata de 50 cañones. Había llegado este buque á Valparaíso con bandera inglesa, y pertenecía en efecto á la escuadra de la famosa *Compañía de las Indias*. Al parecer recalaba á Valparaíso en viaje al Asia; pero la verdad era que traía un contrato *ad referendum* hecho con el señor Alvarez Condarco en Londres para venderse y pasar al servicio de San Martín. Estaba al concluirse el contrato, y pendiente sólo de la recolección del dinero necesario para pagarla, cuando ocurrió la deserción del ejército y los consiguientes cuidados á que fué preciso concentrarse, quedando aplazado el negocio, pero precisado en todos sus detalles para el caso de un éxito feliz como hemos de verlo.

Pasada la primera excitación del triunfo los realistas habían comenzado á concebir dudas sobre el éxito final de la campaña. Ellos también habían tenido pérdidas muy serias en el ataque nocturno del 19: coroneles y otros oficiales de graduación quedaban muertos; mucha fuerza se les había dispersado, huído al sur y desorganizado. La sola tarea de recoger el inmenso material que los patriotas habían dejado desparramado en aquellos campos exigía largo tiempo; mientras que si no apuraban

sus marchas, era evidente que San Martín iba á reunir recursos superiores, á levantar de nuevo el personal de los cuerpos, á recibir hombres y municiones de Cuyo, y á presentárseles en uno ó dos meses de trabajo con las mismas ventajas que había tenido hasta el momento de la sorpresa. Lo indispensable era, pues, no darle tiempo para nada de esto. Ordóñez, que era la cabeza militar más aventajada del ejército realista, se tomó ó recibió el encargo de hacer esta persecución con la primer columna que pudo organizar, creyendo que no encontraría sino fugitivos y grupos informes.

Pero tardó poco en saber que el coronel Las Heras se retiraba con dos jornadas de ventaja y con cerca de 4,000 hombres organizados. El jefe realista no había contado con tan pesado contratiempo; y como su columna no era bastante fuerte para comprometerse en una marcha resuelta al norte del Lontué, se detuvo en Quecherégua, y dió aviso de lo que ocurría para que el grueso del ejército realista apurase sus marchas.

Instado por todos sus jefes, Ossorio iba como empujado por una fatalidad hacia Santiago. Todo el éxito de la campaña dependía de la rapidez; pero la rapidez ofrecía graves peligros y muchos inconvenientes: destruía los caballos, cansaba los hombres, y arruinaba todas las bestias de carga y tiro. Los progresos de la marcha eran, pues, demasiado lentos para lo que requerían las circunstancias.

San Martín estableció su campo en el llano de Maipú. Desde allí cubría la capital y se hallaba en actitud de flanquear al enemigo, dado el caso de

que éste intentase correrse por su izquierda sobre Valparaíso.

La columna de Las Heras pasó al norte del río Maipú el día 28, y continuaba su marcha para incorporarse al cuartel general cuando un edecán del general en jefe se presentó á cumplimentar á los jefes de la columna y á participarles la orden del día. En ella se ordenaba que la columna hiciese alto un cuarto de legua antes del campamento á fin de que el mismo general saliese á encontrarla con todo su estado mayor general, para volver á su cabeza y hacerla recibir con los honores de capitán general. Un momento después se presentó San Martín; y puesto al frente de la línea se descubrió la cabeza y realzó con algunas palabras militares el servicio excepcional que habían hecho á la patria los soldados que la componían, salvándola en un momento aciago para hacerla triunfar en la próxima jornada. Al mismo tiempo todas las músicas tocaban los Himnos Patrios: las baterías hacían una salva de 21 cañonazos en el campamento, que era correspondida por las salvas y por las campanas de la ciudad.

Cuando San Martín supo que se habían avisado algunas partidas descubridoras de realistas, hizo marchar hasta la *Requinua* una fuerza de caballería á las órdenes del teniente coronel Bueras, con una partida avanzada de 60 granaderos á caballo á las órdenes del capitán don Miguel Cajaville, uno de los oficiales más bravos y diestros de la caballería argentina (7). El día 30 de marzo,

(7) Primo hermano del respetable propietario don Calixto Moujan.

Cajaraville pasó al otro lado del Maipú y no tardó en descubrir una fuerza enemiga, que al verlo se puso en retirada. Cajaraville conoció perfectamente que el objeto era atraerlo hacia otras fuerzas. Pero como tenía muchísima confianza en los soldados que llevaba, y como iba además muy bien montado, conferenció con los suyos para ver si estaban bien dispuestos; y no pudiendo dudar de que podía contar con ellos, se puso á perseguir con decisión á los realistas. A poco andar, aparecieron éstos reunidos con otros grupos, y resultó que Cajaraville con 60 granaderos vino á tener por delante el afamado escuadrón del coronel Palmas. Pero, apenas se afirmaron los realistas y trataron de cargar á los granaderos, éstos se soltaron con todo el empuje de los caballos manteniendo su línea como una tabla. Perdió el enemigo su tiento; se dejó arrollar sable en mano; y pocos momentos después huía pavorosamente por todo aquel campo, dejando 32 cadáveres y entre ellos el sargento mayor del cuerpo con dos oficiales.

Este encuentro fué muy sonado y aplaudido, no sólo porque era el primer desquite que nuestros soldados tomaban después de Cancha-Rayada, sino porque probaba que la tropa se conservaba entonada y que no había que temer que flaqueara ni que perdiera la superioridad que hasta entonces había tenido. Aunque parcial, el suceso se consideró como una victoria señalada y fué festejado con músicas y repiques en el campamento y en la capital.

Habíase resuelto que el 1.º de abril tendría lugar una gran revista del ejército; y como el campamento distaba poco menos de dos leguas de

Santiago, agolpóse por allí numerosísima concurrencia venida de la ciudad y de todos los alrededores. No revistaron, por de contado, sino los cuerpos de línea, porque aquello era demasiado formal y serio para que entrasen á figurar los *Húsares de la Muerte* del alborotador don Manuel Rodríguez.

El continente de la tropa no podía ser mejor ni más lucido. Todos los semblantes respiraban animación y denuedo. Algo había en el aire que presagiaba un triunfo; y todos los concurrentes se retiraron alegres y con vivas esperanzas.

Con la incorporación de la columna de Las Heras quedaba reorganizado el ejército y pronto para adelantarse á contener al enemigo. Faltaba, sin embargo, del cuartel general un oficial de gran nombradía y de quien ahora no se hablaba bien en los fogones. El general Brayer había sido *Jefe de Estado Mayor en «aquella ingrata noche»* del 19 de marzo. Al salir del campamento en el momento en que era acometido por los enemigos, huyó despavorido; y sin detenerse en ningún punto del camino para cumplir con su deber, se metió en Santiago dando lúgubres detalles del desastre. Colocado al lado del tribuno Manuel Rodríguez aseguró con su propio testimonio que todo quedaba perdido, que no había que contar con nada más que con la iniciativa ó el alzamiento del pueblo: y esparció rumores *sotto voce* de que San Martín, O'Higgins, y los jefes principales se hallaban festejando el natalicio del primero, y estaban ebrios cuando ocurrió el ataque (8). Al favor de estas culpables diligencias,

(8) Me ha referido el señor Las Heras que el mismo general San Martín se lo dijo, quejándose amargamente de

que en el fondo eran algo parecidas á una vergonzosa cobardía, Brayer provocó, ó contribuyó á provocar, un gran tumulto en el que se alteró el personal del gobierno, usurpando la presidencia el mismo Manuel Rodríguez, que peroraba al lado de Brayer. Un tal Serrano, tomando la palabra á su vez, lanzó al pueblo la torpe calumnia; pero Brayer la rectificó al momento advirtiéndolo «que él no había dicho al señor Serrano que lo *había visto*, sino que era voz corriente entre los dispersos».

Cuando O'Higgins entró en Santiago y puso en orden el alboroto de que los *carreristas* habían procurado sacar partido, Brayer se sintió en un terreno difícil; é invocando el mal estado de su salud pidió permiso para pasar á los baños termales de Colina, camino de buena retirada con tiempo. Pero al día siguiente—esto es el 27 de marzo—se arrepintió de haber dado tan feo paso, y apelando á todo el lustre de su antigua carrera, pasó una nota al general en jefe pidiéndole *un mando cualquiera en las tropas* que se aprestaban á dar la batalla. «Mi salud, destruída por heridas graves, dijo, me deja sólo una existencia dolorosa, cuyos restos ofrezco en obsequio de la independencia del país que me ha acogido en mi desgracia». Dice el señor Barros Arana, de quien tomo estos documentos, que San Martín vaciló antes de contestar. Sin embargo, lo que yo mismo he oído al general Las Heras es que

la infame calumnia de Brayer. Las Heras precisamente había estado hasta las cinco y media de la tarde con el general en jefe, sin que hubiera la menor traza de comida ó festejo; sino al contrario, disposición del general á descansar unas horas, y orden de que le despertasen á las 10 p. m.

la indignación del general San Martín era tanta que no quiso contestar hasta no contenerse para hacerlo con términos decorosos y moderados. «La salud de Vuestra Señoría es muy interesante, y por lo mismo deberá reponerla por medio de una curación formal: logrado este objeto se proporcionará el destino que Vuestra Señoría solicita en este ejército á beneficio del país».

El día 2 el ejército patriota estaba pronto para operar. La situación que el general había tomado era excelente: le ponía en aptitud de decidirse en vista de la marcha del enemigo; ya fuese de frente, si éste tomaba una dirección recta de Sur á Norte, sobre Santiago; ya para convertirse sobre la derecha y cerrarle el paso, en el caso que Ossorio pretendiese correrse por su flanco izquierdo con la mira de amenazar la capital y de ocupar los caminos de Ackon-Kahuac y de Valparaíso, cortando las comunicaciones con los Andes y con el mar á la vez.

San Martín arregló sus fuerzas en tres cuerpos con frente al Sudoeste. El coronel Las Heras mandaba el cuerpo de la derecha compuesto de su batallón número 11, del de cazadores de Coquimbo, infantes de la patria, 8 piezas de artillería, y los cuatro escuadrones de granaderos á caballo. El teniente coronel don Rudecindo Alvarado tenía á sus órdenes el cuerpo de la izquierda, compuesto de su batallón número 1, ó sea *Cazadores de los Andes*, del número 2 de Chile, y del número 8 argentino, con 8 piezas de artillería chilena y los cazadores á caballo, cuerpo argentino puesto á las órdenes del coronel Freire. Como doscientas varas á retaguardia formaba la división del centro y reserva á las

órdenes del coronel don Hilarión de la Quintana, compuesta del batallón argentino número 7, á las órdenes del coronel Conde, de los batallones chilenos número 1 y número 2, con 4 piezas de artillería, y con un escuadrón denominado *Cazadores de la Escolta*.

Ossorio vino el día 3 de abril á pasar el río Maipú por el paso de Lonquen, y salió por consiguiente sobre la derecha de la línea que formaban los patriotas. Mostraba con esto, como lo había previsto San Martín, que procuraba interponerse entre Santiago y Valparaíso para dar frente al naciente, correrse sobre su izquierda y cortar al mismo tiempo el camino de Valparaíso y las comunicaciones andinas amenazando tres puntos capitales á la vez: *Santiago, Valparaíso y Chacabuco*. Luego que San Martín conoció el intento del enemigo movió decididamente su ejército hacia el terreno en que había resuelto batirse, y se colocó en disposición de atacar el flanco derecho ó la retaguardia del enemigo si continuaba en su propósito. El movimiento de los independientes puso en tanto cuidado al enemigo, que se contuvo y se estableció en el *Caserío de Espejo*, vieja hacienda de muchos edificios y callejones de tapia. Colocado allí, cambió el frente de su formación en marcha poniéndolo al nordeste, para defenderse de los movimientos que podía hacer San Martín sobre su flanco derecho.

Era tan corriente entre los oficiales de Ossorio la habilidad y la astucia con que San Martín preparaba sus golpes, que todos andaban preocupados y obrando como si marcharan al borde de precipicios desconocidos; pero nadie más temeroso y apre-

hensivo que Ossorio mismo. Cuando vió que los momentos eran decisivos y que Ordóñez, Morla, Primo de la Rivera, entraban en cuidados deteniendo la marcha y rectificando sus direcciones, comenzó á pronunciarse por una retirada, ó bien por maniobrar hacia Valparaíso al amparo de la escuadra, y volver á Talcahuano á reforzar el ejército y completar su organización. Viéndose contrariado por los jefes mencionados, y en un estado de grande inquietud, reunió un consejo, con la esperanza de que su opinión triunfase. Pero Ordóñez se opuso animosamente, insistiendo en que era preciso no perder tiempo, ni la superioridad moral que les daba un triunfo tan reciente como el de Cancha-Rayada: que lo que convenía era seguir operando por el flanco derecho de los patriotas, caer sobre Santiago, y forzar á San Martín á dar una batalla.

Esta era precisamente la intención de San Martín: el 4 por la tarde dió minuciosas y claras instrucciones á los jefes de cuerpo y de división, sin olvidar el menor detalle, porque en estos casos era de una labor y de una previsión incansables. En una de sus anotaciones detallaba los uniformes de cada cuerpo enemigo con las señas, distintivos ó rasgos peculiares de cada uno de sus jefes, haciendo resaltar el grande interés que los jefes y oficiales patriotas debían tener en conocerlos (9). Hablándoles del REGIMIENTO DE BURGOS, decía: «A éste se le debe *cargar la mano*, porque es la esperanza y el apoyo del enemigo». En otra parte agregaba: «Si

(9) A esta precaución se debió que fuese preso Ordóñez.

algún cuerpo, tanto de infantería como de caballería, fuese cargado al arma blanca, no esperará de pie firme, sino que á la distancia de cincuenta pasos saldrá á encontrarlo á sable ó bayoneta».

El día 5 de abril, luego que aclaró, el general San Martín disfrazado con poncho y con sombrero *huarapó* (10), montó en un buen caballo, enjaezado á lo guazo, y haciéndose acompañar del oficial de ingenieros D'Alve, del edecán O'Brien y de un asistente, vestidos con el mismo disfraz, se acercó cuanto pudo al campo enemigo, y vió por sus propios ojos que éstos comenzaban á mover sus columnas por el flanco izquierdo, procurando visiblemente ganar el camino de Valparaíso y circunvalar á Santiago por el poniente. San Martín volvió á su campo y emprendió entonces un movimiento conversivo de toda su línea sobre la derecha, marchando á encontrar á los realistas en una dirección casi oblicua (según lo dice en el parte de la batalla) con el objeto de envolverles el flanco derecho, ó de atacar su retaguardia.

Al darse cuenta de este peligro, Ossorio detuvo su movimiento y formó su línea en un terreno que necesita ser descrito.

Hacia el lado del Sudoeste, se levantan unas pequeñas lomadas ó alturas, que sin ser áspera sierra, forman ondulaciones bastante acentuadas sobre una de las cuales se ve el blanco caserío de la *Hacienda de Espejo*, á la derecha, saliendo de Santiago. En medio de estos pliegues del terreno, se prolonga de oriente á poniente una hondonada, ó

(10) Sombrero de paja con alas anchas.

bajío poco profundo, cuya anchura (según cálculo que hice á la vista) puede ser de mil á mil doscientos metros en el extremo del poniente, ó bien sea en la caída de las antiguas corrientes que lo han dejado en seco; y que hacia arriba (al extremo oriente) se va estrechando hasta quedar reducido á doscientos metros á lo más, y en forma de dos líneas que se fueran separando oblicuamente como si en una lejana distancia formaran un ángulo agudo ó quebrada de las caídas occidentales de la Cordillera. Así es que sus bordes, ó barrancos, quedan enfrentándose oblicuamente con cierta regularidad general.

El ejército español vino á ocupar los barrancos del sur con la mira probable de sostener allí su propósito de seguir marchando al noroeste para converger y circunvalar á SANTIAGO; y el ejército independiente se adelantó á tomar posiciones en los bordes ó barrancos del norte con la mira de atravesar el bajío por su menor anchura (oriente) para envolver con su izquierda la marcha del enemigo y batirlo. De modo que en razón de la forma del terreno los dos frentes contrarios se hallaban en líneas oblicuas, más estrechas y cercanas por el lado de oriente, y más abiertas por el de occidente.

Ossorio, diremos más bien Ordóñez, conoció al momento que la posición de San Martín era más ventajosa en cuanto le doblaba su flanco derecho por el espacio más angosto de los barrancos; y variando su orden de marcha aglomeró en su derecha sus mejores fuerzas en dos columnas cerradas en masas, con el objeto de echarse al medio del bajío y de llevarse las fuerzas argentinas con un violento y poderoso empuje, dejando á su izquierda

una tercera columna al mando de Primo de la Rivera, como reserva para acudir á las contingencias del combate. Tomó Ordóñez el mando de la columna de la derecha y el coronel Morla el de la izquierda, con el espacio consiguiente entre ambas para desenvolverse. Constaba la columna de Ordóñez de tres regimientos con cuatro piezas, y de los dos escuadrones de dragones de Chillán y de Concepción. La columna de Morla se componía de los regimientos BURGOS y Arequipa, con otras cuatro piezas. A su izquierda quedaba, como hemos dicho, otra fuerte columna al mando de Primo de la Rivera; y como la faja de terreno bajo que por este lado la dividía de los patriotas era bastante más ancha, y quizá como de 300 metros, la columna se había colocado sobre la altura misma del barranco, con una batería de ocho piezas á su derecha, y en el bajío se hallaban adelantados los escuadrones de *Lanceros* y *Dragones del Rey*, protegidos por esas piezas al mando del coronel Morgado.

El plan de los españoles era evidentemente esperar la noche para seguir por su izquierda el movimiento de circunvalación sobre Santiago; ó de ser atacados, defender su posición en lo más estrecho del bajío con todas las fuerzas más sólidas y aglomeradas de que podían disponer. Indudablemente los dos generales eran dignos de encontrarse en aquel crítico momento. Dadas las posiciones, la de los españoles era por el momento defensiva de su orden de marcha; la de los independientes, agresiva por necesidad y por interés; era, pues, natural que los primeros estuvieran dispuestos á esperar que los segundos se descolgasen al bajío, y que em-

prendiesen la subida del lado opuesto para que las columnas de Ordóñez y Morla se moviesen y trataran de arrollarlos hasta su reserva, debiendo ser éste el momento en que Primo de la Rivera bajase por la izquierda con su columna y con la caballería de Morgado para embestir á Las Heras y echarlo sobre el cuerpo desordenado del centro patriota.

Eran las doce del día, cuando el ejército argentino ocupó las lomas fronterizas en el orden que hemos dicho. El general tenía en aquel momento gran interés en descubrir la colocación que el enemigo había dado á su artillería. Temía que la hubiese agrupado donde el terreno era más angosto para barrerle las columnas que lanzase por allí, haciéndole más difícil el ataque con que premeditaba echarse á las lomas de su frente. Hablando con el coronel Las Heras que en este momento estaba á su lado, y cuyas opiniones escuchaba siempre con atención, éste le dijo con el tono familiar de que usaban en privado: «Si usted manda que nuestras piezas rompan un cañoneo general sobre su frente, verá usted que los *godos* no dejan callado uno solo de sus cañones»; y en efecto, un momento después tronaban los cañones de la línea patriota arrojando centenares de balas sobre el frente; y los enemigos contestaban con igual bullicio, descubriendo el orden de sus fuegos.

El general San Martín había visto ya lo que deseaba: sabía que podía lanzar al llano las columnas de su izquierda al mando de Alvarado. Pero comprendiendo que allí iba á jugarse lo duro de la batalla, ordenó al coronel Las Heras que cuando viese comprometida la columna de Alvarado, ejecu-

tase un movimiento de concentración sobre su izquierda: de modo que los batallones *Infantes de la Patria* y *Coquimbo*, que eran su extrema por ese costado, pudiesen ocurrir sobre el flanco de los realistas á sostener á Alvarado y á la reserva, pues era su intención echar toda la fuerza posible sobre aquella parte. Pero al mismo tiempo le dijo que ocultase el movimiento, para que Primo de la Rivera no lo comprendiese; y que con ese fin echase al frente los *Granaderos á Caballo*, procurando que arrollasen sin descanso la caballería de Morgado, y que entrasen por el espacio que mediaba entre la columna de Primo de la Rivera y la de Morla, mientras el número II se corría también sobre su izquierda, amagando de flanco ó por retaguardia al primero si procuraba marchar á dar apoyo á las columnas realistas de su derecha cuando las viese envueltas por el grueso de la infantería patriota allí concentrada.

Seguro de la habilidad y exactitud con que el coronel Las Heras había de desempeñarse, tomó el galope hacia su izquierda para coordinar el momento de ponerla en marcha y de apoyarla con la reserva. Colocó al efecto en la extremidad de ese flanco ocho piezas de gran poder á las órdenes del teniente coronel Borgoño, destinadas á barrer al enemigo cuando Alvarado pasase el bajío y diese de frente con él; y desde que todo estuvo previsto y listo dió la orden de marchar de frente por ese costado á todo empuje.

Así que Las Heras vió las señales del cuartel general lanzó al bajío los *Granaderos á Caballo* á las órdenes del coronel Zapiola, y comenzó á mover

juiciosamente sobre su izquierda los dos batallones *Cazadores de Coquimbo é Infantes de la Patria*.

Desde que Primo de la Rivera vió moverse los *Granaderos á Caballo* temió verse comprometido y en peligro de no poder moverse y acudir á tiempo sobre su derecha en apoyo de la columna de Morla, sin que el número 11 lo acometiese por el flanco, ó por retaguardia.

Era, pues, urgente que Morgado saliese al encuentro de Zapiola. El momento era crítico: Las Heras veía que Alvarado con toda la izquierda estaba ya comprometido entre las dos columnas enemigas: ordénale entonces al comandante Manuel Escalada y al comandante Manuel Medina que carguen á fondo á Morgado, y lo lleven por delante hasta más allá de su infantería; y él sigue haciendo correr lentamente sus dos batallones de la izquierda para engrosar la línea de la reserva y desbordar las columnas enemigas por la derecha encerrándolas en fuegos de flanco.

Los granaderos cargan con el ímpetu de un huracán, animados sobre todo con el deseo de tomar desquite: arrollan á Morgado en el centro del bajío entre los dos barrancos, y llegan hasta los bordes del sur; barridos allí por la metralla enemiga retroceden por un momento; pero se rehacen con una disciplina admirable bajo el fuego del enemigo: vuelven á cargar: y sin que nadie pueda ya contenerlos pasan arrollando á los jinetes del rey de España por el intermedio que había entre la columna de Morla y la de reserva al cargo de Primo de la Rivera.

Este jefe se había visto, pues, inutilizado por la

furibunda intrepidez de los granaderos á caballo; y cuando advierte lo que pasaba á su derecha, abandona sus seis piezas, y á toda prisa trata de marchar al conflicto; pero el número 11 se mueve también cortándole por la diagonal que deja á su retaguardia. La columna realista vacila, y se detiene allí perpleja para no dejarse coger. Veamos lo que había sucedido por la izquierda de los independientes.

Alvarado había bajado al llano y empeñádose bravamente en el ascenso del barranco por su frente. Al repecharlo aparecen las dos columnas en masa de Ordóñez y Morla: chocan contra el centro de la línea patriótica y hacen vacilar su centro compuesto del batallón argentino número 8 mandado por el comandante Enrique Martínez y del número 2 chileno á las órdenes del comandante Cáceres. Se hace allí un esfuerzo para reorganizar la línea; pero el centro, que era demasiado débil para el empuje en masa de las dos columnas españolas, vuelve á vacilar y se pronuncia en retirada dejando ileso á la izquierda el batallón número 1 argentino, ó sea *Cazadores de los Andes*, á cuya cabeza estaba un oficial de mucha fama entre los suyos, el mayor Severo Zequeira, hijo de Salta. Conociendo este oficial que podía quedar cortado comienza también á retrogradar sobre la reserva, pero en perfecto orden de formación, y casi paralelamente con las columnas españolas que ya se llevaban por delante los grupos del 8 y del 2.

Al ver lo que sucedía el general en jefe mueve hacia la gresca la reserva al mando del coronel don H. de la Quintana; y para desahogar la izquierda

ordena al coronel Freire que rodee el campo de batalla por ese lado, que arrolle y persiga la caballería de *Concepción* y de *Chillán* que guardaba el flanco de la columna de Ordóñez, y que cargue las hileras de esta columna por ese flanco y por retaguardia. Bueras (otro salteño), segundo de Freire, pasa con una intrepidez rara por entre los fuegos del enemigo: carga, triunfa, pero cae atravesado por una bala de cañón mientras Freire consumaba la proeza, y hace vacilar los costados de la columna de Ordóñez.

Entonces fué cuando la reserva, entrando por el vacío que habían dejado los batallones 8 y 2, chocó por el frente con las columnas enemigas. El teniente coronel Conde, á la cabeza del número 7, hace prodigios de valor, bien secundado por los comandantes Rivera y López del 1 y 3 de Chile. Los realistas sienten detenido el empuje con que venían entrando, al mismo tiempo que la extrema izquierda del cuerpo de Las Heras—*Infantes de la Patria* y *Coquimbo*—entran por la izquierda de las columnas enemigas, embarazando sus movimientos de una manera grave. El *Infantes de la Patria* choca, y es maltratado; pero apoyado inmediatamente por *Cazadores de Coquimbo*, despliegan sobre el flanco de Morla con un fuego excesivamente mortífero.

Por el otro lado, esto es, á la derecha de Ordóñez, el grueso del batallón *Cazadores de los Andes* había seguido, como dijimos, el movimiento retrógrado del 8 y del 2. Pero el mayor Zequeira ve el movimiento brioso con que la reserva entraba en fuego, y con el ademán soberbio que le era natural, con el gesto aterrante y con un tronido más bien

que voz grita: ¡Alto, C...! ¡Frente á la izquierda!... ¡fuego!... y acribilla el flanco derecho de Ordóñez, al mismo tiempo que Conde y Rivera le detenían por el frente.

Alvarado reorganiza el 8 y el 2 al amparo de la marcha de la reserva: el teniente coronel Enrique Martínez vuelve al fuego y se echa á la bayoneta. Acuden allí mismo Freyre y los escuadrones Escalada y Medina, de granaderos á caballo. Ordóñez y Morla procuran desplegar sus masas; pero con estos violentos choques se había estrechado el espacio que separaba las dos columnas y al desplegar se enredan, entra el pánico, y se produce tal confusión que ya no hay medio ninguno de poner aquello en orden. San Martín lo advierte desde la altura en donde se hallaba la batería de Borgoño: baja precipitadamente y manda que todos los cuerpos de la línea entren á la bayoneta. Ordóñez comienza á ceder en medio de grupos desordenados, pero numerosos todavía: Morla hace lo mismo. Ambos coroneles buscan ansiosamente la columna de Primo de la Rivera para rehacerse; pero este jefe no ha tenido tiempo de llegar al conflicto, porque Las Heras lo apuraba ya con el número 11 y con dos escuadrones de *Granaderos á Caballo*, tomándole la diagonal para envolverlo en la derrota de los suyos. Grave en efecto era en aquel momento la situación de la reserva del ejército español: si se detenía no sólo quedaba expuesta á verse atacada por todo el ejército independiente en un campo sin posiciones, sino también á que la enorme masa de los realistas fugitivos la desbordase y la deshiciese. Huyendo, pues, de uno y otro peligro, pero en per-

fecto orden, se puso en marcha precipitada á fortificarse en el *Caserío* y *tapias* de la Hacienda de Espejo, seguida siempre de Las Heras, que procuraba cortarla y ocupar antes la misma posición. Avisados de que en este caserío era el punto de reunión, todos los grupos que podían escapar á los vencedores corrían perseguidos y traqueados en el mismo rumbo.

El general San Martín había tenido la previsión de encargar á sus jefes que le trajeran ante él, en el acto, el primer oficial prisionero que tomaran. Acababa de hacer entrar la reserva, para apoyar y sostener su izquierda, cuando el alférez de granaderos á caballo don Rufino Zado le presentó un soldado de su cuerpo que traía en ancas á un capitán español de caballería llamado González, que acababa de ser preso por el comandante Medina. El general mandó que el prisionero se pusiese inmediatamente á su lado sin bajarse; dándole un antejo le ordenó que le señalase el grupo en que se hallaba Ossorio, las señas de la persona, el caballo, traje, etc., bajo severísimas penas si mentía.

El general San Martín tenía mucho interés en tomar á este parásito del despotismo colonial: no porque valiera, sino porque era yerno muy mimado de Pezuela; y tomándolo el general argentino se proponía sacar de él mucho provecho, no sólo para sus proyectos ulteriores, sino para mejorar la horrible situación en que se hallaban nuestros prisioneros metidos en las crujías del Callao. Teniendo á Ossorio, el general San Martín estaba seguro de que podría canjearlo á él solo por todos aquellos desgraciados.

El capitán español señaló claramente la persona del general realista y de los demás jefes enemigos que ocupaban ó que operaban en las lomas del frente. Otros prisioneros fueron traídos que corroboraron los mismos datos; y ya bien informado, puso una partida de caballería al mando del ayudante O'Brien con orden de perseguir exclusivamente á Ossorio desde que la victoria se pronunciase por los patriotas. «Los otros, dijo, están demasiado metidos en el fuego para que se nos vayan».

El general recibió en este momento un parte de Las Heras diciéndole que la reserva enemiga corría con ánimo de fortificarse en el *Caserío de Espejo* y de reunir allí los dispersos: que él con el número 11 (900 plazas) y el *Coquimbo* (300) forzaba sus marchas para llegar antes ó por lo menos no darle tiempo de hacerse allí fuerte, para lo cual era menester que se le mandaran algunas piezas. El general le da orden al general Balcarce que tome las baterías de Borgoño y de R. de la Plata (centro é izquierda) y que marche en pos de Las Heras á impedir la concentración del enemigo en *Espejo*.

Estaba el general haciendo cumplir estas órdenes con el apremio consiguiente, cuando uno de sus edecanes, vivamente excitado, se acerca y le dice: «Señor; allá en aquel grupo dispara Ossorio: véalo, señor, va disfrazado con poncho blanco y sombrero *huarapú*». ¡O'Brien! grita el general; ¿ve usted en aquel grupo un hombre de poncho blanco y sombrero *huarapú*?—¡Sí, señor!—Este es Ossorio: córtese usted por la derecha y tómelo en el camino de Valparaíso. O'Brien toma un guía,

una buena partida de caballería y sale á escape, mientras el general Balcarce con las baterías de Borgoño y de Plaza, marchaba á toda prisa en dirección á *Espejo*.

Había en efecto motivo para darse prisa: eran las tres de la tarde y el mes de abril: no había, pues, que contar con la luz del día sino hasta las cinco y media cuando mucho. Si los realistas ganaban la noche era de temerse que gruesos grupos de dispersos se uniesen á la columna de Primo de la Rivera, y que consiguiesen distanciarse al Sur buscando abrigo en Talcahuano.

Eso era precisamente lo que los realistas pretendían hacer. Pero apremiados de cerca por la columna de Las Heras, consiguen entrar á tiempo en el Caserío de Espejo, y decidieron hacer pie allí con alguna artillería que habían dejado el día anterior en previsión de una retirada.

El Caserío de Espejo está situado en una colina, como ya dijimos; pero no sobre la misma loma sino al principiar su declive hacia el nordeste: de modo que la altura queda por el sur á la espalda del edificio, y el declive sigue las ondulaciones del terreno hacia Santiago. Un callejón ancho de veinte varas (si mal no recuerdo) parte del grande patio de las casas, y viene á terminar á 180 metros poco más ó menos, en los potreros ó campo abierto, y en comunicación con otros callejones laterales que se bifurcan en el mismo patio cortándose en varios ángulos. Estos callejones estaban formados, á uno y otro lado, por paredes gruesas de tapia ó tierra pisonada, á una altura de dos metros próximamente.

Los realistas estaban en aptitud de apoderarse de la Hacienda antes que Las Heras, y en efecto, tomaron posiciones en ella para esperarlo. En la altura ó lomada que forma como el respaldar de las casas, colocaron una gruesa columna ó cuadro de infantería. En el patio (que les quedaba en el declive) pusieron sus artilleros con ocho piezas que defendían el callejón de la entrada principal; y en los demás callejones algunas guardias de vigilancia. Todo el terreno quedaba, como se ve, bajo la protección de la columna ó cuadro que ocupaba el patio.

A los pocos momentos llegaba Las Heras. Pero como los encontrara fuertemente establecidos, sin tener él á mano más que el número 11 y el *Coquimbo*, que no había necesidad de sacrificar, se limitó á inmovilizar allí al enemigo mientras le llegaban algunas de las piezas que había pedido.

Pero el general Balcarce, más animado y excitable en estos casos que prudente y reflexivo, y siempre impetuoso, se desesperaba de que la artillería no pudiese andar al galope de su caballo, veía ya la noche y la evasión del enemigo con la violencia de su imaginación, y se adelantó á la *Hacienda* resuelto á asaltarla con lo que allí tuviera. Su mayor graduación y el cargo de jefe de estado mayor que desempeñaba, le daban el mando. Llega y ve que los dos batallones patriotas estaban estacionados sosteniendo algunas guerrillas sin atacar de firme; y dirigiéndose impetuosamente á Las Heras le grita con poca cortesía:—¿ Por qué no ataca usted, coronel?—Me falta artillería, general, para proteger mi tropa.—¿ Para qué quiere usted artillería, señor?

Entre usted á la bayoneta por el callejón; ellos no tienen artillería.—Sí tienen, general.—No, señor, la han dejado toda en la fuga: ¡entre usted! ¡entre usted! que viene la noche. Era, en efecto, algo más de las cinco de la tarde.

El coronel, profundamente contrariado, forma su columna poniendo á la cabeza el batallón *Cazadores de Coquimbo*, que no bien entra, es barrido á metralla. Cae una multitud de soldados. El bravo comandante don Isaac Thompson persiste avanzando. Una nueva descarga de metralla lo acribilla de una manera cruel; 120 hombre quedan tendidos; muchos oficiales, muertos ó heridos, y el resto de la tropa retrocede por los costados del número 11 que sigue avanzando. El sacrificio era inútil; en ese mismo tiempo llegaba ya el teniente coronel Borgoño con ocho piezas bien servidas, y poco después otra batería al mando del comandante Blanco Encalada. Con ellas había llegado también el general en jefe; se colocan en batería las piezas, rompen un fuego vivísimo sobre el cuadro enemigo que dominaba la altura de las casas; al mismo tiempo que el número 11 venciendo las tapias de la izquierda, y apoyado en el otro costado por algunos piquetes del 7 y del 8, se echan sobre los edificios. Acribillada por la metralla, y viendo en peligro el Caserío que era su único abrigo, la tropa enemiga abandona la loma y se reconcentra en el patio al abrigo de los edificios. El número 11, que venía entero, y que iba á tomar parte directa en aquella terrible función de guerra, rompe las tapias, y superando los obstáculos que lo separaban del enemigo se desborda á la bayoneta sobre el patio, llevándose todo por delante en pocos minutos sin que nada lo pudiese con-

tener. La mayor parte de los jefes y oficiales enemigos entregan sus espadas en las piezas del edificio, donde se habían asilado para huir del primer furor de la tropa. Muchos otros tratan de salvarse saltando los cercos y ganando el campo; pero son hechos prisioneros ó muertos.

Al saltar una tapia del huerto, un oficial realista de graduación siente que le cogen por detrás la vaina de la espada y que otra espada le toca el costado con su punta, apresándolo en una actitud en que no podía defenderse porque estaba agarrado al muro y con el cuerpo en el aire.—Señor coronel, le dice el aprehensor, ríndase Vuestra Señoría; tengo orden de mi coronel de tratarlo con la más alta consideración.—Ahora verá usted mi respuesta, dice el jefe realista, y se deja caer al suelo procurando usar de su espada. Pero cae mal: el oficial patriota salta tras él, lo oprime, y le pide la espada, repitiéndole que tiene orden de tratarlo con todo respeto.—¿Con quién piensa usted que habla?—Con el coronel Ordóñez.—¿Quién es su jefe de usted, señor oficial?—El coronel Las Heras.—Tome usted mi espada y lléveme usted donde su jefe.—Conserve Vuestra Señoría su espada: me basta su palabra; é incorporándose ambos al tiempo que acudían otros, retrocedieron á las casas.—¿Dónde diablos ha podido usted conocerme? le dijo el jefe realista mientras caminaban.—En Talcahuano: yo le entregué personalmente á Vuestra Señoría un pliego por orden que recibí del señor coronel Las Heras.—¡Es cierto! ¿sobre los presos de la Quirinquina?—Ignoro sobre lo que era, señor coronel.—¿Cómo se llama usted, joven?—Manuel Laprida, teniente del número 11.—Bravo cuerpo y bravo jefe.—Aquí le

tiene Vuestra Señoría, le dijo Laprida poniéndolo delante de Las Heras; y cuadrándose agregó:—Mi coronel, el coronel Ordóñez. Las Heras le alargó al momento las dos manos al jefe realista, recibiendo con toda la nobleza de un amigo. En aquel momento mismo venían Primo de la Rivera, Morla y Morgado que deseaban saludar á las Heras y ponerse bajo su protección. El galante coronel, aunque de prisa, se ocupó con esmero de que sus prisioneros quedasen seguros y tratados con el respeto que merecían; les ofreció visitarlos al siguiente día, disculpándose por las atenciones apremiantes que le obligaban á retirarse.

Fué tan notorio entre los mismos enemigos el noble proceder del coronel Las Heras, que el historiador español don Mariano Torrente, tan acre en su estilo, y tan procaz siempre que se trata de jefes, de tropas, ó de personajes argentinos, hace aquí un paréntesis á la exageración de sus odios y dice: «Los orgullosos insurgentes mancharon la victoria con varios actos de crueldad cometidos sobre los desgraciados prisioneros; pero éstos cesaron á la llegada de Las Heras, quien animado de sentimientos más generosos, empleó todo su influjo y autoridad para contener á la desenfrenada soldadesca» (11).

Tal fué la doble y gloriosa victoria del CINCO DE ABRIL, que según Juan Cruz Varela, había inspi rado al Cisne

. que cantó exaltado
«¡AQUELLA INGRATA NOCHE HABÍA PASADO!» (12)

(11) Vol. II, pág. 431.

(12) Primer verso de la *Oda* que el señor Vicente López dedicó á la victoria de Maipú al día siguiente de recibirse en Buenos Aires la gran noticia.

El ejército realista quedó completamente destruído. De los jefes principales, sólo Ossorio y el sargento mayor Rodil pudieron salvarse: había perdido 826 hombres muertos; 1,346 prisioneros: entre éstos Ordóñez, Morla, Primo de la Rivera, Morgado, Besa (coronel del *Burgos*), Latorre, con 174 oficiales más, de diversas graduaciones. Cayó como era consiguiente todo el parque, repuestos, vestuarios y enseres de todo género, con más de cuatro mil fusiles. El triunfo había sido costoso también para los patriotas: además del teniente coronel Bueras, perdieron siete oficiales de mérito y como 700 hombres entre muertos y heridos.

Al oír los primeros tronidos de la batalla no pudo O'Higgins contenerse; y superando los dolores y el mal estado en que tenía el brazo, montó á caballo, sacó de Santiago la reserva y corrió al campo de batalla. Cuando llegó con la excitación de fisonomía y de ademanes propia de un *irlandés* de raza, San Martín marchaba ya sobre el *Caserío de Espejo*, y se unió á las columnas que iban á consumir los resultados del triunfo.

De los jefes enemigos sólo Ossorio y Rodil (13), como hemos dicho, escaparon del desastre general de los suyos. Rodil tenía ciertas rivalidades y aún enemistad con Ordóñez y Primo de la Rivera. Puesto en retirada, no quiso seguir al punto de reunión; y á la cabeza de dos compañías del batallón *Arequipa*, que pudo sacar formadas, se corrió sobre su izquierda hacia el oriente, y al abrigo de las caídas

(13) El mismo que se señaló en 1825 como jefe de la plaza del Callao.

de la cordillera, se deslizó hasta las orillas del río Maipú. Siguiólo sin embargo el coronel Freire con los *Cazadores á caballo* de la escolta. Pero como no tenía artillería ni infantes, Rodil se abrigaba con sus fuegos en las partes quebradas y ásperas del terreno hasta alcanzar la noche. La tropa iba sin embargo tan desmoralizada, que al amanecer del día 6, Rodil se encontró con sólo 18 hombres y un guía: los demás se habían desparramado por el rumbo que á cada uno le plugo. Rodil tomó caballos y logró llegar á Talcahuano.

Ossorio tuvo también la fortuna de escaparse. Durante la batalla había conservado á sus inmediatas órdenes una fuerte compañía del escuadrón *Dragones de Chillán*, gente muy experta en los caminos, para que le hiciese la guardia y lo protegiese si tenía que huir, como se lo decía cierta voz interna que tomaba como vaticinio, y que no era sino el terror que le inspiraba la presencia y la superioridad militar de San Martín. Cuando vió que sus columnas comenzaban á retroceder en desorden, dió por cumplido el vaticinio: dejó las responsabilidades á los que habían querido dar la batalla: puso á su lado al capellán fray Melchor Martínez, de quien no podía separarse porque le acompañaba á rezar el rosario todas las noches; y en vez de dirigirse al sur, tomó al noroeste y pasó á la margen derecha del *Mapocha* (el río de Santiago) hasta dar en el pie de la cuesta del Prado. Allí tomó el camino de Valparaíso, y siguiendo por los senderos de la costa, enderezó por último al sur. San Martín había previsto bien que en aquellos parajes era donde podía tomársele. Pero el capitán O'Brien dudó de

que su fuerza fuese bastante á batir la que llevaba el general enemigo, y se limitó á perseguirlo á cierta distancia. Entonces fué cuando Ossorio queriendo aligerar su fuga, abandonó su equipaje, que con toda su correspondencia cayó íntegro en manos de O'Brien, con algunos prisioneros de los que iban en su comitiva.

Tenía tanto interés el general San Martín en apresar á Ossorio, que cuando volvió O'Brien sin traérselo se mostró sumamente contrariado. «*Me falta, dijo, un gran pedazo de la victoria*». Ossorio, entretanto, superando á fuerza de diligencia, por escapar, muchos otros accidentes de la fuga, logró pasar el *Maule* y llegar á Talcahuano, donde pudo al fin rezar su *rosario* con fray Melchor.

Desde el punto de vista de la estrategia es indudable el mérito que ofrecen las combinaciones con que el general San Martín preparó esta batalla; sobre todo fueron hábiles los movimientos oportunos que había recomendado á Las Heras para que se corriese sobre su izquierda, y viniese con ella á ahogar, por decirlo así, las fuerzas principales que el enemigo debía echar sobre la línea independiente de ataque antes que éste lo hubiera podido prever siquiera. Esto era resolver allí el gran problema de Bonaparte: «*Ser el más fuerte en el punto dado*».

En su forma general la batalla de Maipú responde al género de las batallas de orden oblicuo. Por eso es la más científica de las que se han trabado en la América del Sur. La precisión de la idea fundamental y la corrección de la ejecución,

la hacen una digna compañera, en su género, de la que con tanta nombradía hasta hoy, ilustró el nombre de Epaminondas en el campo de *Leuctra*.

Todas las personas que trataban íntimamente al general San Martín, me aseguraban después como cosa notoria, que no le placía hacer partes prolijos que pudieran parecer encomiásticos de los movimientos que había ejecutado. Y en efecto: su modestia era tal que creo digna de la historia esta anécdota que me ha referido el general Las Heras: «A los dos ó tres días de la batalla me hizo llamar *don José* (14), y me dijo: Lea, amigo, el borrador que he hecho tirar para pasar á nuestro gobierno el detalle de la batalla, y dígame si le parece bien». Yo lo leí y me pareció incompleto. —General, le dije, esto que aquí se dice *que nuestra línea se inclinaba sobre la derecha del enemigo* PRESENTANDO UN ORDEN OBLICUO SOBRE ESTE FLANCO, fué, como usted sabe, todo el mérito de la victoria; y puesto como aquí está, nadie lo va á entender, sino yo que estaba en la idea de usted. El general se sonrió y me dijo: Pero con eso *basta y sobra*. Si digo algo más, han de gritar por ahí que quiero compararme con Bonaparte ó con Epaminondas. ¡Al grano, Las Heras: al grano! ¡Hemos amolado á los godos para siempre y vamos al Perú! ¿El orden oblicuo nos salió bien? pues basta, amigo, aunque nadie sepa cómo fué... y refregándose las manos, agregaba: *mejor es que no sepan*: pues

(14) Nombre familiar con que hablaba siempre de su antiguo general.

aún así mismo habrá muchos que no nos perdonarán haber vencido».

Cuando la noticia de la victoria de MAIPÚ llegó á Europa se estableció en el concepto de todos los gabinetes y hombres políticos la convicción de que había terminado ya el imperio colonial de España, y que de allí para adelante Fernando VII no tenía ya otra perspectiva que una serie de descalabros hasta su definitiva expulsión de la América del Sur.

El *Times* del 1.º de agosto de 1818 decía: «La mediación que las *Grandes Potencias* habían ofrecido á España y Portugal para arreglar sus diferencias, no ha tenido resultado alguno. Las negociaciones entabladas á este respecto han sido infructuosas. Ambos gabinetes están IGUALMENTE OBSTINADOS en sus pretensiones. Las noticias de Chile, desastrosas como son para España, *no han podido abatir su soberbia.* SI LA CORTE DE MADRID HUBIERA ESTADO DISPUESTA Á UNA CONCILIACIÓN, AHORA UN AÑO, TODAS LAS COSAS SE HABRÍAN TRANZADO CON PORTUGAL. El gobierno de Buenos Aires no habría arriesgado entonces una expedición semejante á la que ha progresado en Chile. Permaneciendo sumiso aquel reino, el Perú no estaría ahora en peligro. Pero después de la completa derrota de Ossorio ¿quién es capaz de detener ya el impulso de la *Revolución de América?*» Todos saben que el *Times* era órgano político entonces de lord Castlereagh, jefe del gabinete inglés; y se puede apreciar por esta pieza auténtica, el inmenso resultado que nuestra célebre y gloriosa jornada había producido en el mundo.

A los diez días de la victoria, el general San
Martín repasó las Cordilleras; se
1818 detuvo doce días en Mendoza y sa-
Abril 14 lió precipitadamente para Buenos
Aires. Llegó á la capital el 11 de
mayo por la madrugada y se metió en su casa (15)
para escapar á las ovaciones y festejos con que el
pueblo y el gobierno se preparaban á recibirlo (16).

Al pasar por Mendoza, vino Monteagudo á vi-
sitarlo; pero haciéndose ver á distancia, el general
le hizo decir que «se retirara, y que no se presentase
jamás en su presencia». Comprendió Monteagudo
que así que el general hablase con Pueyrredón le
vendría orden de destierro ó de prisión, y se dió
prisa á ponerse en Chile bajo la protección de
O'Higgins.

¿Qué había pasado?... He aquí la página de
dolor y de duelo que entristeció el esplendor de es-
tos gloriosos días.

(15) Esquina actual de calle *San Martín* y *Cangallo*,
con frentes al norte y al naciente, reedificada con el nom-
bre de Fussoni.

(16) *Gaceta de Buenos Aires*, del 13 de mayo 1818.

CAPITULO VI

SUPPLICIO DE LOS HERMANOS CARRERA Y ASESINATO DE DON MANUEL RODRÍGUEZ

SUMARIO: Monteagudo, su personalidad y sus condiciones morales.—Su amargo destierro, y la compasión de Rivadavia. — Pueyrredón y Monteagudo. — Acogida de O'Higgins.—Privanza en Chile.—Proceso de los dos hermanos Carrera en Mendoza.—Guido y Monteagudo.—Intereses divergentes en parte, y en parte análogos de los personajes de aquel momento.—Conducta de Monteagudo en el momento de la *Desbandada de Cancha-Rayada*. —Sus inspiraciones diabólicas.—Su primera carta á O'Higgins.—Su llegada á Mendoza y su inmediata intervención en el proceso de los Carrera.—La acusación fiscal y la defensa de los reos.—Calumniosos y falsos asertos del señor Vicuña Mackenna acerca de San Martín.—Ejecución de los dos hermanos.—*La victoria de Maipú* y la gracia obtenida por San Martín.—Horrible precipitación del suplicio.—Aquiescencia inconsciente y servil de Luzuriaga.—Responsabilidades de Monteagudo.—El profundo enojo de San Martín.—Se apura Monteagudo á trasladarse á Chile.—Buena acogida y favor de O'Higgins. — Alborotos subversivos de don Manuel Rodríguez.—Su prisión.—Su asesinato.—Intervención de Monteagudo en este hecho atroz.—El proceso posterior y las pruebas.—Ausencia de San Martín, y su ignorancia de estos hechos secretos de la política de O'Higgins.—Su posición oficial con respecto á Monteagudo y á O'Higgins.—La *Logia Lautaro*.—Su convocación á instancias de San Martín. — Acusación de Monteagudo.—Enérgica firmeza de San Martín.—Actitud del señor Gui-

do.—Condenación y deportación de Monteagudo.—Pruebas de su culpabilidad y de la atingencia con ella de los intereses políticos de O'Higgins.—Los documentos.—La completa vindicación de San Martín.—La correspondencia de Ossorio.—El noble proceder de San Martín.

Entre los caídos con el partido del general Alvear en 1815, ninguno había provocado mayores antipatías, mayores odios, ni chocado más con el espíritu político de la capital, aun en el seno de su mismo partido, que el joven abogado don Bernardo Monteagudo. Había en toda su persona tales aires de fatuidad y de insolencia, un tono tan duro y tan agresivo en su estilo y en sus opiniones, una mezcla al mismo tiempo tan rara de la índole baja de los libertos de media sangre y medio color, con la altivez de los advenedizos patrocinados por el favor, que sus mismos talentos, grandes y claros sin disputa, servían más bien para hacerlo aborrecible que para hacerlo estimable.

Eximido, al fin, del proceso injusto que habían soportado los principales miembros del partido (1) pudo ir á Europa, donde padecía grandes necesidades. Rivadavia, que no lo estimaba en nada, lo auxilió por algún tiempo con dádivas de escasa importancia; hasta que condolido de las miserias que le veía pasar en Londres, se empeñó con Pueyrredón, y obtuvo que se le dejase venir al Río de la Plata. Vino en efecto; pero su llegada causó escándalo; Pueyrredón fué muy criticado, y LOS AMIGOS reclamaron contra tanta debilidad en favor de «ese mal hombre».

(1) Véase el vol. V, pág. 221.

Habría sido cruel é injusto volver á arrojarlo; y el Supremo Director transigió la desaprobación de *los Amigos* permitiéndole á Monteagudo que fuese á residir en Mendoza, sin poder salir de allí de otro modo que por licencia especial. Entretanto, Monteagudo había pasado á Chile; y en la noche de la sorpresa de Cancha-Rayada, se hallaba al lado del Supremo Director de Chile don Bernardo O'Higgins con el título y el empleo de auditor general de guerra. Veamos ahora la historia de esta transformación.

Cuando Pueyrredón supo que «este hombre funesto y de mal corazón» se había trasladado á Chile con visos ó voces de haber sido empleado, le escribió al general San Martín en estos términos harto severos: «*Reservado*. Monteagudo me ha escrito que había estado con usted en convites, etc., que estaba resuelto á seguir la suerte del ejército al lado de usted y que usted me avisaría de oficio los términos en que esto debía ser. Por fuera se ha dicho que usted lo proponía para secretario, *pero yo no puedo creerlo*; y ESTOY MUY LEJOS DE APROBARLO. No puede usted calcular cuánto he perdido yo en la confianza pública con haberlo dejado venir, á él y á otros, á quienes he restituído sus anteriores empleos. Es muy grande el número de los que le temen y lo detestan... Algunos *Amigos* han venido á verme alarmados con la noticia de la tal secretaria, y recelosos de que ese hombre se acerque demasiado á nosotros; y tratan de que Pintos (Venerable de la logia) escriba á usted los inconvenientes que eso tiene. *Yo por mi parte protesto que si él se acerca, yo me alejo*; porque quiero que la

opinión pública de mis amigos me haga siempre honor en el ánimo de cuantos los conozcan á ellos, ó puedan conocerlos; y el infeliz Monteagudo (2) se halla en un caso muy contrario. Porque me condolí de su suerte, y porque creí sinceras sus promesas, lo dejé venir y lo mandé á Mendoza con orden de que residiese allí. Apenas llegó, ya me faltó al respeto pasándose á Chile sin pedirme licencia. Lo prudencié porque me escribió que usted lo había llamado... Yo preveo muchos males y debo prevenirlos. Lo mejor es que usted lo separe de su lado proporcionándole alguna ocupación con que pueda subsistir, para ver si con su buena comportación restablece su crédito enteramente perdido. La presencia de este hombre á las inmediaciones de usted perjudicaría mucho á la confianza pública que usted se ha granjeado. Por fin, *él no debe quedar en el ejército, y usted buscará el mejor modo de separarlo sin desairarlo*» (3).

A una orden tan terminante habría sido desacato no obedecer; y quizá no le costara mucho á San Martín complacer á medias al señor Director de Buenos Aires, á causa de una coincidencia que apoyaba las opiniones del señor Pueyrredón. El señor Guido, que á la llegada de Monteagudo había guardado, según su costumbre y su carácter, una prudente y amable reserva, tenía antiguas antipatías con este personaje, y ofensas provenientes de las maneras vanidosas y poco urbanas que empleara

(2) Parece que la palabra *infeliz* está por *desacreditado* ú *odioso*.

(3) *Papeles del señor Guido*, pág. 79.

con él en 1812 y 1814, tiempo de su privanza, en que el señor Guido era empleado subalterno. Pero cuando conoció la opinión y la protesta del señor Pueyrredón, puso también de su parte la mala opinión que tenía acerca de Monteagudo, que como en otras ocasiones lo hemos ya dicho, era general entre todos los hombres sanos del círculo, como López, Rivadavia, García, Luca y los demás, sin excepción de uno. Guido y Monteagudo se querían mal: eran dos naturalezas inconciliables en todo. El primero era risueño, acomodaticio y lleno de bondad y de cultura en sus maneras, ya fuese que ocupase una posición superior, ya que estuviese en el nivel común de los hombres distinguidos de su clase. Su rara facilidad para dar exquisitas formas al trato personal, era tan notable como el talento con que sabía trasuntar en el papel ó en los negocios públicos las ideas y los propósitos del ilustre guerrero á cuya fortuna se había consagrado y de quien fué cordialmente estimado de por vida. El otro, Monteagudo, era un alma opaca y soberbia que tenía por dentro divagaciones malignas y crueles. Se le había puesto entre ceja y ceja que se parecía á Saint-Just, y había entrado en la vida profesando las doctrinas de los *Montañeses* de Francia: el regicidio y la matanza jurídica de los adversarios políticos en masa, hasta purificar la sangre nacional de las heces que le había dejado la tradición. Ese terrible joven de la *Convención* del 93 era el modelo de Monteagudo en todo: en el estilo sentencioso cuyo arranque era siempre un teorema á guisa de bastonazo y un complemento á guisa de sentencia. Sus talentos mismos hacían incómodo su trato, porque en cada palabra

y en cada ademán transpiraba la elevadísima idea que tenía de sí mismo y hacía sentir la superioridad de su genio, sin perjuicio de mostrarse bajo, adulación y sin escrúpulos cuando se trataba de servir los intereses del que mandaba.

San Martín lo había creído utilizable como instrumento; pero no por eso miraba libre de aprehensiones aquel talento adusto y formulista, inclinado al fanatismo y á los medios extremos en todos los incidentes de la vida; y como el general era modesto, y sumamente cauto en todo aquello que pudiera hacer la desgracia de una ó muchas personas, encontraba en la índole de Monteagudo astillas que le hacían repelente su contacto.

Monteagudo era demasiado vivaz para ignorar la posición precaria y humillante que tenía, siendo tan grande y tan justa la prepotente influencia de Guido, á quien aborrecía de todo corazón. No ignoraba tampoco la malquerencia de Pueyrredón, por causas viejas, y de todos los *Amigos* de Buenos Aires; pero por lo mismo se había acogido á la protección de O'Higgins, que en pocos días había hecho de él su ahijado predilecto y el hombre de su confianza. Esta circunstancia le facilitó á San Martín la mejor manera de cumplir los deseos de Pueyrredón, consintiendo en que O'Higgins le diera el puesto de auditor de guerra en el Estado de Chile.

Inseparable desde entonces de su nuevo patrón, había marchado con el ejército y se puede decir que vivía amparado, pero activo en sus gestiones de todo género, dentro de la tienda del Supremo Director de Chile, á quien sobrepasaba en cien cosas de inteligencia, de maldad y travesura. La

figura de Monteagudo correspondía admirablemente á su carácter. Llevaba el gesto siempre severo y preocupado: la cabeza algo inclinada al pecho, pero la espalda y los hombros tiesos. Tenía tez morena y un tanto biliosa; el cabello renegrido y ondulado; la frente espaciosa, y de una curva delicada; los ojos negros y grandes, entrevelados por la concentración natural del carácter, y muy poco curiosos. El óvalo de la cara agudo; la barba pronunciada; el labio grueso y rosado; la boca firme, y las mejillas sanas pero enjutas. Era casi alto; de formas espigadas; la mano preciosa; la pierna larga y admirablemente torneada; el pie correcto como el de un árabe. Monteagudo sabía bien que era hermoso y tenía tanto orgullo en eso como en sus talentos; así es que no sólo vestía siempre con sumo esmero, sino con lujo y adornos.

Monteagudo no era cobarde en su puesto; pero su imaginación sombría y al mismo tiempo artera, era asustadiza y prevenida en el terreno de la política contra los enemigos de sus planes y de lo que él entendía por bien de la patria. La exageración de las resoluciones, y el extremo de las responsabilidades del poder no le asustaban: tentaban más o bien su alma con esa vaga inclinación que algunos hombres sienten en las grandes alturas por echarse al abismo. Para él era un gusto innato obrar con un rigor inexorable al servicio de una causa puesta en peligro; y no buscaba en ella otra satisfacción propia que la de servir con eso los intereses de algún personaje prepotente á quien él mirara como instrumento predestinado de las visiones que llenaban su alma. Así es que al obrar bajo el influjo de una

fatalidad cruel y maligna, obedecía á su naturaleza sin preocupación ninguna de egoísmo personal, y siempre con la vista fija, á su modo, en grandes propósitos políticos.

La prosecución del proceso de los Carrera detenidos en Mendoza sin que se resolviera si habían de ser juzgados allí, en Chile ó en Buenos Aires, daba pretextos á Monteagudo para sugerirle dudas á O'Higgins sobre el peligro de que fuesen absueltos en Buenos Aires, por espíritu de conciliación ó por debilidad, y de que quedasen así habilitados para atacar su poder en mejor ocasión, cuando el ejército argentino saliese de Chile para el Perú ó regresase á Buenos Aires. La familia de los Carrera hacía toda clase de solicitudes para que los reos fuesen trasladados á Buenos Aires, comprendiendo bien que allí quedaban más lejos de la saña de sus enemigos personales. O'Higgins pretendía que se les llevase á Chile como sediciosos de aquella nacionalidad; y San Martín se limitaba á ganar tiempo, sin dar la cara, hasta que los sucesos de la guerra le permitiesen buscar una solución satisfactoria á este conflicto; y decimos sin dar la cara, porque dejaba al gobernador Luzuriaga de Mendoza, que escudase su inmovilidad con la falta de órdenes del Supremo Director de las provincias argentinas para remitir los reos á Chile. El interés político de O'Higgins era, pues, hacer desaparecer á estos enemigos incansables de su persona y de su gobierno: el de San Martín se limitaba á que no trastornaran el orden interior de Chile mientras expulsaba á los españoles y tomaba su vuelo sobre Lima: el de Pueyrredón era verse libre de los tormentos morales

y políticos que le imponía la doble y enfermiza correlación de los anarquistas chilenos con los anarquistas argentinos. Monteagudo, sanguinario y extremo en todo, estaba todo entero en los intereses de O'Higgins; su doctrina era siempre sacrificar á los enemigos: y Guido, todo entero en las miras de San Martín y de Pueyrredón, pensaba que no debía hacerse más que *contener el desorden hasta* que llegase el día en que los Carrera no tuviesen influjo ninguno en la suerte de las armas ó de los pueblos argentinos.

Esta era la situación de las cosas bajo la faz del asunto de los Carrera, en los días en que tuvo lugar la desertión de Cancha-Rayada.

En los momentos de la sorpresa debe suponerse que Monteagudo *no tuvo ocasión de ver á San Martín ni por un momento* (4). Huyó como los demás y se puso fuera del conflicto tan pronto como pudo; de modo que corría muy adelante de San Martín. ¿Qué era lo que relampagueaba en la mente honda de este hombre extraño en aquellos momentos de confusión y de pavor en que miraba perdida, como un cometa pasajero, la estrella de San Martín, y derrumbados todos los gloriosos designios que le habían dado prestigio y posición histórica?

(4) Permítaseme subrayar las partes que marcan la *absoluta incomunicación* en que quedaron San Martín y Monteagudo desde entonces, y la ignorancia respectiva en que el uno quedó respecto del otro, porque esto es esencial para justificar al general de los crueles sucesos que tuvieron lugar en Mendoza inmediatamente después de la llegada de Monteagudo.

En su rápida fuga se desvió de Santiago y de otros pueblos temiendo encontrar sediciones y venganzas que hubieran reventado al favor de la catástrofe; y metiéndose en las cordilleras se detuvo unos momentos en la *Guardia*. Allí supo que O'Higgins se había salvado; pero aprensivo por el carácter de su fuga resolvió seguir hasta Mendoza para cohonestarla; y es muy de notarse que en vez de escribirle al general San Martín le escribiese sólo á O'Higgins la siguiente carta en la que se ve bien claro que acepta *motu proprio* el servicio de este general, separándose del de San Martín, con reticencias que demuestran las ofensas que llevaba en su alma contra éste y contra Pueyrredón:

«Señor don Bernardo O'Higgins.

Guardia, 26 de marzo de 1818.

»Amigo y muy señor mío: Después de haber sido testigo de nuestro contratiempo, y en el *conflicto de noticias adversas* que por momentos se recibían, al paso que *ignoraba la suerte de ustedes*, resolví salir para Mendoza, tanto con la idea de *ayudar á aquel gobernador en el estado difícil* en que se hallase, *sugiriéndole algunas medidas que nacen de extrañas circunstancias*, como para esperar noticias más exactas sobre nuestra situación; *sigo mi marcha* y *recién esta tarde* he sabido el arribo de usted á esa: espero tenga usted la bondad de *comunicarme sus órdenes á Mendoza* de donde regresaré sin pérdida de tiempo, si las probabilidades igualan

nuestros riesgos, y SI USTED CREE ÚTILES MIS SERVICIOS.

»*Deseo mostrar toda la energía de mi carácter; pero con fruto* y BAJO LA ADMINISTRACIÓN DE usted. No hay tiempo para más: repito *que en Mendoza* INDICARÉ CUANTO LAS CIRCUNSTANCIAS EXIGEN.

»De usted su afectísimo y atento servidor

»Monteagudo.»

Monteagudo iba, como se ve, distanciado y profundamente ofendido con San Martín. No lo nombra siquiera; declara que desea servir á O'Higgins, y, por consiguiente, separarse del influjo directo del general argentino; repite que va á Mendoza á sugerir *medidas...* y que allí INDICARÁ QUE SE HAGA CUANTO LAS CIRCUNSTANCIAS EXIGEN. Claramente le prometía pues á O'Higgins que iba á aprovecharse de las circunstancias para hacer fusilar á los hermanos Carrera, quitándoles así oficiosamente del camino de las ambiciones ó aprehensiones del Dictador de Chile; y creyendo que le hacía á éste un servicio señalado, de cuya importancia estaba al cabo por las confidencias del gabinete, así como lo estaba de la displicencia que este punto había suscitado entre O'Higgins, Pueyrredón y San Martín. Monteagudo iba seguro, pues, de que lo que premeditaba hacer en Mendoza *era del agrado y del interés de O'Higgins* y no de San Martín; y por eso le decía al primero: «deseo mostrar toda la energía de mi carácter, pero *con fruto y bajo la administración de usted*».

San Martín había perdido las gracias del auditor de guerra. Éste creía que el general estaba arrui-

nado. Recordaba que Alvear había caído; y tenía la experiencia de que todos los generales derrotados habían sido fustigados y arrojados del poder por la *Comuna* de la capital. Perdido y deshecho el ejército argentino, ¿qué quedaba? Nada más que Chile, y O'Higgins á la cabeza de los chilenos. Los mismos partidarios de O'Higgins odiaban la presión que ejercía sobre el país el general extranjero. Si San Martín volvía á Mendoza destrozado iba á ser destituido necesariamente, y era probable que otro general fuese puesto al lado de O'Higgins, para que volviese á reconquistar su país con elementos aliados. Era preciso, pues, allanarle todos los caminos, quitarle obstáculos y cuidados; era preciso que Luzuriaga se pusiese desde luego á las órdenes del Dictador de Chile como lo hacía Monteagudo, y adelantarse á los sucesos comenzando por fusilar á los hermanos Carrera que eran el inconveniente más serio de esas previsiones.

¿Qué derechos, que atribuciones, que funciones eran las que Monteagudo se atribuía en Mendoza *motu proprio* y sin que nadie se las hubiese acordado? ¿Por qué usurpaba por asalto semejante posición en los consejos de Luzuriaga, *para servir* á O'Higgins y no á San Martín, siendo así que San Martín y no O'Higgins era el jefe de quien Mendoza dependía inmediatamente? Los hermanos Carrera (uno de ellos al menos) eran criminales (5); pero tanto como criminales eran desgraciados visionarios, y su ejecución sin juicio ordina-

(5). Lo era don Juan José por la muerte del muchácho postillón.

rio era una iniquidad, una mancha negra en las páginas de aquellos días brillantes, de la que nadie sino Monteagudo debía ser responsable.

El crimen verdadero de los Carrera era el de don José Miguel, cuya ejecución fué más tarde justísima y reparatoria. Ese crimen consistía en la brutal soberbia de no poder vivir en el mundo sino ocupando y asaltando el poder: consistía en no ceder al deber que tiene todo patriota y todo hombre honrado de dejar libre el curso de los sucesos de su país en épocas de gestación, hasta que los elementos gubernativos, por su propia virtud y por el influjo de la paz interna, produjeran la solución de los conflictos, y las evoluciones naturales dentro de cuyos giros todos los intereses legítimos se acomodan. El crimen era pues, esa bárbara é intransigente porfía de no dejar hacer por otros la grande obra que la fuerza de las cosas había puesto en manos de otros. Aquellos dos infelices que estaban aherrojados en los calabozos de Mendoza no eran sino agentes ilusos del criminal: dignos del perdón y del olvido que el alma elevada y el corazón benévolo de San Martín les preparaba, y no de la saña con que fueron sacrificados por un doctrinario fanático y terrorista.

Verdad es que arrastrados por la clemencia política quisiéramos olvidarnos del cárdeno cadáver de aquel joven, que había sido estrangulado, y que yacía yerto en las soledades de la Pampa. Pero no fué esa, ni tan noble la causa que prevaleció en la ejecución de los reos; y los crímenes privados cuando se complican con los crímenes políticos, no son generalmente los que dirigen y hacen implacable

el brazo de los poderes que se vengan de sus enemigos.

Monteagudo se puso, en efecto, al lado de Luzuriaga desde el 21 de marzo. El gobernador de Cuyo (6) lo tomó como el texto vivo de las órdenes é intereses del Director de Chile y del general argentino á quien debía obedecer, dadas las circunstancias del país y las órdenes que tenía del señor Pueyrredón. Como la causa comenzó á llevarse con el apuro violento que le imponía el genio inflexible de Monteagudo, el fiscal *ad-hoc* teniente coronel don Manuel Corvalán (7) presentó en pocas horas un trabajo (suyo ó ajeno), una acusación durísima, pieza procesal de un extraño y curiosísimo carácter que á todas luces revela no ser la obra de una sola pluma, sino la de cooperantes diversos que en el secreto del conciliábulo se han repartido las partes con el objeto de soldarlas después, para que la obra *produjera pronto sus efectos*.

La acusación acumulaba en un estilo pesado y heterogéneo, un amasijo de citas tomadas de la Biblia, de los Santos Padres, de las Siete Partidas y de los Fueros, para demostrar que el delito de rebelión es un crimen famoso, que fué siempre cas-

(6) El mismo me lo ha referido en 1834, cuando siendo yo muy joven me encargó de ponerle en orden un opúsculo que publicó sobre la campaña del Perú. Me regaló entonces el proceso original de los Carrera, que yo puse en manos del señor gobernador Saavedra en 1865 creyéndome en el deber de devolverlo al archivo á que pertenecía.

(7) El mismo que fué después edecán de confianza de Rosas.

tigado con la última pena por todos los pueblos del mundo; y á fin de justificar las aplicaciones, ese papel hace prolijo relato de los hechos que el proceso había puesto en evidencia.

Tocó defender á los desgraciados hermanos, en pocos momentos también, al jurista chileno Vázquez Novoa. Y si bien tuvo el dolor de que sus esfuerzos fueran vanos, su trabajo merecerá siempre los más justos elogios. Supo sobreponerse con entereza y con prudencia á las espinas del compromiso, é hizo un alegato sentido y emocionante con el que venció los tétricos influjos de los textos que se le oponían, derramó la verdadera luz de la justicia, que consiste en su unión con la bondad del corazón, y en la apreciación de las causas morales que fueren concurrentes al hecho que se trata de juzgar.

Llevada así la causa quedó en estado de ser sentenciada el día 7 de abril. El coronel Luzuriaga quería *hacer consulta* de la sentencia, antes de ejecutarla, como lo mandaba el Reglamento Provisional Constitucional que regía. Monteagudo se opuso y pidió la ejecución inmediata, porque creía que de un momento á otro caía sobre Mendoza el inmenso alboroto del descalabro total de la causa de Chile. Su argumento era que las reglas ordinarias del proceder no imperan en los casos extremos: doctrina que él justificaba con una erudición poderosa. Luzuriaga entonces, abrumado también con esta terrible urgencia de los momentos, accedió, á condición de que los letrados le firmaran un dictamen en ese sentido. No hubo dificultad. Firmado el dictamen el mismo día 8 de abril, á las dos de la tarde fueron

sacrificados los dos reos, ¡en nombre de un peligro, y de una necesidad suprema, que habían desaparecido tres días antes, en el glorioso llano de Maipú! ¡Y nieguen los hombres la fuerza del destino!

El señor Vicuña Mackenna, puerilmente empeñado en falsificar fechas y datos para echar esta mancha sobre el noble pecho del general San Martín (el leal amigo de su propio é ilustre abuelo el general Mackenna), asegura que la noticia de la victoria llegó á Mendoza tres horas antes de la ejecución, copiando incorrecta ó muy torcidamente un documento del archivo de Mendoza; y agrega que la ejecución se llevó á cabo no obstante ese grandioso suceso, porque los agentes de San Martín tenían que cumplir sus órdenes reservadas. Sólo la inexperiencia de la edad y la ligereza del carácter pueden haber servido de consejo á tan galano escritor para avanzar semejantes conceptos. Verdad es que el libro en que los consigna carece de valor histórico y de crítica seria. El señor Barros Arana, historiador de otro seso y de otra importancia, se separa de las opiniones de su compatriota, pero usa de una fraseología indecisa sobre la inculpabilidad del general San Martín, é incurre en el error de decir que la noticia de la victoria llegó dos horas después de la ejecución, y que una de las músicas que salieron á festejar el triunfo tuvo que abrir paso al convoy de los cadáveres. El señor Hudson, testigo ocular y de una honradez irreprochable, dice que la noticia de la victoria de Maipú llegó al otro día á las ocho de la mañana, es decir, el 9 de abril: y esa es la verdad (8).

(8) *Recuerdos históricos de Cuyo, por el señor Hudson; Revista de Buenos Aires, tomo VI, pág. 308.*

El aserto del señor Mackenna es de imposibilidad material. La batalla de Maipú concluyó después de las *seis y media* de la tarde del 5 de abril. El comandante don Manuel Escalada, que fué comisionado para traer la noticia á Buenos Aires había actuado en la lucha sin descanso; salió de Chile á las seis de la mañana del día siguiente, y aunque se ha ponderado con razón la rapidez de su viaje, no había tiempo material para que estuviese en Mendoza el día 8 á las dos de la tarde, es decir en dos días. Harto hizo con llegar el día 9.

Aplazando para el siguiente capítulo el relato que debemos hacer de la batalla campal de Maipú, creemos de mayor interés histórico llevar hasta el fondo la luz de los documentos que nos quedan, en esta vindicación de las calumnias arrojadas sobre el noble corazón de San Martín con motivo de la causa y ejecución de los Carrera; y lo creemos tanto más necesario, cuanto que los enemigos de nuestro país, los españoles sobre todo, se hacen sordos á la verdad y explotan esta desgracia para denigrar nuestra Revolución, y sobre todo á aquel que los humilló como ninguno, dando tono á la guerra y asegurando la victoria de nuestra causa.

El 11 de abril acababa de volver San Martín á Santiago y recibía los plácemes de todo el pueblo embargado de júbilo, cuando entra corriendo en el salón doña Ana María Cotapos, consorte de don Juan José Carrera: se abraza de las rodillas del grande hombre y le pide que haga perdonar á su marido. San Martín la levanta enternecido, y le dice: «Señora, me pide usted una cosa que tengo que pedir á otros. Pero mi deseo es tan grande que

no cesaré de pedir hasta que lo consigamos»; y en el acto dictó este billete para O'Higgins (9).

«Excelentísimo señor: Si los cortos servicios que tengo rendidos á Chile merecen alguna consideración, los interpongo para suplicar á usted se sirva mandar que se sobresea en la causa que se sigue á los señores Carrera. Estos sujetos podrán ser tal vez algún día útiles á la patria; y Vuestra Excelencia tendrá la satisfacción de haber empleado su clemencia uniéndola en beneficio público. Dios guarde etc.—*José de San Martín.*»

Recobre usted su tranquilidad, señora, le dijo el general á aquella infeliz suplicante, sin saber la una ni el otro que ella ya era viuda: llévesela usted misma al señor Director. El momento es favorable, y él tendrá placer en que usted goce como todos de los beneficios de la fortuna.

Se necesita no tener sentido moral ó juicio humano, para no comprender la profunda sinceridad con que están escritas esas palabras. ¿Qué necesidad tenía de hacer más bárbaro el desengaño de aquella infeliz? ¿qué ganaba; qué ocultaba, si él hubiera creído que las víctimas habían ya caído por sus órdenes?... El mismo O'Higgins, quizás, que tenía en reserva la carta de Monteagudo, sin que San Martín la conociese, porque O'Higgins no podía ser desleal con el amigo que se la había escrito mostrándosela al general, el mismo O'Hig-

(9) El señor don Tomás Guido me ha dicho que estaba presente y que creía que hasta de su letra fué escrito el billete que San Martín dirigió inmediatamente al señor O'Higgins; y debe ser así porque eso se ve en la redacción misma.

gins, repito, preocupado con los sucesos de aquellos terribles y gloriosos días, no había tenido tiempo ni quietud de espíritu para notar ó descifrar los tremendos y oscuros conceptos con que Montea-gudo designaba los propósitos que llevaba á Men-doza. Y al acceder á la recomendación de San Martín, otorgando la libertad de los reos, no sospechó siquiera cuál espantoso desengaño iban á tener las amorosas esperanzas de aquella malhadada familia. Con otorgar un perdón tardío no hacía menos siniestra ni menos cruenta su obra; por el contrario, más iniquidad recaía sobre él.

Así que O'Higgins recibió la esquila de San Martín le escribió á Luzuriaga. Pero no fué explícito en el perdón como San Martín lo había sido en la súplica. Véase aquí su carta: «La madama de don Juan José Carrera, interponiendo la respetable mediación del Excelentísimo capitán general, ha solicitado se sobresea en la causa que se le sigue á su esposo por este gobierno, el que no ha podido resistirse ni al poderoso influjo del padrino, ni á las circunstancias en que se hace esta súplica, no considerando el gobierno justo que el placer general de la victoria no alcance á esta desconsolada esposa. En consecuencia este gobierno suplica á Vuestra Excelencia que en favor del citado individuo, por lo respectivo al delito perpetrado contra la seguridad de este Estado, se aplique toda indulgencia, dando así á él como á su hermano aquel alivio conciliable con los progresos de nuestra causa augusta. Dios guarde, etc., etc. Santiago, abril 11 de 1818.—*Bernardo O'Higgins*».

Toda esta nota respira una sinceridad tanto más

clara, cuanto que, como se ve, limita la gracia y muestra que la concede con menos buena voluntad que aquella con que San Martín la había pedido. La convicción de O'Higgins era, con toda evidencia, que los hermanos Carrera estaban vivos, pues tomaba precauciones para que no fuesen soltados como lo pedía el general. Se limitaba á decir que «por lo respectivo al delito perpetrado contra la seguridad de Chile, se aplicase toda indulgencia dándoseles *aquel alivio conciliable con los progresos de nuestra causa augusta*». Aquí hay sinceridad y precauciones verdaderas: lo que prueba para cualquiera moralista, para cualquiera crítico serio, que los actos eran ingenuos y que no se representaba una cruel comedia sabiendo que el sacrificio debía estar ya consumado.

Cuatro días después, cuando la recomendación volaba por las cordilleras en manos de un chasque amigo, llegaba á Santiago la noticia de la ejecución, revelando el audaz abuso de poderes que había usurpado Monteagudo. La ira de San Martín fué tremenda. Pero, acosado por la necesidad de partir inmediatamente para Buenos Aires por asuntos de la mayor entidad, y no pudiendo formarse una idea de cuál sería el grado de complicidad que le correspondiera á O'Higgins en este atentado, prefirió guardar una honda reserva, limitándose á encargar al señor Guido que le recogiese con el más escrupuloso esmero y detalles cuanto pudiera averiguar sobre las circunstancias y las complicidades que hubieran mediado y precipitado la ejecución. En cuanto á Monteagudo, no tuvo embarazo en arrojarle á la cara su indignación: no era necesario explicar las

causas; bien sabía éste á qué atenerse; pero seguro del afecto y de la protección de O'Higgins, no tomó en gran cuidado la malquerencia de San Martín; y apenas salió el general de Mendoza para Buenos Aires, se trasladó á Santiago, donde el Supremo Director *lo recibió con el mismo agasajo y la misma intimidación de antes*; lo que prueba que el señor O'Higgins no miraba la ejecución de los hermanos Carrera de la misma manera que la miraba San Martín. De esto vamos á ver en seguida pruebas plenas y concluyentes, como diría un juez.

El joven don Manuel Rodríguez, ambicioso y díscolo, pero no destituído de gallardas facultades, se había hecho de un séquito numeroso entre los enemigos del gobierno y del influjo conservador, opresivo si se quiere, del ejército argentino. Ensimismado con las adhesiones ocultas que muchos le prestaban, atrevido como pocos para obrar de su cuenta, y creyéndose hombre de un poderoso partido popular que no esperaba otra cosa para sobreponerse que la señal de un jefe audaz que lo llamase á las plazas públicas, había perdido el seso; y con el seso, la prudencia de que habría necesitado para manejar el carácter impetuoso y atolondrado que lo estaba poniendo en evidencia antes de ser capaz, por sí, ó por los otros, de desembozar su ambición y sus propósitos.

Le hemos visto antes arrebatarse el poder público y querer alborotar las muchedumbres provocando el desorden en los momentos aciagos de la dispersión de Cancha-Rayada. Puesto á la cabeza de los *Húsares de la Muerte*, pretendió hacer de ellos una fuerza revolucionaria. O'Higgins le llamó privada-

mente, le reconvino y le ordenó que disolviese ese cuerpo, porque siendo de puro lujo y de naturaleza tumultuaria no era necesario para nada. Rodríguez desobedeció; con el genio provocador y franco que le era natural, comenzó á protestar en público que no había que disolver ese cuerpo de patriotas, *destinado á imponer respeto á los mandones de la patria*, que libre ya de españoles seguía sometida á fuerzas extranjeras no menos odiosas cuando actuaban en los partidos propios del país. Bravo y confiadísimo en su influjo popular, Rodríguez apeló al pueblo contra la orden de disolver el cuerpo de *Húsares de la Muerte* que el Supremo Director le había dado; y provocó el 17 de abril (doce días después de la victoria de Maipú) un *Cabildo abierto*. Hubo en él grandes y fervorosos gritos *contra los tiranos, contra las contribuciones*, y aclamaciones sonoras incitando al armamento de los chilenos *para que ellos fueran el sostén único y libre de su gobierno*. Semejante escándalo tenía que terminar con un motín ó con una represión severa; y tanto más tenía que ser así, cuanto que hacía apenas seis días que medio Chile crujía indignado con la noticia del sacrificio de los hermanos Carrera.

Las proposiciones que se vociferaron en el *Cabildo abierto* eran todas tendentes á despojar á O'Higgins del poder; y se llegó hasta nombrar una comisión que presentase á O'Higgins *estos deseos del pueblo*. El Director recibió malísimamente la embajada. Pero Rodríguez, seguido de una alborotada multitud, había hecho cortejo á los embajadores del pueblo, y entrado en el patio del palacio, donde vociferaba animando á sus secuaces contra la

descortesía con que el Director los trataba en las personas de sus representantes. Su ánimo era evidentemente producir un conflicto revolucionario.

En esto, el edecán de O'Higgins don Domingo Arteaga, prende á Rodríguez allí mismo, por orden superior, á la cabeza de un pequeño piquete de tropa. Al ver esto nadie chista: todos salen cabizbajos al primer rugido del león; y Rodríguez es llevado inmediatamente al cuartel de los *Cazadores de los Andes* que mandaba el coronel Alvarado.

Había transcurrido poco más de un mes cuando el batallón recibió del Ministro de la Guerra orden de marchar á Quillota. El 23 de mayo salió en efecto, de madrugada, llevándose á Rodríguez como preso político. Al obscurecer del día 24, un oficial llamado Navarro condujo á Rodríguez á cierta distancia del camino custodiado por dos soldados con un sargento, y habiendo llegado á un bajío, Navarro le descargó un pistoletazo por la espalda. La víctima cayó herida y los soldados la ultimaron á balazos. Rodríguez (dijeron) había intentado fugarse, había hecho armas contra la escolta, y en la lucha había sido muerto. Esto era lo que resultaba del sumario que el coronel Alvarado había levantado en el acto, y remitido á O'Higgins como justificativo de la desgracia.

¿ Por cuál fatalidad se hallaba también complicado en este otro drama sangriento el doctor Monteagudo, que hacía apenas ocho días que había vuelto de Mendoza? ¿ Su empeño en servir á O'Higgins y en asegurarse este protector para emanciparse de San Martín, era acaso lo que le empujaba y le perdía en esas aventuras de sangre?

Cuando el general O'Higgins fué derrocado en 1823 se le formó á Navarro una causa criminal que vino á comprobar lo que la voz pública había contado y repetido en los días del suceso.

Declararon en esa causa no sólo muchas personas respetables, sino algunos oficiales de cazadores de los Andes que habían presenciado el hecho; y el mismo Navarro, conteste con ellos, dijo en su confesión: que al tiempo en que Rodríguez había sido muerto, él era oficial del batallón *Cazadores de los Andes*; que fué llamado por Alvarado y que encontró á su coronel encerrado con el doctor Monteagudo; que ambos le dijeron, como una cosa muy grave y de confianza, que se encargara de Rodríguez; que él pidió un compañero, y que le dieron al teniente Zoloaga; que al otro día dieron la orden de marchar á Quillota; que Alvarado lo volvió á llamar; que lo encontró otra vez con Monteagudo, y que cerrando la puerta le dijeron que como á hombre de honor y confianza le encargaban que *asegurase* á Rodríguez, porque trataban de librarlo con dinero, que era probable que hiciese armas, y que ese era el momento de matarlo; que á las diez de la noche volvieron á llamarlo los mismos dos señores; y que se encerraron con él, diciéndole que interesaba muchísimo que desempeñara con toda exactitud el encargo que le daban, pues el gobierno *había resuelto la exterminación del sujeto*, porque *interesaba* á la existencia del ejército y á la tranquilidad pública.

Aquí tenemos, pues, al doctor Monteagudo interviniendo otra vez como *confidente íntimo* en el sacrificio de Rodríguez, por cuenta y por interés

particular del Supremo Director de Chile; es decir, desempeñando análogo servicio al que había desempeñado antes dando terminación fatal en Mendoza á la causa de los hermanos Carrera. Esta continuación de servicios, sin que se rompiese la amistad confidencial del Director y Monteagudo, prueba que la conducta de éste en aquella causa había dejado *satisfecho* y *grato* al señor O'Higgins, y que hasta entonces, sólo San Martín y sus amigos íntimos Guido y Luzuriaga eran los que se mostraban seriamente indignados contra el auditor.

Rodríguez había delinquido y había sido castigado (si es que aquello puede llamarse castigo) durante la ausencia del general San Martín, á quien sólo se le comunicó el fatal resultado por carta privada, es decir, la muerte del reo. Y sin embargo, Cochrane, Brayes, Lobo, y cuantos enemigos han tratado de perseguir la fama del ilustre general argentino, han puesto un torpe empeño en hacerlo asesino de Rodríguez: arrebatándose la calumnia, los unos de la pluma de los otros, para propalarla entre las gentes que lejanas de los sucesos, ó de los tiempos en que tuvieron lugar, ignoran que San Martín estaba en Buenos Aires, ocupado de cosas y de intereses ciertamente mucho más nobles, cuando el Director de Chile procuraba ante todo exterminar á sus enemigos políticos antes que el ejército argentino marchase al Perú y le dejase sin el apoyo militar de que vivía su poder.

Este nuevo episodio del sacrificio de Rodríguez y la reincidencia de Monteagudo en un hecho tanto ó más lúgubre que el anterior, es otro dato que acaba por poner en evidencia los móviles que le

habían llevado á servir los *mismos intereses* y propósitos puramente locales y chilenos que había servido en la causa de los Carrera.

El general San Martín regresó á Chile el 17 de octubre de 1818. Según los reglamentos de la logia *Lautaro*, de la que Monteagudo era miembro, el general no podía proceder directamente contra él, ni hacer otra cosa que acusarlo y pedir su ejemplar castigo. A más de ese inconveniente, había el de ser el criminal auditor de guerra de Chile, y dependiente como tal del Supremo Director de ese Estado: lo cual no lo eximía de ser acusado y sentenciado, pero presentaba el serio inconveniente de que salieran á luz complicidades ó complicaciones de grave carácter; pues á nadie puede ocultársele el sumo interés que el general San Martín tenía en evitar un rompimiento con O'Higgins tomando parte coercitiva en hechos que, aunque atroces, aparecían íntimamente ligados con los intereses de la política personal de Chile.

No obstante se sobrepuso á todo eso. Nada bastó á que cediese. Inmediatamente, y sin más intermedio que el que va del 17 al 19 de octubre pidió con urgencia la convocación de la logia; y dejando que hiciera su parte el señor don Tomás Guido por tener que ir urgentemente á Valparaíso, entabló la acusación de Monteagudo en una forma tremenda. Maestro en el arte de doblar la frase y de iluminar el concepto, Guido lo dejó entrever todo, al fácil ardid con que presentó al reo como un perverso tentador de O'Higgins; como ingrato y como prófugo rebelde á la autoridad de Pueyrredón, y como incompatible con la posición del general San Martín.

En todo cuanto había hecho, dijo, había llevado el propósito inicuo de provocar un conflicto entre San Martín y O'Higgins, para captarse la protección y la buena voluntad de éste contra la justicia de aquél. Había causado inquietudes, presentando la moderación y la clemencia del general argentino como un sistema de intrigas en favor de los Carre-ra, para aparecer magnánimo, y congraciarse con el partido sedicioso, á costa del crédito y de la suerte futura del Director de Chile (10).

La logia resolvió que Monteagudo fuese deportado y confinado á *San Luis* en calidad de presidario; y tomó las precauciones posibles para que no transpirase el escándalo. Pero esto no satisfizo á

(10) En los estudios sobre la *Revolución Argentina* que publiqué en la *Revista del Río de la Plata* hablé de este incidente, y de la parte que el señor Guido había tomado en él. Pero no quise dar ciertos detalles con que me lo había transmitido el doctor Tagle, ministro de Pueyrredón en 1818, cuando eso sucedía, porque me parecieron una invención del mismo doctor Tagle. Pero la verdad es que me dijo: «Llegó á tanto la cosa, que Guido sacó la espada y provocó á duelo á Monteagudo en una disputa que tuvieron por una acusación. Nosotros, que habíamos conocido á Guido amable y dulce siempre como una dama, y que jamás lo habíamos visto con espada, ni en actitud de provocar estocadas con nadie, no podíamos creerlo, pero fué verdad. En cuanto á Monteagudo, que no tenía fama de guapetón, sino de malo, es claro que bajo la mano pesada de San Martín no había de andar en esos días como para sacar espada también». Como se ve, esta tradición había llegado á mi noticia, sin haber conocido documento alguno del hecho; pero la tenía por cierta, y hoy la veo justificada en la página 139 de los *Papeles y documentos del Archivo del señor Guido*, publicada en la imprenta de Mayo en 1882.

San Martín, como va á verse por los documentos siguientes, cuya luz disipa las infames y procaces calumnias con que se ha querido denigrar su nombre, y levanta las pruebas más concluyentes que puedan pedirse sobre sus virtudes y su noble carácter.

Con fecha 30 de octubre le escribe á O'Higgins así: «Mi estimado compañero y amigo: Cuando venía por Casablanca de vuelta de mi viaje á Valparaíso, después de haber dejado á la vela nuestra escuadra, cuya fuerza verá usted en la adjunta *Gaceta*, recibí un enviado de la *sociedad* con la *noticia de haber resuelto los amigos la confinación de Monteagudo á Mendoza por haberse descubierto que este hombre ingrato trataba de maquinár contra usted*. El modo de verificar esta providencia *no me parece el mejor*, porque el acuerdo fué, *que á la llegada del correo de esas provincias, se pasase una orden por mí á Monteagudo, diciéndole que era reclamada su persona por el Supremo Director de Buenos Aires, y que así pasase la cordillera para ponerse á la disposición del gobernador intendente de Mendoza*. Yo creía mejor cualquier otro medio en que no hubiera la exposición de una cosa que podía ofender la delicadeza de nuestro amigo Pueyrredón. Lo hice presente á la *sociedad* luego que llegué; pero como todos persistieron en que este era el mejor medio, lo he realizado asimismo, y Monteagudo va ya en camino desde esta mañana de alba. Resta solamente que Pueyrredón me mande la comunicación que hemos supuesto con fecha 24 ó 25 de septiembre último, *para que quede así cubierto el negocio*.

«Ahora, mi amigo, debo hacerle presente *que con los ejemplares de Monteagudo, de Vera, y otros hombres falsos como éstos, debe usted moderar su natural bondad, que le lleva á proteger unos sujetos que no guardan ley con nadie, y que no pueden producirnos otros resultados que repetidos comprometimientos.* Por fortuna, hasta aquí se han cortado los males en su origen descubriéndolos en tiempo; pero no puede aprobar la prudencia que nos expongamos en adelante á iguales peligros. *Los que una vez fueron malos debemos temerles siempre, alejarlos del lugar donde pueden dañar, y no creerles unas protestas que no les arranca el escarmiento, sino la necesidad.*

»*José de San Martín.*»

Por muchos empeños que Monteagudo hizo para ver y hablar á O'Higgins no pudo conseguirlo. La situación moral de este personaje debía estar muy destemplada, y en dificultades insuperables para explicarse con el que le había hecho indirectamente su instrumento gratuito, por no decir otra cosa. Sin embargo el Director de Chile estaba enfadadísimo con el señor Guido, á quien suponía inspirador de la inflexible severidad con que se conducía el general San Martín; y llegó el enojo á tal punto que complicándose con otras circunstancias relativas á los asuntos del gobierno argentino, llegó á tratarse de su remoción, como más adelante lo veremos.

Monteagudo no tuvo más recurso que someterse y marchar confinado á San Luis. Veamos ahora hasta qué punto se aclara de más en más la pureza

del general San Martín, al mismo tiempo que se acentúan las responsabilidades de O'Higgins en todo lo sucedido. Monteagudo estaba convencido de que había servido á O'Higgins, y esperaba que al fin la protección de éste lo levantase de la desgracia en que había caído por su enérgica oficiosidad. Su ánimo estaba en una postración vergonzosa y baja, porque en estos casos amargos su altanería se volvía humildad para con los que podían agraciarlo. Oigámosle á él mismo cómo le cuenta á O'Higgins sus aventuras desde que la formidable logia le arrojó de Santiago.

«San Luis, noviembre 5 de 1818.

»Mi estimado amigo y señor: Antes de ayer llegué á ésta después de un viaje largo y excesivamente penoso: en Uspallata encontré *una orden* para pasar á San Juan por el camino despoblado, y creí que este fuese mi destino; pero de allí me hicieron venir aquí bajo mi palabra, *donde debo permanecer hasta segunda orden*. USTED CONOCE BIEN LAS CAUSAS DE MI ACTUAL DESGRACIA: *yo contaba con que sirviendo con celo al país bajo la protección de usted* estaría seguro del influjo de mis enemigos; pero mi esperanza ha sido vana: la fatalidad de los tiempos quiere que no haya ninguna garantía para quien tiene *enemigos poderosos*. Dejemos esto á un lado y veámos si se puede remediar aquel mal. *Conozco bien el corazón de usted y su sinceridad*: esto me hace esperar que ya que no puedo evitar mi separación de ese país, hará que se corte la cadena de vicisitudes que me persigue. Yo

no encuentro mejor medio para esto que salir de América, aunque sea con una comisión subalterna para Europa ó Estados Unidos, por Buenos Aires ó por Chile. La política de dar estas comisiones á personas que por los accidentes del tiempo no pueden ejercitar aquí su celo, ha sido adoptada desde el principio á ejemplo de otras partes, y tal fué el caso de Sarratea, Rivadavia y otros. Acaba de destinarse para Francia al canónigo Gómez, comprendido también en la jornada de 15 de abril del año 15. Es indudable que el estado de la revolución exige imperiosamente tener agentes diplomáticos en las cortes extranjeras, y sólo Chile no los tiene: Buenos Aires tiene uno en el Brasil, dos en Europa, incluso Gómez, y un cónsul en los Estados Unidos. Yo iría gustoso á cualquier parte de éstas, y por lo que hace á sueldo, lo necesario para subsistir con decencia me bastaría, pues los pocos conocimientos que tengo me proporcionarían ahorros de consecuencia. Sin disimulo creo que no sería inútil mi viaje, al paso que por este medio podría desplegar todo mi celo sin temor de excitar rivales, ni de herir las pasiones de otros. Si contra mis esperanzas usted encontrase dificultades insuperables para que obtuviese una comisión por Chile, *que es principalmente mi deseo, porque quiero pertenecer á ese país*, en este caso, ruego á usted con el mismo encarecimiento se interese con Pueyrredón para que me destine de secretario de alguno de sus agentes en Europa, pues esto da más importancia á la comisión. De contado, para uno y otro caso es de necesidad *que usted se interese fuertemente con Pueyrredón*; yo sé que si usted lo hace lo conse-

guirá. Respecto de mi persona, no hay sino justicia en esta pretensión: yo he trabajado por la causa constantemente y muy desde el principio: por ella estoy en compromisos que me han atraído enemigos, *no siendo pocos los que me han resultado del dictamen que di en la causa de Mendoza.* ¿Será posible que se me abandone á ellos, cuando puedo servir, y salvar de tanto escollo al mismo tiempo? Haga usted este servicio á un patriota, y á un amigo suyo que sólo siente no haber dado más pruebas de ello. Usted disimulará el que le ruegue que á vuelta de correo escriba á Pueyrredón según el partido que adopte de los dos que he indicado, sirviéndose avisármelo para apurar mis resortes, según lo que usted me diga. Entre tanto, permanezco aquí sufriendo las miserias de este país, propio sólo para los prisioneros de guerra: sin embargo mi ánimo es superior á todo, y me sostiene *la esperanza de la protección de usted.*

»Monteagudo.»

Nótese ahora la evidente concordancia de los intereses de O'Higgins con los *altos intereses y conveniencias* que Monteagudo *había ido á servir en Mendoza.* Estas palabras dirigidas confidencialmente á O'Higgins son concluyentes:

«USTED CONOCE BIEN las causas de mi *actual* desgracia: *yo contaba* que sirviendo con celo al país *bajo la protección de usted,* estaría seguro del *influjo* de mis enemigos; pero *mi esperanza* ha sido vana: la FATALIDAD de los tiempos quiere que no haya ninguna garantía *para quien tiene ENEMIGOS PODEROSOS...* Conozco bastante el corazón de usted

y su sinceridad». Los enemigos *poderosos*, como se ha visto por la carta del general San Martín, eran este general mismo, sin que pudiera ser otro ninguno, porque nadie más que él y O'Higgins tenían poder efectivo, y el señor don Tomás Guido, que fué el encargado de presentar y sostener en la LOGIA las quejas del general San Martín contra la monstruosa conducta de Monteagudo, y contra la horrible iniquidad de la ejecución de los presos, cuando todo había coincidido para que la clemencia hubiera sido el noble complemento de la gloriosa jornada de Maipú.

No se comprende tampoco como es que Monteagudo llamase *fatales*, ó funestos, unos días en que una jornada como la de Maipú había consolidado la Independencia de Sud América, si es que no se refería al fatal error y atroz abuso que él había hecho del poder público, *contando, por sí y ante sí*, con que servía los *intereses personales* de O'Higgins, no obstante contrariar atrevidamente la voluntad de San Martín y de *otros poderosos enemigos suyos*, pues que quedaba expuesto (según dice él mismo), *sin ninguna garantía*, á que lo *castigasen*. Y al fin, él confiesa que el origen de su persecución es la *Causa de Mendoza*.

O'Higgins mismo, sorprendido por la oficiosa diligencia del auditor, declaró que él no le había autorizado ni comisionado para semejante atentado. Con fecha 15 de octubre le escribió á Luzuriaga asegurándole que había sido sorprendido; que Monteagudo había abusado de su nombre; que se había portado mal; pero que en fin, era un patriota que había partido de la idea de servirlo, y que

en cuanto no afectara las órdenes y la justa indignación de San Martín, hiciera lo posible por no hacerle desesperante la situación en que había caído.

La contestación de Luzuriaga, aunque lacónica, arroja una perfecta luz sobre el papel sangriento que se le había hecho desempeñar.

«Señor don Bernardo O'Higgins—Mendoza 1.º de noviembre de 1818.—Mi amigo muy estimado de mi respeto: contesto su apreciable del 15 último en que me impuse que debía venir Monteagudo. Lo he hecho pasar á San Luis por de pronto desde Uspallata. ¡ESTOS BICHOS SIEMPRE SON BICHOS!

»Toribio de Luzuriaga.»

Ahora, pues, ¿qué motivo podía tener Luzuriaga para esta justiciera reflexión, que fuese otro que la ejecución de los Carrera? Monteagudo, según su carta datada de la *Guardia*, no fué á Mendoza á otra cosa que á servir los intereses de O'Higgins. Llegado allí, no hizo *otra cosa tampoco*, ni se ocupó de más que de la causa y ejecución de los reos, con perfecto *acuerdo y cooperación* de Luzuriaga; y éste, hecha la luz, resulta también uno de los ofendidos, uno de los enemigos poderosos, uno de los perseguidores de Monteagudo. La razón es clara. Luzuriaga había creído que al cooperar á los actos y sugerencias del auditor, llenaba las necesidades políticas del momento, tomándolo como el agente de los dos hombres en quienes reposaba la suerte de la independencia y de la quietud pública. Pero cuando vió que había sido víctima de un inicuo engaño, y que se había abusado de su obsecuencia, sintió aquella amarga repercusión que era

natural sentir al ver que había cooperado á un acto tan extremo como irremediable y fatal.

Algunos escritores chilenos, influídos siempre por el deseo de denigrar la política del general San Martín mientras tuvo que hacer presión sobre la anarquía de su país, para darse lugar á llevar la guerra al Perú, pero abrumados con esta clara demostración de los documentos, han ocurrido al pobre y ridículo arbitrio de suponer que Monteagudo fué perseguido por haberse puesto á *tram*ar una conspiración contra O'Higgins. Pero fuera de que está demostrada la falsedad de ese pretexto absurdo, por otros documentos que vamos á presentar, repárese lo que dice San Martín en lo que hemos transcrito un poco antes: «Los *amigos* (es decir LA LOGIA) me avisan que han resuelto la confinación de Monteagudo, *por haberse descubierto que este hombre ingrato trataba de maquin*ar contra usted. El modo de justificar la resolución (digamos *el pretexto*) NO ME PARECIÓ EL MEJOR. *Lo convenido fué*, etcétera, etc.» Luego dando ese falso motivo no se trataba sino de un mero pretexto para castigar otro hecho de muy distinto carácter. Y tan evidente es esto, que á renglón seguido, el general le reprocha al Director de Chile que no sepa moderar esa natural bondad que le llevaba á *proteger* sujetos que no cesaban de causarles *repetidos comprometimientos*... «Los que una vez fueron malos, agrega, deben siempre ser temidos, y se debe alejarlos del lugar *donde pueden dañar*».

En sus plegarias Monteagudo apela siempre á la protección y amparo de *su amigo* O'Higgins: jamás á la de San Martín. No lo haría ciertamente

si él hubiera conspirado contra aquél, sin haber ofendido á éste. Pero esta misma prueba es débil si se compara con la que arroja una carta de Irizarri y otras cartas del mismo Monteagudo. Irizarri era un hombre agudísimo y hábil: un Tagle menos serio y menos profundo, amigo y agente *íntimo* de O'Higgins. Nombrado *Comisionado Diplomático* de Chile en Londres, salió en diciembre para Mendoza; y como al pasar para Buenos Aires tuviera que tocar en San Luis, era indispensable que se viese con Monteagudo, cuya figura política era demasiado culminante para que aquel viaje pasase sin recíprocas visitas. He aquí la carta que Irizarri dirigió á O'Higgins:

«San Luis, diciembre 30 de 1818.

»Después de cerrada esta carta, la abrí para decir á usted que Monteagudo me ha puesto aquí en apuros sobre las contestaciones de las cartas que ha escrito usted, á San Martín y á mí, sobre el proyecto de su misión á Estados Unidos, ó á Europa. Se ha quejado amargamente DE QUE HABIÉNDOSE COMPROMETIDO TANTO EN FAVOR NUESTRO EN EL NEGOCIO DE LOS CARRERA, *lo hemos abandonado en términos* que la muerte le sería menos sensible. Yo no he podido menos de decirle que cuente con la protección de usted y que si estuviese en su arbitrio lo destinaría á los Estados Unidos, como él desea, pero que esto depende del Senado, y sin acuerdo de este cuerpo usted nada puede realizar de tanta gravedad. Creo que en consecuencia de esto, puede usted escribirle que sus esfuerzos han sido infructuosos por la oposición del Senado, fundada en la

escasez de dinero, y de este modo quedamos todos no tan mal con un hombre *que, aunque sea tan malo como es, al fin nos ha servido en cosas de importancia*. Yo voy á ver si consigo en Buenos Aires que lo envíen de secretario de Gómez á Europa, lo que también desea mucho, porque estoy persuadido de que un hombre como éste no debe tenerse descontento entre nosotros, pues estamos aún en la revolución, y como nada es imposible, quizá llegaría el tiempo en que *pudiera pesarnos el chasco que le dimos cuando menos lo esperaba el buen hombre*. Nosotros no hemos de contentarnos con hacer mal sin provecho. Este hombre puede servirnos lejos de aquí, y esto debe mantenerlo en nuestros intereses. Por tanto, voy á hacer empeño en Buenos Aires para que vaya á París con su amigo Gómez, y creo que no estaría demás el que usted *persuadiese á nuestro amigo San Martín á que él mismo se empeñase por esto*. Veamos muy lejos, y conoceremos que Monteagudo puede dañarnos algún día, y observemos aquella sabia máxima de poner una vela á Dios para que nos haga bien, y otra al diablo para que no nos haga mal.

»Antonio José de Irizarri.»

Esta carta prueba evidentemente dos cosas: 1.º que *el chasco sufrido por Monteagudo*, se lo dieron los amigos de O'Higgins á quienes el auditor había servido. Irizarri dice *«que nosotros le dimos»*; 2.º que O'Higgins DEBÍA PERSUADIR Á SAN MARTÍN QUE PERDONASE Á MONTEAGUDO. Luego O'Higgins era el que había sido servido, y San Martín el que había sido ofendido. El sacrificio de los Carrera y

de M. Rodríguez fué, pues, obra exclusiva de los partidos chilenos de la prepotencia é intereses de O'Higgins. A San Martín y á los argentinos no les cupo más responsabilidad que la fatal obligación en que la alianza, y los grandes intereses americanos comprometidos en ella, les imponía de callar y de lamentar (11).

Atribuir, después de estas pruebas, la menor participación al general San Martín en esos negros hechos, sería persistir en la calumnia con mala fe palpitante; sería querer denigrar por maldad el grande y noble carácter de este ilustre guerrero cuya hombría de bien no se manchó jamás con picardías ni con actos criminales. San Martín era demasiado honrado y eminente para tener otra ambición que la de la gloria militar, como libertador de la América del Sur. El no habló jamás de los Carrera sino como sediciosos que era menester inutilizar por el momento, «tenerlos seguros mientras

(11) Muy viejo ya el general Rudecindo Alvarado, oyó decir ó entendió que el señor Guido se proponía escribir la historia del *Ejército de los Andes* y le dirigió esta carta que parece íntimamente ligada con los recuerdos lúgubres de aquel tiempo y con los escrúpulos de su conciencia: «...Como argentino y como sincero amigo de usted me felicito, sin desconocer el riesgo de la empresa desde que puede hacerse preciso levantar el velo de ciertas épocas, que si posible fuera desearíamos borrarlas de nuestro recuerdo en desagravio del patriotismo que nunca nos abandonó y de la vanidad herida por los extravíos de nuestro fanatismo político...» Rudecindo Alvarado.—(*Papeles propios del señor Guido*, publicados por su hijo y con consentimiento suyo en la *Revista de Buenos Aires*, tomo IV, página 209).

existiera la necesidad de contraerse exclusivamente á expulsar de Chile á los españoles», sin negar que podían ser útiles después á su país, ni que tenían el derecho de figurar en él. Por lo demás es evidente que la ambición, las esperanzas, y los propósitos de O'Higgins le llevaban naturalmente á otro modo de pensar que tenía su porvenir definitivo en Chile; mientras que Chile para San Martín era un puente de guerra para pasar á otras campañas y consumir otra obra (12).

(12) Pocos libros se encontrarán sobre la historia sud-americana escritos con menos seriedad que el «Ostracismo de los Carrera». No sólo es imaginario el concepto fundamental de la obra, que es la conquista del poder argentino hecha por Carrera, á quien hace *dictador omnímodo* de Buenos Aires y de las provincias, sino que todos los datos, las fechas y las apreciaciones son inexactas y puestas á una luz falsísima. Sólo en Chile, donde no es corriente el conocimiento de nuestros sucesos del año 1820, puede pasar inadvertido el imaginario tejido de incongruencias á que el señor Vicuña Mackenna se abandona en ese libro, cuando se propone historiar nada menos que esta tesis asombrosa: *«Que así como San Martín fué el árbitro de los destinos de Chile á la cabeza de un ejército argentino, así también Carrera, á la cabeza de los emigrados chilenos, fué el árbitro de los destinos de la República Argentina, al mismo tiempo. Por supuesto que los gobernadores del litoral López y Ramírez no fueron sino el dedo meñique de Carrera, que hacía de ellos á su antojo. La historia es buena para Chile y nada más. Por otra parte, las alteraciones y descuidos en materia de fechas rayan en lo increíble, á términos que la narración corre de su cuenta sin ninguna relación con la serie y el lugar de los sucesos de su propio país. En la página 116, por ejemplo, coloca la conjuración de los Carrera en 8 de febrero de 1817, es decir, cuatro días antes de la batalla de Chacabuco. Las páginas*

Lo que realmente es el colmo de la mala fé es que se pretenda también acusar á Pueyrredón y al gobierno argentino de haber intervenido en estos bárbaros é inútiles sacrificios, como lo hacen algunos escritores apasionados y procaces de España y de Chile, que saltando sobre las vallas del criterio común, y sin más impulso que un ánimo prevenido y ciego aún á las leyes inflexibles de las distancias, aceptan por malignidad y por despecho la ocasión de reproducir y propagar calumnias contra el pueblo y contra los hombres ilustres que fueron los primeros en trozar las férreas trabas del yugo colonial y que ninguna parte pudieron tener en esos hechos. La carta (pág. 215) en que O'Higgins *accede* á la intercesión de San Martín, y la que le pasa al gobernador de Mendoza restringiendo los términos en que San Martín había pedido la *gracia de los Carrera en nombre de sus servicios*, prueban que en el primero estaba el poder y la discrecional autoridad de la causa. Se trataba de *súbditos suyos y de atentadores contra su gobierno* que se hallaban presos en el territorio de su aliado. Y por más que esto parezca una anomalía, en primer lugar, es un hecho; y después, era cosa que entraba perfecta-

189 y 190 contienen errores tan fundamentales, que hacen imposible comprender y clasificar los sucesos de que habla. En las páginas 220 y 265 y en cien otras sucede lo mismo. Todos los defectos del carácter literario del autor brillan con todas las hermosas dotes de su imaginación y de su vigoroso estilo, resultando un libro que en resumidas cuentas no pasa de ser una copia abillantada de la falsísima narración del norteamericano Yates, que fué uno de los secuaces de las hordas con que Carrera el mayor vagó un corto tiempo por nuestras pampas.

mente en las ideas del tiempo, y en las condiciones fatales de una alianza cuya primer necesidad era sostener á O'Higgins en el poder, por ser necesario para llevar al Perú la guerra de la Independencia. Por eso precisamente fué que Monteagudo, sirviendo al Supremo Director de Chile, creyó que quedaba libre de la mano justiciera de San Martín. La respetuosa deferencia con que Pueyrredón y San Martín se trataban entonces resalta bien en la carta de la pág. 224. «Yo creía, dice el general en ella, que era preferible cualquiera otro medio en que no hubiera cosa alguna que *pudiera ofender la delicadeza de nuestro amigo Pueyrredón*. Así lo hice presente á la sociedad. Pero como persistieron en que esto era lo mejor, yo cedí... etc., etc.» Estos conceptos consignados en una carta que no sólo era confidencial sino de naturaleza secretísima, prueban cuán inocentes é ignorantes habían estado el uno y el otro de las fechorías de Monteagudo en Mendoza.

Pero me falta todavía presentar otra prueba que ha de consumir la evidencia aun en el ánimo de los más obcecados. He aquí lo que Monteagudo le escribía á O'Higgins desde su destierro:

«San Luis, enero 23 de 1819.

«Señor don Bernardo O'Higgins.

»Chile.

»Amigo y señor: Los tres meses que han corrido desde mi salida de esa, me hacen conocer que nada debo esperar capaz de mejorar mi situación, y que quedo abandonado á mí mismo. He tenido la

honra de escribir á usted varias veces, pero considero que *sus buenos deseos no han bastado para corresponder á los míos*, á pesar de lo que Irizarri me hizo esperar, cuando pasó por ésta. Acuérdesse usted *de un desgraciado que lo estima, y que se había propuesto servirle con el mayor celo*.

»Bien presto celebrarán ustedes el primer aniversario de la Independencia de Chile: yo, desde este destierro, me acordaré con placer de la suerte que me cupo de tirar la acta de aquel día. ¡Qué distante estaba entonces de verme hoy aquí!

»Persuádase usted, que feliz ó desgraciado, serán invariables *hacia usted* los sentimientos de su afectísimo amigo y servidor

»Bernardo Monteagudo.»

En esta carta Monteagudo está todo entero con las tristes condiciones de su alma. ¡Ni sombras de remordimientos! En vez de eso, prorrumpe en las quejas de un parásito que no reclama más mérito que *haber servido con celo...* al general O'Higgins, ni tiene otro dolor que el de que se le haya abandonado. Conservará, feliz ó desgraciado, sus sentimientos invariables — *hacia usted*, — pero de *San Martín* ni una palabra, sino la indicación de que era él (y por él) quien le había impuesto su castigo, confirmando las palabras harto claras ahora de la carta de Irizarri: «Persuada usted á nuestro amigo San Martín para que él mismo se empeñe con Pueyrredón». ¡Imposible! el general San Martín, era un hombre de noble y elevadísimo carácter.

Véase este rasgo, que no fué por cierto el único de su género en su ilustre carrera. Dijimos que

había lanzado á su edecán O'Brien en persecución de Ossorio y que éste había logrado escapar; pero que no pudo salvar su equipaje, que había caído todo entero con numerosa correspondencia en poder de O'Brien. San Martín guardó toda esa correspondencia con absoluto secreto en su poder. Cuando se desahogó de los apremiantes quehaceres del momento, y registró esos papeles, «encontró un *gran legajo* de cartas escritas por varias personas de Santiago que felicitaban á Ossorio por su triunfo de *Cancha-Rayada*, y trataban de conciliarse su protección manifestándose decididos partidarios de la causa del rey»... El general las quemó todas sin dejar rastro ninguno que pudiera comprometer á los que las habían escrito. He ahí el hombre.

CAPITULO VII

PEZUELA Y LASERNA EN LAS PROVINCIAS DEL NORTE

SUMARIO: Insistencia de Pezuela por ocupar a Córdoba.—Disidencias y contravenciones de Laserna.—Atribuciones y carácter oficial de Laserna.—Espíritu local y autonomía latente de las provincias del Alto Perú.—Causas eventuales é históricas.—Afinidades y leyes geográficas.—Recelos y sospechas de Pezuela contra Laserna.—El virrey como personaje y figura.—Olañeta caudillo local del Sur peruano.—Su apego local y su familia en Salta.—Guerrillero y proveedor.—Monárquico y anarquista.—Ojeriza entre Laserna y Olañeta.—Nueva incursión de Olañeta sobre Salta.—Retirada y reconcentración de los realistas al centro y al norte del Alto Perú.—Contracción de los realistas á la formación de un grande ejército con reclutas del país.—A espera de los sucesos.—Aprestos y diligencias de San Martín.

Al mandar sobre Chile la expedición cuyo descalabro acabamos de ver, Pezuela había tenido presente la importancia de que San Martín no pudiera ser reforzado por nuevas tropas y pertrechos de las provincias argentinas, y volvió á su plan favorito de que el ejército realista del Alto Perú entrase de nuevo rápidamente por Salta, arrollase á Güemes, y sin detenerse cayese sobre el general Belgrano en Tucumán para situarse en Córdoba y dominar á Buenos Aires que, con razón, suponía completamente desarmado y exhausto. Quería el virrey ade-

más que una fuerza ligera operase sobre Cuyo y pudiese en libertad los numerosos prisioneros de *Chacabuco* y de *Salta* que estaban aglomerados en los depósitos de *San Juan* y de *San Luis*; de modo que San Martín amenazado ó derrotado en Chile quedase completamente perdido.

El virrey no era hombre de comprender el poder de resistencia intrínseca que tienen los pueblos, una vez que las masas y los intereses fundamentales de la sociedad política se convulsionan con el propósito de cambiar su organismo. Juzgaba de las provincias argentinas por lo que había visto en el Perú y en Chile, donde el movimiento social no se había hecho pueblo todavía, y donde apenas se había concentrado en el círculo de una burguesía precavida indecisa y tímida. Mucho más instruido que él en la índole de los pueblos modernos, el general Laserna estaba muy lejos de mirar con la misma infatuación esas empresas de atravesar y de ocupar provincias argentinas.

Había visto de cerca que la provincia de Salta no vacilaría entre el exterminio y la defensa de su territorio; recordaba también cuán indómita energía había dado á las masas españolas el derecho de defensa contra los franceses; y como era hombre de ideas prudentes y liberales, pensaba que no había más plan juicioso que el de esperar que la expedición de Cádiz amagase por el Río de la Plata; y que si eso fracasaba, lo único práctico sería un tratado por el que España conservase el Perú desde Tupiza á los extremos del Norte, quedando independientes las provincias argentinas y Chile, á condición de garantizar ellas mismas el fiel cumplimiento de este pacto.

Los inconvenientes de esta diversidad de caracteres y de ideas habían producido naturalmente grandes incompatibilidades y disidencias entre el virrey y el nuevo general en jefe del ejército español del Sur del Perú. Verdad es que los celos y las rencillas habían comenzado entre ellos desde el primer momento en que Laserna pisó en las playas peruanas. Las órdenes é instrucciones que éste había recibido, le recomendaban que desembarcase en Arica, y que inmediatamente se dirigiese á Potosí y Tupiza para hacerse cargo del ejército. A pesar de eso Pezuela esperaba que el nuevo general tendría la deferencia de pasar á Lima, y de consultarle la manera de operar; y tanto más lo esperaba, cuanto que entendía que su victoria de SIPE-SIPE y su larga experiencia en los negocios del Alto Perú, le daban el derecho de que sus consejos fuesen mirados con respeto por un hombre nuevo que no conocía los medios prácticos de desempeñar su cargo, ni el país en que iba á gobernar.

Laserna pensaba de diverso modo. Para él, como hemos dicho, la causa del rey estaba perdida por el momento en las provincias argentinas; todo lo que tenía que hacer el general de las fuerzas del Alto Perú, era contraerse á someter bien y con buen orden esta parte del virreinato; organizar su administración de modo que cesaran las arbitrariedades y violencias de la guerra á fin de que el país mismo comprendiese su autonomía tomando espíritu de cuerpo, y que sintiéndose bien gobernado, diese una cooperación regular y legal á la fuerza militar que allí debía levantarse para defender el derecho de España, y el suelo propio, contra las

invasiones siempre aborrecidas de los *porteños*. La-serna creía que *constituyendo realísta*mente las cuatro intendencias del Alto Perú, como se habían constituido *republicanamente* las provincias argentinas, era fácil poner á *un pueblo contra el otro*, y aprovechar las incompatibilidades de carácter, de raza, de territorio, de orgullo y de dominación que los dividían, para levantar un ejército indígena de 15 á 20 mil hombres sobre cuadros europeos; y esperar, á la defensiva, que San Martín invadiese por la costa occidental, para destruirlo mientras la grande expedición española de O'Donnell, conde de La Bisbal, caía sobre Buenos Aires, siendo entonces la ocasión de tomar la ofensiva.

Preciso es convernir en que el espíritu provincial y localísimo de las provincias del Alto Perú daba tanta fuerza moral á estos propósitos, que, por singular que sea, no sería inexacto ni aventurado decir que la *política realista*, combinada allí con el espíritu local, fué la que echó la base de la independencia de ese territorio que hoy es BOLIVIA. Y como el origen no sólo fué malo sino contra naturaleza, es seguro también que el porvenir, por medio de los lazos comerciales y de las vías férreas, reunirá fraternal y políticamente (si no administrativamente) los trozos de aquel conjunto de intereses que entonces se rompió, pero que tenderán á reconstituirse por las fuerzas de las leyes geográficas que dominarán necesariamente su desenvolvimiento social y moderno en el futuro.

Muchas causas habían contribuído á poner á las cuatro intendencias del Alto Perú en este declive de segregación ó de antagonismo con las *Provincias*

de Abajo. La primera fué el sentimiento espontáneo de vida y de gobierno propio que la Revolución de Mayo despertaba en todas partes, como una consecuencia de los principios que le habían dado origen y que ella misma quería consagrar contra el centralismo colonial. Un gobierno central y metropolitano llevado al Perú en nombre de la *Comuna Revolucionaria del Plata*, debía acabar por ser tan antipático como el gobierno central y metropolitano de Madrid ó de las Juntas de Sevilla y de Cádiz; pues al fin, uno y otro imponían sobre los pueblos lejanos la presión de intereses, de hombres, y de leyes *extrañas* á los hombres y á los intereses locales que las recibían y que debían someterse á ellas. Otra causa, y quizás la más dolorosa y determinante de todas, fué la conducta de los ejércitos de Abajo que entraron por varias veces en el Alto Perú. Sea por una necesidad fatal de aquellos momentos, sea por incompetencia ó falta de organismo gubernamental bien constituido é inspirado, los agentes políticos y militares del gobierno revolucionario de Buenos Aires obraron con los mismos medios con que obraban los agentes políticos y militares del virrey de Lima; y con justicia sea dicho, el primero que trató de cambiar este estado en aquellas provincias, cimentando un orden administrativo regular y justo, como base de un gobierno al mismo tiempo que militar severo, fué Laserna; y á eso debió el éxito con que las mantuvo fieles y obedientes hasta los últimos momentos de la dominación real, pues que no se hicieron independientes sino después que Bolívar vino á recogerlas bajo su guante como una consecuencia de la jornada final de Ayacucho.

La otra causa (y quizás la más poderosa de todas) que contribuyó á darles esa posición estable bajo la bandera real, nació de los terribles vaivenes de varia y mala fortuna en que las dejaban, año por año, nuestros ejércitos, entrando por ellas, comprometiendo los pueblos, imponiéndoles sacrificios en nombre de la Independencia, y dejándolos á los pocos meses abandonados bajo el castigo y la presión de los generales realistas que al fin quedaban triunfadores. Vencedores por tres veces en Suipacha y en Salta, los argentinos entraron *reconquistando* el Alto Perú; es decir, trastornando y modificando todos los intereses establecidos. Contaron al principio, sin duda, con el concurso de los numerosísimos patriotas de aquella tierra que también quería ser libre, pero que ante todo quería ser INDEPENDIENTE. Pero un momento después venía una nueva derrota de los libertadores á dejarlos en manos de la reacción de los realistas que, cruda y violenta siempre, echaba mano de los castigos más severos, el patíbulo, las cárceles y la deportación, para reprimir y escarmentar. La derrota de SIPE-SIPE fué como un golpe final para aquellos pueblos desesperados. Los argentinos, renunciando á ese camino para obtener la victoria, tomaron el de Chile, donde la obtuvieron por la sabia organización de los recursos y de las tropas, y por la eminente competencia del general. Abandonados á su propia suerte, indignados de tantos chascos, desilusionados de nuestro apoyo, se entregaron postrados y humildes al gobierno honorable y justo de Laserna, que no les pidió otra cosa que soldados de la clase popular, á trueque de paz y quietud para que la

burguesía vegetara tranquila dentro del cerco aislado de montañas que la naturaleza le había dado por patria.

Bolívar no hizo otra cosa que consagrar con un nombre republicano la creación realista con que Laserna se había defendido de la Revolución de Mayo: el antagonismo local estaba creado: la bandera del rey era un medio, pero no era un fin.

Esta situación divergente en que Laserna había colocado las provincias del Sur del Alto Perú, las alejaba tanto de Buenos Aires como de Lima. Pero no había previsto que con esto fraguaba él mismo su ruina, y que rompía la unidad moral y militar del poder colonial. Lo curioso es que por razón de diversidad en las opiniones políticas, Olañeta que era el verdadero y único caudillo local del Alto Perú, estaba ahora del lado de la *unidad virreinal*, sin perjuicio de que cuando cambiase el orden actual de cosas hubiera de echar mano de ese caudillaje local para desentenderse de obedecer al gobierno central del norte y campear á la derecha é izquierda por sus propios respetos. Esto temía Pezuela, y con razón, no de Olañeta que era su fiel teniente, sino de Laserna, á quien consideraba fautor de una disidencia localizada, harto peligrosa para la unidad y concentración del poder colonial.

Pretendía, pues, el virrey que su autoridad debía ser ciegamente obedecida por el general del ejército del Sur á quien no quería conceder más atribuciones que la de un simple teniente general puesto bajo sus órdenes. En este concepto, suponiendo el virrey que en febrero ó marzo el general Ossorio estaría ya lanzado en su campaña contra San Mar-

tín, insistía con impaciente vehemencia en que Laserna volviese á invadir á Salta, y procurase penetrar por los valles y portezuelos de la Rioja hasta Cuyo, para consumar la ruina del ejército de los Andes, en caso que tuviese que repasar las cordilleras perseguido por Ossorio.

Como Laserna rehusase volver á correr las pasadas aventuras, le hizo presente al virrey que carecía de fuerzas para dominar á Salta, y mucho más para internarse dejando esa provincia á su espalda. Trató de convencerlo de que lo mejor era consagrarse á formar en Puno un ejército de veinte mil hombres para destruir á San Martín en el Perú, ó para inmovilizarlo en Chile, hasta que la guerra civil y el desorden interno de los partidos argentinos acabase con él; pues entonces sería la ocasión de que los realistas reconquistasen lo perdido.

Pezuela creyó descubrir en esto una intención torcida cuyo pérfido propósito era crear un ejército local de *arribeños* mandado por los *liberales* del partido de Laserna para imponerle y quitarle el gobierno si la ocasión se les presentara favorable; y á fe que no se engañaba. Y de más en más irritado con Laserna, las relaciones mutuas habían venido á estar tan vidriosas que era inminente un rompimiento, cuya gravedad puede apreciarse por el carácter entero é intransigente del virrey.

Pezuela rayaba entonces en la vejez. «Era uno de los cabos principales del ejército real. De estatura regular, cano, seco, ceñudo y de rostro encendido» (1). Era de solemne y pomposa apostura,

(1) El coronel don Rufino Guido, *Revista de Buenos Aires*, vol. II, pág. 167.

vestía una casaca llena de bordados, con espadín de oro, banda roja y amarilla del hombro al costado, y un alto bastón de mando tomado á una cuarta del puño. En las ciudades usaba calzón corto de casimir blanco con franja dorada, media de seda hasta la rodilla con hebillas de piedras preciosas, y zapatos con hebillas grandes de oro: en campaña usaba botas á la escudera con vueltas de tafílete amarillo, una capa obscura y un gran tricornio negro con filetes blancos y grandes plumas rojas.

Todo era en él característico de uno de esos viejos rezagados en el movimiento de su siglo, cortesanos y regañones al mismo tiempo, que tiranizan en nombre del pasado todas las aspiraciones del presente, y que por lo mismo son instrumentos serviles de los poderes retrógrados ó retardatarios, á la vez que de una pesadez inflexible sobre todo lo que tienen bajo la presión oficial de su mano. Pezuela era un tipo consumado de esta clase de seres históricos: tuerto ó derecho era preciso aceptar sus opiniones, porque de otro modo él no habría sido digno de gobernar en nombre de su rey, cuyas opiniones y mandatos eran su ley suprema. La base de su carácter era la irritabilidad nerviosa del amor propio; y á causa de esto y de la concentración de sus ideas, en el Alto Perú le llamaban *Araña Colorado*, aludiendo á ciertos bichos de esta familia que tienen allí ese color y que son de hábitos sumamente irascibles. Era, sin embargo, hombre de muy buen sentido para apreciar las necesidades y las complicaciones del gobierno: tenía ideas claras sobre los intereses y las cosas que le afectaban de cerca; pero su espíritu no se ocupaba jamás de las esferas de lo

abstracto; y aquella parte elevada de los sucesos que se engendra y que se elabora, como una vegetación espontánea del desarrollo social, no sólo escapaba á sus alcances, sino que le inspiraba el más profundo menosprecio. Y no era porque tuviese en su alma las fuerzas intuitivas con que algunos hombres superiores se sienten nacidos para arrastrar en pos de sí los rebaños humanos, con la conciencia de que llevan consigo una luz poderosa para aclarar los problemas del camino. Semejante presentimiento no era el que iluminaba la frente adusta y sin dimensiones del virrey del Perú. Su genio porfiado no tenía presentimientos: sus inspiraciones se encerraban en la posesión del mando y en sus aparatos; su decoro regio se concretaba en la dignidad del capricho, honorable y sincera, pero limitadísima y vulgar; así es que nada de grande ni de prestigioso animaba su despotismo, á pesar de que su persona imponía un veraz sentimiento de respeto, que, aunque destituído de simpatía, no lo estaba de estimación.

Las formas y las ceremonias de la etiqueta oficial eran tan grave asunto de gobierno para Pezuela, que el extenso número de sus empleados civiles y militares se hallaba sometido al formulario de un cuartel, con tal nimiedad que podrían aplicársele las profundas palabras de Tácito: *apud quos jus imperii valet, inaniæ trasmittuntur*. Todos los domingos á las nueve de la mañana se decía en la iglesia principal de la capital ó villa por donde pasaba ó estaba Pezuela una misa llamada la *Misa del señor virrey*. Un cuarto de hora antes de comenzarla era menester que todos los empleados y ofi-

ciales, vestidos de uniforme, estuviesen ya sentados según su jerarquía y por corporaciones en dos filas al centro del templo, para que cuando Pezuela apareciese en la puerta con su estado mayor se pusiesen de pie. El virrey, todo dorado y con su cara de ají, atravesaba adusto é iba á tomar la cabecera del cortejo á la derecha del sacerdote oficiante. Luego que se arrodillaba un edecán le alcanzaba su rosario y el libro de oraciones. El virrey rezaba, se paraba, se hincaba, se persignaba, hacía contricción; todo estrictamente, según el ritual; los demás seguían la misma mímica; pero á pesar de su recogimiento su devoción carecía de unción y de misticismo, como su política carecía de idealidad.

Este formulario era insoportable para los nuevos militares que se habían formado en la guerra contra los franceses. Habían salido de la misma escuela que San Martín y que Alvear; y salvo el *patriotismo local* y la distinta bandera que seguían, tenían en el fondo las mismas propensiones: eran *liberales é incrédulos*; ninguno de ellos cultivaba en su corazón los viejos respetos del *Altar* y del *Trono* que eran de dogma para Pezuela y su partido. En esta situación los unos estaban ya propensos á conspirar contra los otros. El partido de Laserna contaba con el ejército nuevo para derrocar á Pezuela; y Pezuela tenía de su parte la autoridad legal con el apoyo de los coroneles Olañeta y Ricafort para contener á los jefes mal avenidos y sujetarlos al cumplimiento de su deber.

Pero Laserna había sido nombrado por el gobierno español general en jefe y capitán general de las provincias del Alto Perú, con atribuciones

propias. Esto le daba un carácter oficial que no dependía de la buena ó de la mala voluntad del virrey, y jurisdicción privativa en un territorio, que, aunque perteneciente al gobierno superior del virreinato, estaba por otra parte bajo la inmediata jurisdicción de su capitán general.

Lanzado Ossorio á la campaña de Chile, creía Pezuela con razón, que costase lo que costase, era menester apoyarlo con otra invasión vigorosa por el lado de Salta. La oposición de Laserna había provocado entre ellos una correspondencia agria que el virrey cortó dirigiendo una orden seca y terminante á Olañeta y á Ricafort, para que tomasen el mando de las fuerzas y entrasen á Salta por la Quebrada y por Orán, si el capitán general persistía en hacerle oposición. Estos dos jefes le hicieron presente á Laserna la orden que habían recibido y su ánimo de cumplirla á todo trance. Laserna resolvió entonces renunciar su puesto; pero Valdés, Canterac, Espartero y muchos otros jefes de la nueva serie, se opusieron, y lograron que el general se sometiese por lo pronto á los deseos del virrey, dejando para momento más favorable el cambio de cosas que tenía por necesario.

Laserna puso entonces dos mil cuatrocientos hombres á las órdenes de Olañeta y de Valdés para que de nuevo invadiesen á Salta por la Quebrada, y mil trescientos más á las órdenes de Canterac y de Ricafort para que apoyasen ese movimiento por el lado de Tarija y de Orán.

Aunque español de nacimiento, Olañeta no era un verdadero militar español, sino un vecino realista emigrado de Salta. Para él, Salta concretaba

todos los anhelos y los propósitos de su porvenir y de su persona. Había pasado allí toda su vida: tenía extensas relaciones de familia, y estaba casado con la Pepita Marquiegui, que, según se decía en el ejército realista, no sólo era la más bella sino la más artera de las mujeres de la América del Sud en aquel tiempo. Su marido, según dice el general Paz en sus *Memorias*, estaba locamente enamorado de ella. Así es que para Olañeta, la guerra de la Independencia era menos que una guerra civil entre argentinos, y nada más que una reyerta de vecindario—de salteños,—localizada en aquella frontera. Con tal de gobernar él en Salta con la familia Marquiegui y con su partido habría pospuesto todos los derechos del rey de España; pero, por lo pronto, lo uno era inseparable de lo otro. Hombre de poca cabeza, pero de pasiones bruscas y de una energía incontrastable, no comprendía por qué razón el ejército realista había de limitarse á ocupar la Quebrada y Tarija, y no había de ocupar también á Salta como una dependencia de las provincias de *arriba*, donde él quería residir y mandar, siendo así que poseía las provincias que habían sido argentinas desde Cotagaita hasta la Paz. Con tal de que Salta entrara en esta porción del territorio, todo lo demás le era indiferente; y por lo mismo, su posición social y su genio terco le llevaban á aceptar con placer toda tentativa que tuviese por objeto segregar á Salta del territorio de abajo.

Al designarlo como jefe para que cumpliese las órdenes del virrey, Laserna se propuso dejar sobre sus hombros todas las dificultades de la nueva tentativa, y puso á su lado al coronel Valdés, hombre

habilísimo y astuto, militar de mucha mayor importancia, para que no le dejara comprometer y perder las tropas en ímpetus descabellados. De igual modo procedió con Ricafort acompañándolo con Cante-rac, que era también de su entera devoción y de un mérito superior.

Olañeta ocupaba una posición especialísima en el ejército realista. Sus servicios desde las primeras campañas de 1810 eran distinguidísimos; y puede decirse que antes de que el Alto Perú contase con un ejército profesional compuesto de tropas europeas, Olañeta había sido el alma y el apoyo de todos los esfuerzos que los realistas de aquellas cuatro intendencias habían hecho por defenderse contra las invasiones revolucionarias de las tropas de Buenos Aires. Y sin embargo, Olañeta no había sido jamás militar, ni otra cosa más que un simple traficante de Salta. Ligado antes de la Revolución con las casas de comercio de Gurrugacha y de Moldes, había pasado una vida activa haciendo el comercio de negros, de ganados, de géneros y de pastas metálicas entre Salta, el Alto Perú y Lima: negocio eslabonado con el contrabando de Buenos Aires cuya llave, después de las invasiones inglesas, había caído en manos de varios comerciantes de Buenos Aires (2).

(2) Entre ellos era el más fuerte don Francisco del Sar, que tenía por agentes en la intendencia del Alto Perú á su concuñado don Joaquín Bedoya y á su cuñado don Sebastián Riera, á quien muchas veces he oído narrar curiosos incidentes de estos negocios y de los sucesos á que daban lugar. Estos dos agentes del comerciante del Sar cayeron prisioneros en la *Sorpresa del Tejar*, como puede

Por su actividad personal y por las extensas cuadrillas de peones que había formado se hizo Olañeta en poco tiempo uno de los adalides más famosos de la causa del rey; y lo curioso es, que al mismo tiempo que se entregaba todo entero á la carrera militar, adquiriendo en ella una notable competencia y merecidísimos grados, seguía sus negocios con mayor anhelo; tenía sucursales más ó menos declaradas y públicas en todas las plazas del Perú, cuadrillas de contrabandistas bien relacionados para tomar efectos y sacar ganados de Salta é introducir pastas; y á la vez que era uno de los más famosos coroneles del virrey del Perú, era, directamente ó por medio de sus agentes, el proveedor de las tropas y surtidor general de los mercados interiores. Guerrillero incansable, intransigente y cruel también, no le faltaba flexibilidad para entenderse con Güemes y con otros patriotas acerca de una arria bien cargada de mercaderías y de pastas de retorno, ó de una gran tropa de ganados, al través de la frontera en que, por esto mismo, prefería él imperar con exclusión de los demás jefes realistas que pudieran contrariarlo.

verse en la preciosa noticia que el coronel don Rufino Guido ha consagrado á este ruidoso hecho en la *Revista de Buenos Aires*, tomo II, pág. 170. Riera fué quien desarmó al centinela, cuando los prisioneros sorprendieron y tomaron la guardia española que los conducía á las *Casamates*. Riera murió en la catástrofe del *Quebracho* (1840). Bedoya era paraguayo y no de Salta como dice el señor Guido. Entre los papeles de Del Sar, si se han salvado, existen cartas y datos interesantísimos acerca de este comercio extraño, de los hombres que lo hacían y del carácter de los negocios privados y públicos de aquella época.

Este extenso comercio le daba un sinnúmero de subordinados, guerrilleros á la vez, que tenían á su cabeza hombres decididos con el título de coroneles ó comandantes, como el valenciano Valdés, conocido en la historia de esta guerra con el nombre de *el Barbarucho*, que tan pronto era jefe de una división realista como mayoral de una arriá ricamente interesada para su jefe.

A medida que la guerra se iba organizando entre los dos grandes conjuntos, realista el uno y patriota el otro, de las provincias *Altas* y de las provincias *Bajas*, comenzó también á normalizarse, por decirlo así, la situación comercial de Olañeta; y muchas veces el mismo Güemes tuvo interés en entenderse con el guerrillero realista para dejarle llevar, *como arrebatados*, gruesas tropas de ganados que habían sido *contratadas y pagadas* «secretamente, con interés recíproco»; pues si el uno necesitaba ganados para negociarlos con el ejército real, el otro necesitaba dinero ó metales para pagar á sus gauchos y surtirse de las cosas que la guerra hacía necesarias; así es que las necesidades eventuales del uno y del otro eran la ley de estas extrañas convenciones; y sin embargo, Olañeta era intransigente, decidido, porfiado y lleno de pasión en cuanto á la causa que sostenía. ¡Desgraciados de los que comerciaban con él desde Salta, si eran patriotas y caían por acción de guerra en sus manos! Su rigor era más duro con ellos; y aunque era cumplidamente leal y honrado cuando mediaba un convenio, para no tomar sino lo que había sido materia del trato, guerrilleaba en todo lo demás con una tenacidad incansable: sorprendía, invadía, ro-

baba las campañas, y se batía con el desnudo de un jefe de banda, á pesar de toda su riqueza, de sus numerosas casas de comercio en todo el interior hasta Lima, y de su elevado cargo de brigadier y de mariscal de campo en el ejército del rey. Se convendrá en que si todo esto era sumamente novelesco era también una faz extraña de la guerra de la Independencia en aquella frontera.

Al principio, este doble carácter de guerrillero y comerciante daba á Olañeta grande importancia en el ejército real del Perú. Careciendo de tropas peninsulares con que oponerse á la invasión armada de los revolucionarios de Buenos Aires, había sido preciso apelar al influjo local. De modo que cuando el rico comerciante Olañeta se arrojó con tanto ardor en la causa reaccionaria, llevó al ejército no sólo todos sus empleados, dependientes y peonadas, sino todos los miembros de su familia, entre los que sobresalía el bravo coronel Marquiegui, cuñado suyo, y oriundo de Salta como Castro y otros.

Además de esto, en el apremio de los tiempos, se hizo poco á poco el banquero y el proveedor del ejército del Alto Perú; y como las provincias de Salta y de Tucumán estaban habituadas á traficar con las de *Arriba*, no tardó mucho en que se tejieran los hilos ocultos y más ó menos eventuales de estos negocios subrepticios. Olañeta vino á ser por consiguiente un hombre indispensable; y todos los viejos jefes del ejército, los viejos realistas lo habían aceptado hasta entonces en su doble carácter de general y de proveedor ó banquero sin oposición ni escándalo.

Pero esta irregularidad comenzó á cambiar así

que, concluída en 1815 la guerra europea contra Bonaparte, España empezó á enviar tropas y jefes de la nueva escuela, para sofocar la rebelión de sus colonias.

Laserna, Canterac, Valdés, Espartero, Tacón, Narváez y demás jefes últimamente venidos de la Península Ibérica, miraron como una violación escandalosa de la disciplina y de la ordenanza, esta mezcla irregular de comerciante y de general con que figuraba Olañeta; y aunque al principio tuvieran que disimular su disgusto, por estar tan arraigado aquel abuso, y por ser tan predominante el influjo de este personaje, como notorios sus servicios y valiosa su cooperación, poco tardó, sin embargo, en que comenzara á sentirse la crítica y las trabas disimuladas con que el nuevo general y sus compañeros se proponían poner fin á un estado de cosas que, á su entender, no sólo era una mancha chocante del carácter de un militar, sino un germen de inmoralidad y de disolución en la causa del rey.

Con varios pretextos procuró Laserna separar á Olañeta de las fronteras de Salta y destinarlo al Perú colmándolo de honores y de grados al mismo tiempo. Pero todo fué inútil: Olañeta persistió francamente en no separarse de allí donde lo ligaban sus intereses, su influencia y el crecido número de parciales *exclusivamente suyos* que tenía; y donde no sólo era (por todo esto) un caudillo provincial desde Tupiza á Oruro, sino apoyado en la buena voluntad del virrey Pezuela. Los liberales ó jefes nuevos no tuvieron más remedio que seguir contemporizando á la espera de una mejor ocasión para separarlo.

Torrente, que, como se sabe, recibió sus valiosos informes de boca de los jefes realistas más caracterizados que hicieron la guerra en el Perú, no ha dejado pasar inadvertida esta situación irregular en que Olañeta se hallaba colocado, y la ha diseñado bien con todas las malas consecuencias que ella debía producir para la causa del rey. «La armonía que se había notado entre Olañeta y los jefes que reemplazaron la administración del virrey Pezuela había sido aparente, mas nunca fué franca ni cordial... Había conservado asimismo Olañeta el tráfico y giro mercantil, cuya profesión ejercía cuando sonó la trompeta guerrera en el Alto Perú en 1810: todos los que habían mandado en aquellas provincias habían condescendido con esta inclinación *tan ajena* de la carrera militar, con la esperanza de que por los muchos agentes comerciales del referido Olañeta se tendría, como en efecto se tuvieron, comunicaciones y avisos muy útiles á la causa que defendían. El señor Laserna la toleró asimismo, si bien mostró mayor desagrado que sus antecesores, y trató de ponerle algunas trabas que agriaron considerablemente el ánimo de dicho jefe» (3).

Estos motivos particulares hacían de Olañeta el más fuerte instrumento que Pezuela tenía para llevar á cabo sus propósitos contra la provincia de Salta; y como ese jefe era un verdadero caudillo local en las provincias colindantes del Alto Perú, el ejército realista se hallaba embarazado para obrar al antojo de Laserna ó de su círculo, y tenía que

(3) *Historia de la Revolución Hispano Americana*, volumen III, página 450.

seguir la dirección que le imponía Olañeta, ahondándose cada día más la mala voluntad que se profesaban los dos círculos contrarios á cuyo influjo estaba sometido el país.

Pezuela contaba con que Ossorio desembarcaría en Talcahuano á fines de diciembre, y suponía que en todo febrero ó principios de marzo habría venido por Valparaíso á caer sobre Santiago, dejando á San Martín cortado y perdido en el Sur, según el plan que había trazado, y cuyo éxito le parecía infalible. Logrado esto, Pezuela quería que Ossorio amagase por la cordillera, al mismo tiempo que Laserna entrara otra vez por Salta; y como el virrey estaba infatuado con sus antiguas victorias de *Vilcapugio* y *Viluma*, tenía la esperanza de avasallar así la Revolución Argentina; y ordenó con tono imponente que el ejército del Sur atravesase decididamente la provincia de Salta, sin detenerse á luchar parcialmente con los gauchos; que batiese en Tucumán á Belgrano y que corriese por la sierra de Córdoba á ponerse en comunicación con las fuerzas realistas de Chile, que el virrey daba ya como vencedoras en febrero ó en marzo. Temiendo Pezuela que Laserna procurase insistir en su oposición á este plan, le dejaba entender que para ese caso había tomado la resolución de que las fuerzas fuesen puestas á las órdenes de Ricafort y de Olañeta que se encargarían de realizar sus propósitos.

Laserna entregó á Olañeta la iniciativa de la campaña, seguro de que no podría llevarla á cabo. La primera necesidad era hacerse con recursos. El ejército realista estaba escasísimo de caballadas y de ganados. El mal éxito de la campaña del año

anterior se atribuía á la falta de previsión con que había invadido, confiando en tomar los recursos y caballadas del país que se ocupara, sin tener presente que Güemes se los retiraría, y que los realistas tendrían que luchar por alimentarse más bien que por reconquistar la tierra para su rey. Ahora pensaban obrar de otra manera, bajo las inspiraciones y por el consejo experimentado de Olañeta. Lo primero era hacer una entrada rápida é inesperada con una fuerza de dos á tres mil hombres por la Quebrada, hasta más abajo de Jujuy; abrirse allí en dos divisiones, á derecha é izquierda y volver rápidamente también, la una por las estancias del *Toro* y del *Despoblado*, y la otra por las márgenes del río *San Juan*, barriendo y arreando todos los caballos y ganados que encontraran por aquellos campos. Olañeta y los hombres del partido del virrey suponían que logrando este golpe para habilitar al ejército con medios de sustento y de movilidad, les sería dado llenar los deseos y planes que se les transmitía; pero Laserna estaba muy lejos de participar de estas visiones, y lamentaba que en estas descabelladas empresas se estuviesen destruyendo, por centenares, los soldados europeos que formaban la parte sólida y fiel de su ejército.

Con la mira, pues, de preparar la invasión haciéndose con los recursos necesarios, y de que Güemes careciese de esos mismos recursos para defenderse, Olañeta entró por la Quebrada en los primeros días de diciembre con 2,700 hombres. Pero Güemes que había sentido los movimientos de los realistas, había movido también hacia las fronteras parte de sus mejores fuerzas al mando de los co-

mandantes Arias, Rojas y Burela. Queriendo atraerlos Olañeta retrocedió hacia Yavi; pero como ellos se limitaron á observarlo en la línea de Jujuy, acentuó de nuevo su movimiento por su frente y vino rápidamente á ocupar Jujuy el día 14 de enero. Puesto allí se ocupó en despojar á los vecinos de cuanta mercancía aprovechable tenían: en la tarde del mismo día se abrió en dos divisiones y retrocedió con una por el Toro y el Despoblado, y con la otra por el Río Grande, sin lograr otra cosa que llevar algunos caballos y ganados. Pero ardientemente perseguido por Arias y Burela con las fuerzas del centro y con las divisiones de los Vallas, Olañeta tuvo que abandonar su presa y que sostener mortíferos encuentros á cada paso, en los que perdió de 300 á 400 hombres, noventa y seis pasados entre ellos, como ciento diez fusiles, sables y cantidad de pertrechos.

Sin embargo de este mal resultado y de la convicción de que la resistencia de Salta era indomable, combinóse de nuevo otro plan para entrar á la vez por el Despoblado, por la Quebrada y por Orán bajo las órdenes de Ricafort. Con este fin, se hicieron correrías por todo el país recogiendo caballos y ganados, poniéndolos en los potreros de Tarija y de Santa Elena hasta reunir el número necesario. Pero cada entrada en el territorio argentino ocasionaba pérdidas irreparables para los realistas; y por más que Olañeta y Ricafort se mostrasen anhelosos de complacer al virrey, les fué imposible hacer á tiempo los acopios y la concentración de los medios que les eran indispensables para operar. Corría avanzado el mes de abril cuando la noticia

de la espléndida victoria de Maipú cayó como un rayo sobre los empecinados partidarios del virrey. Después de este grande triunfo era absurdo que los realistas quisieran persistir en hacer una invasión formal sobre Salta; y por el contrario, su principal preocupación era ahora ponerse á la defensiva contra la invasión de San Martín por el Pacífico, y la de Belgrano unido á Güemes por Tupiza en dirección á Oruro y al Cuzco.

Lo único sensato para ellos era, pues, aceptar el plan de Laserna: regularizar el orden civil y administrativo de las provincias del Alto Perú, fomentar el trabajo y la producción interior para alimentar el tráfico con las costas del Perú, reglamentar el servicio militar de una manera distributiva y regularizada hasta remontar el ejército con reclutas del país á una fuerza de 20 ó 25 mil hombres á lo menos y esperar al enemigo si invadía, hasta recibir los refuerzos que pudieran venir de España, ya fuese que tomasen la vía del Pacífico, ya que apareciera sobre Buenos Aires la decantada expedición de La Bisbal, que cada día con más empeño se reconcentraba en los alrededores de Cádiz. No hay duda que la causa de nuestra independencia se hallaba expuesta todavía á graves contingencias.

Quedaba otra disidencia entre Pezuela y Laserna. El virrey opinaba que el nuevo ejército debía organizarse en Arequipa para tenerle á su devoción bajo el mando del general Ricafort. Laserna entendía que era preferible organizarlo en Puno y en el Cuzco bajo las órdenes inmediatas de Canterac, porque á su modo de ver, ya que habían de batirse con soldados hechos y formados en la tácti-

ca moderna como los de San Martín, era menester darles una instrucción adaptada al caso. Fuera de esto, convenía organizar esa fuerza en los distritos de la montaña; no sólo porque allí estaba el verdadero baluarte de la defensa del Perú, sino para que la tropa se aclimatase al rigor del clima y estuviese así habilitada á operar con vigor y con rapidez. Prevalció, sin embargo, la opinión del virrey y se estableció en Arequipa el famoso campo de instrucción á las órdenes del viejo general Ramírez Orozco.

Laserna quedó en su puesto de general en jefe del ejército del Sur. Pero bien convencido de que Cuzco era el centro importante de los nuevos sucesos que estaban al romper, obtuvo el beneplácito de situarse allí con las fuerzas de que disponía manteniendo á los coroneles Valdés y Olañeta al mando de los cuerpos avanzados en las fronteras de Jujuy.

Este era el orden de disposiciones que tomaban los gobernantes españoles del Perú, para defenderse de las expediciones argentinas contra Lima, al mismo tiempo que San Martín salía de Chile para Buenos Aires á recabar los recursos y los arreglos necesarios para habilitar las fuerzas de mar y de tierra con que se proponía emancipar al Perú del yugo colonial, y llevar su apoyo en el mismo sentido á la insurrección de Colombia.

CAPITULO VIII

EROGACIONES DEL GOBIERNO ARGENTINO PARA LOS ARMAMENTOS NAVALES. — APRESAMIENTO DE LA «MARÍA ISABEL» Y DOMINACIÓN DEL PACÍFICO.

SUMARIO: Gastos y sacrificios del gobierno argentino en la emancipación y defensa de Chile. — Incesantes exigencias del general San Martín. — Confusión y vaguedad de las cuentas y de las inversiones. — Necesidad y conveniencia de la investigación retrospectiva para establecer lo históricamente verdadero. — La escuadra española del Perú. — Dificultades y peligros en Chile. — Armamentos y preparativos en Cádiz. — Llegada de San Martín á Buenos Aires. — Compromisos masónicos. — Las comisiones de los señores Manuel Aguirre y Alvarez Condarco. — Cláusulas y ofrecimientos del contrato. — Parte el general San Martín para Mendoza. — El señor Aguirre se pone en viaje á los Estados Unidos. — Dificultades del gobierno de Chile para suplir los fondos de la negociación. — Suplementos del gobierno argentino. — Nuevas exigencias del general San Martín. — Actitud del señor Guido. — Buques de guerra entregados por el gobierno argentino. — La *Chacabuco*. — El *Maipú*, antes *Eolo*. — Resistencia del gobierno argentino á nuevas erogaciones. — Sus reclamaciones por las cantidades atrasadas. — Entrada á Valparaíso del navío *Whithman*. — Coincidencia de la desbandada de *Cancha-Rayada*. — Negociación y compra del navío. — Momentos apremiantes y resignación á nuevos sacrificios del gobierno argentino. — Urgente y repentina salida del navío con el nombre de *Lautaro*. — Su primer encuentro.

—Su primer victoria.—Heroica muerte de su capitán.—La presa *San Miguel*.—Reclamación de sus valores y amortización de una parte de la deuda.—Nuevos ajustes de San Martín y Pueyrredón.—Desmembración del *ejército de los Andes*.—El empréstito argentino por 500,000 pesos, en provecho de los armamentos de Chile.—Vestuarios, pertrechos y pago para el ejército de tierra.—Dudas sobre la fiel ejecución de lo pactado.—Desistimiento del empréstito.—Renuncia de San Martín.—Restablecimiento de las buenas relaciones.—Entrega de los 500,000 pesos.—De cómo la gloria es cosa cara para los pueblos.—De cómo el interés de la gloria, aun la mejor inspirada, adultera la lealtad que se debe á la verdad.—Detalle de los nuevos buques adquiridos por Chile al tiempo que recibía el monto del empréstito argentino.—Las urgencias del general San Martín por recibir el dinero y pagar esos buques y aprestos.—Efectos de la batalla de *Maipú* en España.—El nuevo armamento.—El espíritu de la tropa.—El transporte *Trinidad*.—Apresamiento de la *María Isabel* y del convoy.—Brillante horizonte de la guerra en el Pacífico.—Mala situación de las provincias argentinas en el interior.

Esta interesantísima parte de nuestra historia, que no se ha escrito todavía, servirá para que puedan apreciarse en toda su extensión las enormes erogaciones con que nuestro país contribuyó á la compra, al equipo y á la tripulación de los fuertes y valiosos buques que, gracias á eso, se pasearon por el Pacífico con la bandera chilena, pero sin la nuestra. Esas erogaciones nos fueron impuestas por el general San Martín, interesado en tener escuadra *suya*, como tenía ya ejército *suyo*, para llevar adelante, y con soltura, la empresa de emancipar al Perú, y de ir tan allá como pudiera en su glorioso anhelo de consumar la independencia de Sud Amé-

rica... á costa de los sacrificios y de la extenuación del gobierno argentino (1).

Y hemos dicho que esta historia no ha sido escrita todavía, porque en razón de los tiempos, de la insubsistencia de los gobiernos y de la confusión en que todo se hacía bajo el apremio supremo de las necesidades del momento, las finanzas del *Ejército de los Andes* están muy lejos de conocerse, ó de poderse calcular siquiera. Mientras el general San Martín preparó ese ejército en Mendoza, llevó un apunte fiel, aunque somero, de las cantidades sucesivas que recibía del gobierno, fuera del pago regular y directo que la Comisaría de Guerra hacía de la tropa. Pero, desde que pasó los Andes y tomó sobre sí la defensa de Chile contra los enemigos políticos de su gobierno y contra las tropas españolas, nada ha podido saberse de las sumas exactas que tomó de Cuyo y de Buenos Aires, ni de las inversiones que les dió, ya fuese en armamentos navales, ya en la remonta ó avituallamientos del ejército de tierra; conociéndosele más bien desde

(1) Con razón escribe el clásico y honrado historiador del *Perú Independiente*: «Jamás se presentará más grande la nación argentina que en esa época en la cual, á pesar de que cada provincia se ensangrentaba contra la otra y se devoraban por la guerra civil, ostentaba sin embargo su poder en el exterior dando libertad á Chile, y preparándose también á dar libertad al Perú». Cuando el señor don Mariano Felipe Paz Soldán vertía estos conceptos en 1868, no había estado en Buenos Aires, ni era conocido personalmente en esta ciudad como lo fué diez y siete años después con el grande aprecio que merecía por su mérito, su extenso saber y sus virtudes. Véase su *Historia del Perú Independiente*, vol. I, pág. 42.

entonces una marcada tendencia á que todo se alterase, de modo que viniese á convertirse en chileno el ejército argentino, y que una grande escuadra costeadá en su mayor parte con dinero argentino fuese echada al mar con bandera chilena, sin que quedase asiento de los suministros, ó de las garantías pecuniarias con que se había formado, ni razón de las inversiones ó de los cargos que debieron haber quedado en la cuenta.

El general San Martín nos aseguró la independencia arrojando de Chile las armas del rey de España. Llevó con gloria nuestras huestes al Perú, y lo puso en el firme camino de su emancipación. La honradez de su manejo es intachable; y se necesitaría toda la perversidad de un perdulario procaz como Cochrane, ó de un escritor prevenido y parcialísimo como el marino español señor Lobo para pensar y decir otra cosa: hoy, sobre todo, que las virtudes de nuestro ilustre guerrero están en la conciencia de todos, y que son de una verdad luminosa en nuestra historia. Cuanto pasó por su mano lo empleó en el éxito de la noble causa que servía; y bien poco gastó por cierto, si se contraponen las erogaciones á los elementos que movió, y los esfuerzos á los resultados que obtuvo. Pero nó es menos cierto también, que con una insistencia dura é inflexible cargó su mano sobre nuestro gobierno, y que todo lo hizo á costa de nuestro país y de sus recursos. Gran Capitán, como Gonzalo de Córdoba, aunque mucho más humano y más honrado, prescindió de dejarnos documentado lo que Chile nos debía. Pretendió hacer pasar por chileno nuestro ejército, y por chilenos los buques pagados con dinero argen-

tino, dejando nuestros desembolsos embolismados en esta confusión de las finanzas internacionales entre los dos gobiernos, de que sólo se aprovechó el de Chile cuando nuestro organismo nacional sucumbió en el cataclismo político de 1820, perdiéndose hasta la posibilidad de rehacer esas cuentas. Después, la cancelación final se ha hecho en «ganancias y pérdidas», como en los créditos incobrables (2).

Algunos rayos de luz sacaremos, sin embargo, del fondo de los archivos privados; y no será inútil, por cierto, que aquí los aprovechemos para adelantar nuestras apreciaciones y provocar ulteriores aclaraciones. Eso es lo que hemos conseguido ya en otros puntos, antes ignorados, y puestos hoy en la categoría de los hechos averiguados. Tenemos, pues, esperanza que del mismo modo hemos de conseguir que se disipen las tinieblas en que se ha ocultado hasta hoy nuestra principal cooperación en la formación y complemento de la escuadra del Pacífico de 1818 para que salga á la evidencia que se debió también á la vigorosa vitalidad de nuestra República la escuadra que inutilizó y destruyó las fuerzas navales de España.

¿Cuánto le costó á la República Argentina el

(2) En 1822 fué enviado á Chile el señor don Félix de Alzaga para arreglar esta cuenta de cargos y datas con aquel gobierno, y suponemos que llevaría los comprobantes del caso; pero no se le quiso oír ni admitirle la menor reclamación, y hubo de regresar desairado. Es, pues, probable que existan en la Tesorería ó en el Archivo los antecedentes de esta comisión, que no nos ha sido posible obtener ni conseguir indicio alguno sobre su paradero.

ejército que venció en Chacabuco?... Los soldados que pasaron las grandes cordilleras por *Ushupallacta*, por los *Patos*, por *Coquimbo* y por el *Portillo*, entre tropas y gentes de servicios, eran de cinco á seis mil hombres. Llevaban un número considerable de cañones, 700 caballos de valor, maestranza, fraguas, pertrechos, vestuarios, parque completo, municiones, víveres, repuestos, doce mil mulas, y todo, en fin, cuanto un ejército reglado necesitaba para ejecutar las operaciones estratégicas de su marcha, y dar y ganar una batalla campal, contra veteranos europeos, así que pisara el país que invadía... Nos abstenemos de hacer el cálculo de ese costo. Si hay quien lo sepa y pueda decir los millones que todo eso representa, que lo haga y que lo diga.

Pero, no es eso lo que ahora hace á nuestro caso, sino la necesidad suprema en que se vió el general San Martín de formar y armar en el Pacífico una escuadra poderosa que pudiese medirse con las fuerzas marítimas de que disponía el virrey del Perú. Maniobraban desde el Callao á Valparaíso las dos fragatas de guerra *Esmeralda*, de 44 cañones, y *Venganza*, de 42, y los dos bergantines de guerra *Potrillo* y *Pezuela*, de 12. Unidas á estos cuatro buques, el virrey había armado las fragatas mercantes *Aguila*, de 18, *Milagro*, de 16, y *Begoña*, *Mariana* y *Reina de los Angeles*, de 12: nueve barcos con 180 piezas, sin contar otros ocho ó diez buquecillos menores, que aunque de poca importancia, hacían buenos servicios.

Armado así el virrey del Perú por el lado del mar, no era posible expedicionar contra él sin crear

antes una escuadra igualmente poderosa al menos; y como se habían recibido noticias fidedignas de que el gobierno español había adquirido grandes buques de guerra rusos, prontos ya á marchar al Perú con tres mil hombres de buenas tropas, se temía con razón que Pezuela repitiera inmediatamente sus tentativas para reconquistar á Chile con mayores elementos, si no se le quitaba antes el puerto fortificado de Talcahuano, y la expedita navegación por las costas del Pacífico.

En esta situación no había, pues, como desconocer la absoluta necesidad de que el ejército argentino permaneciese en Chile, y de que á cualquiera costa se levantase una fuerte escuadra en el Pacífico, sin lo cual podía ser completamente efímero el *Paso de los Andes* y vana la gloriosa victoria que había coronado el esfuerzo. Pero fácil es conjeturar el enorme valor que era menester desplegar y las tremendas dificultades que era preciso superar, para llegar á coleccionar y disponer de tan caros y gigantescos elementos de guerra.

Bien sabía el general San Martín que nadie, sino él personalmente, podía pedir y obtener los sacrificios que tendría que hacer el gobierno argentino para dar todavía tan costosísima cooperación como esa á los armamentos navales que entraban en su plan, aunque quedase desarmado y extenuado en el interior. Pero confiado en el prestigio irresistible que acababa de darle su victoria, en la firme voluntad que lo animaba, y en la argumentación apremiante de los juramentos hechos bajo el nombre simbólico de *Lautaro*, salió de Chile y se presentó en Buenos Aires á explicar su situación, la

del país que acababa de redimir, y las grandes necesidades creadas por la victoria, seguro de que había de acabar por poner las cosas y los ánimos en el sentido de sus miras.

Durante los pocos días que se detuvo en Buenos Aires San Martín superó todas las dificultades, dominó las resistencias, y allanó las bases del «Armamento Marítimo del Pacífico». Para tener buques de importancia era menester mandar á los Estados Unidos y á Inglaterra comisionados diligentes y capaces de desempeñarse. En Inglaterra no era posible esperar que se pudiese sacar buques armados ni prepararlos convenientemente en sus puertos. Se oponía á eso el estado de paz y las buenas relaciones que mantenía con España. Lo único que podía obtenerse era la cooperación del comercio, y que alguna de sus grandes compañías de navegación mandase buques convenientes con el fin de venderlos, ya fuese en el Río de la Plata, ya en Valparaíso si lograban entrar en este puerto. Encargóse esta diligencia al entendido y activísimo coronel de ingenieros Alvarez Condarco; y el gobierno argentino le adelantó diez mil pesos fuertes para subsistencia, viajes y pasos que tuviera que dar. En la inteligencia de que la compra y armamento de buques ofreciera mayores facilidades en los Estados Unidos, donde sobrarían especuladores que la tomasen de su cuenta, sin serios cuidados de que el gobierno opusiese una resistencia que no pudiese eludirse, se trató de obviar demoras de forma por medio de autorizaciones explícitas y amplias para proceder desde luego á la adquisición y armamento de dos grandes fragatas en el menor tiempo posible.

Es de suponer que el general San Martín estuviera de antemano entendido con el señor Pueyrredón sobre todo esto; pues habiendo salido de Chile para Buenos Aires el 14 de marzo, tenemos ahora á la vista en su original auténtico, y de fecha 8 de marzo una carta poder firmada por el señor O'Higgins con sello del Estado y refrendada por el ministro Zañartu en la que dice: «Confiero toda mi representación con pleno poder y facultades á don Manuel de Aguirre para que contrate y entable todas cuantas negociaciones sean relativas á la compra de buques de guerra, de fragata inclusive para abajo (el papel está aquí destruído en una palabra) y equipados completamente, y á toda clase de armamento, municiones, y demás pertrechos útiles al ejército». Siguen á esto las cláusulas generales de garantías, hipoteca, etc., para la seguridad del pago.

El 4 de abril llegó San Martín á Buenos Aires, dueño de un prestigio inmenso, y más poderoso por lo mismo que era reciente. Lo que se ha dicho de que traía 200,000 pesos de Chile para armamentos marítimos es completamente inexacto, y era también imposible como ha de verse. Su objeto era que el gobierno argentino costeara el viaje y los encargos de la comisión que debía llevar el señor Aguirre, sobrino político y sumamente querido del señor Pueyrredón.

La prueba de que no traía semejantes fondos la tenemos á la vista en otro documento auténtico del 18 de abril de 1817 (catorce días después de estar en Buenos Aires el general San Martín), firmado por el Supremo Director de las Provincias Unidas con el sello oficial, y refrendado por el mi-

nistro Irigoyen (Matías) que dice así: «Por cuanto habiendo sido autorizado por el gobierno de Chile el ciudadano de este país don Manuel Aguirre para que contrate (aquí las mismas palabras del documento chileno). Por tanto vengo en conferirle igual comisión por parte de este gobierno al expresado Aguirre, facultándole *para empeñar el crédito del Estado de mi dependencia sobre el religioso cumplimiento de lo que de mi orden ha sido garantido* por el capitán general don José de San Martín en convenio separado de esta fecha, concediéndole además á don Manuel Aguirre *facultad de disponer de la suma necesaria para completar el armamento naval* de la escuadra de cuya comisión va encargado por el supremo Director de Chile, *librando contra los fondos* del empréstito de dos millones de pesos realizable en los Estados Unidos de Norte América, y con su recibo se dará por entregada la cantidad de su importancia en la Tesorería Nacional. En testimonio de lo cual, etc., etc.»

En una carta original del señor O'Higgins que va á continuación de las piezas ya citadas, le da al señor Aguirre tan expresivas y sentidas gracias por la decisión con que se había prestado á ir á Norte América, que llega hasta tributarle el título de *Libertador de Chile* por la generosidad con que lo ha hecho y le señala el premio de 100,000 pesos si la victoria corona sus trabajos. «Yo por mi parte, protesto cumplir *inviolable y religiosamente* todos los empeños y comprometimientos que usted emprenda en aquella nación, ratificándolos desde ahora».

A nadie puede ocultársele que en todas estas cláusulas y protestas, está claro y sin réplica, que

el señor Aguirre no había recibido un solo peso efectivo, sino simple *autorización* para comprometer al gobierno de Chile por 200,000 pesos, *con la garantía* del gobierno argentino. Si se le hubiera entregado la cantidad en especie no habría habido motivo para garantías, ni para tantas y tan finas protestas y promesas. Habría bastado con fijarle sus gastos, sus comisiones, y confiar el negocio á su notoria honradez y patriotismo. Más adelante hemos de ver pruebas incontrovertibles de esta verdad.

Una vez comprometidos los dos gobiernos de *mancomún é insolidum* como decían los viejos juristas, entra el general San Martín á figurar en el contrato que á nombre del de Chile, y garantido por el de Buenos Aires, va á hacerse con don Manuel de Aguirre. Encárgale á este agente que construya ó compre, en tan breve tiempo como pueda, dos fragatas de 34 cañones cada una; y pasa á designar las dimensiones de manga, baúl, entrepuentes, calado, palos, vergas, velas y repuestos, con toda minuciosidad. En los artículos siguientes extiende las facultades del comisionado de acuerdo con lo apremiante de las necesidades, y con la conveniencia de llenar pronto su comisión, que es lo principal, á cuidar de la administración, tripulación y oficiales á quienes encargue el mando de los buques.

En el artículo 4.º dice el general: «Se pondrá inmediatamente á la disposición de don Manuel Aguirre en esta ciudad la suma de cien mil pesos, y dentro de tres meses (es decir el 18 de julio, y esto interesa mucho al caso) cien mil más, cuyas sumas se supone ser suficientes á la compra ó fábrica de dos fragatas de 1.ª clase, cuya suma la recibirá por conducto de don Miguel Riglos».

Pero muy pronto vamos á ver que la entrega de estos cien mil pesos fué un adelanto que el general sacó á Pueyrredón; y que de los doscientos mil pesos que debía haber entregado y suministrado Chile, no entregó sino cien mil, por lá absoluta imposibilidad en que aquel gobierno se encontró de dar el resto.

En el artículo 12 del contrato el general San Martín autoriza á don Manuel Aguirre para tomar á nombre del gobierno de Chile cualquiera cantidad de dinero en los Estados Unidos á fin de completar el armamento de las dos fragatas, si no bastare para la compra y el equipo la cantidad de 200,000 pesos *que se le entregan* (término incorrecto según el artículo 4.º) ó el numerario suficiente hasta completar el número de cuatro buques, aunque dos de ellos sean de 18 á 24. Y en el artículo 13 dice el general que como representante de Chile garantiza *cualquiera cantidad* que se prestare al señor Aguirre, con el 60 por 100 pagadero en dinero ó con *cobres* á la orden y elección de los prestamistas. A esta garantía agrega también el general la de las *Provincias Unidas*.

Debajo de la firma del general San Martín continúa un acto de garantía en toda forma y en términos explícitos del Supremo Director don Juan Martín de Pueyrredón, que termina diciendo que «empeña en este contrato los respetos y dignidad de la autoridad Suprema Nacional». Y por conclusión, acepta y firma el señor Aguirre.

Conseguido todo esto, con 38,000 pesos más para pagamentos del ejército, y con un regular repuesto de vestuarios, partió el general San Martín

para Mendoza, de donde todavía tomó mulas y víveres, y mandó formar un campo de instrucción para reclutas. Detrás de él dejaba en Buenos Aires algunas quejas, y si se me permitiera decirlo, salvando la gloriosa elevación de los móviles, diría que dejaba también la reputación de un petardista irresistible (3).

A últimos de julio partió el señor Aguirre para los Estados Unidos llevando al señor don Gregorio Gómez Orcajo «en clase de segundo», según dice el documento oficial que tenemos á la vista. Como acabamos de ver, en el contrato celebrado por el general San Martín á nombre de Chile, la obligación de su gobierno estaba limitada á entregar doscientos mil pesos. La mitad de esta suma la llevaba ya el señor Aguirre; por consiguiente, con entregar los cien mil restantes parece que debía haber quedado cancelado el anticipo por las dos fragatas. Pero en vez de eso, vamos á ver que además *de los 100,000 entregados al señor Aguirre en el momento de su partida, aparece el gobierno de Chile debiendo todavía 200,000 pesos á entregar por cuenta del contrato*, lo que prueba evidentemente que los 100,000 pesos entregados por el general San Martín, *salieron del tesoro argentino* (4).

(3) Como tal, al menos, me lo pintaba el señor Tagle, ministro de Pueyrredón, al referirme lo ocurrido en esos tiempos. «Temblábamos ante él porque nos saqueaba».

(4) Según se nos ha informado, se pensó primero que el señor Aguirre partiese sin provisión de fondos, y con plenas autorizaciones para comprometer el crédito de Chile, con la garantía argentina. Pero, cómo el señor Aguirre era deudo inmediato y muy estimado del señor Pueyrre-

En 11 de diciembre de 1818, declara el gobierno de Chile que no tiene recursos para remitir á los Estados Unidos los 100,000 pesos que debía haber remitido por cuenta de su contrato; y dice: «Las últimas comunicaciones del encargado en Norte América, indican tal retardación en los buques pedidos que acaso pueda frustrarse su objeto, ó al menos inducir perjuicios que no reparará la suma de doscientos mil pesos. *Con la mitad* de esta suma acaso podremos salir del apuro, si Vuestra Señoría (el señor Guido) empeña toda su mediación con su gobierno *para que compre y arme* los buques que puedan adquirirse por 100,000 pesos. *Este gobierno no los tiene en el día*; pero contando con varias dependencias muy cobrables puede coleccionar dentro de un mes cincuenta mil y el resto pasado un corto plazo. Se persuade este gobierno que el Supremo de las Provincias Unidas carezca de fondos disponibles, pero también supone que no le será difícil *activar un empréstito* que bajo intereses y ganancias que considere necesarias facilite la empresa, contando con el pago etc. La identidad de causa, *la distinguida protección* que nos ha dispensado el gobierno argentino, y los obligantes (¿será obligatorios?) ofrecimientos para *continuar sus sacrificios*, afirman á este gobierno en la esperanza de que Vuestra Señoría deferirá á sus votos y aplicará su

dón, éste no creyó que fuera prudente comprometerlo así; y se allanó al adelanto de los 100,000 pesos, sobre la formal oferta de que serían reembolsados, ó tomados en cuenta de otros suministros que ya se veían venir sobre el gobierno argentino.

acreditado celo al feliz éxito de esta pretensión» (5).

Esta solicitud visiblemente sugerida por el general San Martín, fué pasada al señor Guido de acuerdo con el general, y por el mismo influjo enviada al gobierno de Buenos Aires, ganando minutos por la posta. Repárese que nada estaba más lejos de la idea de estos señores, que el dejar sin efecto los armamentos navales, encomendados á Norte América; y que lo que se pretendía ahora eran nuevas contribuciones y nuevas garantías para armar buques en el Río de la Plata que marcharan pronto al Pacífico, sin perjuicio de recibir y hacer pagar los que vinieran de los Estados Unidos. Al recomendar la solicitud del gobierno de Chile, el señor Guido abundó en su sentido; y tanto, que no sería excesiva malicia suponer que mientras escribía estuviese allí pegado á su bufete el general San Martín, siguiendo el correr de la brillante pluma que hablaba por él. No se limitaba esta *recomendación* á poner delante del gobierno las necesidades y la situación de Chile, sino que tomaba una iniciativa franca y enérgica, para pedir por otros, que no podríamos decir si correspondía al carácter de plenipotenciario que investía; y declaraba, sin preámbulos, que la nota chilena era el resultado de las reclamaciones que él había hecho. Al saber, dice, la morosidad de los armamentos encargados á Norte América y la demora en la remesa de los

(5) No sería extraño que fuese exacto, como alguien nos lo ha dicho, que cada una de estas solicitudes ponía nervioso á Pueyrredón, y que paseándose decía: ¡Cáspita con el amigo don José, que nos ha metido unos ahijados...!

100,000 pesos *estipulados*, pasé personalmente al gobierno á manifestarle la necesidad de mayores sacrificios, á fin de no inutilizar un golpe preparado con tanto anhelo, y cuyos resultados importaban la libertad de este continente». Pero el señor Guido se encontró entonces con que el gobierno de Chile no tenía un peso: bien lo sabía desde antes: así es que todo lo que se buscaba era regularizar los antecedentes para llevar la exigencia al gobierno de Buenos Aires.

Como precisamente era el gobierno de Chile el que tenía un interés más inmediato y más vital en la realización de una y otra cosa, pudiera parecer raro que el ministro argentino, cuyo gobierno quedaba muy á trasmano de los peligros, fuese quien reclamara la urgencia. Pero la cosa se explica si nos figuramos instando, de por medio, la persona del general San Martín, anhelante y nervioso por el deseo de tener fuerzas marítimas en el Pacífico. Esto explica la exigencia, y también la seguridad de que el gobierno argentino acabaría por prestarse á nuevos sacrificios. Continúa el señor Guido, y dice: «La favorable disposición de Vuestra Excelencia y su marcado interés por la felicidad de Chile, y la eficacia con que había de prestarse á coadyuvar con su *autoridad* (suponemos que habría querido decir con su *crédito*) al armamento de los buques, siempre que se le proporcionasen auxilios pecuniarios de que carecía nuestra tesorería nacional (?) fué una de las garantías que presenté para inspirar una resolución decisiva; y Su Excelencia, penetrado de mis reflexiones, se ha servido pasarme la nota que tengo el honor de acompañar. En el

estrecho apuro en que se halla este Erario puede reputarse la remisión de los cien mil pesos que se ofrecen á plazos moderados como un esfuerzo extraordinario; y contando con la religiosidad de la remesa que agitaré incesantemente, me prometo que Vuestra Excelencia *se servirá tomar á empréstito*, por lo pronto, la cantidad de 50 mil pesos ofertados, dentro de un mes, ó los cien mil, con el interés que fuere asequible; pues está pronto este gobierno á satisfacerlo, con tal que no se pierdan momentos en promover el armamento de *dos corbetas ó más en ese puerto* (de Buenos Aires). *Si Vuestra Excelencia está resuelto á batir con seguridad los buques enemigos en el mar Pacífico y emprenderla sobre Lima*, creo necesario y urgente que *haciendo Vuestra Excelencia algún sacrificio, se apronten dos corbetas ó bergantines de cuenta de ese Estado, cuyo importe será satisfecho superabundantemente con el resultado de la campaña*. La toma de Lima importa igualmente á Chile que á las Provincias Unidas. La guerra en este país amenaza tomar un aspecto imponente. El consumo del ejército agota todos los recursos. Las fortunas abatidas por las depredaciones, escasamente pueden contribuir, y si la guerra hubiese de prolongarse en este país *por falta de auxilios marítimos* sería necesario ocurrir á medidas que engendrarians nuevos odios, etc., etc. La importancia de no perder un instante en las grandes empresas, me impele á *recomendar al gobernador de Mendoza* pase este pliego de posta en posta á manos de Vuestra Excelencia y *si se resolviese el armamento de la escuadrilla* espero se sirva avisarme por extraordinario».

Malísimo efecto causaron en el ánimo del señor Pueyrredón la nueva petición del gobierno de Chile y la nota con que el señor Guido la recomendaba; y no porque ignorase que era el general San Martín quien andaba por detrás moviendo el asunto, sino porque miraba ya como excesivo el peso que se quería imponerle, después de los costos del ejército de los Andes, y de los armamentos navales que estaban contratados y garantidos. El gobierno argentino acababa de pagar y completar el armamento de la corbeta *Chacabuco* de 32, que hacía apenas veinte días que había marchado al Pacífico. En ese momento acababa de comprar en 86,000 pesos un hermoso bergantín de guerra—el *Eolo*, de 24—perteneciente á la *Compañía Inglesa de las Indias Orientales*, que se estaba reparando y arreglando con el nombre de *Maipú*, y que siguió también con el mismo destino en muy poco tiempo. Tenía encima el gobierno argentino las responsabilidades, amenazadoras por garantías, del armamento encomendado á los Estados Unidos á más del desembolso ya hecho; y sufría además como era natural, dada la situación azarosa en que lo tenía la guerra del litoral, la del norte, y la del occidente, grandes penurias para hacerse con los fondos que necesitaba. Había hecho, pues, en favor de Chile esfuerzos que le costaban amarguras y apuros de todo género; y no podía resignarse buenamente á un sacrificio total de los escasísimos medios que pudieran quedarle aún para sus propias necesidades, que, por cierto, no eran menos apremiantes.

Si hemos de estar á lo que sospechamos, el señor Pueyrredón no contestó á la nota del señor

Guido, ó más bien dicho á la del general San Martín, tanto y tan grande fué el enfado que le causó. Se le repitió la nota por duplicado. El mismo silencio. Reclama contestación el señor Guido, por nota del 22 de febrero (y se ve que el silencio había sido largo) invocando *la inquietud* del general San Martín (y podríamos decir el *profundo enfado* sin aventurar mucho); y sólo entonces con fecha 16 de marzo le contesta así el señor Pueyrredón: «Me hace usted presente en su última del 22 del próximo pasado *la inquietud* en que estaba por no haber recibido contestación *al pliego que me dirigió San Martín sobre armamento de buques*. SE RECIBIÓ Y SE CONTESTÓ». Aquí aparece que el general San Martín había también escrito privadamente sobre el particular y que se le *había contestado*. ¿En qué términos? No lo sabemos; pero de la nota del Supremo Director se puede inferir que la correspondencia no debió ser muy cordial, muy concordante al menos; pues continúa diciendo: «Por más que ustedes apuren, nada se puede adelantar si no vienen los 100,000 pesos ofrecidos y que ya debían estar en camino. Vengan, pues, si es posible por el correo y en oro. ¿Cómo quiere usted que yo emprenda aquí cosa alguna sin tener esos fondos en seguridad? No, mi amigo, las obras se concluyen pronto cuando se tienen los materiales á mano. De Norte América me dicen que los cascos de las dos fragatas quedaban casi prontos, pero que la retardación de los 100,000 debía demorar la conclusión de la obra ó en el caso más feliz ocasionar costos de intereses, si encontraban quien adelantase el dinero».

Aunque el señor Pueyrredón dice «se recibió y se contestó», creemos que esto último no se hizo sino con mucha demora y con reticencias de estilo enfático que muestran toda la displicencia del asunto. Por lo menos, el ministro señor Irigoyen contestó al gobierno de Chile en estos términos: «Al recibirse aquella nota se creyó muy prudente tomarse el tiempo necesario para proceder con los conocimientos, exactitud y acierto que se requiere, y á que debía sujetar su suprema deliberación, naciendo de aquí el retardo de la presente respuesta». En todo esto se están viendo á las claras, las gambetas del que quiere eludir un gran petardo con frases bien compuestas y de formas globulosas y vacías.

«¿Conque hay tantas dificultades para remitir los 100,000 pesos? (le escribía Pueyrredón). Pues amigo mío, yo no podré hacer lo que había ofrecido, y por esta falta se compromete el éxito de nuestras fuerzas de mar. ¡Haga usted, por Dios, esfuerzos, porque aquí no hay como suplirlos!» Pero el general San Martín creía que había, como lo vamos á ver, y bajo su influjo Pueyrredón comienza á humanizarse. «Este gobierno, convencido de las ventajas que promete á la causa general de América la pronta ejecución de esta medida, hará, en obsequio de ese territorio, cuantos esfuerzos estén á su alcance para aumentar con algunos buques de guerra de este Estado las fuerzas navales de ese país para obrar contra las del enemigo». Y en efecto, en 9 de marzo (1818) se ve ya que el señor Pueyrredón iba cejando. «Ese negocio (agrega) estaría muy adelantado si además de los ingentes gastos que gravitan sobre este erario, no fuera indispensable pro-

veer á los que demandan urgentemente la campaña sobre Entreríos. No me ha sido posible allanar el empréstito, aunque he hecho varias tentativas con este fin; y no se pueden ocultar á la penetración de Vuestra Excelencia los motivos que lo dificultan. *He comprado, y está ya casi enteramente listo de cuenta de este gobierno un famoso bergantín de 18, llamado Eolo, de construcción de guerra, sin perjuicio de una continua meditación sobre los medios de adquirir otros»* (6).

A tan justas objeciones, hubo de doblegarse también el gobierno de Chile, y entregó al señor Guido 100,000 pesos por cuenta del negociado de Norte América. Pero como esta remesa estaba destinada á levantar la garantía dada por el señor Aguirre á nombre del gobierno argentino por la demora en la entrega del segundo plazo que Chile no había llenado, quedaba pendiente y sin pagar el adelanto hecho al general San Martín en la fecha del contrato; y de ahí, que el gobierno argentino siguiera clamando por esos cien mil pesos que el de Chile debía haber abonado para el lleno de su obligación á entregar 200 mil pesos según el contrato celebrado en abril con el señor Aguirre (7).

Cuando el señor Guido, ó por mejor decir el general San Martín, recibió esta negativa del gobierno argentino, no estaban las cosas como para pensar en los armamentos de Norte América, ó en

(6) A esta fecha la corbeta *Chacabuco* cruzaba ya el Pacífico. *Papeles y documentos del señor Guido*, página 64 á 68.

(7) En un Apéndice estudiaremos la negociación del señor M. Aguirre y sus cuentas con el gobierno de Chile.

los que pudieran venir de Buenos Aires. El comandante de la corbeta *Chacabuco*, un norteamericano indigno de la confianza que se había puesto en él, se había alzado, y andaba haciendo corso de su cuenta por el Pacífico, y después, según noticias, se fué por Asia donde vendió el buque, y quedó perdido su rastro para siempre.

Acababa de tener lugar la dispersión de Cancha-Rayada. Era menester reorganizar el ejército, y dar una batalla. En caso de un descalabro, se necesitaba un gran buque de guerra pronto y listo que pudiera dar convoy á las fuerzas patriotas para operar en *Coquimbo*, y esperar allí refuerzos de las provincias argentinas. En caso de una victoria era de toda necesidad poder perseguir por mar los restos del ejército realista, y bloquear á Talcahuano por mar y tierra. Y ¡cosa singular! quiso la feliz estrella de la América del Sur que ese buque desiderátum que hacía tanta falta, que ese fantástico deseo hubiese entrado milagrosamente y anclado en Valparaíso. ¡No había que vacilar! era preciso comprarlo. ¿Cómo?... Entre todos.

Era este gran buque el navío ó grande fragata *Whithman*, de la «Compañía de las Indias Orientales» (8), que en su carácter de buque de guerra inglés había entrado libremente á Valparaíso. Venía á cargo de un señor Andrews, y predispuesto á venderse al gobierno independiente, por diligencias é

(8) Aunque todo el mundo lo sepa, no está de más recordar que esa opulenta Compañía tenía *ejércitos* y *escuadras* propias, que gozaban de todos los fueros y preeminencias de los buques y tropas del gobierno inglés.

insinuaciones que el señor Álvarez Condarco había practicado con éxito en Inglaterra. Después de discutir las condiciones de la compra, se arribó al precio de 150,000 pesos fuertes (9).

No era el precio la gran dificultad, sino reunir la suma para pagarlo. Delante de tanta necesidad y de tan bella ocasión para armar un gran buque de línea como era el de *Whithman*, puso San Martín su irresistible voluntad, y se fué á Valparaíso con el señor Guido. Contaba solamente con 25,000 pesos que le suscribió el gobierno de Chile y con una garantía á dos meses por otros 25,000; pero, así que llegó al puerto llamó al señor don Estanislao Lynch, ciudadano argentino que gozaba en Valparaíso de una situación muy respetable, y por intermedio suyo reunió á los comerciantes americanos,

(9) Así lo dice el señor don Manuel H. Aguirre en la solicitud que hizo al gobierno de Chile en 24 de agosto de 1822, y que corre en el expediente relativo al pago de sus comisiones y adelantos en los Estados Unidos, de lo que nunca consiguió ni pago *ni justicia por arbitramento*, como lo había solicitado el interesado en la desesperación de que se le abonase lo suyo con arreglo á los contratos. Este número 150 mil pesos que nada importa en el asunto del señor Aguirre, y que es una simple referencia, aparece algo confuso; pero de todos modos el número 1 es incontrovertible, y el siguiente no es ni ha sido *cero*, como es el último, resultando 150 ó algo así. En las *Reminiscencias* que el señor Guido publicó en los tomos III y IV de la *Revista de Buenos Aires*, dice que el *Whithman* costó 200 mil pesos, pero agrega «si no me equivoco». Y en efecto, se equivoca, porque confunde esta compra con la del navío *Cumberland*, que recibió el nombre de SAN MARTÍN, y que era buque de mucho más valor que la LAUTARO, antes *Whithman*.

extranjeros y aun españoles que podían disponer de más dinero (no fueron estos últimos los menos descendientes con la fuerza, como era natural), y el general, invocando los grandes intereses que el comercio tenía en que se levantase el bloqueo del puerto, ofreció de una manera explícita la garantía oficial del gobierno de Buenos Aires, y logró que el comercio contribuyese con 80,000 pesos á condición de que se le entregarían las presas que hiciese el buque hasta cancelar el adelanto, con 25 por 100 de utilidad; sin perjuicio de la garantía directa del gobierno de Chile por ese adelanto con el 2 por 100 mensual, y de la garantía subsidiaria del gobierno argentino por el mismo monto. En cuanto á los 50,000 pesos restantes, el señor Guido, como ministro plenipotenciario del gobierno argentino, dió la más entera y formal garantía de entregarlos en Valparaíso ó en Buenos Aires, á los cuatro ó seis meses de la compra, con igual compromiso además por todo el precio en caso que Chile cayese de nuevo en poder del rey de España (10).

A lo que parece no se atrevió el señor Guido á tomar solo sobre sus hombros la responsabilidad que le cabía en comprometer á su gobierno con tan enormes cargas; y apareció el general San Martín tomando la iniciativa é imponiéndole casi (de acuerdo común, por supuesto) la obligación de contribuir á la compra del buque inglés, y de facilitar

(10) *Con estos datos parece indudable que el valor del buque* fué 150 mil pesos fuertes como lo dice el señor Aguirre; y que *si algo más se entregó fué á título de premio* convenido *si se triunfaba*.

todo lo necesario para concluir con brevedad el trato (11).

Los momentos en que el gobierno de Buenos Aires tuvo conocimiento de la nueva y pesada carga que el general San Martín le imponía con esta y otras negociaciones, eran tales que no le dejaban albedrío ni medio justificado siquiera de rehusarlas. El tesoro de Chile, como hemos visto, estaba literalmente vacío: no tenía ni cincuenta mil pesos como acababa de declararlo su gobierno. Los 20,000 en-

(11) *Cuartel general en la Aguada, marzo 30 de 1818.*— Al señor diputado de las Provincias Unidas, Tomás Guido:

«La desgraciada jornada del 19 ha aumentado los peligros del país, y para salvarlo son indispensables grandes sacrificios: el Gobierno Supremo de Chile está dispuesto á todo por la libertad de América, y debo presumir iguales sentimientos en *nuestro Gobierno*. Considerando que una fuerza marítima puede asegurar la independencia de Chile, me avisa el Supremo Gobierno hallarse dispuesto á agotar sus fondos para la compra de la fragata *Whithman*, fuerte de 50 cañones; mas debiendo pagar fuera de la suma que entrega al contado 50 mil pesos en el término de cuatro meses, necesita para recabar el consentimiento del dueño, la garantía de V. S. en nombre de *nuestro gobierno*, asegurando serán pagados en Buenos Aires en caso que este país se pierda en este período. V. S. conoce la importancia de esta empresa y la seguridad que ofrece el ejército combinado, y *no dudo que preste luego* la garantía pedida en el concepto de que el buen resultado influye en la suerte de ambos países. Dios guarde á V. S. etc., SAN MARTÍN». Debe notarse que no se alude aquí á la parte que tomaron los comerciantes en Valparaíso, garantida también por San Martín, y que al fin se pagó con los 500,000 pesos que obtuvo después del gobierno argentino, como lo vamos á ver.

tregados para comprar el *Whithman* se habían reunido por medio de una apremiante y violenta capitación (12). Después de la desbandada de *Cancha-Rayada* la pérdida de Chile parecía en Buenos Aires bastante probable. Si este funesto temor se realizaba, el gobierno nacional se derrumbaba: San Martín quedaba eliminado; las fronteras de Jujuy amenazadas de nuevo; el país desarmado, revuelto y anarquizado de un extremo al otro, y la expedición de La Bisbal pronta á partir de Cádiz sobre Buenos Aires. ¿Cómo pensar, pues, en disputar cincuenta ni cien mil pesos, más sacrificios y más erogaciones, aunque costasen sangre, delante de semejante alternativa?

Perdónenos la ilustre memoria del señor Guido, si prescindimos de las operaciones y maniobras navales que dice haber dirigido con órdenes directas dadas al bravo y expertísimo capitán O'Brien que tomó el mando del buque con el nombre ya de *Lautaro*. Lo que el señor Guido obtuvo é hizo vale un millón de veces más que esas maniobras marítimas hechas en tierra y desde tierra. Lo que el señor Guido hizo no lo hace cualquiera, sino aquel que tuviera, como él, el genio de la diplomacia, y las irradiaciones del talento que persuade y vence las dificultades más arduas de una escabrosa negociación. Esa fué su especialidad, ese su genio, ese el poder con que hizo grandes servicios á su país, eso en fin, lo que le dió y conservó la amistad y la admiración del general San Martín. ¿Para qué quie-

(12) Véase *Papeles y documentos del señor Guido*, página 59 y principalmente 63.

re más?... Todo lo que no sea esto son flecos de que puede despojarse su memoria sin perder un ápice de su valor.

Nadie sino él, en efecto, podía haber conseguido que un buque no pagado aún saliese al mar á batirse. Es verdad que en el intermedio del 15 de marzo en que se negoció la compra, y del 15 de abril en que se consiguió la entrega, había tenido lugar la victoria de Maipú, y que no sólo quedaba garantido el precio, sino que el general San Martín aseguraba á todos que en breves días saldría para Buenos Aires y traería giros ó sumas por 500,000 pesos... Pero no nos adelantemos.

El señor Guido entregó el *Lautaro* al capitán O'Brien, un marino inglés de honor y de bravura que tomó de su cuenta la empresa de apresar á la *Esmeralda*, y que era hombre de cumplir su palabra ó de morir en la demanda. Salió de Valparaíso el 27 de abril, y cuando estuvo mar afuera cambió las pinturas de su casco, reformó algo el aparejo, izó bandera inglesa, y se puso en busca de los buques españoles. Avistáronse al fin, navegando unos y otros, sin desconfianza por parte de los enemigos, en demanda del puerto. Al día siguiente volvieron á verse algo más cerca; y manejábase el capitán O'Brien con tanta destreza que llegó un momento en que el de la *Esmeralda*, capitán Coig, teniéndolo por ebrio ó por un insigne ignorante, tomó la bocina y le gritó con iracundo enfado: «¡Ea, ! ¡cuidado, que ese barco se nos viene encima!» y en dos ó tres gambetas disimuladas, afectando siempre la mayor torpeza, metió el *Lautaro* su bauprés entre las jarcias de popa. Levantó entonces la bandera

chilena, y se lanza O'Brien con cuarenta y tantos hombres á la cubierta: arrían la bandera española, empujan hacia proa á la tripulación que no sabía ni se daba cuenta de lo que pasaba; pero entre los tiros y el alboroto un oficial español logra acertarle un balazo á O'Brien y lo mata. El segundo jefe de la *Lautaro*, un tal Turner, se mantiene inmóvil, y retira el *Lautaro* cuando ve asaltada la *Esmeralda* por su capitán; perdiéndose así, por su incompetencia ó por su cobardía el resultado de tan hermosa hazaña. Sin embargo, la *Esmeralda* y el *Pezuela* huyeron hasta Talcahuano; y logróse al menos que el puerto de Valparaíso quedase libre del bloqueo.

Al regresar á este puerto, la *Lautaro* apresó al bergantín *San Miguel* con un cargamento de bastante valor, y en él algunos personajes realistas que iban de Chiloe al Callao. El cargamento del *San Miguel* correspondía de derecho á los comerciantes de Valparaíso por el adelanto que habían hecho á la compra de la fragata. Pero el gobernador del puerto coronel Calderón, tomó todos los papeles de la presa y los remitió al gobierno de Santiago. Con este motivo se armó tan quejosa grita entre los comerciantes, que se temió que el agente del buque señor Andrews echase mano de él con el auxilio del almirante inglés; pero el señor Lynch, agitadísimo con estas amenazas, le escribió al señor Guido con fecha 30 de abril: «Póngase usted inmediatamente en camino para ésta. Todo se pierde si usted no viene... A su retirada el *Lautaro* tomó al bergantín *San Miguel*. Calderón ha enviado los papeles á esa (Santiago) que no debería haber enviado, porque algunos son de dinero que el gobierno tomará y

que debían entrar en el valor de la presa. Si usted pudiera cogerlos y traerlos no estaría de más *antes que caigan en el poder de los Ministros del Tesoro*. El dicho *San Miguel* viene entrando. Por Dios, no deje de venirse porque esto está en conmoción... traiga poderes para hacer y deshacer: y haga usted que se *me mande el nombramiento de agente para principiar con el San Miguel*. Usted no puede figurarse lo desordenado que está esto». Al pie de ésta le escribía el coronel Elizalde: «La presencia de usted es de primera necesidad, y por eso le hago el expreso que lleva esa carta: venga plenamente autorizado, porque los momentos son preciosos. El bien de la causa lo exige».

El señor Guido consiguió felizmente aquietar á todos. Entre cargamento y casco, el *San Miguel* produjo como 46,000 pesos, que se entregaron al señor Andrews. Consiguió también que los comerciantes tomaran escritura de la *Lautaro*, abonando el resto del precio, mediante la oferta que sobre su autoridad y sobre su honor les hizo el general San Martín de traer fondos de Buenos Aires con que levantar la garantía total de los cien mil pesos que se estaban debiendo aún por el buque.

Motivo de grandes disgustos y contrariedades fué este y otros negocios, entre el general San Martín y el gobierno argentino, como lo vamos á ver más adelante en todos sus detalles; por ahora nos limitaremos sólo á lo relativo al armamento naval. En 23 de junio de 1818 le escribía el general al señor Guido desde Buenos Aires: «Dentro de ocho días saldrá el famoso bergantín *Maipú* armado en guerra conduciendo 150 marineros excelentes para

tripular el *Cumberland*... El empréstito de los 500 mil pesos *está realizado*: hágase por ese estado otro esfuerzo, y la cosa es hecha: sobre todo aumentese la fuerza lo menos hasta nueve mil hombres, pues de lo contrario *nada podré hacer*. Prevengo que en los 500,000 pesos va inclusa la *cantidad del valor de cuatro mil quinientos vestuarios para el ejército* de los Andes». Pero, como veremos después, cuando el general recibió estos vestuarios se negó á tomarlos á cuenta de los 500,000 pesos efectivos que debía recibir, y que subieron á más de 700,000, por los giros del comercio que llevaba el correo, substituyéndoles sus propios giros contra el gobierno argentino (13).

El general San Martín partió, pues, de Buenos Aires después de haber impuesto su gloria y sus prestigios; pero no fué sin grandes disgustos y serios altercados que consiguió que se levantase (*decretase*) el empréstito forzoso de los 500,000 pesos con que tenía que cumplir los compromisos que había tomado en Chile «sobre su honor». Para conseguirlo había ofrecido poner en Cuyo dos mil soldados del *Ejército de los Andes* que sirvieran de plantel al nuevo ejército de 5,000 que sobre ellos debía formar allí el general don Marcos Balcarce para la seguridad del orden interior y sometimiento de los montoneros del litoral. De ahí venía el aumento hasta nueve mil que el general exigía al gobierno de Chile, el que no le dió jamás, como él mismo lo dijo, «ni un real ni un recluta» (14).

(13) Véase *Papeles del señor Guido*, pág. 148.

(14) *Papeles del señor Guido*, pág. 167 y 175.

El plantel del nuevo ejército de Cuyo debía formarse sobre dos escuadrones de *Granaderos á caballo* (600 jinetes) y sobre el número 1.º denominado *Cazadores de los Andes* (1,200 plazas) y 180 artilleros del comandante don Pedro R. de la Plaza.

En los primeros días de junio (del 2 al 6) comenzó Pueyrredón la ardua tarea de negociar el empréstito de 500,000 pesos fuertes que le imponía el general San Martín, y que como vamos á ver, el Supremo Director soportaba á más no poder, y de muy poca gana. Chile no podía hacer frente á la compra de los dos grandes buques, el *Lautaro* y el *San Martín* (*Cumberland*) que estaban negociados. —«Se queja usted (le escribía Pueyrredón á Guido) de la escasez de fondos de esa tesorería para hacerme ver que es *imposible mandarme ni 25,000 pesos* de los 100,000 ofrecidos para el armamento naval. Estoy persuadido de ello; y he tomado *con anticipación medidas para que nada falte á las fragatas de Norte América luego que lleguen, y para acompañarles un fuerte bergantín* que ayudará á la empresa; pero no puedo conformarme con tener que vestir ese ejército *á costa de este Estado*, según lo pide Balcarce en su última carta. Nuestro fondo público está apuradísimo, y apenas basta con mezquinas economías á nuestras necesidades interiores. Acabo de levantar (*decretar*) un empréstito de quinientos mil pesos en este comercio que dificulto se llene, y puede usted graduar mis aflicciones, cuando he recurrido á este arbitrio violento y ruinoso. No hay remedio, amigo: ejecute usted á ese gobierno: que haga sacrificios al tamaño de la necesidad; que ponga á medio sueldo á sus empleados civiles y

eclesiásticos: lo esencial es que el ejército esté asistido».

Con las noticias que en estos mismos días adelantó el general San Martín de que «el empréstito de los 500,000 pesos estaba realizado» (15) se cerró en Chile el trato pendiente por la compra de 200,000 pesos del navío *Cumberland*, entregando el gobierno de Chile á título de arras 50,000 pesos, y procediéndose inmediatamente á armarlo con toda diligencia. Era este buque un precioso navío de la *Compañía de las Indias Orientales*, venido como el *Whithman* y el *Eolo* por las diligencias del señor Alvarez Condarco en Londres. Con el mismo empeño, y contando ya con la suma del empréstito como aparece de su carta, se autorizó al señor Guido para que mediante un breve compromiso de un mes, levantase la hipoteca ó prenda que los comerciantes de Valparaíso tenían sobre la fragata *Lautaro*, á fin de que en el acto se pasase la escritura de propiedad *al gobierno de Chile*; en lo que el general San Martín disponía irregularmente, pero siempre con la mira de que estando esos buques bajo la autoridad inmediata de Chile, quedasen á su entera disposición, como ya tenía al ejército, para operar libremente y sin trabas de parte del gobierno argentino.

Pocos días después de estos arreglos partió el general San Martín de Buenos Aires; pero no con ánimo de trasladarse á Chile, lo que por otra parte era imposible en el mes de julio, sino para arreglar en Mendoza nuevos reclutamientos, y para la re-

(15) Véase *Papeles y documentos del señor Guido*, página 119.

monta de algunos de los viejos cuerpos del *Ejército de los Andes*. Al parecer se proponía cumplir con esto la oferta que había hecho al gobierno argentino de formar allí el plantel de un nuevo ejército; pero se vió después que su verdadero objeto había sido aumentar el que tenía en Chile para transportarlo íntegro al Perú.

Antes hemos dicho que para llegar á estos arreglos, tuvo el general San Martín que vencer fuertes resistencias de parte del gobierno de Buenos Aires, y que pasar por grandes disgustos con los hombres que lo componían, y sobre todo con el doctor Tagle. Se ve en algunas de sus cartas cierta satisfacción de haber sacado las ventajas que buscaba; pero en otras, bastante desconfianza de que le cumplan lo ofrecido, quizá porque no estaba él tampoco muy dispuesto á la desmembración parcial del ejército que había ofrecido. En alguna de las cartas del primer aspecto, encontramos la datada en Mendoza á 31 de julio, en que dice: «Paso á usted en copia el estado de la artillería que á esta fecha habrá salido de Buenos Aires en el hermoso bergantín de guerra *Maipú*, así como el de 150 marineros excelentes *para la tripulación de los dos buques, y todos los paños y demás aprestos para 4,500 hombres del EJÉRCITO DE LOS ANDES*». Pero en otras del otro aspecto, dice que *un amigo le avisa de Buenos Aires que no le cumplirán* lo convenido respecto á los 500,000 pesos. Y la verdad era que el gobierno andaba remiso y casi arrepentido de esta oferta, dudando también de que fuera servido con las tropas que debían venir á ponerse á sus órdenes.

Por las dudas, el general tomó una resolución

incalificable; tomó el dinero de los particulares que llevaba el Correo á Buenos Aires, lo remitió á Chile para saldar los compromisos de honor que había contraído por los buques, y substituyó el valor de 200 á 250,000 pesos por giros suyos contra el gobierno de Buenos Aires. El público tuvo la primera noticia de este hecho por dos cartas: una del reo Carlos Robert dirigida á don José Miguel Carrera, que fué indispensable publicar en el proceso respectivo; y otra de doña Javiera Carrera al mismo. Decía Robert: «San Martín ha detenido y despojado tres correos que traían para ésta caudales del comercio», y decía doña Javiera: «traía el penúltimo correo 30 ó 40,000 pesos de varios individuos. Se echó en Mendoza sobre ellos, y libró contra este gobierno á cuenta de los 500,000, etc.» Debajo de esta carta corre una anotación oficial que dice: «Mentira y contradicción mujeril. El dinero que se toma del comercio se cubre religiosamente, y si se estaba cubriendo el empréstito de los 500,000 pesos era un favor para el comercio entregar aquí la cantidad, *si acaso fué tomada*». Pero no hay duda de que lo fué, y de que no fué tampoco la única vez que el general echó mano de ese arbitrio para llenar los compromisos de honor que había tomado con el fin de dotar á Chile de una grande y fuerte escuadra que le asegurase el dominio del Pacífico para quedar seguro y expedicionar sobre las costas del Perú. Y decimos que no fué esta la primera vez, porque á pesar de que el gobierno argentino negó el hecho en público, por la vía privada y con el rubro de *Reservado*, se dirigió al mismo general diciéndole: «He resuelto prevenir á Vuestra Excelencia en pre-

caución de todo comprometimiento que perjudique el crédito de este gobierno y nos exponga á tocar otros extremos aun de mayor consideración, que absolutamente omita el giro de letras contra esta Tesorería, tanto más expuesto hoy á una pérdida dolorosa é irreparable, que á pesar de las medidas adoptadas no ha podido el gobierno contrariar el monopolio que los comerciantes ingleses han establecido para aprovecharse de la ansiedad de los prestamistas (16) por cubrir el desembolso de sus principales, y reducir á dinero sus documentos con la pérdida de un 10 por 100 que hoy han elevado aquéllos hasta el 20, causando con este motivo la estagnación del numerario» (17). Por lo que hace al empréstito de los 500,000 pesos decía el señor Director en el mismo documento que por cooperar á la grandeza de los planes del general, había calculado que «no obstante la languidez actual» podría haber impuesto una contribución con buenas condiciones para los prestamistas. «Pero me es sensible anunciar á Vuestra Excelencia que han resultado ineficaces las medidas tomadas, y aun los amagos de ejecución, todo por la postración en que se halla este pueblo y la nulidad de unos contribuyentes sobre quienes tantas veces ha gravitado el peso de cuantiosas exacciones y préstamos forzosos, ceñidos hoy á los últimos arbitrios de un giro totalmente

(16) Los contribuyentes al empréstito por fuerza.

(17) Lo que demuestra que el lleno de ese empréstito forzoso hecho para Chile les costó á los contribuyentes de Buenos Aires 500,000 pesos más el 20 por 100, es decir, la suma verdadera de 600,000, y al gobierno, por gastos, remesas y escoltas, como 650,000.

aniquilado... De suerte que movido este gobierno por los clamores de las más justas y atendibles representaciones, le ha sido forzoso moderar la cuota; y de los 500,000 pesos, apenas se hará exequible una *tercera parte*, y *esa con la lentitud* á que da mérito la escasez de numerario. Entre tanto, habiendo acrecido las atenciones de este gobierno de un modo extraordinario, sin que pueda dejar de acudir á ellas por su gravedad y en la angustiosa falta de dinero en que se halla el erario de esta capital por falta de ingresos, no he podido aventurar objetos de muy seria y perjudicial transcendencia, ni dispensarme de insumir en ellos las varias cantidades que había colectado *con preferente aplicación*, á las urgencias del ejército del mando de Vuestra Excelencia (18). Estas y las anteriores causas deben á toda luz persuadir á Vuestra Excelencia del conflicto á que me reducen las actuales circunstancias del país, é igualmente que si el resultado no ha correspondido en la práctica hay un fundado motivo PARA SUSPENDER TODO CÁLCULO QUE SE APOYE EN LA EXISTENCIA DE LOS EXPRESADOS FONDOS».

Otra razón había tenido también el Supremo Director para suspender la repartición del empréstito y era una razón grave. La división de tropas que se había convenido que vendría á Cuyo á disposición del gobierno nacional, *había sido mandada por el general O'Higgins á hacer la campaña del*

(18) Hay aquí una frase evidentemente incorrecta, pues se ve por lo que antecede y por lo que sigue que ha querido decir: «con preferente aplicación á la de las urgencias».

Sur de Chile contra los realistas. ¿Quién había facultado al señor O'Higgins para disponer de nuestras tropas é inutilizar el acuerdo y la promesa del general San Martín? ¿He aquí un misterio!

Súpose esto en Buenos Aires, y dió motivo á que se viese que el ministro Tagle no había andado fuera de camino, cuando insistía en que no se ejecutase el empréstito sino después de recibir las fuerzas que el general debía entregar. Y pasados algunos días se recibió una nota del señor Guido. «Creyendo el gobierno Supremo *de este Estado* que hay probabilidad de tomar á Talcahuano, y la división naval española que lo defiende, atacándolo por mar y tierra, *ha resuelto destinar una parte del ejército y sus fuerzas marítimas, para atacar á Talcahuano, etcétera, etc.*» Nuestras tropas marcharon á los confines del Sur de Chile, pero ni salió la fuerza marítima de Chile, ni Talcahuano fué atacado (19).

Bien informado del estado aflictivo del país, y de lo que pasaba entre Pueyrredón y San Martín, el general Belgrano le escribía al señor Guido: «Si los movimientos de ese EJÉRCITO Y MARINA penden de los 500,000 pesos, ciertamente no se harán; porque yo no veo camino para que se consiga esa cantidad. ¿Por qué no se echa mano de cuanta plata labrada haya en ese país para juntar los 800 ó 900 mil?»

Era, pues, cierto que el general San Martín había tomado los dineros del comercio que llevaba el correo: había girado sin autorización ni derecho sobre la tesorería argentina para pagar en todo ó en

(19) *Papeles de Guido*, pág. 143-44.

parte los buques que aparecían como chilenos; y el Supremo Director retiraba la promesa del empréstito de 500,000 pesos con evidente razón y clara justicia: y no sólo por la notoria extenuación de la riqueza pública, sino porque después de la victoria de MAIPÚ, obtenida toda ella por fuerzas y esfuerzos argentinos, Chile estaba ya seguro de no caer en manos de los realistas; podía y debía defenderse él mismo; y la expedición al Perú, el dominio del Pacífico, no era ni debía ya ser una empresa que pesara exclusivamente y de un modo tremendo sobre la sociabilidad, los recursos y los sacrificios abrumadores de las provincias argentinas, que estaban expuestas todavía por el norte á la invasión de las tropas de Laserna y de Olañeta, como vamos á verlo, y más expuestas aún á caer bajo la barbarie armada del litoral sin tener á quien volver los ojos para salvar su organismo y su propio gobierno.

Pero el general San Martín no tenía ojos ni corazón para apreciar estas vitales necesidades de la patria en que había nacido y que tanto le había dado. Todo, hasta la última gota de la substancia vital era menester que Buenos Aires le diera para llevar las armas libertadoras hasta los últimos rincones en que pretendiese asilarse ó hacer pie el régimen colonial de España. Se ha dicho que la gloria es cara, que son más caros los libertadores, y más caros todavía los héroes; y si tanto cuestan los buenos, los que han sido grandes con honradez acrisolada y con virtudes inmarcesibles, como San Martín, ¿qué no costarán los malos, los vulgares y los corrompidos?... ¡Pluguiera al cielo que los chilenos hubieran vencido en *Rancagua*! ¡De cuántos males

y de cuánta ruina nos habríamos librado nosotros, quedándonos en nuestra casa, entre nosotros y para nosotros!

Fué tal el enojo del general San Martín cuando recibió la nota del señor Pueyrredón que hemos transcrito, que tocó casi en los límites de la ira. «Incluyo á usted copia del oficio de nuestro Pueyrredón que recibí ahora tres días (le escribía al señor Guido desde Mendoza); juzgue usted de la impresión que habrá causado en mi corazón su contenido: él, como jefe del Estado, y como amigo (20), y á presencia de sus secretarios sancionó el auxilio de los 500,000 para el ejército: en esta confianza yo marchaba á hacer el último sacrificio *volviendo á encargarme de un mando que me es odioso*; pero habiendo recibido avisos de un amigo de Buenos Aires en que se me aseguraba este resultado, suspendí mi marcha á esa (21). Ayer he hecho al Director la renuncia del mando del ejército, del que no me volveré á encargar jamás. YO NO QUIERO SER EL JUGUETE DE NADIE; y sobre todo quiero *cubrir mi honor*». El honor del general no estaba comprometido en nada, absolutamente en nada más *que por las garantías que había dado en Valparaíso para la compra de buques*. No se comprendería tampoco que después de la victoria de MAIPÚ le fuese *odioso el mando del ejército*, si no lo explicáramos por las resistencias y altercados que le habían oca-

(20) Como afiliado á la logia, sin embargo de que aquí pudiera tener el sentido de amigo personal también. Pueyrredón y Tagle se opusieron, como lo hemos de ver.

(21) El aviso provenía del señor Zañartu, plenipotenciario de Chile.

sionado *sus exigencias* en Buenos Aires: y si eso de que *no quería ser el juguete de nadie* no se refería á Pueyrredón, nadie podría decir á quién se refería; pues Pueyrredón era el que mandaba el país, el que disponía, y el que le negaba los 500,000 pesos, y el que si acaso, se excusaba con Tagle para hacer otra cosa y desdecirse. Pero lo más curioso es que en esa misma carta en que el general le cuenta al señor Guido «que para siempre jamás ha renunciado al mando del ejército de los Andes», le dice: «Creo que sería muy conveniente que usted influyese para que el ejército marche sobre Talcahuano antes que se recoja la cosecha de granos, pues si la recogen puede demorarse mucho la toma de la plaza». Una renuncia tan absoluta no se aviene con estas disposiciones, que prueban, cuando menos, la seguridad de continuar en el mando á pesar de todo y de no dar tropas al gobierno que las pedía.

¡Y bien lo sabía el general! El Supremo Director no se atrevió á tomar la responsabilidad de una separación que habría tenido funestísimo eco en toda la América, y que desde luego puso en alarma á los *Amigos*. Fué preciso ceder, y volver á decretar la contribución forzosa por 500,000 pesos, además de lo sacado del correo, y de nuevos vestuarios para cuatro mil hombres más: «Al fin (volvía á escribir el general al señor Guido), consecuente á mi renuncia, se ha vuelto á decretar el auxilio de los 500,000 pesos para el *Ejército de los Andes*: ya tengo en mi poder algunas libranzas contra individuos de esa que remitiré á Lemos en el correo entrante; también han salido de Buenos Aires los vestuarios necesarios para 4,000 hombres, y la artillería de ba-

tir que había pedido: *todo eso ha mejorado mi salud*, y sólo espero un poco de más tiempo para que venga todo el dinero y marcharme á ésa aunque sea muriéndome: ahora se puede trabajar; de lo contrario sería ir á caer víctima de las necesidades». La perspectiva de la gloria restablece la elasticidad nerviosa del ilustre enfermo: su fibra se enaltece al pensar que va á derribar en Lima el solio fastuoso de los virreyes del Perú. Tiene ejército y tiene escuadra. El gobierno argentino se queda exhausto.

Cuando San Martín nos arrancaba así un millón de pesos, más ó menos para sostener *su* ejército y formar una escuadra, Chile se hallaba en una completa incapacidad de contribuir á esos gastos que se hacían en provecho suyo; y el gobierno argentino estaba muy lejos de pensar que unos pocos meses después, y cuando ya lo hubiera dado todo, el general San Martín y el señor Guido habían de decirle: «Que el ejército era tan *poco argentino*, que estaba en su *mayor parte compuesto de chilenos*, y que la escuadra pertenecía á la expedición chilena para libertar al Perú». Más adelante ventilaremos ampliamente estos puntos. Por ahora veamos la situación en que se hallaba Chile cuando se compraban y se armaban el *San Martín* (navío *Cumberland*), el *Whithman* (fragata *Lautaro*), el bergantín *Maipú* (antes *Eolo*), el bergantín *Araucano* (antes *Colombus*), la corbeta *Chacabuco*, el bergantín *Galvarino* (antes *Lucy*) y la corbeta *Intrépida*, enviada últimamente por el gobierno de Buenos Aires. «En el caso más urgente (oficio de San Martín á Pueyrredón) que ha ocurrido hoy desde el principio de

nuestra sagrada lucha (22), *ocurro á Vuestra Excelencia por 300,000 pesos á buena cuenta de los quinientos mil convenidos, para cuya conducción mando al pundonoroso oficial don José Caparrós. He dicho que ocurro á Vuestra Excelencia en el caso más urgente porque nunca ha sido ni pudiera ser más importante un esfuerzo enérgico como en esta ocasión... En Chile, Excelentísimo Señor, es imponderable la penuria de recursos, y espantosa la pobreza general. Buenos Aires es la que ha principiado y sostenido con magnanimidad la grandiosa empresa de fundar una patria, llevándola por su constancia hasta el grado de probabilidad en que se halla. Así es que á su verdadera gloria, á su nombre y á su virtud interesa más que á otro pueblo el que se consolide y perfeccione de una vez á cualquier costa (¡...!). Sin sus auxilios en esta ocasión urgente nada vale el trabajo emprendido, y todas nuestras ventajas retrogradarían á una nulidad lastimosa. Conjuro, pues, á Vuestra Excelencia en nombre de la patria para que se empeñe de todo su posible á que vuelva inmediatamente Caparrós con la suma pedida, en carretillas ó de la manera que pueda ser más pronta».*

Nada más evidente que el motivo de la urgencia: no era por cierto el ejército, del que una buena parte estaba remontándose en Cuyo á costa de la substancia vital del gobierno argentino: la otra parte operaba en el sur sin haber recibido *un peso ni un vestuario de parte del gobierno de Chile*, cuya

(22) Nada de grave ni de peligroso pesaba sobre la suerte de las Provincias Unidas por el lado del oeste.

situación interna y general no ofrecía por ningún lado peligros de urgencia; por consiguiente, se trataba solamente de saldar la cuenta de la *Lautaro* y pagar el navío *Cumberland* con los valiosos armamentos que debían completar esa numerosa y fuerte escuadra cuyo detalle hemos dado.

En carta MUY RESERVADA dirigida al señor Guido, le dice el general: «Nada se hace aquí, (en Chile) *nada se ha hecho, ni hay remota esperanza de que se haga: no se toman medidas para dar UN SOLO RECLUTA*, y en cuatro meses no se ha socorrido al ejército con UN SOLO REAL». Esta referencia á *cuatro meses* tiene su importancia porque estando datada esta carta (*muy reservada*) en 12 de enero de 1819, tenemos que retrogradar hasta junio y agosto de 1818; es decir, hasta las fechas en que se compraban los buques que se pagaron, en todo ó en gran parte con los 700,000 pesos *girados contra* Buenos Aires y pagados, del mes de agosto al de noviembre (23).

En carta del señor Guido de la misma fecha que la anterior, dirigida al gobierno de Buenos Aires, urgiéndole por la remesa de más dinero, trata de explicar las penurias del gobierno chileno por *haber tenido que gastar* 700,000 pesos en formar y preparar la escuadra, sin que haya quedado rastro de que se haya dado otra inversión que esa á los dineros argentinos. No es de este momento discutir este punto. Será cuando tratemos de la «Desobediencia del general San Martín» á las órdenes que reiteradamente le daba su gobierno, de acudir á sostener

(23) Véase *Papeles de Guido*, pág. 153 y 167.

y salvar el orden público y el organismo nacional trayendo á su patria y en defensa de su gobierno al *Ejército de los Andes*, que era en *su personal* y en todo lo demás *exclusivamente argentino* como se verá, á pesar de que lo contrario afirmara también el señor Guido.

Pero, aun cuando verdad fuese que tanto como eso hubiera gastado el gobierno chileno en unos días en que propios y extraños proclamaban que su absoluta carencia de recursos era tal que no podía disponer ni de 25,000 pesos, eso nada alteraría la notoria verdad de las sumas de dinero llevadas á Chile por el general San Martín en esos mismos días y BAJO EL APREMIO de las mismas urgencias (24).

La derrota del ejército realista en Maipú produjo en España una profunda y dolorosa impresión. Al tiempo de saberla, se aprontaba en Cádiz un poderoso armamento naval, que debía desembarcar en Buenos Aires 25,000 hombres. Se trabajaba con todo empeño en habilitar los buques de guerra y transportes necesarios para tan vasta y difícil operación. Pero ese empeño no era bastante á eludir ó vencer las infinitas dificultades de detalle que cada día se ofrecían, y cada día más graves, por la pobreza y extenuación en que se hallaba el país; sin contar la mala índole moral de que las tropas daban

(24) Como tendremos que **volver** en defensa propia y de la verdad **fundamental** con que en **trabajos** anteriores hemos escrito sobre los sucesos internos de 1817 á 1820, preferimos hacerlo en un *Apéndice*, para no interrumpir, con diversos episodios, la narración estrictamente **histórica** de los acontecimientos.

indicios harto amenazantes, ya por la deficiencia y falta de los pagamentos regulares, ya por el influjo de la tétrica leyenda de penurias, miserias y horrores que de boca en boca se contaban sobre la guerra de América, ese tonel monstruoso como el de las Danaides donde se perdían sin voz ni recuerdos, por miles de miles, los soldados españoles que allá iban.

No se descuidó Pezuela en su vivísimo celo por conservar el Perú para su patria, en hacer presente al rey, que después de la derrota de Ossorio, San Martín y Buenos Aires se esforzaban y empeñaban por buscar una poderosa marina con que invadir por las costas, al mismo tiempo que entrarían por el centro hasta el Cuzco: que en tal caso era indispensable que tan pronto como fuera posible, se le remitiese uno ó dos buques de primera fuerza y calidad, con más tropas en buenos transportes que pudieran ser armados también en guerra para que los insurgentes no pudieran operar por mar. La urgencia de estas peticiones y el gravísimo carácter de los hechos puso en ascuas al gobierno español; y á riesgo de amenguar las fuerzas y los recursos de la expedición, subdividiéndolos, se resignó á echar mano de lo que más pronto tenía; y formó á toda prisa una escuadrilla de nueve transportes, en la que embarcó 2,400 soldados haciéndolos convoyar por el navío *María Isabel* que era el mejor de los buques de guerra que el emperador de Rusia había puesto á disposición de Fernando VII (25).

(25) Los transportes eran: las fragatas *Trinidad*, *Jerezana*, *Especulación*, *Dolores*, *Carlota* y *Magdalena*, y los bergantines *Escorpión*, *San Fernando* y *Atocha*.

Con la intención de purificar el ejército de aquellos cuerpos y oficiales que parecían más tocados del espíritu liberal, y de disminuir así los gérmenes subversivos que de cuando en cuando bullían, se hizo embarcar el regimiento *Cantabria* de 1,600 plazas, cuyo espíritu inspiraba inquietudes, y se le dividió en porciones de 200 á 150 hombres entre el transporte *Trinidad* y los otros buques del convoy. En las islas *Canarias* la tropa de ese transporte se quejó amargamente del trato riguroso y de la escasez que sufrían de parte de los marinos que mandaban el buque, y pretendieron que sus oficiales tomaran parte en el manejo de á bordo. El capitán don José Solé (26) logró apaciguarlos hablando en privado con algunos de los sargentos; y por lo que sucedió algunos días después, se echa de ver que era uno de los descontentos; y que si aplazó la sublevación fué haciéndoles comprender que aquella no era todavía la buena ocasión. Y en efecto, á poco de pasar al sur de la línea ecuatorial, desatóse en la noche una ventolina que puso en dispersión el convoy dejando á la mayor parte de los buques la prosecución de su rumbo aisladamente; y entonces fué cuando el día 25 de julio al amanecer, rompió el motín con la más furiosa rapidez. Comenzaron encabezándolo tres sargentos y un cabo; mas, cuando los capitanes Miranda, La Fuente, Balderar y dos tenientes se echaron en armas sobre los sublevados, los capitanes don José Solé, don Manuel Abreu y

(26) Este oficial contrajo matrimonio en Buenos Aires con la señorita Rábago, y dejó un hijo, don Luis María Solé, ventajosamente conocido en nuestro vecindario.

los tenientes Peligrino y Martínez tomaron parte al lado de la tropa. Los otros corrieron entonces al polvorín para hacer volar el buque; pero cuando encendían las teas para eso, fueron hechos prisioneros y pasados por las armas. Dueños del buque, Solé y Abreu erigidos en autoridad obligaron al capitán, pilotos y contraamaestre á que hiciera rumbo directo á la ensenada de Barragán para ponerse al amparo del gobierno republicano de Buenos Aires. El 26 de agosto de 1818 llegaron al mencionado puerto; y este hecho, aislado al parecer, vino á decidir de la dominación del Pacífico suprimiendo todos los inconvenientes y las futuras erogaciones que nos imponía el armamento naval que allí se estaba formando contra el virrey del Perú.

Con el transporte *Trinidad* vinieron á manos del gobierno los planes y los pormenores de la expedición, y lo más importante de todo en aquel momento, que era el detalle secreto de las señales para entenderse con los otros buques del convoy en todos los casos que pudieran ocurrir en la navegación ó en los puertos amigos á donde fueran arribando juntos ó separadamente por accidentes de mar ó de enemigos.

Mientras la *María Isabel* y los demás buques del convoy iban en demanda de doblar el *Cabo de Hornos* cada uno en su línea de navegación, el gobierno de Buenos Aires hacía volar con la prisa del caso los papeles de la *Trinidad* para que el de Chile sorprendiese los buques del convoy uno á uno. Pero sea que nuestros buques no se hallaran todavía en estado de echarse al mar, ó por alguna otra causa, el hecho fué que hasta el 10 de octubre no pudieron

salir de Valparaíso al mando del coronel don Manuel Blanco Encalada, graduado de almirante para el caso, por ser artillero y por haber servido en grados subalternos en la marina española (27). Esta tardanza fué causa de que la fragata española y parte del convoy pudiera entrar en el puerto de Talcahuano.

Los buscaba entre tanto para atacarlos la escuadra de los independientes, compuesta del navío *San Martín* (antes *Cumberland*), de la fragata *Lautaro*, de la corbeta *Chacabuco*, de los bergantines *Pueyrredón*, *Araucano*, *Galvarino*, *Intrépido*, últimamente enviados de Buenos Aires. Despachó Blanco los más veleros de sus buques á fin de que reconocieran las costas y las islas inmediatas, y él se dirigió con el *San Martín* y la *Lautaro* á la isla de *Santa María*, donde un ballenero inglés les dió la noticia de que la *María Isabel* había pasado para Talcahuano el 22 de octubre llevando muy enferma la tripulación y todo en muy mal estado, por cuyo motivo había dejado en la isla algunos hombres. Mandó inmediatamente el almirante que se los trajeran; y por ellos tuvo menudas noticias de cuanto le interesaba saber. Dirigióse entonces á Talcahuano, bien servido por dos bravos y experimentados marinos ingleses, Wilkinson, del *San Martín*, y Wooster, de la *Lautaro*.

Al ver los buques de nuestra escuadra entrando

(27) Nació en Buenos Aires el 21 de abril de 1790. Fué su padre el juez de Audiencia Blanco Cicerón, y su madre doña Mercedes Encalada; estudió en el Seminario de Nobles de Madrid, y después abrazó con ardor y honorabilidad ejemplar la causa de la Independencia.

en el puerto y volteando la angostura de la isla *Qui-riquina*, los marinos españoles encopetaron su bandera afirmándola con un cañonazo. Los nuestros levantaron la bandera roja de Inglaterra, y siguieron á tomar una posición conveniente para abordar el buque enemigo. Con esto entró en alarma el comandante de la *María Isabel*. Cada vez más inquieto por no poder explicarse aquel adelantamiento hacia su buque, resolvió hacer fuego á todo acaso; y sólo cuando los nuestros se pusieron á tiro de fusil, levantaron la *bandera chilena*. La *María Isabel* descargó todos sus cañones, picó sus cables y fué á varar en la playa. La mayor parte de su tripulación se tiró á las aguas bajas y ganó las costas del puerto al amparo de la guarnición que vino á darles socorro, y á defender la fragata contra los patriotas que trataban de ponerla á flote para consumir la importantísima captura. Se trabó como era natural un reñido combate: bajó fuerza de nuestros buques para desalojar de la playa á los españoles, pero fueron rechazados; y se pasó la noche en tentativas para arrancar el buque de su varadura de parte nuestra y en impedirlo de la otra parte, con accidentes varios que iban ya desanimando á los patriotas de poder capturar tan hermosa y codiciable presa.

Una feliz creciente del mar por un viento repentino del Sur la puso á flote, y los marinos patriotas que la habían ocupado, manejando las velas y haciendo esfuerzos en la maniobra, la sacaron y la incorporaron á nuestra escuadra. En aquel momento el cuadro fué digno del más hábil pincel: á los gritos de rabia, de maldición y de furia que lanzaban los de tierra, respondía la algazara del triunfo

de nuestro lado atronando el aire y rielando con injuriosas burlas las aguas del puerto (28).

La expedición del almirante Blanco no había llenado todavía todos los fines con que había salido al mar. Era menester capturar los transportes y las tropas que llevaban á su bordo. En ese propósito volvieron nuestros tres buques á la isla de *Santa María* y anclaron con bandera española, mientras la corbeta *Chacabuco* cruzaba día y noche por las aguas de *Concepción* y *Talcahuano* en acecho de cualquiera de esos transportes que pudiera haber resuelto tomar allí puerto. Por desgracia, cuatro de ellos habían llegado mucho antes: habían desembarcado las tropas por el horrible estado de salud y miseria en que iban, y habían seguido navegando hasta Lima para dar cuenta del estado en que iba el convoy, y hacer que se le adelantasen auxilios. Hallábanse, pues, navegando todavía y próximos á tocar en la isla ó en Talcahuano cinco transportes que difícilmente podrían escapar. En efecto, el 11 de noviembre apareció la fragata *Dolores*, y reconociendo á la *María Isabel* con el pabellón de Castilla como los demás buques que suponían ser auxilios venidos de Lima que los esperaban allí, sus tripulantes prorrumpieron en gritos de alegría, pues creían haber llegado al término de los espantosos tormentos que venían sufriendo por una peste general de escorbuto y tifus. Los oficiales se apuraron á vestirse de gala, y no sólo los sanos, sino los enfermos y moribundos procuraban arras-

(28) Este y los demás detalles que siguen se hallan consignados en las *Memorias del general Miller*.

trarse á los puntos abiertos del buque donde pudieran gozar del alegre y salvador espectáculo que los encantaba. Pero, apenas echada el ancla al costado de la *María Isabel* de acuerdo con las señales, tronaba el cañón de la capitana y nuestros buques, arriando el dorado pabellón de los castillos y de los leones, enarbolaban la bandera nacional. Era de ver, dice Miller, el espanto, la confusión y los alaridos de furor á que se abandonaban desesperados todos aquellos infelices que venían imbuídos en las horribles leyendas que allá les contaban sobre la ferocidad y el exterminio sin piedad que los insurgentes de América hacían de cuantos españoles caían en sus manos, sin reparar en sexo ni en edad. El 12 y el 14 cayeron allí del mismo modo los transportes *Magdalena* y *Elena*; y la *Chacabuco*, haciendo su crucero, tomó en las aguas de Concepción á la *Jerezana* y la *Carlota*.

Nada es capaz de expresar (dice el mismo testigo) el estado de inmundicia, de fetidez y de descuido en que se hallaban aquellos buques, incluso la *María Isabel*. Era tal la grasa y la asquerosa basura que cubría toda la cubierta, que se hacía difícil caminar y aún mantenerse en pie si uno no se agarraba de alguna cuerda. Se hacía más repugnante y aflictiva esta escena con la vista de multitud de desgraciados que consumidos por el escorbuto y por el tifus estaban tendidos sobre los portales con las agonías de la muerte, y viendo el mar en donde iban á ser pasto de los monstruos que acechaban su caída. Para muchos de ellos, que aun conservaban fuerzas, era una verdadera felicidad

tocar en tierra y ser tratados con esmerada compasión como lo fueron.

Desde Valparaíso á Santiago, de Santiago á Cuyo, por todas las provincias hasta Buenos Aires resonaron unísonas y bulliciosas exclamaciones de júbilo y de festejos.

Por el lado del Pacífico todo ofrecía, pues, una risueña y luminosa perspectiva. Pero, no era igualmente diáfano y tranquilo el cielo que cubría la situación interna de las provincias argentinas.

CAPITULO IX

DISIDENCIAS PERSONALES. — COMLOT LLAMADO «DE LOS FRANCESES». — CONJURACIÓN DE LOS PRISIONEROS ESPAÑOLES EN SAN LUIS.

SUMARIO: Dificultades é inconvenientes en el cumplimiento de lo acordado entre el general San Martín y el Supremo Director. — Diversos modos de encarar la situación. — El ministro Tagle y sus opiniones. — Espíritu transigente del Supremo Director. — Recelos y negativas. — Renuncia del general San Martín. — Conflicto entre el señor Guido, Monteagudo y O'Higgins. — Resolución deferida al juicio de la logia. — El *complot de los franceses*. — Rasgos característicos y situación personal de Mr. Robert. — Sus relaciones con el general Brayer y con J. M. Carrera. — Sus cómplices y su partida para Chile. — Su prisión. — La interceptación de su correspondencia. — Doña Javiera Carrera. — El proceso. — Enfriamiento de los procedimientos. — El depósito de prisioneros españoles de San Luis. — Ordóñez, Morla, Primo de la Rivera, Morgado. — El partido del general Alvear y el señor Murguiondo. — El teniente gobernador Dupuy. — Monteagudo. — Las montoneras del litoral amenazan á Buenos Aires. — El general San Martín. — Levantamiento explosivo de los prisioneros de San Luis. — Triunfo del orden, víctimas y ejecuciones. — Efectos de la noticia en Chile. — Medidas del general San Martín. — Efectos presentes y retraimientos posteriores. — El proceso de los franceses. — Ejecución de los reos principales y expulsión de los cómplices. — Reflexiones.

A poco tiempo de haber partido el general San Martín de Buenos Aires comenzaron á correr con

insistencia, y con verdad en el fondo, rumores muy desagradables sobre graves desavenencias con el gobierno, que según voz general habían provocado, ó estaban por provocar, un rompimiento completo de la amistad y de la concordia en que hasta entonces habían marchado.

Y decimos que en el fondo era esto verdad, por que se había roto el acuerdo en que después de muchos inconvenientes habían convenido. Habíase comprometido el general á poner en Cuyo de mil á mil quinientos hombres de infantería, y quinientos *granaderos á caballo*, de que iría á recibirse allí el general don Marcos Balcarce, como plantel de la nueva fuerza de línea que debía operar en combinación con una división de mil quinientos soldados que el general Belgrano debía desprender de Tucumán sobre Córdoba, punto céntrico desde donde ambas fuerzas abrirían una campaña decisiva sobre los montoneros y caudillejos de Santafé y de Entreríos, con el fin, imprescindible ya, de poner término á los vandálicos desórdenes que provocaban, y de unificar la nacionalidad dentro de la ley común constitutiva en que el Congreso trabajaba con maduro criterio y asiduo empeño (1). Pero, preocupado sólo de la gloriosa misión de libertar la América del Sur con los soldados argentinos, que eran los únicos con que podía llenarla, el general San Martín empequeñecía tanto esos dos peligros, que se puede decir que no los veía ó que no quería verlos á pesar de su magnitud. Para él la insurrección

(1) Este acuerdo existía desde 1817. *Papeles del señor Guido*, pág. 48.

descomunal de las masas litorales, la prepotencia de los caudillos sanguinarios y voraces, ó retardatarios que las enardecían, como Artigas y Ramírez y Estanislao López, era nada más «que una simple y efímera guerra civil en la que sería vergonzoso (*sic*) que tomase parte él, ó su ejército, en defensa de uno de los partidos».

En verdad, la teoría era tanto más extraña y sorprendente, cuanto que uno de esos dos partidos era nada menos que el organismo constitutivo de la nación, con su gobierno culto, y el otro un alboroto incoherente y caótico de masas desorganizadas (indios y mestizos en su mayor parte), sin más bandera que el desorden bajo el imperio arbitrario, personalísimo y eventual de caudillos sin cultura, sin misión y sin fines determinados. En su deseo de no deshacerse de parte alguna de las fuerzas que había recibido en 1816, ponía todo su empeño en que los *dos partidos* (como él los llamaba) arreglasen una base conciliatoria, un *modus vivendi*, aunque fuese momentáneo (con tal que eso le diese tiempo á marcharse al Perú) entre el gobierno de la ley, y las bandas de forajidos armados que producían el desequilibrio social: como si fuese posible apaciguar y coordinar así las autoridades y las leyes sobre que reposa el orden social, con los ímpetus automáticos y brutales que surgen del tenebroso seno de las masas una vez que se embravecen como las olas del mar en la borrasca.

Las opiniones y la política del señor Tagle estaban en completa oposición con las exigencias del general San Martín. Era un error, según el ministro, que el gobierno argentino continuara haciendo

erogaciones y sacrificios en provecho de Chile, que harto favorecido había sido ya con la restauración de su independencia.

Las provincias argentinas estaban libres ahora de que el rey de España pudiera atacarlas por el lado de Salta ó por el de Mendoza. Ya no era esa, pues, la dirección á que debían dirigir sus cuidados, sino contraerlos al Río de la Plata, amagado todavía por los 25,000 hombres que se preparaban en Cádiz (2), y por el desbordamiento del anarquismo que prevalecía en el litoral, tomando tales proporciones cada día, que era de temerse se llevase por delante el organismo nacional, envolviendo al país, todo entero, en los desafueros de una barbarie primitiva. Era, pues, indispensable que el ejército de los Andes regresase á defender y salvar la organización nacional, la independencia del país, y la del gobierno que lo había formado y enviado á Chile; y si sólo quedaran restos, como decía el general y el señor Guido, esos restos debían repasar la cordillera. Lo demás era cuestión vana de más ó menos gloria; y buen ejemplo había ya con Chile de que las glorias no dejan sino agravios y malquerencias en los mismos á quienes aprovechan.

La devolución de esa parte del ejército de los Andes, era á los ojos del general San Martín una dolorosísima mutilación de las únicas tropas hechas y sólidas con que contaba para expedicionar al Perú; y la resistió cuanto pudo en agrias conferencias con el ministro Tagle, detrás del cual se escudaba Pueyrredón tratando de mantenerse siem-

(2) Sobre esta fecha véase más adelante.

pre en amables términos con el general sin desautorizar á su ministro. Pero como en aquel momento el general se hallaba ahogado por sus compromisos del Pacífico, y como no contaba con otros recursos que los que pudiera darle Buenos Aires para cumplirlos y completar sus armamentos navales, se resignó, ó aparentó resignarse, á poner en Cuyo y entregar al general M. Balcarce los 2,000 hombres mencionados, á trueque de que se le facilitara en el plazo de dos meses otro medio millón de pesos fuertes que decía serle indispensable para reclutar dos regimientos de 700 á 800 plazas, y dos escuadrones de 300 jinetes cada uno con que llenar el vacío que iba á dejar en su ejército la separación de la fuerza que tenía que devolver. Pero lo que más ofendía al general San Martín era la inexplicable consideración y respeto con que el Supremo Director soportaba la enérgica resistencia de su ministro; pues pudiendo (como el general creía) darle una orden categórica de acceder á sus instancias, se excusaba con manifestaciones indecisas entre el uno y el otro, afirmándose siempre con medios conciliatorios en el extremo de la devolución del ejército de los Andes en todo ó en parte, dejando sólo en Chile lo bastante para servir de plantel al nuevo ejército con que debía cooperar á la expedición al Perú. Bien sabía el general que esto era imposible, porque Chile no tenía con que formar semejante ejército. Y Tagle, que también lo sabía, pensaba que el general no tenía intención ninguna de cumplir su oferta, y que por lo tanto no convenía facilitarle el medio millón que pedía, sino después que los dos mil hombres estuvieran puestos en Cuyo bajo las

órdenes de Balcarce y á disposición del gobierno de Buenos Aires.

Fácil es comprender la indignación del general, no sólo de que se le impusiese semejante condición, sino de verse adivinado por la sagacísima sospecha del astuto ministro. Pero no atreviéndose al fin Pueyrredón á llevar adelante esta falta de consideración personal y de galantería con el vencedor de CHACABUCO y de MAIPÚ, cortó la dificultad aceptando la lealtad personal y militar del general San Martín, y comprometiéndose á levantar un empréstito forzoso de medio millón, costase lo que costase, para satisfacer las exigencias del general al plazo de dos meses (3).

Persistía, sin embargo, Tagle en mirar esa concesión como una debilidad del Supremo Director, porque á su juicio nada estaba más lejos del ánimo del general que el cumplimiento de la oferta, y porque estaba convencido que una vez tuviera el dinero le sobrarían pretextos y medios para no desmenbrar sus tropas y llevárselas al Perú dejando á Buenos Aires desarmado y en las astas del toro.

Apenas había partido de Buenos Aires el general contando con el medio millón que debía enviársele, y dejando al Supremo Director confiado en el envío de los dos mil hombres, cuando vinieron noticias de que esas mismas tropas que debían venir á Cuyo, habían recibido orden de marchar á los ex-

(3) Acerca de los cargos que le hacían al general San Martín, por *ingrato é insubordinado*, Tagle y los amigos de Pueyrredón, véase el periódico *El Centinela*, volumen I, pág. 275 á 280; vól. II, pág. 251-52-53.

tremos del Sur de Chile abriendo nueva y larga campaña contra el general realista Sánchez, que dueño de Concepción y de Talcahuano, había formado una verdadera y fuerte republiquetá cuyo vigoroso centro de acción se hallaba en Valdivia, y teniendo bajo su autoridad las populosas provincias de Chiloe, de Arauco, con numerosísimas tribus araucanas que habían acudido al cebo de la guerra de robo y de exterminio á muerte que cobijaba la bandera del rey de España, servida también por famosos asesinos y bandidos como los Benavides y los hermanos Pincheira. Nada más propio y natural que se expedicionase contra esas bandas; pero nada más impropio y abusivo que en vez de hacerlo levantando tropas chilenas, se echase mano de las tropas argentinas, sujetándolas á esa inicua contribución de sangre y de recursos, no ya en la guerra de nuestra independencia, sino en una guerra local y exclusivamente chilena. Agravábase este insoponible abuso con la circunstancia de que comprometiendo nuestras tropas en ese ajeno servicio, no era posible contar con que pudiesen regresar al país de su origen natural y legal, para prestarle los servicios que se hacían cada día más apremiantes por la alta marea que tomaba el desorden litoral, y la inminente aparición de la expedición española; y que al mismo tiempo que hacían en Chile la guardia para la conservación del orden y el sostén de O'Higgins, ó de su partido, se privase al gobierno argentino de igual servicio, y que se pretextase que era vergüenza que intervinieran en la guerra civil argentina, cuando estaban haciendo igual papel en Chile, y sirviendo para ejecutar revolucionarios,

como en el caso de Manuel Rodríguez y del batallón número 1.º.

Para eso no era, ni podía ser, el medio millón que se había ofrecido al general San Martín; y como la exacción forzosa de ese sacrificio tenía sumamente acongojado y descontento el espíritu público, vino entonces aquello de la nota del 22 de agosto de 1818, firmada como acuerdo general de gobierno por el Supremo Director y por su ministro de Hacienda don Esteban A. Gazcón, advirtiéndole al general que no girara contra el gobierno, ni contara con más de 150,000 pesos de los 500,000 que se le habían ofrecido (4). «Juzgue usted (le dice el general á su íntimo confidente, el señor Guido, enviándole la copia del oficio) la impresión que habrá causado en mi corazón el contenido de ese oficio. El (Pueyrredón) como Jefe del Estado y como *amigo* (5) y á presencia de sus secretarios sancionó el auxilio de los 500,000 pesos para el ejército. En esta confianza, yo marchaba á hacer el último sacrificio, volviendo á encargarme de un mando *que me es odioso*; pero habiendo recibido avisos de un amigo de Buenos Aires en que se me aseguraba lo que ahora veo, suspendí mi marcha á esa. Ayer he hecho mi renuncia del mando del ejército, del que no volveré á encargarme jamás. Yo no quiero ser el juguete de nadie, y sobre todo, quiero cubrir mi honor». Mas adelante veremos cuán porfundas y duraderas fueron las ofensas del general con el secretario Tagle y con el señor Pueyrredón, que como

(4) Véase los *Papeles del señor Guido*, pág. 146 á 149.

(5) Miembro de la logia.

Supremo Director compartía con su ministro la responsabilidad de los actos que lo agraviaron.

La renuncia del general San Martín produjo una dolorosa sorpresa en la capital. El secretario Tagle nos contaba en su vejez, que su opinión había sido aceptarla, y traer el ejército; pero que los miembros más influyentes de la logia, dominados todavía por el prestigio del general, estaban desesperados, y creían tenerlo todo perdido si se le separaba del mando de las fuerzas. El opinaba por el contrario que habiéndole aceptado la renuncia con firmeza, el mismo general se habría avenido y reducido á los términos justos y convenientes que el gobierno argentino debía haberle impuesto.

Coincidía en este mismo tiempo otro serio disgusto entre el señor Guido y el señor O'Higgins. El señor Guido, unificado en sentimientos y principios con el general San Martín, de corazón sano y generoso como el general, humano por índole y de una conducta siempre pura y decente, sabía bien toda la amargura que iba á oprimir el corazón de su ilustre amigo, cuando conociese los detalles del asesinato de Manuel Rodríguez y la complicidad de Monteagudo. Indignado de tan feo crimen, Guido había echado en cara á Monteagudo su inicuo proceder; y como éste tenía el favor del Supremo Director de Chile, se produjo entre los tres tan grave dissentimiento, que O'Higgins llegó hasta exigir que le fuese retirado á Guido el carácter diplomático que ejercía, por ser incompatible con la armonía que debía reinar entre los dos gobiernos (6).

(6) Más adelante veremos una nueva y coincidente complicación con el gobierno argentino.

Como el motivo del disgusto era de un carácter tan reservado y tan grave, Guido, como hombre prudente y hábil, había guardado la más estricta reserva, no había escrito á San Martín la menor indicación sobre los hechos, y esperaba verlo para informarle verbal y confidencialmente de todo lo que había ocurrido. Por una carta anónima del 31 de Julio, muy vaga y sin detalles, tuvo el general San Martín la primer noticia; y en el acto le escribió á Guido diciéndole: «Ahí va copia de ese anónimo: parece que hay díscolos empeñados en difundir esas ideas. Dígame usted con franqueza si hay algo con O'Higgins, y en este caso, le ruego por nuestra amistad que corte toda discusión, pues de lo contrario nos lleva el diablo». A los tres días vuelve á escribirle: «Me repiten por segunda vez el anónimo anterior. Si hay algo ruego á usted por nuestra amistad que se corte todo con O'Higgins: háblele usted con franqueza; le han de haber metido algún chisme: sobre todo *no tome usted parte alguna en nada que tenga intervención con Chile*: O'Higgins es honrado y estoy seguro que todo se transará».

Bien hubiera querido Tagle cumplir su propio deseo (como lo veremos más adelante) haciendo el aparato de condescender con O'Higgins: le habría convenido poner en Chile como agente del gobierno al señor Esteban A. Gazcón; pero esto habría sido agraviar más al general y hacer extremo el enojoso entredicho que se trataba de soldar. En la misma dificultad se hallaba O'Higgins, y al fin se adoptó la única manera práctica de transigencia que el caso ofrecía, que fué poner la decisión en manos del general San Martín; y ya hemos visto que á su

regreso éste opinó por deferir el asunto al juicio de la logia.

Todos estos incidentes, por mucha que fuera la reserva en que se quisiesen mantener, transpiraban y vagaban en alas del rumor público, exagerándose no sólo su propio valor, sino con inventadas y más graves complicaciones que la gente sensata no aceptaba, que no aceptaba tampoco el común de los ciudadanos, pero que á los ojos de los enemigos del gobierno, y sobre todo de los emigrados chilenos, cuyo foco ardiente é imaginativo era siempre la rueda privada de doña Javiera Carrera, eran tomados como pruebas de que toda armonía entre argentinos y chilenos estaba disuelta, que la dictadura de O'Higgins claudicaba, que San Martín se retiraba á Europa, y que las fuerzas argentinas se estaban disolviendo y pasando por grupos á Mendoza. Sucedió, pues, lo que siempre: un soñador cualquiera inventaba especies para su propio placer; decía que otro se lo había dicho; intervenía después «un sujeto respetable» asegurando los hechos; y la pasión de los partidarios se echaba á las aventuras tomándolos como verdaderos. De ahí á las conjuraciones ya no hay más que un paso.

Si antes, y cuando sólo tenía agravios políticos y ambición personal se había señalado don José Miguel Carrera por el carácter vehemente é impetuoso de sus pasiones, bien fácil será formarse una idea de cuál sería el grado de iracunda excitación á que había subido su ánimo tempestuoso después del inicuo suplicio de sus hermanos. Día á día, y hora á hora, trabajaba en formar planes y coordinar medios de derrocar á sus enemigos en Buenos Aires y

en Chile. La agitación de las masas litorales le ofrecía un puesto que él habría tomado al momento, si la antipatía y la incompatibilidad de Artigas no le hubiese cerrado el camino. Por una de esas fatalidades en que se pierden aquellos hombres que no tienen bastante juicio y paciencia para someterse á las malas circunstancias de una vocación errada, ó de un propósito impremeditado, se relacionó con Carrera en Montevideo, por medio de Brayer, un caballero francés, monsieur Charles Robert, hombre de alguna educación y de grandes maneras, pero de una fatuidad superior á todo cuanto pueda decirse. Si hubiera desembarcado en país de *cafres* ó *ranqueles* habría temido quizá los peligros de la barbarie, y por saber que no podía enseñarles todas las maravillas que él se figuraba saber, no habría tenido como chocar con ellos. Pero desembarcado en Buenos Aires se penetró del más profundo desprecio por todo lo que veía; y lo curioso es que tampoco servía él para nada de aquello que el país necesitaba. Había sido prefecto del departamento de la Nievre durante la época imperial. En ciencias era completamente ignorante. Su educación y sus aptitudes se limitaban á los procederes de la administración imperial, á la fogosa imaginación de las grandezas napoleónicas, y al manejo de su lengua en lo bastante para escribir lugares comunes, vulgaridades sabidas de todo hombre instruído, con un estilo arrogante, y más bien tieso ó erguido que flexible y delicado. Sin más que eso, tomó á muy poco tiempo el cargo de maestro con gratuita superioridad sobre los hijos del país, á quienes dijo bien claro que lo hacía porque estaban muy atrasados; y no teniendo

cátedra ni asambleas, fundó un periódico con el título de *El Independiente del Sur*. A las pocas semanas estaba ya enfadadísimo contra el estúpido país que no le hacía caso ni sabía valorar la extraordinaria fortuna de que monsieur Robert hubiese venido á civilizarlo. Limitado á un círculo restricto de sus pocos compatriotas, tronaba allí como un Júpiter tonante; y como era natural, cuando no hablaban de su Francia, se ocupaban de criticar, mojar y denigrar al pobre país en que estaban; y que, por cierto, bien miserable parangón hacía con la tierra por tantos siglos ilustre en que ellos habían nacido.

Volviendo y revolviendo este tema, pasó muy pronto monsieur Robert, por su genio impetuoso, del fastidio tétrico á la maledicencia soberbia que inspira el despecho, y que es por lo común un declive moral de los emigrados sin trabajo, y sin aptitudes para refundirse en un medio social extraño á su origen. Reñido en pocos días con el editor de su periódico por la poca utilidad de la empresa y por adelantos que había recibido, monsieur Robert se trasladó á Montevideo. Allí entró en la sociedad de Brayer y de Cavaillon, donde conoció á Carreña. Desahogándose contra Buenos Aires y San Martín se hicieron ambos íntimos amigos, y de amigos pasaron á conspiradores. Con esto ya tenía monsieur Robert un brillante motivo de actividad para realzar su espíritu y sus esperanzas, dándose á la obra difícil, pero grandiosa, de derribar dos gobiernos despóticos, el de Buenos Aires y el de Chile.

Puesto á la obra regresó á Buenos Aires; y ya

fuese por el influjo que tenía entre ellos el general Brayer, por el odio que en razón del nacionalismo común habían tomado en este personaje contra San Martín, ya porque los hubiese imbuído en lo mismo el teniente coronel Crammer, el hecho es que encontró como reunir en complot á un tal Mr. Legresse que había venido con un proyecto de colonización; á Mr. Dragumette, sobrecargo de la goleta *Angélica*, que traficaba con Montevideo: á un militar, le Mercher, que había sido oficial de ordenanza del estado mayor de Bonaparte; á otro oficial de caballería de la misma procedencia que se titulaba capitán Young, y al ingeniero monsieur Parchappe que había emprendido la destilación de aguardiente de maíz.

Concertado el plan y combinada una *clave*, para entenderse con Carrera, Robert, Mercher y Young, se pusieron en viaje para Chile el 14 de noviembre de 1818, en compañía de un oficial chileno llamado don Mariano Vigil, joven de familia muy distinguida y enemiga de O'Higgins, que se retiraba de Europa, donde había servido en el ejército francés como edecán del general Gautier. Los conjurados salieron de Chile en una tropa de carretas, porque á causa de las montoneras las postas estaban sin caballos, de Luján para adelante. A los cinco días de la partida, un señor chileno muy conocido en la ciudad (según las palabras con que lo designa el proceso y que podríamos nombrar) se presentó con mucha reserva al Director, y recabando su palabra de honor de que jamás se le nombraría ni se le haría aparecer como denunciante, le dijo que movido en conciencia por el interés que le inspiraba el or-

den público, y por la necesidad de evitar que se perpetrara un crimen horrendo, venía á declararle: «Que monsieur Robert le había dicho que se iba para Chile á fin de establecer correspondencia con la familia Carrera, y para promover una revolución allí y en Buenos Aires, donde dejaba de correspon-sal suyo á Lagresse; que una parte del plan era matar al Director de Chile, á San Martín y á otros jefes; que de Montevideo debía venir Carrera para reunirse á los malcontentos de Buenos Aires, y con ellos romper una revolución particularmente contra el director Pueyrredón, etc., etc.». Con esta denuncia y con otras indicaciones, la autoridad sorprendió al sobrecargo de la goleta *Angélica* monsieur Dragumette y á monsieur Parchappe, en poder de los cuales se encontró un pliego abultado, dirigido á monsieur Le Breton, *President de l'Academie royale du Brésil, Río Janeiro*; y bajo de él se encontraron dos paquetes diversos, uno con cartas de Robert, de Lagresse, de doña Javiera Carrera y de un anónimo, para don José Miguel Carrera; y el otro con una carta para una persona que no se nombraba, residente en Francia, á quien se le encargaba la impresión de un borrador refutando al abate De Pradt respecto á los elogios que había hecho en sus obras de la afortunada situación en que Pueyrredón y San Martín habían colócado la causa de Sud América. Parece que este borrador (hoy perdido) «acumulaba todas las maldades de que es capaz la depravación de un hombre nacido para concebir, abrigar y ejecutar grandes y señalados crímenes... el aventurero Carlos Robert, difama en él á los gobiernos de Buenos Aires y Chile, al Congreso ge-

neral de las Provincias Unidas de Sud América, á los generales de los ejércitos, y á los empleados más respetables, en términos de no hallar un sólo hombre de bien entre tantas personas como componen la administración de los dos Estados. Ataca su administración militar, su industria, no como á un estado naciente sino como si se tratara de una nación antigua y constituida, atribuyendo todos los defectos que su malignidad nos supone, á los vicios, corrupción y delitos de los magistrados y funcionarios públicos. En este vil folleto estampa cuantas calumnias creyó conducentes á preparar el gran trastorno que meditaba con su *general Carrera*. En este vil folleto anuncia repetidas veces, y con toda seguridad, la conspiración de que era cómplice para usurpar al gobierno y trasladarlo á manos del infame Sila. Habla en él de hechos que no ha visto, de personas que no ha conocido, finge sucesos que no han acontecido; censura leyes que ignora, providencias que no entiende, y por último, encargando su impresión en Europa, pide se le remitan muchos ejemplares para alarmar con ellos á los pueblos de la desgraciada América».

Después de prender á Dragumette, Parchappe y Lagresse, el gobierno despachó una partida que prendiese á Robert, á Young y á Mercher. No habían adelantado gran cosa en el viaje, por falta de animales á causa de la grande sequía que padecía la campaña, y fueron alcanzados cerca de la Guardia de Luján. Animados por Young y Robert hicieron una tentativa de resistencia armada, pero muerto el primero por el oficial que mandaba la partida, Robert se entregó y fué conducido á la

ciudad, con Mercher y con don Mariano Vigil, altamente comprometido en este negocio, como se comprende por la simple exposición de los hechos.

Las cartas que Robert y Lagresse habían dirigido á Carrera eran una terrible prueba contra ellos, agravada por la de doña Javiera sobre el mismo asunto. Después de darle noticias y datos circunstanciados sobre el estado de los partidos en Buenos Aires, y del grande influjo con que podía contar el general Alvear, le decían que si éste diese un golpe de mano tendría un éxito infalible. «Pueyrredón está perdido (agregaban). Pero si vuelve de su letargo y hace caer un cierto número de cabezas, asegurará su imperio... Los de aquí (B. A.) amenazan mucho al general Lecor... Se mandan refuerzos al ejército de Santafé, y casi no les quedan cien hombres aquí. La decisión está en su colmo. . San Martín ha despojado del dinero á tres correos; yo creo que lo que él procura es escaparse.—Y le aseguro á usted que si llegamos á Chile, *nuestro encargo será fácil, y el resultado pronto: no se trata sino de deshacerse de DOS HOMBRES, y cuando se está decidido la cosa no es difícil*. Creo pues, mi general, que puedo asegurarle que muy pronto será usted dueño de sus enemigos... He tenido el honor de hacer aquí una corte asidua á su señora hermana que nos ha colmado de favores etc., etc.».

Lagresse le escribe también en la misma fecha á Carrera diciéndole que ha quedado en Buenos Aires como intermediario de la correspondencia; que pasa largas horas con doña Javiera, *tratando de lo que tanto les interesa*. Compromete á Parchappe diciendo: «El dador de este pliego es un oficial

francés de toda confianza y del mayor mérito: fué discípulo de la Escuela Politécnica y sus principios corresponden á su educación (7). El va á Río Janeiro á comprar un alambique para trabajar, pero *estoy cierto que él abandonaría todo para servir la causa de usted...* Va también monsieur Dragumette, dueño de la goleta *Angélica*; y creo que *tiene intención de hacer á usted algunas proposiciones, etc.*». Todas estas cartas fueron reconocidas judicialmente por Robert y por Lagresse en presencia del cónsul francés monsieur Leloir, del intérprete público don Juan Cruz Varela y del escribano Basavilbaso.

Los enemigos personales de don Juan Martín Pueyrredón le han calumniado á sabiendas propagando que todo este sumario reposaba sobre mentiras inicuas. Pero cualquier hombre entendido que compare el valor de la correspondencia, cuyo contenido hemos expuesto, con el tenor de las declaraciones que vamos á agregar, comprenderá la verdad incuestionable del conato criminal que dió mérito al proceso.

Parchappe declaró á fojas 44 que habiendo sabido que habían puesto preso á Lagresse, *fué á visitarlo*: que éste le entregó un pliego rotulado *monsieur Le Breton, etc., etc.*, diciéndole que lo pusiera en *lugar seguro*; y que cuando volviera á despedirse le diría *lo que había de hacer con él*. Dragumette declaró que al saber que Parchappe había sido preso, fué á verlo al cuartel de *Aguerridos*; y que fué entonces cuando Parchappe le entregó el pliego ya citado *encargándole que lo guar-*

(7) Era cierto.

*da*se. Doña Javiera reconoció como suya la carta de fojas 30. En ella se ocupa de comunicar á su hermano noticias de los movimientos de Santafé, de lo que hacía San Martín, de la desgracia en que había caído Monteagudo por rencillas personales con el señor Guido, y de los demás rumores que corrían.—«La última tuya que he recibido fué por Robert. He hecho todo lo que he podido por complacerlo, pero no todo lo que he deseado... salieron el sábado por carretas, pero me dicen que no los dejarán pasar del lugar del sacrificio (8). *Se fué con ellos Vigil, y te incluyo su despedida...* de tus encargos no sé qué decirte. Se promete todo, pero veo una indecisión que me incomoda... *todo se hace muy despacio* á pesar de la actividad que sin descanso manifiesto»... El anónimo le escribía á Carrera: «El tuerto está muy pobre y aburrido y sólo espera que un cierto amigo (Carrera) le avise sobre qué sé yo qué negocio que *tiene pendiente* para irse. Coyoco se va para Santafé. *Vigil se fué el sábado en carreta con tres amigos*».

Lagresse adelantó su declaración diciendo que el pliego que había entregado á Parchappe era para don J. M. Carrera, pero que Parchappe ignoraba completamente el contenido, poniéndose en contradicción con el texto de su propia carta, en la que le decía á Carrera que Parchappe iba dispuesto á abrazar su causa abandonando todo otro negocio. Habiéndosele puesto de manifiesto todas las cartas interceptadas, reconoció ser las mismas que él había entregado para que fuesen puestas en manos de Carrera.

(8) Mendoza.

El capitán Mercher y el teniente coronel Vigil dijeron que aunque era verdad que habían conocido á Robert y á Young en Francia, y que ahora habían hecho viaje á Chile con ellos, ignoraban la conspiración y creían que Robert iba sólo á cobrar tres mil pesos, según él les decía, que le debían unos franceses residentes allá.

Robert reconoció sus cartas: en descargo de la cláusula «la cosa es fácil, pues sólo se trata de deshacerse de dos hombres», dijo que había escrito eso porque Carrera le había dicho en Montevideo que sólo tenía dos enemigos en Chile, siendo sus calurosos amigos todos los demás; y que por esto él creía que dos hombres solos no podían ser un obstáculo serio para la rehabilitación de un hombre político. Agregó que en cuanto *al encargo* que prometió desempeñar, se reducía á entregar una carta á un cacique araucano: y que como los españoles habían abandonado á Talcahuano, *el encargo* era ahora *fácil para él*. Descargos semejantes reagravaban el cargo, como lo comprende cualquiera.

En una de sus cartas, Robert comprometía al teniente general del ejército francés monsieur Freyssinet que había venido á Buenos Aires con la mira de ofrecer sus servicios, diciendo: que este jefe le había autorizado á dirigirse á la persona á quien pedía en Francia que se encargase de imprimir, circular y remitir el manifiesto que había trabajado. Citado á evacuar la cita, el teniente general Freyssinet declaró que era completamente falso cuanto á él se refería, y *que en ningún caso habria tratado semejante cosa con una persona de una ca-*

tegoria tan inferior á la suya, y de cabeza tan ligera además.

El juez sumariante creyó que era indispensable que viniese á figurar en el proceso la *persona distinguida* que había hecho la primera delación. «Pero puesta ella en conflicto entre el amor al orden y la seguridad pública por una parte, y por la otra el temor de asumir el carácter de delator, se decidió á una sostenida resistencia, se valió de empeños influyentes, y teniendo en consideración sus circunstancias, y que el procedimiento estaba apoyado en documentos reconocidos, lo único que se obtuvo fué que hiciese su exposición ante el teniente coronel don Mariano Vigil, que, como hemos visto, era uno de los indicados.

El capitán don Saturnino Perdriel fué nombrado defensor de los reos. Los distinguió en dos clases: la una era la de aquellos contra los cuales no resultaban *cargos positivos*, como Vigil, Mercher, Parchappe y Dragumette: en la otra caían Robert y Lagresse, porque no se podía negar que los hechos probados justificaban la acusación. Pero aun así, dijo que si se meditaba que se trataba de dos extranjeros desesperados por la desgracia, y refugiados sin amparo en nuestro territorio, el Tribunal sentiría con cuánta verdad se podía invocar algo que en este caso era más poderoso que la ley: la compasión y la equidad. Alegó que después de todo, no pesaba sobre los reos sino un cúmulo más ó menos apreciable de indicios, ya castigados con la prisión ó con la muerte de su compañero Young contra el cual nada resultaba. Y dijo que á su juicio el país se honraría mucho con perdonar á estos in-

felices. ¡Y á fe, que el defensor tenía plena razón! El gobierno estaba inclinado también á hacer gracia si la sentencia del Tribunal fuese rigurosa. Después del defensor hablaron Robert y Lagresse. El segundo alegó que siendo él un individuo *civil* no era justo que se le hubiera sometido á una corte marcial. Hizo mérito de su aislamiento y falta de relaciones en el país: de sus repetidas contrariedades en cuanto había emprendido; y que desconcertado por la mala fortuna, había leído que en el Brasil se iban á repartir tierras y salió con ese destino. Pero que habiéndose detenido en Montevideo por falta de recursos, había conocido á Carrera, había tomado interés por sus infortunios, y procurado serle útil si podía: que después resolvieron tentar fortuna en Chile, y que nada de esto era un crimen, ni tentativa de tal.

Robert negó que sus cartas contuvieran prueba alguna del crimen: que eran meras opiniones, y que en un país libre es iniquidad horrenda castigar opiniones. Dijo que era muy caballero, y muy liberal también, para ser hombre de puñal ó veneno, que por lo demás cualquiera que fuese su propósito al ir á Chile, el gobierno de Buenos Aires no era órgano de las leyes de aquel país, ni tutor de sus autoridades. Que era cierto que se había encargado de corresponder con Carrera, á quien profesaba la más tierna afición; pero que no era crimen ser amigo de un desgraciado.

El fiscal concluyó, sin embargo, pidiendo la última pena; porque, para él, estaba tan probado el conato de asesinato como la conspiración política contra el orden legal: que por consiguiente había

crimen privado y también crimen de lesa patria; tanto más inicuos, el uno y el otro cuanto que habían sido tramados por aventureros extraños y advenedizos, que nada habían sufrido por acto directo ó indirecto del país; y cuya intervención dañina en nuestros asuntos era más irritante y criminal por lo mismo que era más gratuita.

Aunque el proceso se había iniciado con grande aparato, los procedimientos empezaron á caer en tanta calma desde diciembre á febrero, que todos parecían convencidos de que su resultado final sería la expulsión de los reos; mas por desgracia suya, durante la causa reventó como un trueno unó de esos sucesos trágicos, sorprendentes y ruidosos que sacuden las fibras sociales de un pueblo, y que por algún tiempo dejan aterrados á todos, obscureciendo el criterio moral de los que tienen que medir y aplicar la oportunidad de los medios con que haya de hacerse la represión.

Habíanse depositado en *San Luis*, como provincia solitaria y aislada donde podía hacerse mejor vigilancia, á todos los prisioneros españoles tomados en las jornadas de *Chacabuco*, de *Maipú* y de *Salta*. En aquella reunión de hombres desgraciados y ofendidos, dominaban Ordóñez, Primo de la Rivera, Morla y Morgado, por su mérito indisputable como jefes de *cabeza* y de *acción* (9), que tenían bien probado un ascendiente merecido entre los suyos.

Cuando el general Alvear ocupó á Montevideo en 1814, quedaron en su poder cuatro mil y tantos

(9) Opinión de San Martín: véase más adelante.

veteranos. Como el joven general había servido en España, y era insinuante y prestigioso por demás, tuvo la destreza de convencer á una gran parte de los oficiales jóvenes prisioneros, que nuestra guerra no era una guerra nacional entre razas incompatibles: que éramos y queríamos ser españoles como nación, como idioma, y como hijos de una misma patria, y que lo único que reclamábamos era libertades políticas con la independencia necesaria para que un tirano como Fernando VII y los traficantes vampiros de Cádiz no pudiesen imponernos, su yugo el uno, y los otros las bárbaras leyes del monopolio contra la riqueza propia de un país que era una parte de España. El mismo se ofrecía como ejemplo del caso; y les protestaba que nada más que eso era lo que le había decidido á buscar y servir una España nueva, liberal y regenerada, que era posible y fácil en el Río de la Plata, pero imposible en la Península Ibérica. Ganados así muchos oficiales de la guarnición realista de Montevideo, se adhirieron al joven general y aceptaron servicio en nuestras filas. Caído Alvear, sufrieron muchos de ellos el cruel desengaño del contraste: el mayor número trató de buscar modo de retrotraerse á su primitivo estado; otros continuaron sumisos á los nuevos jefes del ejército; y no pocos, ligados por amistad al jefe caído, continuaron políticamente adheridos á él y con la esperanza de un restablecimiento más ó menos próximo de su influjo. Como regularmente sucede en estos casos, casi siempre hay alguno que sobresale por su afecto y por su lealtad; y ese alguno fué, en el partido personal del general Alvear, don Agustín Murguiondo, sujeto muy es-

timado de cuantos le conocieron y trataron hasta sus últimos días. Animoso y emprendedor, tomó á su cargo entablar negociaciones con los numerosos prisioneros recogidos á *San Luis* á fin de que adoptasen como él la nueva patria y el partido del general Alvear, ya que por su larga residencia, por sus ideas liberales y por sus conexiones, era lo más ventajoso para ellos acomodarse en América (10). Los unos por este motivo; los otros con el propósito de recuperar su libertad para retirarse á Europa ó volver á sus banderas, se comprometieron á levantarse desde que fueran apoyados por las montoneras de Santafé y Entreríos dirigidas por el general Alvear y don José Miguel Carrera. Era esta una de las partes principales del complot en que habían entrado los franceses ya nombrados; y á ligar ó combinar los medios era que habían partido Robert, Young y Vigil. Hecha la combinación, con estos tres, trayendo á su servicio algunos chilenos para quienes llevaban señas de inteligencia, debían esperar en Chile el alzamiento de San Luis, y asesinar á San Martín y á O'Higgins.

Hallábase desempeñando la tenencia-gobernación de San Luis el teniente coronel don Vicente Dupuy, hombre firme y de excelentes modales, que si bien sabía tener en orden y respeto los 300 y tantos prisioneros encomendados á su vigilancia, les permitía hacer una vida libre, y comprimida única-

(10) De él mismo lo tengo, habiéndomelo referido en Montevideo á mí y al señor don Esteban Echeverría en 1846. Además, *Gaceta de Buenos Aires*, núm. 111, 31 de diciembre, 1819.

mente en cuanto al forzoso límite de la aldea á que estaban confinados. El trato que Dupuy les daba era consiguiente á la distinción personal de los oficiales superiores, y al cuidado que le merecían las demás clases, á quienes procuraba darles trabajo y conchavos en las chacras, ó puestos de los alrededores. Los mismos jefes tenían habitaciones propias dotadas de huerto y de jardín donde podían tomar libre solaz; y como el lugar era entonces un punto aislado en las Pampas, se hacía tan difícil la fuga en grupo ó aisladamente, que casi no se ejercía más vigilancia que la visita domiciliaria que por forma se les hacía dos veces al día para comprobar su presencia. Comparada esta residencia, ó depósito de prisioneros, con la situación de los sudamericanos en las *Casasmatas* del Callao, y en las cárceles de Oruro, se puede decir que eran tan felices los unos como horriblemente atormentados los otros: vivían aquéllos en contacto con las alegrías de la naturaleza y con los esplendores de la vegetación; éstos enterrados en las masas de piedra y en la lóbreguez de los calabozos que había construído el tribunal de la Inquisición.

Así parece que lo creían los prisioneros de San Luis por el trato franco y amistoso que mantenían con el gobernador Dupuy y con las familias de la villa, donde visitaban sin más reato que el que cada una de ellas les imponía por su porte y por sus hábitos. A la llegada de Monteagudo, deportado aunque no prisionero, los españoles lo visitaron, con la esperanza quizá de encontrarse con el antiguo *alvearista*: de hacer conjunto común de enojos políticos y de encontrar afinidad en los propósitos;

pero Monteagudo no les dió ocasión de desatar jareta; y como era hombre que no podía vivir sin preocuparse de amores (11), surgió de repente entre Ordóñez y él una cuestión grave de rivalidad y favoritismo mujeril, que encendió la ira del desterrado contra el prisionero, y que por más que éste hizo para evitar las consecuencias del encuentro, le fué imposible congraciarse con quien además de todo le odiaba no sólo como español sino con el recuerdo de sus hechos en *Talcahuano* y en *Cancha-Rayada*.

Bien avisado estaba Dupuy de que no prestara influjo á los consejos de Monteagudo. Pero, á pesar de eso, la irresistible superioridad del talento y la singular firmeza de las ideas y de las previsiones que parecían ser un don natural de su carácter, iba poco á poco doblando todas las asperezas que Dupuy le había puesto en los primeros días, y se establecía visiblemente una relación íntima que comenzaba á ser respetuosa y obsecuente de parte del teniente gobernador.

Los complotados de San Luis no esperaban otra cosa para levantarse, que el aviso definitivo que se les había prometido de Montevideo, y el pronunciamiento armado del caudillo de Santafé contra el gobierno general. Pero descubiertos y encausados los conjurados franceses, quedaron aquellos otros pendientes sólo de los movimientos de Santafé. En efecto, en agosto de 1818, Estanislao López se puso de acuerdo con Ramírez para derrocar al gobernador don Mariano Vera y colocarse en el mando ha-

(11) Véase el vol. IV, págs. 39 y 60.

ciendo armas al instante contra Buenos Aires, facilitarle á Ramírez el paso del Paraná y preparar la invasión que ambos querían hacer sobre la campaña de Buenos Aires. En el momento en que el Supremo Director lo supo, ordenó al general Belgrano que desprendiese una división fuerte del ejército de Tucumán; y el general don Juan Ramón Balcarce, jefe del *Ejército del Centro*, trasladó su campo del Pergamino al *Arroyo del Medio* para operar en combinación con aquella otra fuerza á cuya cabeza debía venir el coronel Bustos. A fin de dar lugar al momento oportuno, este jefe se acampó en el *Fraile Muerto* con 400 hombres. Los santafecinos cayeron sobre él de sorpresa el 9 de noviembre de 1818; pero fueron rechazados sin que Bustos pudiera sacar ventaja ninguna por falta de caballería bastante sólida para arrollar y sablear las hordas de los montoneros. Con este ejemplo, Bustos pidió al general Belgrano que le mandase algunos cuerpos de caballería veterana y creyó prudente retirarse hasta la *Villa de Ranchos*.

Advertido de la situación, el Supremo Director apostrofó al general San Martín que le enviase los dos mil hombres, al menos, convenidos, puesto que había recibido ya los 500,000 pesos del pacto. El general San Martín había á ese tiempo regresado á Chile, y se hallaba tomando campo y restableciendo su salud en *Curimón*. En lo que menos pensaba ya era en desprenderse de parte alguna de sus tropas. Su contestación fué que él mismo en persona iba á volver á Cuyo; y que al efecto *había pasado órdenes* perentorias al general A. Balcarce que le

mandase tales y cuales cuerpos de los que bajo su mando operaban en el Sur de Chile.

Como era esto precisamente lo que preveían y trataban de estorbar los conjurados de *San Luis*, resolvieron dar inmediatamente el golpe: matar á Dupuy, apoderarse de San Luis, atacar á Mendoza con cuatrocientos hombres decididos, y según viniesen los sucesos esperar allí al general Alvear y á Carrera, ó volver por el Sur á reunirse con ellos al nordeste de Córdoba.

Algo se presentía, sin saberse á punto fijo dónde estaba y cuál era el enemigo que era preciso ultimar. Luzuriaga había concebido sospechas de que el artífice de ese algo oculto y grave que se susurraba, era Monteagudo en servicio de Alvear, y no cesaba de escribirle á San Martín en este sentido. El general no estaba tampoco muy lejos de aceptar estas desconfianzas, y creía que era indispensable tener el ojo fijo sobre el desterrado: que era *capaz de todo* en servicio de la Revolución, pero *incapaz* de un mal pensamiento siquiera en su contra.

El 8 de febrero de 1819 á las nueve de la mañana se presentaron á visitar al gobernador Dupuy el brigadier don José Ordóñez, el coronel don Joaquín Primo de la Rivera, el coronel don Antonio Morgado, el coronel don Lorenzo Morla, el capitán Carretero y el teniente Burguillo. Después de algunas palabras amigables entre el gobernador y los visitantes, Carretero se echa de improviso sobre Dupuy, diciéndole: *¡So pícaro, estás perdido!*; y todos los demás hacen lo mismo. Dupuy da un salto violento hacia atrás; trepa en un estrado que tenía por la espalda, logra acertarle un puñetazo á

Morgado y derribarlo; pero los otros lo dominan inmediatamente: cae con ellos al suelo y se incorpora con un esfuerzo supremo, al mismo tiempo que llenaba la calle una horrible confusión de tiros y voces de *¡maten godos!*, y que un gran tropel de gente procuraba entrar en la casa del teniente gobernador.

Procedía este alboroto popular de que otras dos divisiones de confinados españoles acababan de asaltar, la una el cuartel de cívicos donde había bastantes presidiarios y prisioneros de baja esfera: y la otra el principal de la cárcel, que también contenía muchos detenidos. En el primer momento los conjurados que asaltaban, combinados con algunos presos del interior, habían logrado sorprender la fuerza nacional y apoderarse de las armas. Pero había sido tan rápida y tan valiente la acción del vecindario y de la clase popular, que en un instante ocurrieron cientos de ciudadanos armados; dominaron á los enemigos, retomaron el cuartel ayudados de las guardias que se habían repuesto de la sorpresa, y mataron á muchísimos de los sublevados dentro del cuartel, de la cárcel y por las calles. Cuando los jefes que habían asaltado á Dupuy sintieron la intervención del pueblo, el tiroteo, los gritos de venganza y los golpes que el tropel daba en la puerta de la casa, quisieron huir, defendiéndose unos, y pidiendo perdón ó gracia otros. Burguillo mató al capitán Riveros, secretario de Dupuy; y éste no sólo mató con sus propias manos al coronel Morgado, sino que mandó decapitar á los demás conforme los fueran cazando por las calles ó por el interior de las casas donde se refugiaban.

Así murieron Ordóñez, Morla, Primo de la Rivera y algunos más. Muchos otros de menor valía fueron presos con vida, y se les mandó formar un sumario. Nadie más apto para este ardiente trabajo que Monteagudo; y como Dupuy lo tenía á la mano, tiró un decreto nombrándolo juez de la causa. Monteagudo se había portado con bravura y decisión en los momentos del conflicto. Había salido á la calle armado, y había excitado al pueblo á que luchase, persiguiese y matase á los conjurados contra el orden público y contra la independencia de la patria. Cuatro días de trabajo incesante de toda hora, le bastaron para organizar un sumario voluminoso y prolijo, donde todo quedó asentado y detallado con una luz completa. Así que empezó á organizarse la causa, el teniente gobernador Dupuy ofició al gobierno general con fecha 11 de febrero (1819) diciéndole que apenas se concluyese el sumario lo remitiría... «Por ahora sólo creo necesario informar á Vuestra Excelencia que está plenamente probado que el plan de los conjurados era irse á unir con la montonera, en virtud de comunicación que decían ellos haber recibido de don José Miguel Carrera y de don Carlos de Alvear: éstas no se han encontrado aún, y no hay razones bastantes para darlas por ciertas; pero lo *indudable es que ellos* decían que su proyecto era ir á unirse con aquéllos». (*Gaceta* del 24 de febrero de 1819).

Resultó del proceso, según ocho declaraciones de oficiales que quedaron vivos, todas contestes con la del capitán Lira, que fué la más explícita, que el plan de los conjurados era apoderarse del gobernador, del cuartel y de la cárcel al mismo tiempo: po-

ner en libertad cincuenta ó sesenta presos que había allí, de los tomados á los montoneros de Santafé por Bustos, armarse todos y ponerse en marcha. Resultaban inocentes y sin ninguna participación el mariscal don Francisco Marcó del Pont, el coronel Bernedo y tres soldados, que fueron absueltos según el dictamen jurídico de Monteagudo. Todos los demás fueron inmediatamente sentenciados á ser pasados por las armas, y fueron ejecutados el 15 de febrero de 1819. Véase ahora el terror que este suceso produjo en Chile (12).

El general San Martín seguía en Curimón preparándose, según decía, á pasar con fuerzas á Mendoza y formar allí la división ó ejército que había de entregar al general M. Balcarce. De repente el 17 de febrero le llega la tremenda noticia de que los prisioneros y los montoneros se habían apoderado de San Luis; é inmediatamente le escribe á O'Higgins: «Mi amigo: ahora más que nunca se necesita de que usted haga un esfuerzo *para auxiliar* á la

(12) Los enemigos del Supremo Director y del general San Martín han procurado hacer pasar este complot por una *farsa sangrienta inventada* por la cobardía cruel de Dupuy y de Luzuriaga. Esta calumnia ha podido tener cabida en algunos antes de que escribiera Torrente. Pero después no. Este historiador español, realista empecinado, que nada concede jamás de aquello que pudiera justificar á nuestros hombres de aquel tiempo, ó los actos que ejecutaron, conviene categóricamente en que los prisioneros españoles asaltaron á Dupuy en su casa, en que asaltaron la cárcel y un cuartel. Verdad es que diserta á su antojo contra los *monstruos desapiadados* que después de haber vencido á los realistas se *cebaron* en el castigo y en la venganza.

provincia de Cuyo. Yo partiré esta noche y espero sacar todo el partido posible de las circunstancias *críticas* en que nos hallamos. Temo que todos los prisioneros españoles se hayan incorporado ya en la montonera, y *creo* que nos pueden hacer un mal incalculable: Chile no puede mantenerse en orden, y se contagiará lo mismo que los demás, si no acudimos á tiempo: que no quede un solo prisionero: reúnalos usted á todos: eche la mano á todo hombre que por sus opiniones sea enemigo de la tranquilidad pública: en una palabra, es menester emplear en estos momentos la energía más constante. El comandante Justos pasa á esa á entregarse de los *pertrechos* que *deben marchar* á Cuyo: EL ORDEN INTERIOR NOS ES MÁS INTERESANTE QUE CINCUENTA EXPEDICIONES (al Perú) (13). Haga usted, por Dios, que los efectos pedidos marchen volando á Mendoza, pues aquella provincia se halla enteramente con los brazos cruzados. Las Heras queda encargado de este cantón, y Balcarce debe venir pronto» (14).

Mejor informado un momento después agrega:

«P. D. Mi amigo, vamos claros: si usted quiere que se mantenga el orden en ese país, mande usted por vía de precaución á la isla de Juan Fernández á todos los carreristas... ese paso debe darse

(13) Ojalá que así hubiera pensado siempre, pero cuando cayó Buenos Aires, *una sola expedición* valió más en su ánimo que el deber de salvar el orden.

(14) Alude al general don Antonio, á quien daba orden de venir con las fuerzas que tenía al Sur. No se confunda á este general con sus hermanos don Marcos y don Juan Ramón.

con prontitud según mi opinión... Habilíteme usted con caballos á Necochea, para que esté pronto para cualquier incidente. Lo mismo digo á usted para su escolta; pues es imposible que Ordóñez, Primo de la Rivera y demás jefes que han muerto, y que eran todos hombres de cálculo y de instrucción, se pudiesen meter en una conjuración como esta *sin que estuviese apoyada con muchas ramificaciones* en Chile y Provincias Unidas. Ojo al charqui; y prevenirse con toda actividad.»

San Martín llega á Mendoza inmediatamente, preocupado siempre contra Monteagudo, creyéndolo complicado en estos sucesos. «Luzuriaga me ha dicho esta mañana (escribe) que un vecino honrado de ésta le ha asegurado haber visto una carta de Monteagudo en que nos hace muy pocos favores á usted, á mí y á ese pueblo. Luzuriaga ha quedado en llamarlo al que la tiene y presentármela: lo que resulte avisaré á usted». Entretanto, pocos momentos después sabe que Monteagudo había tenido la conducta de un patriota firme: y que puesto al lado de Dupuy como ministro, como juez, como director, había sido en las calles el alma de la resistencia y quien había puesto á la autoridad en aptitud de restablecer completamente la quietud pública y la confianza que San Martín creía completamente subvertida y arruinada. El general se arrepiente entonces de la injusticia palpitante con que había calumniado en su propio juicio al ardiente patriota: siente remordimientos; del enojo pasa á la reflexión; viene Monteagudo á Mendoza, y se echa á sus pies: llora, se arrepiente, y ofrece mayor moderación en sus proceder. El general se condeue de la dureza del casti-

go y resuelve premiar el ejemplo de abnegación y de energía con que Monteagudo había retemplado los ánimos en San Luis, restableciéndolo en el servicio de la patria. «Debo al general San Martín (le escribe Monteagudo á O'Higgins) el favor de haberme permitido venir aquí, y estar de auditor interino. ¡Ojalá tenga el placer de volver á ver á usted y acreditarle que mis sentimientos hacia su persona son sinceros é invariables!»

En la profunda alarma que le causó el complot de San Luis, el general San Martín tuvo, pues, que hacer justicia también al juicio y al derecho del Supremo Director; tuvo que convenir ahora con él en que *el orden interior era más interesante que cincuenta expediciones al Perú*. Pero por desgracia, esa exclamación que sólo se le había ocurrido al peligro de ver destruída la base de operaciones del *Ejército de los Andes en Cuyo*, fué vana y olvidada cuando sólo fué Buenos Aires el que corría peores peligros. Entonces volvió á pensar que *la expedición al Perú* era preferente á la salvación del orden público y á la intervención del ejército de los Andes en lo que él llamaba *guerra civil*: y así procedió al fin en 1820. La gloria tiene también sus grandes deslices; y bien decía un grande pensador romano: *Non omne quod licet, honestum*.

Entonces fué cuando el general San Martín se resolvió á acantonar en Mendoza una fuerte división, compuesta del regimiento de infantería *Cazadores de los Andes*, cuyo personal ascendía á mil doscientos soldados de primera fuerza, al mando de Alvarado y de Zequeira: puso allí también al escuadrón *Cazadores á caballo*, y tres escuadrones

de *Granaderos á caballo*; quedando en *Santa Rosa*, entre Mendoza y Chile, el regimiento número 11 al mando del coronel Las Heras.

Esta situación hábilmente estratégica, tenía tres objetos: el primero cubrir á Chile de toda tentativa que Carrera procurase hacer tomando el camino de las pampas para caer sobre Mendoza: el segundo, estar en aptitud de caer prontamente sobre Chile también si allí reventara algún desorden grave: y el tercero, conservar la base de operaciones en Mendoza mientras el ejército se remontaba y se ponía en aptitud de operar.

Bajo el influjo de tan graves consecuencias, el crimen político de los *cómplices franceses* tomó un carácter harto serio para que pudiese tratársele con indiferencia. Las leyes de aquel tiempo, y las doctrinas fundadas en su texto, eran demasiado explícitas y obedecían á principios que entonces no tenían como ahora atenuaciones morales. El tribunal militar que conocía de la causa de *insurrección armada*, condenó á Robert y Lagresse á la pena de muerte, y á expulsión por siempre á los demás encausados. Robert y Lagresse pidieron comer juntos la víspera de su ejecución, á la manera de las víctimas que caían bajo la cuchilla de la Convención, y fueron pasados por las armas el 3 de abril de 1819. Sus compatriotas pidieron los cadáveres; se les entregaron; y después de hacerles las fúnebres exequias, los inhumaron en el atrio de *La Merced* (15).

(15) Lagresse escribió á su padre desde *la capilla* diciéndole que cuando vino á este país nada estaba más lejos de su ánimo que meterse en las cosas de la política, pero que su destino lo había ingerido en ella.

En Francia y en cualquier parte de Europa en que hubieran cometido el mismo atentado, habrían tenido igual fin, *ellos y todos los cómplices*. ¿Qué se diría si lo hubiesen hecho extranjeros ó sud-americanos sin motivos propios para tomar esa actitud en el país de su delito? Hacemos esta reflexión, porque esa ejecución ha dado pretexto á escritores mal prevenidos como Vicuña-Mackenna y Torrente á declamaciones pueriles, sin tener presentes la complicidad con lo de San Luis, las doctrinas del tiempo á que aluden, y los principios en que reposaba el orden público en aquellos tiempos.

CAPITULO X

EL RÍO DE LA PLATA EN LA DIPLOMACIA EUROPEA

SUMARIO: Las grandes miras de García desgraciadamente inutilizadas por Pueyrredón.—Nuevas fases de los intereses diplomáticos.—Francia y el Río de la Plata.—Iniciativa del duque de San Carlos.—Acogida de Wellington.—Diligencias del señor Rivadavia.—La cuestión de dinastía mirada con indiferencia.—Informaciones de Mr. Rush.—Mr. Clay y los sudamericanos.—La Comisión investigadora de los Estados Unidos.—La Santa Alianza, Inglaterra y los Estados Unidos.—Mr. Rush y lord Castlereagh.—Vistas y proposiciones del señor Rivadavia.—El señor José Valentín Gómez.—Sus antecedentes, su carácter, su retrato.—Su nombramiento para atender, en París á los intereses argentinos.—Gómez y García.—El marqués de la Palmella.—Actitud de España.—Las gestiones monárquicas.—Inglaterra y Francia.—Combinaciones borbónicas.—Rusia en España.—El general Dessolle y sus amigos.—El barón de Reyneval y el señor Gómez.—Conferencia del señor Gómez con el presidente del Consejo, general Dessolle.—El príncipe de Luca.—Actitud poco sincera del gobierno francés.—Sentido doble de la negociación por parte del gobierno y de los agentes argentinos.—Inminencia tremenda del peligro.—España rehusa la propuesta francesa.—Indecisión de las cosas y proximidad de los sucesos.

Las grandes y trascendentales vistas del señor García habían fracasado, como hemos visto, por la timidez y la lentitud del señor Pueyrredón, Director Supremo del Estado. Si éste hubiera áceptado

en mayo de 1817 el importantísimo tratado de alianza que su hábil plenipotenciario había celebrado en abril con el rey de Portugal, habría venido á ser tan grave la dificultad para las potencias reunidas en el Congreso de Aix-la-Chapelle, que no habría quedado allí más alternativa que obligar á España al reconocimiento inmediato de nuestra independencia, ó consentir que rompiera entre las potencias una guerra, que á poco andar tenía que convertirse en guerra europea. Es evidente que en este último caso, España habría invadido á Portugal con el beneplácito de Francia y de Rusia cuando menos, y que puesta en ese tremendo conflicto, Inglaterra no habría podido quedar inerte. Habría entrado necesariamente á figurar con su poderosa diplomacia y con la prepotencia que entonces ejercía sobre Europa. El rey don Juan, nuestro aliado, se hallaba en Río Janeiro al abrigo de toda tentativa hostil y de toda presión diplomática. La lealtad reconocida de su carácter y de su gobierno, á la par que los intereses americanos de su corona, lo hubieran mantenido fiel al pacto común que nos habría unido; y la solución no habría podido ser otra que el reconocimiento de nuestra independencia. Porque al fin y al cabo, los derechos de España, evidentemente contrarios á los intereses comerciales de Europa, no valían tanto como para que fueran motivo de una guerra europea; y el hilo se habría cortado por lo más delgado, como dice el adagio (1).

(1) No será de más recordar aquí que ese tratado contenía este artículo: «14: Como la conducta de S. M. F. el Rey de Portugal, aunque justa y legítima, se considera *opuesta* á las exigencias actuales de S. M. el Rey de Es-

El fracaso de esta importante negociación por culpa de su propio gobierno fué para García tan grande contrariedad en el camino de nuestra independencia, como lo fué para Alvear la revolución de 1815 que le privó de marchar por el Alto Perú hasta Lima, en el momento en que todo el país incluso el Cuzco, Arequipa y la sierra desde Puno á Jauja, se hallaban en completa insurrección contra el gobierno colonial.

Desde la brillante altura en que pudo ser protagonista, enviado necesario quizá del gobierno argentino en el Congreso de las potencias europeas de Aix-la-Chapelle, tuvo García que quedar reducido al nimio papel de los arreglos caseros, y salvar al menos aquellos intereses más elementales que mejor podían garantizar los puertos del Río de la Plata contra las nuevas expediciones de España, y dejar al Brasil en posesión de la Banda Oriental, con tal de que pusiese término al ominoso cacicazgo de Artigas en el litoral.

A pesar de haber descendido el nivel de nuestra grande diplomacia por la timidez y las vacilaciones del señor Pueyrredón para aprovechar con rapidez y firmeza la ocasión que se le presentó, el rey del Brasil y Portugal había comprometido demasiado su lealtad y buenos procederes en favor nuestro para

pañá, lo cual pudiera traer un rompimiento, queda ajustado para tal caso por ambos gobiernos, que habrá entre ellos una alianza defensiva eventual, que *será publicada juntamente con el reconocimiento solemne de la Independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata* por S. M. F. en el momento de sobrevenir el expresado accidente». (*Artículo reservado*).

que el hábil diplomático que cuidaba allí de nuestros intereses le permitiera soltarse completamente de la robusta y afectuosa mano que estrechaba las suyas; y aunque sus embajadores en París y en Londres negaran *oficialmente* sus hechos y compromisos, de acuerdo con lo que estaba tratado con el gobierno argentino, ningún soberano ignoraba la verdad y la importancia de esos compromisos; y él mismo tenía que mantenerse, por honra propia y por dignidad política, favorablemente ligado á la causa de la independencia argentina, agenciándola con empeño por medio de sus mismos embajadores ante las cortes de París y de Londres (2).

Fácil es comprender que en esta situación, aun cuando la alianza no hubiera tenido lugar, ó hubiera quedado desgraciadamente sin efecto, le interesaba altamente al honrado rey de Portugal (3) hacer lo posible por allanar las dificultades even-

(2) En el tratado de García con el gobierno portugués que antes mencionamos, se contenía este otro artículo: «Los artículos reservados quedarán en el sigilo más inviolable, mientras el orden de los sucesos no aconseje otra cosa, y si á pesar de las precauciones llegasen á traslucirse algunos de ellos, el gobierno argentino *se obliga á contradecir* de un modo solemne y comprometiendo su dignidad si fuere preciso, la existencia de tales artículos». (Artículo 15, pág. 571). Así fué que habiendo el ministro francés de Río Janeiro denunciado á su gobierno la existencia de la alianza, fué interpelado el duque de la Palmella por el ministro de Relaciones Exteriores de Francia, y contestó redondamente que la denuncia era inexacta, y que no existía semejante alianza.

(3) Tenía este rey una notable semejanza de cualidades morales (si no tantos talentos y luces) con su nieto el actual emperador don Pedro II.

tuales que pudiera ocasionarle la situación embarazosa que tenía que mantener entre su política americana y los intrincados problemas de la diplomacia europea en aquel momento, cuya base era la reintegración de todos los territorios usurpados y fraccionados, al dominio de los respectivos soberanos que habían sido despojados por insurrección ó conquistas. Para ello, lo más eficaz era atraerse la buena voluntad de Inglaterra, que habiéndose apoderado en Africa y en Asia de ricas colonias y puertos importantes como el del *Cabo de Buena Esperanza* y otros, no estaba del todo con la teoría de esas reintegraciones, que según su entender serían convenientes cuando más en los territorios de Europa, pero no totalmente aceptables en los países coloniales, donde habrían sido funestas para su comercio é industria. En aquel momento (1818) los Estados Unidos tenían con España una cuestión enojosa, sobre las dos Floridas, que no estaba muy lejos de convertirse en una guerra; y ya por esto, ya por sus mismos antecedentes, ó por los intereses continentales, había comenzado á diseñarse en su prensa y en las reticencias mismas de su diplomacia, una teoría política, de que si los pueblos hispano-americanos se mostraban capaces de defender sus derechos y de establecer gobiernos cultos que respetasen las leyes fundamentales del derecho de gentes, debía reconocérseles como naciones, y garantizarles todos los derechos de la más completa neutralidad y comercio, sin perjuicio de que España continuara ó no su cuestión y su guerra con ellos.

Tenía confianza el gobierno portugués en que los intereses comerciales de Inglaterra, análogos y

comunes con los suyos y con el espíritu constitucional y político de los Estados Unidos, habrían de hacer al fin que se adoptase con firmeza la necesidad y el empeño de imponer esta solución á España, cuyo antecedente había dado él mismo constituyendo al Brasil en corona independiente del reino de Portugal. Después de la victoria de *Maipú* España debía contentarse con salvar el Perú si podía, renunciando á las Provincias Unidas del Río de la Plata y á Chile; pues visto el auge que había tomado en Buenos Aires el tráfico inglés y portugués, no era posible resignarse á que una expedición como la que se preparaba en Cádiz viniese á barbarizar el país y destrozar una nacionalidad viva y rica dentro de la cual el comercio de los neutrales representaba ya muchos millones, con halagüeñas perspectivas de un ensanche fabuloso el día que se consolidase la paz (4).

(4) Desde el mes de abril de 1818 se sabía en Buenos Aires que se estaba concentrando en Cádiz una fuerza considerable contra la capital argentina. La *Gaceta* del 29 de abril transcribía un artículo del *Morning Chronicle*, en que se decía: «En uno de nuestros números anteriores observamos ya que antes de hacer partir SU EXPEDICIÓN DE CÁDIZ, España tendría que vencer el obstáculo que encontrará en la ocupación portuguesa de Montevideo, que tal vez sea el *palladium* de la América Española. Para salvar ese obstáculo es que España se ha hecho de la escuadrilla rusa sometiéndose á las imposiciones del autócrata ruso, y que prepara, por medio de ingentes sacrificios, *algunos miles de soldados* para ir á tomar aquella primera posición». La misma *Gaceta* inglesa transcrita en Buenos Aires el 4 de noviembre de 1818 decía que ya estaban reunidos en Cádiz 8,000 hombres, y que la *nueva expedición* se daría á la vela á principios de julio de 1819.

Y la verdad es que ese próspero progreso se hacía ya notar en 1818. El señor Pueyrredón le escribía al señor Guido en 16 de julio: «Aquí no se conoce que hay guerra; y si no fuera por el *medio millón* que estoy sacando para mandar á ese país (Chile), ni los *godos* se acordarían ya de Fernando VII» (5). Tal era el importantísimo movimiento de mejora económica y moral en que había entrado nuestro país después de la victoria de *Maipú*; y bien se habrá visto por el importantísimo artículo del *Times* (pág. 195) que la política del gabinete inglés andaba ya vacilante, y muy inclinada á una evolución asaz significativa en el sentido de la política portuguesa, que era el de sus propios intereses. Cuando una potencia de esa magnitud toma esta clase de derroteros podrá faltarle medios directos de hacer triunfar sus conveniencias, pero jamás le faltan medios indirectos; y era bien claro que Inglaterra estaba ya resuelta á usar en beneficio propio, de la iniciativa que había tomado el gobierno portugués.

En cuanto á Francia, el asunto era algo más complejo. Sus intereses comerciales, los de su naciente y preciosa industria, y los de su marina mercante ligada á tantos y tan bellos puertos como los que tiene á uno y otro lado de sus costas, eran estímulos que estudiados en sí mismos y por los hombres de ideas liberales, la empujaban socialmente en el mismo sentido que á Inglaterra y Portugal. Pero desgraciadamente se hallaba en manos de un partido gubernamental reaccionario, y de un rey

(5) *Papeles de Guido*, pág. 129.

estrechamente ligado por los vínculos de la familia y de los intereses dinásticos al de España. El gabinete no desconocía el inmenso interés que llamaba á la nación á frecuentar los mercados sudamericanos, interés tanto más grande cuanto que después de las guerras del Pacto de Familia, y de las guerras napoleónicas, Francia había perdido todas sus colonias y había visto arruinarse su marina de guerra y su marina mercante por la imposibilidad de navegar en mar alguno en que durante veinticinco años la habían tenido los cruceros y las escuadras inglesas..

Sin embargo, el gobierno francés, lo mismo que la nación, se sentía atraído á la América del Sur, al Río de la Plata sobre todo, como todas las naciones de su vecindad. Pero no pudiendo tomar el camino franco y liberal que iba á tomar Inglaterra, y que había tomado ya Portugal, andaba trabajando lentamente una manera de llegar á lo mismo con la aprobación de Fernando VII, haciéndose de una rica y opulenta colonia. Pensaba nada menos que en adquirir á Méjico ó á Buenos Aires. A la vista tenía el miserable estado de las finanzas y de la situación moral y económica en que se hallaba España. Sabía á ciencia cierta que sin auxilios extranjeros, España no podía prevalecer sobre los independientes del Nuevo Mundo, que alzados y victoriosos estaban contra ella, desde el Cabo de Hornos hasta Méjico; y protestando sus más decididas simpatías por la restauración del régimen colonial, hacía comprender que si fuera monarquía absoluta ya habría extendido sus dos brazos en protección del Rey Católico, pero que teniendo que

contar con Cámaras, con electores y con ministros parlamentarios, era menester halagar las necesidades y los apetitos de la nación, cediéndole algunos territorios en compensación de una alianza que tomaría sobre sí la consecución completa de sus deseos. No había prestado oídos Fernando á estas leves insinuaciones; pero, como todos veían que se aproximaba para España una grande y terrible crisis, el gobierno francés sabía que el Rey Católico se vería obligado á echarse en sus brazos, y que vendría de suyo la ocasión, no sólo de salir á defender su trono, sino de ayudarlo, mediante buenas compensaciones, á reintegrar su imperio colonial.

A pesar de la mala disposición del gobierno francés, los negocios del Río de la Plata despertaban vivísimo interés en los gremios del comercio y de la industria. Encarcelados durante tantos años en el aislamiento en que los habían tenido las incesantes guerras del Imperio y los poderosos bloqueos de los ingleses, anhelaban por respirar las brisas del mar y extender las fuerzas productoras de su inteligencia y de su industria por el mundo exterior donde estaban los compradores y el oro que debía pagarlas. El señor Rivadavia, que buscaba con incesante solicitud medios de ensanchar su acción en beneficio de su patria, se había hecho de amigos que lo escuchaban y que comenzaron á tener felices resultados en sus primeras operaciones de comercio. Uno de ellos, el señor Leloir (don Francisco Antonio), vino á Buenos Aires con una especie de comisión privada de los comerciantes del Havre. Varias casas de allí le encargaron que protegiese á los agentes que mandaran y que cuidase de los nego-

cios que trajeran. Se hizo con esto no sólo un verdadero cónsul, sino un centro de buenos negocios, que dada su honorabilidad, su juicio y su acierto le dieron una posición respetabilísima, y consideraciones de todo género en la que debía ser desde entonces la patria de sus hijos.

Contribuía muchísimo al influjo de estas ideas y de los intereses comerciales el abate de Pradt, fecundísimo y elocuente escritor que repetía uno sobre otro sus interesantes folletos en favor de la independencia sudamericana, y de las enormes conveniencias que el mundo civilizado tenía en ella; y como era un escritor liberal, insistente y bien quisto, aunque bonapartista en otro tiempo, sus escritos gozaban de grande y general aplauso en toda Europa, muy afectada ya por las ideas modernas.

Contaba España en el Congreso de las potencias con la protección de lord Wellington, representante de Inglaterra; y en la esperanza de que esa protección fuese decisiva, encargó al duque de San Carlos que recabase el apoyo del ilustre duque y gestionase la necesidad de que se le ayudara por las negociaciones ó por la fuerza á recuperar el imperio de sus colonias americanas, previo acuerdo de que restablecido ese imperio se modificaría el régimen interno en beneficio de las naciones europeas, en tanto cuanto fuera adaptado á su seguridad y á las leyes del reino. Aceptó lord Wellington la idea en general, y trató de conferenciar sobre el asunto con lord Castlereagh y con mister Canning, que, aunque encargado en el gabinete de un ramo secundario, comenzaba á tener en el Parlamento una mayoría predominante, y era en aquel momento el

ídolo de los banqueros y comerciantes de la *City*. Castlerreagh opinó que el gobierno inglés podría encargarse de la mediación propuesta á condición de que en el tratado entrase la concesión del comercio libre de las colonias. Wellington observó que semejante condición en territorios tan vastos y costas que abrazaban una gran parte de los mares podría ser mirada por España como una imposición de la independencia de sus colonias; y Canning manifestó entonces que la única parte que Inglaterra debía tomar en esta cuestión, era la que correspondía á una estricta neutralidad entre gobiernos de hecho que cumplían sus deberes internacionales, y la antigua metrópoli que les hacía la guerra; que esta política permitiría á Inglaterra proteger legalmente el comercio de sus súbditos mientras no violasen las leyes de uno ó de otro país, y que en esta situación debía esperar el momento en que los hechos, y su derecho, le aconsejasen acreditar agentes consulares, hacer convenios, y preparar una solución definitiva á las dificultades, sin atacar los derechos de España ni privarse de los propios, como potencia neutral. Y como ninguna de las dos opiniones del ministerio coincidía con las miras de España, ni con los deseos de lord Wellington, quedó sin resultado la indicación del embajador español.

Al favor de la plena libertad de que gozaba, la prensa inglesa echaba al viento todo lo que podía alcanzar de estos y de los demás incidentes que tenían lugar en el mundo político; y por ella fué que don Bernardino Rivadavia tuvo ocasión de hacer sonar su nombre y los intereses que representaba,

al oído de los hombres políticos cuya atención habría deseado captarse. Pero nada serio y formal pudo negociar privada ó públicamente. En vano puso por mediadores algunos personajes de grande reputación, pero que se hallaban excluidos de todo influjo político; y que si lo hubieran tenido, habrían hecho resonar en las Cámaras con algún prestigio, los intereses y los derechos argentinos á entrar en la consideración política de los gabinetes. Fracasó también una negociación bastante efímera que el señor Rivadavia entabló con el mismo duque de San Carlos: ni uno ni otro tenían bases asertivas, y al momento quedaron incapacitados de entenderse. Sucedióle lo mismo en una entrevista que á influjo del general Lafayette le concedió el ministro Desolle.

Sin embargo, dando pasos de todo género; haciéndose del favor de los escritores liberales; proclamando los intereses comerciales; protestando (siempre que alcanzaba á saber que se trataba de concertar algo con España) que á él le tocaba entender en todo lo que se hiciera, porque estaba facultado ampliamente, aun para tratar de la erección de una monarquía constitucional, que era su grande anhelo entonces y el único modo que veía de consagrar nuestra independencia, contribuía indudablemente á que se percibiesen al menos, en el mundo europeo, los ecos lejanos y simpáticos de nuestra grande lucha.

La actividad y la insistencia de sus trabajos, algunas indicaciones sobre su influjo, propias de su candor y de la importancia que se atribuía, hicieron pensar y esperar al gobierno y al Congreso,

que podría levantar obstáculos á la expedición de Cádiz, ya fuera obteniendo favores diplomáticos de las grandes potencias, ya logrando entablar la negociación de una dinastía; operación larga, larguísima, que podría dar tiempo á conjurar peligros y organizar medios de resistencia. Así fué, que se le autorizó con nuevas credenciales para que abriese proposiciones en ese sentido, al mismo tiempo que se estaba sancionando una Constitución (la de 1819) cuyos artículos iniciales consagraban el régimen republicano y electivo en toda su esencia.

Entre todos estos intereses que parecían removerse en obscura confusión, el más apremiante y bien entendido era el que tenía Portugal de desligarse de nosotros, de regularizar su situación entre las potencias europeas, y de eludir los compromisos en que se hallaba, obteniendo un acuerdo que trajera al rey de España á consentir en la independencia del Río de la Plata. Así cumplía con todos: representaba en ese sentido nuestros intereses; evocaba los de las naciones comerciales; se desprendía de la alianza que había querido formar con nosotros; conservaba la Banda Oriental, y se ponía en un terreno hacia el cual estaba ya en camino Inglaterra. Ni á Inglaterra, ni á Portugal, ni á Europa, ni á España tampoco (no pudiendo someternos) les importaba cosa ninguna que si habíamos de ser independientes fuésemos república ó fuésemos monarquía. Lo que los primeros querían, y lo que habían de acabar por querer los demás, era que se removiesen las trabas que dañaban el comercio ultramarino. Con esto bastaba para que se diesen por

satisfechos y para que prescindieran de esos intereses dinásticos que todos habían mirado con el más profundo despego. Esto era lo práctico; y de ahí la tibieza con que el señor García había mirado y tratado siempre esta faz de la cuestión, que no había sido en sus manos sino un accesorio tendente á poner en pugna á España con los buenos oficios de los demás gobiernos interesados en encontrar no un trono, sino un término medio conciliatorio y plausible.

Los datos más serios con que contamos hoy para conocer la parte de la diplomacia de aquel tiempo relativa á nuestro país, son los informes publicados por mister Rush, ministro de los Estados Unidos en Londres desde 1817 á 1825 (6).

Los Estados Unidos, que con los instintos soberbios de su extraordinaria naturaleza, y de su crecimiento, tenía también grandes aprehensiones de que la Santa Alianza pudiera introducirse en la América del Sur por medio de España, y producir el fermento de intereses, de ideas y de pasiones exóticas, que radicándose en México, en el Perú ó en el Río de la Plata, fuesen un enorme y peligroso obstáculo para su prosperidad y para la paz de este continente, había advertido á sus plenipotenciarios de París y de Londres mister Gallatin y mister Rush que no descuidasen esta amenaza, y que tuviesen presente que la doctrina de su gobierno era que «la América era exclusivamente de los americanos», sin que con pretexto alguno pudieran ingerirse en sus cuestiones, potencias y gobiernos que no tuviesen

(6) *Residence at the Court of London.*

derechos directos en los asuntos que se ventilaban. El temor de estas complicaciones que no era del todo infundado entonces, tenía inclinado al gobierno de los Estados Unidos á zanjar la cuestión, por su parte, reconociendo la independencia del Río de la Plata; y para proceder con cordura había resuelto en 1818 mandar á Buenos Aires una Comisión de investigación, encargada á dos hombres de un alto criterio y de una honorabilidad excepcional, servidos por un secretario estudioso, contraído y trabajador, que tenía el deber de tomar datos sobre los medios morales y materiales con que nuestro país podía contar, no sólo para defender su independencia, sino para gobernarse y cumplir con los extranjeros los deberes de un pueblo y de un gobierno culto.

El resultado fué plenamente satisfactorio. Los señores Rodney y Graham en sus informes oficiales, y el señor secretario Bragkenridge en dos grandes volúmenes de preciadísima importancia, dieron cuenta de que desde el punto de vista militar teníamos todos los recursos necesarios para hacer imposible que España pudiera retrotraernos á su yugo; que éramos una nación culta donde el extranjero era tratado y visto con favores ilimitados; que nuestras leyes eran liberales; las doctrinas sociales tan perfectas y adelantadas como en los Estados Unidos; y que si bien no habíamos llegado á tranquilizar las olas revolucionarias levantadas por la guerra y por la revolución, las cosas se desenvolvían con una tendencia marcada hacia el gobierno republicano bajo principios análogos á los de la América del Norte.

Provisto de la correspondencia confidencial y de los informes que le transmitió mister Rodney, el famoso Clay, el modelo más acabado que nos presenta el mundo moderno del civismo y de la virtud unidos al poder de la elocuencia, levantaba su voz en las Cámaras de su patria y se hacía aplaudir pronunciando estas palabras que resonaron en el mundo europeo, como expresión de la política del presidente Monroe en los asuntos de la América del Sur: «Es contra toda verdad y contra toda justicia que se haya querido hacérsenos creer que los sudamericanos están imbuídos en tan grande ignorancia y atraso, que son incapaces de constituir gobiernos libres y cultos. Esta es la irritante y falsa doctrina de los tronos, pero es contraria á los hechos y á la naturaleza de las cosas. Los sudamericanos adoptan nuestros propios principios, copian nuestras instituciones, y casi siempre las consignan con los mismos conceptos que nosotros empleábamos durante nuestra revolución» (7).

De este modo pues la sociabilidad americana, al norte y al sur, venían á tocarse, casi simpáticamente, con los problemas que preocupaban al gabinete inglés acerca de las cuestiones diplomáticas suscitadas por el bárbaro sistema que España, ayudada por la Santa Alianza, querían restablecer en las naciones europeas y en sus posesiones coloniales. Lord Castlerreagh, que no estaba del todo en las ideas de mister Canning, y que creía necesario contemporizar con las potencias del continente y con lord Wellington, buscó un medio hábil de des-

(7) Clay, *Speeches*, vol. I, pág. 89-90.

cartarse de los compromisos en que estos antecedentes lo colocaban; y dando á los Estados Unidos la importancia que realmente tenían, por su vecindad con México y con las regiones del Norte, trató, no tanto de buscar, pues bien la sabía, sino de dejar oficialmente comprobada cuál era la política que en todo caso estaba dispuesto á seguir el gabinete de Wáshington en la grave cuestión de España con sus colonias. Pensaba, dijo á mister Rush, que los Estados Unidos podían adunarse con Inglaterra en el propósito de poner un término á esa larga y sangrienta lucha; y creía que recabando de España la libertad del comercio colonial, y un régimen que diera elementos de gobierno propio á cada una de las regiones que habían de ser centro administrativo de su imperio occidental, se debía intervenir y suprimir la insurrección perjudicialísima en que persistían esas colonias.

El ministro norteamericano que aun no tenía instrucciones al caso para entenderse con Inglaterra, esquivó los términos asertivos, y aseguró que hasta su salida de Wáshington el gobierno de los Estados Unidos se había abstenido de dar tal ó cual carácter á la insurrección sudamericana; que según él esa lucha estaba contenida, hasta entonces, en los límites de una guerra civil; pero que, como las diversas repúblicas ó fracciones que se habían separado de su metrópoli usaban banderas distintas, los Estados Unidos las admitían cumpliendo estrictamente su deber de neutrales, porque otra cosa habría sido convertirse en agentes del rey de España sin deber ni derecho para ello.

Pasada la sorpresa del primer encuentro, digá-

moslo así, mister Rush comunicó á mister Gallatin la insinuación de lord Castlerreagh; y ya fuese que éste estuviese más al cabo de las ideas de su gobierno (8), ó que en el intermedio hubiesen tenido ocasión de consultarlo, se encontraba habilitado para responder más asertivamente, caso de renovarse las indicaciones como era indudable que sucedería.

En efecto, esta vez fué mister Rush quien provocó la nueva conferencia con lord Castlerreagh. Los periódicos mejor informados habían publicado las instancias que hacía España por obtener la mediación de Inglaterra, y alguno de ellos aseguró que estaba ya concedida y convencionada. Lord Castlerreagh desmintió ese avanzado aserto; reiteró el deseo que tenían todas las potencias de acceder á las instancias de España y de recomponerle su sistema colonial, porque sin eso, corría lamentablemente á la más completa ruina y postración; agregando que no se había tratado aún de cómo se haría el concierto para llevar á cabo tan arduo negocio, en el cual mantenía las mismas opiniones que antes le había manifestado, pues todo dependía de salvar la libertad del comercio. Tomó entonces motivo mister Rush para opinar que las colonias insurrectas habrían de rechazar esas bases; y que si la mediación de las potencias habría de ir, en tal caso, para no quedar desairadas, hasta tomar parte con fuerzas y medios propios en la guerra, podía

(8) *Hist. of England from 1815*, vol. II, pág. 358 by Spencer Walpole. «Canning took the opportunity of sounding Mr. Rush on the views of U. S. upon the subject. Rush however had no instructions upon it, and Canning was consequently compelled to act alone».

asegurarle que el gobierno de los Estados Unidos no quedaría indiferente, y que se opondría con cuanto pudiera á que la cuestión tomase ese desenlace; tanto más cuanto que su gobierno estaba ya muy inclinado á reconocer la independendencia de Buenos Aires y de Chile, donde no quedaba en pie ninguna autoridad española, y donde se habían formado gobiernos cuya relación ningún país neutral tenía derecho ó interés en rechazar.

Tuvo ocasión el señor Rush de comunicar á lord Castlerreagh que su gobierno había resuelto acreditar en Buenos Aires un agente público consular; y que como había recogido informes oficiales y fidedignos de que los nuevos estados de la América del Sud no sólo tomaban formas regulares, sino que económica y políticamente se hallaban ya dueños de su propia entidad y desenvolviendo sus recursos con verdaderas aptitudes, estaba resuelto á reconocer su independendencia. Después de consideraciones generales sobre la política de los dos gabinetes, lord Castlerreagh declaró que en esta cuestión jamás había tenido propósito de comprometerse en actos coercitivos, ni otra mira que la de entablar negociaciones persuasivas entre una y otra parte beligerante, en el sentido de restablecer la paz, sobre la base de un mejor gobierno colonial.

Aprovechando el señor Rivadavia estos interesantes datos cuyo conocimiento obtuvo por mister Gallatin y por el general Lafayette, concibió el plan de una doble negociación en Francia y en Inglaterra, de la que esperaba sacar resueltas las dos grandes cuestiones que lo preocupaban: la independendencia y la erección de la monarquía constitucional que

era su delirio. Sabía que el gobierno inglés no aceptaba para su real familia, ni para sus protegidos, la corona que trataba de erigir. Por este lado, pues, nada había que proponer en ese sentido: y todo debía dirigirse á la parte económica y comercial del asunto. Pero creía que no era lo mismo tomando el asunto bajo el aspecto de las preocupaciones ordinarias del gabinete de París y de los intereses dinásticos de los Borbones, que siempre se habían mostrado inclinados y anhelantes por colocar príncipes de su familia por todas partes del mundo. Allí, pues, debía buscarse el príncipe que había de coronarse con la poderosa cooperación de las potencias continentales.

Encantado con esta invención, se dirigió al gobierno de Buenos Aires detallando todas las ventajas de su plan, y la necesidad de ponerlo en práctica por medio de dos legaciones individualizadas, que negociaran exclusivamente cada una en su terreno y en su diverso sentido, á fin de no complicar política inglesa con política francesa. Podía aprovecharse así la rivalidad diplomática, mercantil y colonial que comenzaba á producirse entre las dos potencias, y que según él estaba ya acentuadísima, en lo cual no estaba del todo engañado. En las gestiones que hizo para que se creasen esas dos legaciones, se tomó él la parte inglesa que era la más inclinada á dar buen resultado por el espíritu liberal que iba tomando el gabinete británico á causa de la escisión que Canning iba produciendo en el partido *tory* con sus ideas liberales, y pidió el envío de un nuevo negociador para París, donde había que luchar, que estrellarse, mejor dicho, contra los compromisos que la dinastía y el partido reaccionario

que gobernaba había contraído con la Santa Alianza.

En la esperanza de que pudiese abrirse una negociación que detuviese los armamentos que España hacía en Cádiz contra Buenos Aires, nombró el gobierno por agente suyo en París al señor don José Valentín Gómez, hombre hábil, culto como el mejor cortesano, dotado de una palabra insinuante, de un metal de voz sonoro, pero delicado que parecía salir de las cuerdas de un arpa, y con un talento de exposición flúida y perfectamente calculada al objeto que lo movía. La revolución lo había hallado en plena profesión sacerdotal, desempeñando el curato de Canelones. Pero traía ya su espíritu removido por el profundo sacudimiento de las invasiones inglesas, y había brotado espontáneamente en su alma un amor profundo de los intereses del país, una de esas pasiones con que se revelan los grandes patriotas. De grande y distinguida alcurnia; adorado en su numerosísima familia por hombres y mujeres, por viejos y niños, era un oráculo de todos; y cuando entraba por la noche en los estrados, donde cien sobrinos y primos de qué sé yo cuantos grados acudían á besarle las manos con un indecible cariño y obsecuencia, se imponía de veras la hermosa presencia de talle y de fisonomía con que tomaba su puesto en el centro del salón y departía con suprema cultura y amenidad los asuntos triviales de la conversación de las señoras, ya en el género casero, ya en la faz adaptable de los asuntos corrientes de la ciudad (9).

(9) Puede dar testimonio vivo de esto el señor Nicolás Calvo y sus hermanos, que seguramente habrán presen-

Este sacerdote, lanzado desde el curato á las filas más avanzadas de los patriotas de 1810, de 1812 y de 1814, había conservado todo el decoro de su carácter y de sus costumbres; pero de su profesión sacerdotal no había salvado nada más que el derecho de hablar desde el púlpito, no de santos del martirologio cristiano, sino de los prohombres y de las grandes fiestas de la patria. No era que su carácter fuese dulce ni apacible; por el contrario, era de un temperamento alzado é imponente: un partidista firme y resuelto; activo y metido siempre en lo más arduo y comprometido de los debates y de los conflictos revolucionarios. En la tribuna iba hasta donde su pasión y el interés de su partido lo llevaban; y en los puestos que ocupaba era, más que contemplativo, imperante y erguido (10). Como hombre de letras no puede decirse que haya sobresalido el señor Gómez, ni dejado otra cosa que algunas pocas arengas y elogios fúnebres. Su talento era más bien dialéctico: perezoso para producir por la pluma, se desquitaba con la improvisación parlamentaria; y allí estaba ciertamente en su puesto cuando se abandonaba á la abundancia de sus argumentos y á la variedad de fases que le presentaba la discusión. No en balde había sido también en su juventud maestro de filosofía peripatética en el Colegio de San Carlos, y *«cordubensis Collegii quon-*

ciado, en la extensa rueda social de su señora madre doña Josefa Díaz de Calvo, la escena gráfica que expongo.

(10) Podemos asegurarlo los que como el doctor Tejedor, otros, y yo mismo, le hemos visto actuar en la Universidad mientras fué rector y, en otros grandes empleos.

dam Scholasticus». La misma importancia que transpiraba de su persona, el aire distinguido y enhiesto que le era natural, sus ojos azules y la alba tez realzada por el esmero exquisito y serio del traje, hacían del señor José Valentín Gómez un adecuado representante del gobierno argentino en la corte aristocrática y seria que Luis XVIII y madama de Caylus trataban de resucitar en París.

El señor Gómez había sido en 1814 uno de los miembros más notables de lo que se llamaba entonces *la facción de Alvear*; y no diremos la exageración sino la acentuación de sus ideas y de sus actos en servicio del partido y de su jefe, le había atraído, en el partido vecinal de ricachos y timoratos, grandes antipatías en que entraba también la renuncia notoria de su carácter sacerdotal que se revelaba en el desembarazo con que había asumido su papel político y beligerante. Era esto causa de que el señor Pueyrredón fuese no poco motejado por los más rehacios del círculo gubernativo, que no pudiendo desconocer las superiores calidades del personaje habrían querido verlo siempre puesto aparte, y sin entrada posible al teatro de los sucesos; influyendo esto poderosamente para que se le alejara con este motivo honroso y digno de su mérito personal.

De acuerdo con sus instrucciones, el señor Gómez bajó á Río Janeiro para tomar datos del señor García acerca del estado en que se hallaban los intereses diplomáticos del Río de la Plata. Era el señor García uno de los discípulos más aventajados que el catedrático de 1802 había tenido en el Colegio de San Carlos. Unidos después en los mismos deseos políticos, en las mismas ideas, y hasta en los

mismos partidos afiliados, habían conservado una sincera amistad en que andaba envuelto el cariño presente con el respeto de los gratos recuerdos. Pero ardoroso é impulsivo el maestro, reflexivo y prudente el discípulo, expuesto á ilusionarse el primero con el efecto de cualquiera perspectiva halagüeña, observador, estudioso, y poco inclinado el otro á la política apasionada ó imaginativa, los papeles parecían cambiados entre discípulo y maestro. Disuadiólo García de tentar negociación ninguna matrimonial con la casa del Brasil, asegurándole que el rey don Juan y sus ministros se habían resistido siempre á comprometer su familia en esa aventura, porque tenían muy poca confianza en la estabilidad de los gobiernos y de las cosas del Río de la Plata, y porque creían que sería gran calamidad para el Brasil y Portugal tomar esa actitud que podría imponerles todo el peso de una guerra inacabable, por el parentesco del monarca ó por la vergüenza de un desistimiento forzoso que pudiera suscitarse después de comprometida su honra.

Por lo demás, estando sancionado ya un artículo de la nueva Constitución en que se declaraba que la religión católica apostólica romana era la religión del Estado, no veía el señor García cómo pudiera entablarse una negociación monárquica seria, á no poner los ojos en príncipes franceses ó italianos, puesto que el gobierno argentino preceptuaba que *no se admitiera de ningún modo miembro alguno de la casa de España*, y cuando en resúmdas cuentas, franceses, italianos y españoles eran de la misma casa, de los mismos intereses, afiliados todos á la Santa Alianza y estrictamente sujetos á

lo que el rey de España quisiera ó no consentir; de manera que sería siempre Fernando VII el árbitro de toda la negociación, cuando no había que contar con su aquiescencia para nada que no fuese el restablecimiento puro y simple de su imperio colonial. Bien estudiado el asunto, convinieron ambos en que las miras del señor Rivadavia no ofrecían ningún resorte positivo con que llegar á una solución, y que era menester atenerse á las sugerencias y recomendaciones del señor Tagle, que se reducían á tomar cualquier pretexto, cualquier medio, cualquiera negociación, costara lo que costara, y se ofreciera lo que se ofreciera, con tal de que las potencias mediaran y se contuviese por algún tiempo la salida de la expedición de Cádiz, que al fin y al cabo era también *lo único claro y positivo que contenían las instrucciones* y el fin reservado con que el gobierno enviaba al señor Gómez.

Debido al influjo del señor García en el gabinete de Río Janeiro, prestóse el rey don Juan VI á que se pasara una nota al duque de la Palmella, su embajador en Aix-la-Chapelle, ordenándole que hiciese una indicación á los demás embajadores de aquel Congreso sobre la conveniencia que habría para todas las potencias, especialmente para las que tenían intereses apremiantes en la navegación y comercio del mar Atlántico, en provocar un acuerdo con el rey de España á fin de que consintiese en la erección de una monarquía en el Río de la Plata, con cuyo consentimiento se entrase á negociar la manera de estatuir este nuevo gobierno mediante un armisticio y la aceptación del gobierno insurgente de Buenos Aires. La proposición del duque de la

Palmella fué bien recibida en Aix-la-Chapelle; y aun el gobierno francés la miró, si no como solución, como una tentativa al menos simpática y ventajosa para todos, sobre la cual podría oírse á España.

Llegó el señor Gómez á París, cuando los hombres del gabinete se hallaban bajo esta impresión favorable. Lord Wellington, celoso protector á todo trance de los intereses españoles, pero leal constitucionalista como todo inglés, se había encargado de trazar un plan de avenimiento más ó menos análogo en el sentido propuesto por el duque de la Palmella (11), lo cual no había sido del gusto del gabinete francés, muy preocupado entonces de rivalizar con el influjo comercial de Inglaterra.

La misión del señor Gómez tenía por objeto en París, como la del señor Rivadavia en Londres, perturbar la organización y la partida de la grande expedición española que se aprontaba en Cádiz. Visto el estado tristísimo del Río de la Plata, que el lector conoce por lo que hemos expuesto, era incuestionable que las provincias argentinas no se hallaban en estado de rechazar, por lo pronto, fuerzas de tanto bulto como las que España había reunido con los auxilios descarados de Rusia y con las connivencias poco disimuladas de Francia. Por la nota que ponemos al pie de esta página, puede formarse una idea de lo que valían los poderosos y supremos esfuerzos que Fernando VII estaba haciendo para reconquistar á Buenos Aires (12).

(11) Gervinus, *Histoire du XIX siècle*.

(12) ESTADO DE LA ESCUADRA Y CONVOY QUE SE PRE-

El peligro en que se hallaba nuestra causa era tan grande y tan inminente, que no era posible evitar sacrificio alguno para conjurarlo. En aquel tiempo, las ideas republicanas sublevaban el anatema de todos los países fuertes. La misma Inglaterra las repudiaba. Cuando algún pueblo de América pedía algún favor ó imploraba que lo salvaran, en el interés del comercio y de la industria de las grandes naciones, los ministros de esas potencias le respondían: «Mientras seáis republicanos no debéis esperar nada de nosotros: estamos resueltos á negároslo todo, aun con perjuicio de nuestros intereses; y también lo estamos á ayudar á vuestro rey para que os someta: ¡es un compromiso sagrado que hemos jurado entre todos!... La diplomacia sudamericana no

PARAN EN EL PUERTO DE CÁDIZ PARA EXPEDICIONAR CONTRA EL RÍO DE LA PLATA.

SEIS NAVÍOS DE 74 CAÑONES, á saber: *Fernando VII* (ruso), *España* (ruso), *Numancia* (ruso), *Guerrero* (español), *San Julián* (español). El sexto no ha recibido nombre todavía (es ruso).

OCHO FRAGATAS, á saber: *La Perla* (española), *Diana* (íd.), *La Pronta* (rusa), *Mercurio* (íd.), *Viva* (íd.), *Ligera* (íd.). La sexta y la séptima no han recibido nombre todavía; (son rusas).

TRES CORBETAS: *Fama* (francesa), *Victoria* (francesa). La tercera (también francesa) no ha recibido nombre todavía.

SEIS BERGANTINES: *Ligero*, *Jacinto*, *Golondrina*, *Flecha*, *Guerrero*, *Avispa*.

TRES GOLETAS: *Juliana*, *Roncalera*, y otra sin nombre.

VEINTINUEVE BARCAS CAÑONERAS: *Castellana*, *Leonesa*, *Aragonesa*, *Navarra*, *Valenciana*, *Gallega*, *Mejicana*, *Limeña*, *Santafecina*, *Caraqueña*, *Habanera*, *Chilena*, *Guatemalteca*, *Campechana*, *Canaria*, *Mahonesa*, *Catalana*,

tenía más remedio que mentir, que contemporizar para ganar tiempo, y seguir derrotando parcialmente las tropas españolas para hacer cada día más difícil y más dispendioso el esfuerzo final de la lucha por parte de España.

El armamento de Cádiz estaba tan adelantado que no había tiempo material para pensar en atacar á Lima, y ocupar en empresas lejanas las tropas y los recursos que necesitaba Buenos Aires para su propia defensa. No había más arbitrio que intrigar y hacer creer á las potencias que no persistíamos en ser republicanos; que esta forma de gobierno no figuraba entre nosotros sino por la fuerza de una

Vizcaina, Montañesa, Asturiana, Manchega, Estremeña, Inés, Carmen, Valiente, Actividad.

CIENTO VEINTIÚN TRANSPORTES.

FUERZAS

BATALLONES DE INFANTERÍA: América, Guadalajara, Príncipe, La Princesa, La Corona, España, Valencei, Sevilla, Valencia, Guías, Cataluña, Asturias, Aragón, Soria, Canarias, cuatro compañías de obreros y cuatro ídem de zapadores.

Caballería

Dos escuadrones del General, cuatro de Alcántara, cuatro Dragones del Rey, cuatro Farnesio (catorce escuadrones).

Artillería

Un escuadrón volante.

Otro de la brigada á pie.

FUERZA TOTAL

20,000 hombres.

necesidad tan dolorosa como fatal, y que estábamos dispuestos á cambiarla desde el momento en que una casa fuerte y prestigiosa quisiera tomarnos así bajo su protección, y contener la pertinacia de España. No hay duda que muchos de los que ponían en juego esta política patriótica y artera, cuya mira era la salvación de la independencia y de la libertad constitucional, creían teóricamente en la superioridad de las formas monárquicas para asegurar la felicidad de los pueblos libres; y que puestos ellos en la posibilidad de escoger, habrían sido monárquicos liberales de la mejor buena fe. Pero dados los hechos consumados, estas aspiraciones no bajaron jamás del nivel de las ideas puras en el ánimo de nuestros patriotas, y *nunca fueron ellas motivo ni pretexto de una conjuración secreta para subvertir el orden del Estado* en provecho de un monarca. Es menester no olvidar, pues, la radical diferencia que hay entre ser monárquicos de teoría ó como simples pensadores, y ser monárquicos de acción; es decir, conjurarse en un momento dado para cambiar la constitución social de su país y levantar sobre ella tal ó cual rey, tal ó cual dinastía. Entre los fundadores de nuestra Revolución hubo algunos monárquicos teóricos, pero no hubo jamás uno solo de acción. Así es que no hubo un solo criminal en este sentido; y que las negociaciones diplomáticas con las cortes extranjeras nunca salieron del carácter inocente de intrigas, poco felices sin duda, para obtener la cooperación de los poderes extranjeros contra las amenazas y los armamentos de España; amenazas que por fortuna se desvanecieron milagrosamente cuando estábamos en peores

condiciones de defensa y con menos recursos para resistir.

Las dos cortes europeas que podían ejercer un influjo más efectivo sobre el curso de nuestra Revolución, eran la de Inglaterra y la de Francia. Los Borbones de Francia debían su trono á la asistencia de Inglaterra; pero no bien se habían sentado en él, cuando comenzaron á padecer, como todo el país, de la enfermedad de los celos, al ver la prepotencia política y comercial que esta nación libre ejercía sobre todos los países del mundo. Francia, libre también hasta cierto punto bajo el régimen parlamentario, comerciante é industrial, no tenía anhelo más grande que el de rivalizar con Inglaterra; y como la mayor parte de los *legitimistas* que gobernaban con Luis XVIII habían vivido emigrados allí, envidiando la robustez de este grande pueblo, llevados ahora al gobierno de Francia se mostraban inclinados siempre á todas aquellas pequeñas arterías que podían poner un estorbo en el desarrollo poderoso de ese rival, ó más bien dicho, de ese grande modelo que les deslumbraba y ofendía al mismo tiempo.

Inglaterra tenía indudablemente vivísimo interés en que los sudamericanos asegurasen su independencia para asegurarse ella sus mercados. Pero, como tenía también grandes deberes de consecuencia y de armonía que guardar con España y con las demás potencias que la habían ayudado á derrocar á Napoleón, se abstenía aparentemente de fomentar la insurrección de las colonias españolas, y les ponía siempre un gesto depresivo para alejarlas de su diplomacia, cumpliendo así los deberes estrictos de

su posición. Pero los ingleses, es decir, la opinión pública de Inglaterra, miraban como de poca cuenta los deberes de la consecuencia diplomática, y como de mucha cuenta los intereses comerciales de los mercados sudamericanos; y el gobierno inglés que en el fondo sentía los mismos estímulos, contemporizaba y ganaba tiempo cumpliendo aparentemente su deber.

Movida por estos celos y emulaciones, Francia deseaba hacer á un lado los inconvenientes que su lealtad para con España le imponía, impidiéndole aprovecharse de los mercados del Río de la Plata; y anhelaba vivamente que la metrópoli pactase algo con sus colonias para que terminará el entredicho. Pero era condición esencial aceptar la forma monárquica, y poner fin al escándalo abominable de que colonias españolas y católicas apostólicas romanas, persistiesen en querer ser repúblicas á la faz de las monarquías europeas. Era preciso, además, que al tomar la forma monárquica exigida por la decencia del tiempo, se diesen á una casa católica para crear intereses del mismo género que hiciesen imposible el predominio futuro de Inglaterra y de las otras razas del norte que tenían, como ella, el vicio abominable de la herejía (13).

A todas estas dificultades, tan absurdas como enojosas, tenían que hacer frente nuestros débiles gobiernos con una diplomacia casi mendicante, á la que todos los gabinetes le cerraban las puertas cuando iba á pedirles que protegiesen y salvaran nuestra independencia, en nombre del propio interés de la

(13) Gervinus, *Hist. du XIX siècle*.

industria y del comercio de esos mismos pueblos europeos cuyos monarcas nos eran tan hostiles los unos, y tan indiferentes ó menospreciativos los otros. Verdad es que todos ellos estaban fatalmente ligados con los vínculos de una *política común* en el exterior, que les había impuesto la guerra contra Napoleón, y contra el *espíritu revolucionario* que de todas partes tendía á brotar del seno mismo de la sociedad moderna contra los tronos. Hacía unos momentos que todas las casas reinantes habían sido aliadas en idéntico esfuerzo; y todavía en 1818 estaban formalmente comprometidas á reorganizar Europa sobre las bases dinásticas anteriores á la Revolución Francesa, para restaurar á cada monarca en la posesión de todos los derechos y territorios que le correspondían por sus títulos antiguos. Así es, que por muy dispuestos que los hombres políticos del Río de la Plata estuvieran á prescindir de los gabinetes europeos para darse formas y constituciones análogas á la índole de los pueblos y al genio de su Revolución, tenían que contenerse delante de la amenaza terrible que les hacían los gabinetes de la *Santa Alianza*, decididos á proveer á España de todos los recursos marítimos y terrestres de que pudiera necesitar para recuperar sus colonias. Todo estaba pronto, y Buenos Aires señalada como el punto primero del ataque.

Destituídos nosotros de crédito moral por el espantoso y tristísimo desorden en que se hallaban nuestras provincias litorales, echadas en una guerra civil que tenía en el exterior todas las apariencias del caos y de la barbarie, era imposible que ninguno de los gobiernos europeos quisiera arros-

trar, ante los otros monarcas aliados, la escandalosa responsabilidad de admitirnos en la sociedad de las naciones *decentes*, ni darnos la menor protección directa contra los auxilios y los favores con que Rusia, cabeza de la *Santa Alianza*, con todo descaro, estaba ayudando á los preparativos bélicos de España contra el Río de la Plata. Exceptuando Portugal, sólo había dos entre estas naciones en cuya política pudiese tener algún influjo la prensa y la opinión pública: Inglaterra y Francia, á causa de la constitución parlamentaria que formaba la base de su respectivo organismo.

Pero había una diferencia enorme entre ambas. En Francia, el régimen parlamentario representaba el triunfo reaccionario y personal de una *vieja dinastía* y de un *viejo partido*, que armado del poder y de la fuerza, perseguía y excluía de todo influjo á los hombres y partidos de espíritu liberal. La opinión pública, impotente, enfermiza, y perseguida en sus libres manifestaciones, gozaba de tolerancia apenas, pero no de libertad política; y si era impotente para influir en los intereses *internos* que más de cerca le tocaban, lo era más por consiguiente para arrastrar al gobierno en un sentido diverso de aquel en que le ponían sus pactos y compromisos con los gabinetes de su círculo.

Esta dinastía, y los hombres políticos que la servían, sentían sin embargo el legítimo influjo de los intereses mercantiles é industriales de la producción nacional. En ninguna parte de Europa contaba la industria francesa con mercados abiertos para desparramarse y abastecerse de materias primas como las que podía darle y retonarle el Río de

la Plata. Se alcanzaba bien la prodigiosa extensión que esta grande fuente de cambio podía tomar en el porvenir. Inglaterra, con una política menos consecuente y menos severa, ó más bien dicho los ingleses, por aquella iniciativa propia y libre con que fomentaban sus intereses sin contar con la voluntad de su gobierno, se habían echado ya en esa explotación; y España no sólo los acusaba de esta infracción irritante de los deberes que tenían para con ella, sino que propalaba también que Inglaterra tenía la intención de acomodar príncipes protestantes en la América del Sud, renovando los proyectos de Pitt, de Abercromby y de otros.

Con esto, Francia, que por todas partes no veía otra cosa que el espantajo de las rivalidades inglesas, comenzaba á entrar en grandes alarmas; y unas veces para atajar en Sud América el desenvolvimiento de la industria y del comercio inglés que amenazaba elevarse á una potencia gigantesca; otras procurando también dar ensanche al suyo, cambiaba de objetivo con frecuencia; y tan pronto adoptaba el punto de vista español, para que España reconquistase á América y cerrase los mercados al comercio inglés, como adoptaba el punto de vista mercantil, y prefería que América fuese independiente para que la industria francesa gozase las inmensas ventajas de sus mercados. Pero ¿cómo podía una rama de la casa de Borbón entrar en tratos lícitos con una colonia rebelada, que no sólo había cometido el abominable pecado de adoptar la forma republicana, la peor y la más pestilente herejía del tiempo, sino que vivía en plena demagogia? ; Imposible! Condición *sine qua non* era, pues, el cambio de for-

ma fundamental y la adopción de la forma monárquica presidida por una rama de la casa de Borbón.

En medio de estas divagaciones, los monárquicos franceses pretendían imponernos diversos proyectos de su propia invención, para salvar el respeto absoluto que según ellos debíamos prestar á sus dogmas políticos. Unas veces Chateaubriand y Montmorency corrían las cortes europeas tratando de ligar voluntades para levantarle un trono á Luis Felipe de Orleans en el Río de la Plata, casando á sus hijos y sus hijas presentes y futuros con príncipes españoles y portugueses. Otras veces Villele y Metternich fijaban sus predilecciones en el archiduque Carlos de Austria; y por fin, el partido ultrarrealista, encabezado por Descazes y Dessolle, prefería al príncipe de Luca, un muchacho palurdo, sobrino de Fernando VII, que andaba cesante por antesalas y vestíbulos.

Pero todas estas exóticas combinaciones encontraban la oposición que hacía Rusia á toda solución que pudiera alterar en lo más mínimo la absoluta soberanía de España sobre sus colonias. Su embajador en Madrid, conde de Tatistchev, era (dice Gervinus) el más ardiente sostenedor del proyecto de someter á América por la fuerza y sin condiciones. «Este propósito (agrega) halagaba la soberbia ambición del emperador, su amo, que encontraba un grande atractivo en la idea de que el *poder arbitral* de la Santa Alianza se extendiese hasta la otra parte del Océano Atlántico. Francia, excluída entonces de todo influjo político en las cosas de Europa, apoyaba estas miras, con tanto mayor celo, cuanto que el *partido apostólico* había conseguido

que se confiase el puesto de embajador en Madrid á uno de los suyos, Montmorency, con lo que las relaciones de las dos familias borbónicas habían tomado un carácter más amigable» (14).

No eran estos solos los intereses que los unían, sino que mediaban otros más análogos á su baja y vergonzosa corrupción. A la sombra de la diplomacia, Tatistchev, el embajador ruso, los ministros Ugarte, Colomarde y Eguía, se dividían en partes iguales los tres millones y medio de pesos que les había dejado, por líquida ganancia, la escandalosa negociación y compra de los navíos y de las fragatas rusas que debían servir en la expedición contra el Río de la Plata. «Este negociado (dice Gervinus) ignominioso y completamente impopular, vino á hacerse de peor condición aun, cuando se vió que Ugarte, el amigo de Tatistchev, era nombrado director general de la expedición contra el Río de la Plata. Y así fué que por sus manos tuvieron que pasar todas las sumas de dinero destinadas á los gastos. Ugarte, *con acuerdo del* embajador ruso, fué el que propuso al jefe de la expedición; de modo que este embajador, sin tomar la menor responsabilidad, era el que disponía del ministro de la Guerra y el que dirigía todo este grande é importante negocio de la expedición contra el Río de la Plata» (15).

(14) Véase aquí el acierto y las buenas informaciones del señor García que hemos consignado en el volumen anterior. Gervinus, explorando los registros de las cortes europeas, confirma cuanto García había dicho á su gobierno, sin conocerse el uno con el otro.

(15) Gervinus, obra citada. ,

Este era el estado en que se hallaba ante el Congreso de Aix-la-Chapelle la gran cuestión diplomática levantada por la guerra de la independencia argentina contra España, cuando llegó á París el señor Gómez. Era entonces ministro de Relaciones Exteriores y presidente del Consejo el general J. A. Dessolle, hombre que se inclinaba á las ideas liberales, y que miraba como de muchísimo interés para Francia el comercio con los mercados americanos. Por antecedentes de familia y por vínculos formados en los tiempos en que la Revolución de Francia presentaba tendencias parlamentarias, Dessolle había conservado siempre inalterable y estrecha amistad con Lafayette. Prevenido éste por el señor Rivadavia, é instado también por el embajador portugués marqués de la Palmella, se prestó el ministro á tener una conferencia con el señor Gómez, pero reservándose el momento oportuno de llamarlo. Pasado algún tiempo, recibió el señor Gómez la visita del barón de Reyneval, «considerado en esta corte como el jefe de la diplomacia francesa». Disculpó el barón á su ministro por atenciones apremiantes, que no le habían permitido hasta entonces la ocasión de conocer y tratar á un caballero «del cual tenía los informes más recomendables para hacerle desear el interesante momento de la entrevista», y de esto pasó el barón, con aquel trato fácil y ameno de un hombre cumplido y habituado á los negocios diplomáticos, á extender sus miras y provocar informes sobre el estado social y económico del Río de la Plata, sin tocar nada relativo á la guerra con España. No menos hábil el señor Gómez, comprendió que el señor Reyneval

buscaba lo que más interesaba á su gobierno—el comercio;—y se aprovechó de la ocasión para trazar una perspectiva lisonjera de las inmensas é inagotables fuentes de riqueza que el país ofrecía y de su extraordinario poder consumidor. Pero dijo que por muy grande que fuese su riqueza, el estado de guerra en el Alto Perú, las continuas invasiones de las tropas realistas, la necesidad de mantenerse armado en Chile, y más que todo la terrible amenaza de la expedición de Cádiz, lo atrasaban todo é inutilizaban la natural fecundidad del país, que se veía obligado á mantener sobre las armas más de treinta mil hombres, á remover sus milicias, y hacer todos aquellos sacrificios que son consiguientes; y que separando brazos é inquietando así los capitales se veía privado de mostrar á las naciones el verdadero valor de su comercio y la liberalidad de sus ideas. Convino el barón en que éstas eran las fatales consecuencias de todas las guerras; pero observó, que á lo que él entendía, tenía gran parte en esa triste situación el estado de anarquía y la insubsistencia de los gobiernos que era propia del régimen republicano. Precisamente contestó el señor Gómez, ese es el fatal resultado de la tenacidad inconcebible que ha mostrado el rey don Fernando VII en su terrible odio contra nosotros: ni quiere concedernos un régimen liberal de comercio con las naciones europeas, ni se presta á que se nos admita á negociar la erección de una monarquía constitucional. Si el gobierno de Buenos Aires se viese libre de las amenazas y de los ataques de España, sofocaría el anarquismo con la mayor facilidad: sus grandes y definitivas victorias contra los ejércitos

españoles demuestran que tendría fuerzas y medios más poderosos para constituir una monarquía.

Pareció muy satisfecho el señor Reyneval, y la verdad es que debió formar muy buen concepto del enviado argentino, pues desde entonces nació entre ellos una cordial relación personal que cultivaron asiduamente después. Es muy probable que el señor Dessolle se hubiese tomado tiempo de hablar sobre el asunto con el rey y quizá con los otros miembros del gabinete, para acordar una proposición categórica y ver si con ella tenía solución probable el negocio. El hecho es que á fines de mayo recibió el señor Gómez un billete del señor Reyneval participándole que el ministro tendría especial gusto en recibirlo el 1.º de Julio.

Lo primero que resaltó en la conferencia fué los celos con que el gobierno francés miraba la opulencia comercial de Inglaterra y el influjo depresivo que esta opulencia le daba en los países hispano-americanos. Parecía que el señor Dessolle se había propuesto hacerle entender al señor Gómez que no le había llamado para oírle, sino para transmitirle las ideas y propósitos del rey de Francia, en la persuasión de que el gobierno del Río de la Plata les prestaría la respetuosa atención y la deferencia que se merecían. «Me hizo un largo razonamiento sobre sus deseos personales por el feliz resultado de la gloriosa empresa en que se hallaban empeñadas esas provincias, y habló al mismo tiempo sobre los considerables embarazos que le impedían tomar una marcha determinada, activa y *manifiesta para protegerlas*. Pasó después á decirme: que preocupado de sus verdaderos intereses, había llegado á con-

vencerse que éstos se encontraban íntimamente *ligados con la forma de gobierno* que se dieran, bajo cuyo influjo pudiesen gozar tranquilos de los beneficios de la paz; y que él creía no debía ser otra que la de una monarquía constitucional, fijándose en un príncipe de Europa cuyas relaciones añadiesen al Estado una nueva respetabilidad, y facilitasen el reconocimiento de su independencia nacional. Que penetrado de estas ideas, había llegado á *ocurrírsele* un pensamiento que consideraba *feliz*, é iba á exponérmelo con la mayor sinceridad, proponiéndome un príncipe cuyas particulares circunstancias eran las más oportunas para que se allanasen todos los obstáculos con que podía tropezar un proyecto semejante, *atendidos los diferentes intereses de las principales naciones de Europa, y la variedad de las miras políticas* de sus respectivos gabinetes. Que éste era el duque de Luca, antiguo heredero del reino de Etruria, y entroncado por línea materna en la augusta dinastía de los Borbones. Que consideraba que su elección no infundiría celos en las cortes principales, antes bien encontraría la mejor acogida en sus soberanos, principalmente en los emperadores de Austria y de Rusia, abiertamente decididos por su persona, y en mayor grado *por los intereses generales del continente*. Que INGLATERRA NO ENCONTRARÍA UN MOTIVO JUSTO Y DECENTE PARA RESISTIRLO. Que Su Majestad Católica (Fernando VII) no miraría con desagrado un sobrino suyo sentado en el trono de unas provincias que habían sido de su dominación, y de quien podía esperar algunas consideraciones al comercio de la península, al menos las que fuesen compatibles con

la independencia absoluta de la nueva nación y política de su gobierno. Pero que particularmente Su Majestad Cristianísima (Luis XVIII) cuyos sentimientos le eran conocidos, le miraría con especial complacencia, y emplearía en su obsequio sus altos respetos y su poderoso influjo con los demás soberanos, sin perdonar cuantos otros medios estuviesen á su alcance para protegerlo; bien fuese por los auxilios de toda clase que fuesen necesarios, bien para convencer á Su Majestad Católica que desistiese de la guerra en que se hallaba empeñada con esas provincias. Su Excelencia (dice el doctor Gómez) se detuvo en varias otras observaciones que sería difícil detallar, pero particularmente en las del carácter personal de Su Alteza el duque de Luca, ponderándome los principios de su educación, análogos á la ilustración actual de Europa, y la liberalidad de sus ideas *enteramente contrarias á las que dominan el ánimo de Su Majestad Fernando VII, tan extraviado de la política adoptada por los demás soberanos para el gobierno de sus pueblos.*— Debo confesar sinceramente (dice el señor Gómez) que quedé atónito al escuchar la indignación de un príncipe sin respetabilidad, sin poder ni fuerza para presidir destinos de unos pueblos que se han hecho dignos de la expectación de Europa y que han comprado su libertad al caro precio de tantos y tan extraordinarios sacrificios. Pero, mientras Su Excelencia se difundía en sus *largas reflexiones*, yo me preparaba á una contestación, que, sin herir directamente su amor propio, dejase á cubierto los sagrados intereses de nuestro país, y *puesto en pun-*

tual ejecución el artículo 7 de mis instrucciones» (16).

En consecuencia el señor Gómez le contestó al ministro que no estaba autorizado para aceptar al príncipe de Luca porque su gobierno no había podido ni prever siquiera la propuesta de su persona; que también estaba persuadido que no acompañándose la propuesta con el compromiso de hacer cesar inmediatamente la guerra con España, dando otra dirección al armamento de Cádiz, su gobierno no daría opinión ninguna sobre la indicación de personas, y las tendría por no designadas; que además de esto el príncipe de Luca estaba soltero, lo cual envolvía el peligro futuro de una regencia.

A estas objeciones contestó victoriosamente el señor Dessolle: «Si el príncipe de Luca estaba soltero, princesas en buen número tenía la casa del Brasil, para irlo matrimoniando hasta que fundara fecundas sucesiones. En cuanto á los armamentos de Cádiz, sería del especial cuidado de Su Majestad Cristianísima Luis XVIII recabar de Su Majestad Católica Fernando VII la terminación de la guerra y el reconocimiento de las Provincias Unidas del Río de la Plata. El andar menesteroso y sin oficio el príncipe de Luca, no era tampoco un obstáculo para que fuese rey en Buenos Aires; tanto más cuanto que el rey de Francia se obligaría á contribuir con los mismos recursos y fuerzas *que habría dado para un príncipe de la sangre*, y con todo lo posible, para llevar á cabo el proyecto».

(16) Por el cual se le prevenía que no admitiese propuesta de ningún príncipe español ú otro de categoría inferior.

Tan interesado vió el señor Gómez al ministro francés, que creyó que lo que se le transmitía era la opinión, ó más que la opinión el *propósito y la voluntad* del rey. Preparándose, pues, con hábil prudencia á sacar partido de la situación, alegó como una desgracia su falta de instrucciones, avanzando su convicción de que vistas las ofertas de Su Majestad Cristianísima y el deseo de que esa fuese la solución del caso, habían de dársele instrucciones inmediatas para entablar formalmente la negociación.

Persuadido el ministro de lo mismo, asintió á la necesidad de que el señor Gómez pidiera instrucciones; y el señor Gómez las pidió en efecto, dando cuenta de todo y diciendo que lo de Cádiz era de una gravedad inminente; que la expedición estaba casi completa y que indudablemente partiría en diciembre (1819) ó en enero á más tardar; que no se hicieran ilusiones, y que á su modo de ver, el único medio de hacerla aplazar era aceptar sin reparos la propuesta y entrar á negociar aunque después fracasase todo por motivos que sería fácil encontrar. El señor Rivadavia tenía la misma opinión del señor Gómez; y como el señor Irizarri, agente de Chile, pensaba también como ellos, despacharon para Buenos Aires y Chile al señor Mariano Gutiérrez Moreno con el encargo de explicar lo inmediato del peligro, y la necesidad de que «no se dejara escapar una ocasión tan favorable». Claro es que no era para coger por golpe de mano al príncipe de Luca, sino para afirmar el compromiso de Francia á tomar esa intervención, y hacer aplazar la salida de la expedición.

Verdad es que hasta esto mismo ofrecía dudas desconsoladoras. «La marcha que hasta el presente ha seguido el gobierno francés (dice el señor Gómez) tampoco parece bien avenida con esos sentimientos favorables á la libertad de las Provincias Unidas de Sud América. En Burdeos se han construído buques de guerra y fletado transportes para la expedición de Cádiz, á pesar de las reclamaciones de la Cámara de Comercio. En el Senegal se halla detenido el valor de algunas presas con su cargamento, sin que hayan bastado las reclamaciones hechas por el caballero Rivadavia, y repetidas por mí, para su entrega. No han sido suficientes cuantos arbitrios se han tocado para que este ministerio nombre un cónsul. Muchas veces ya han sido contrariados los esfuerzos de varios miembros de la Cámara de diputados, que han querido reclamar una conducta más decidida en favor de las provincias del Río de la Plata y *más protectriz del comercio francés*. Todo esto se procura cohonestar con la posición *delicada* de Francia»... Y para que se vea cuán ajeno estaba nuestro enviado, y el gobierno de Pueyrredón, de haber llevado conato alguno monárquico, ó de haber entrado en una conjuración ó proyecto con este fin, oigámosle cuando agrega: «Pero, qué, ¿sabemos si en el rey de Francia obran los intereses de familia, y en el gabinete el de una perfecta inteligencia con España *para alejar el influjo de Inglaterra, que es el objeto de los cuidados de todos los gobiernos del continente, y particularmente de Francia?*»...

Después de indicar así las desconfianzas que le inspiraba el proyecto, el señor Gómez decía que para

él era indudable que si España salía fallida en el esfuerzo que iba á ensayar, este proyecto de coronar al príncipe de Luca iba á convertirse en una resolución decidida de la Santa Alianza. Interesa á todos los Estados del continente que en las provincias del Río de la Plata se eleve un trono, sobre el cual se siente un monarca *independiente de la influencia de Inglaterra*: bien sea para contrapesar con el tiempo su poder colosal en el mar, *bien para disminuir en ellas* la introducción de sus mercaderías por la libre entrada de la producción de las demás naciones. Además de que, decía también el enviado, quizás entra en las ideas del gabinete francés brindar al Austria con el Estado de Luca, para que sea acomodado allí el hijo de Napoleón, lo cual aquietaría las aprehensiones que da este rival (17).

(17) Parece que la buena fe del general Dessolle no puede ponerse en duda. Se demuestra el interés con que miraba su propuesta por la circunstancia de haber mandado trabajar un largo *Memorial* sobre el asunto. Decíase en ese *Memorial* que el gobierno francés tenía que obrar con la mayor circunspección para allanar obstáculos *procedentes de las circunstancias políticas, principalmente* por parte de Inglaterra. Esto era causa de que el gobierno francés no demostrara todavía todo el deseo que tenía de relacionarse con el gobierno de Buenos Aires, «pero que no despreciaría proporción alguna favorable para darle pruebas convincentes del interés con que lo miraba»; y la primera de estas pruebas era el negociado que ofrecía para coronar allí al príncipe de Luca, «al que daría el socorro necesario, tanto en fuerza marítima como en tropas expedicionarias. Aunque este príncipe, de diez y ocho años, es Borbón y sobrino de Fernando VII, no hay temor de que sea contrario á los sudamericanos, cuya causa abrazará con entusiasmo. Posee cualidades eminentes, y una

Según nuestra tradición oral, ni el señor Gómez, ni el señor Rivadavia, y mucho menos el gobierno, habían tomado en serio el extraño negociado del príncipe de Luca. Pero al ver por la nota del señor

educación militar de las más cuidadas; así es que, bajo todos respectos, ofrece una perspectiva la más lisonjera». Seguía el *Memorial* hablando del casamiento con una princesa del Brasil, y de la consolidación en una sola corona de *todo el virreinato y de la intendencia de Chile*. «Por lo que respecta á los Estados Unidos, como ellos no tienen que temer *más que á Inglaterra*, y como está en sus intereses vivir en buena armonía con la América del Sud, es evidente que no serían difíciles de vencer los obstáculos que, por parte de ellos, pudieran presentarse para el establecimiento de un gobierno monárquico». Con este motivo, entraba el *Memorial* en otro orden de consideraciones, y examinaba las ventajas internas que hacían de la monarquía la única forma de gobierno posible en estos países. «Se asegura (observaba) que en el Río de la Plata hay un partido poderoso que insiste por la forma republicana»; pero dejando á un lado el ejemplo de los Estados Unidos que *no era posible aceptar* en el Río de la Plata por las diferencias y el *antiorganismo natural* de las cosas, era preciso, para constituir una república, que el territorio fuese *muy limitado*. Como si en las monarquías constitucionales no fuese lo mismo, y Francia misma no fuese ya un ejemplo bien triste de ello, añadía: «La fuerza de una república consiste en que haya costumbres depuradas, en que haya armonía de intereses en las clases, y deseo sincero en cada particular de contribuir al bien general; en una palabra: se requieren virtudes que son muy raras en nuestro siglo»: *ergo*, es más ventajosa la monarquía, que no requiere esas condiciones, que la república, que no es posible sin ellas.

Es verdaderamente cosa de reír el pensar que semejantes desatinos pasaran entonces por apotegmas, y que no se comprendiera que entre el absolutismo y el libera-

Gómez que nada menos que el presidente del gabinete francés era el que invocando el nombre de su rey hacía la propuesta y ofrecía «que este soberano recabaría de Fernando VII la suspensión de las

lismo constitucional no hay términos medios monárquicos ni extremos republicanos; porque una y otra forma, cuando las sociedades oscilan, se mueven y se derrumban porque se mueve el terreno, así como tienden á tomar el mismo centro de gravitación cuando el sacudimiento normaliza otra vez las ideas y los intereses populares. Pero el Néstor aquel de la política francesa, que escribía el *Memorial*, era demasiado empírico para ver todo esto. La República francesa de 1793 era para él el tipo de todas las Repúblicas posibles: el tipo de las perturbaciones: la *Legitimidad* el tipo de las organizaciones definitivas.

«Sé también, decía el *Memorial*, que hay en las *Provincias Unidas un partido considerable por los ingleses...* Supongo que Inglaterra coloque un príncipe de su casa en el trono de la América del Sur, y que por el ascendiente que ha adquirido en Europa, en virtud de largas guerras que siempre ha costado, y que estaban en sus intereses, pueda poner aquellos países al abrigo de nuevas guerras y darles una fuerza física que cimentase su poder. ¿Se cree por esto que el pueblo sería dichoso? ¿En qué consiste la felicidad de un pueblo? ¿y principalmente de un pueblo como el de las Provincias Unidas, que trabaja tanto tiempo ha por conseguir ese estado de independencia, que debe formar su gloria, y asegurarle una felicidad á la que tiene derecho después de tantos sacrificios?

»1.º En ejercer sus derechos naturales.

»2.º En ejercer libremente la religión que profesa y cuyas verdades saben conocer y apreciar.

»3.º En conservar ese carácter nacional que constituye el buen espíritu social que distingue ya á los habitantes de la América del Sur.

»Ahora, pues, ¿qué se podría esperar, bajo todos estos respectos, de Inglaterra ó de un príncipe *imbuído hasta el*

hostilidades», es decir, la suspensión de la salida de la expedición de Cádiz, creyeron haber encontrado una tabla de salvación *para ganar tiempo* hasta buscarse otros pilares de que asirse; porque el peligro era tremendo y horroroso para el pueblo de Buenos Aires, cualquiera que hubiera de ser el éxito final de la catástrofe.

Consultado el Congreso se adhirió á la opinión del Poder Ejecutivo, y el señor Tagle contestó al señor Gómez que se aceptaba la propuesta y que entrase á negociarla, con tal que se aplazase la salida de la expedición, dando cuenta de lo que se acordase (18).

fanatismo en los principios de su nación? Habrá que temer, si no el trastorno de la religión católica dominante en el país, al menos su envilecimiento, ó quizás guerras intestinas de religión que causarían la desgracia de los pueblos. Además, el carácter inglés, tan opuesto al de los americanos civilizados, induciría á actos contrarios á la felicidad social; y haciéndose odioso á los hijos del país, irritaría su amor propio, arrebatándolos por venganza, si no á destruir la nación que lá excitaba, al menos á debilitarla de modo que pudiera manejar las riendas sin obstáculo. Por esta pintura que es demasiado cierta se verá que, lejos de que por ese modo se hubiera establecido sobre bases sólidas el edificio *que se ha empezado á construir tan bien*, se destruirían sus fundamentos, y volvería á caer en la esclavitud *un pueblo que merece mejor suerte.*»

Hemos transcrito todo este trozo, porque él nos da una idea acabada de cómo concebían el progreso moral y libre de los pueblos los políticos europeos de la Santa Alianza.

(18) El señor B. Mitre en su *Historia de Belgrano*, vol. III, pág. 80, presenta esta contestación como una prueba de la pertinacia de las *ideas monárquicas* del señor Tagle. puesto dice que la daba «cuando la expedición de Cádiz no era ya una amenaza». Pero el informado historia-

El proyecto francés fué consultado al embajador español. Debe suponerse que éste lo puso en conocimiento de su gobierno, y que fué autorizado á decir que «Su Majestad el Rey don Fernando VII no admitiría proposición ni negociado de ninguna clase entre su Soberanía y los rebeldes de América, sino después que el armamento que iba á marchar sobre el Río de la Plata hubiese ocupado los puntos que le estaban señalados».

Quedó, pues, paralizada en París la comisión del señor Gómez, herméticamente cerrados los oídos del ministerio inglés á las incansables solicitudes, memoriales y protestas del señor Rivadavia; y las Provincias Unidas del Río de la Plata, desamparadas hasta por sus ejércitos, como lo vamos á ver, iban á verse sin tener siquiera cómo defender el organismo político en que se había trabajado tanto para consolidar los principios y las tendencias de la Revolución de Mayo de 1810.

dor no ha reparado que la sublevación de Riego tuvo lugar el 1.º de enero de 1820 *en Cádiz*, y que la nota del señor Tagle fué dirigida el 14 del mismo mes y año, lo que prueba que el ministro argentino no podía saber el suceso, cuando por el contrario suponía que el armamento estaba muy próximo á partir.

CAPITULO XI

LOS ANARQUISTAS DEL LITORAL URUGUAYO EN LA MARGEN DERECHA DEL PARANÁ

SUMARIO: La vida selvática en las márgenes del Yuquery. —El semillero de los caudillos.—El redomón y la mujer.—Panchito Ramírez.—Su familia materna.—Sus hábitos.—Su porte.—Su carácter.—Su semblanza.—Su naturalismo primitivo y su concepción de la mujer.—Su inclinación al caudillaje.—Sus incompatibilidades militares.—Su natural afinidad con el artiguismo.—Su ensalzamiento como jefe y caudillo provincial. — Su nuevo traje.—Sus miras ambiciosas contra Artigas.—Situación incierta del gobernador de Santafé, don Mariano Vera.—El comandante de campaña Estanislao López.—Sus rasgos característicos.—Sus antecedentes.—Alarmas de Vera.—Su solicitud de auxilios.—Lo probable, dada la situación del gobierno nacional y de sus fuerzas.—Delaciones ocultas.—Acuerdo de López y Ramírez.—El motín de Santafé.—Destitución de Vera.—Usurpación y entronamamiento de López.—Dificultades y peligros del gobierno nacional.—Combinaciones militares.—El coronel Bustos.—Campaña de López sobre Bustos.—Distraimiento en distintas operaciones de las fuerzas del ejército de los Andes.—Campaña del general Juan Ramón Balcarce sobre López.—Entran en acción las fuerzas de Ramírez.—Ricardo López Jordán. — Pedro Campbell. — El coronel Arenales.—Retroceso de Balcarce.—Debilidad de la caballería.—Solidez de la infantería.—El ministro Tagle y los ejércitos de los *Andes* y del *Perú*.—El nuevo plan-

tel del ejército del interior.—Tergiversaciones trágicas más bien que cómicas.

Frente á la villa del *Salto Oriental* y en la orilla occidental del Uruguay veíase en 1813 una miserable aldea, convertida después en la gentil ciudad de la CONCORDIA. Era entonces un grupo embrionario de chozas sin más contacto con el mundo de los vivos que los indios tapes y tagüeses de las selvas del *Yuquery*, y los desalmados montaraces de las islas en cuyo suelo enmarañado no habían penetrado jamás las leyes ni las autoridades civiles del régimen colonial. Las gentes que habitaban las casuchas de paja y de construcción primitiva que se agrupaban en esa aldea llevaban, como en todas las demás de su especie, aisladas en el inculto desierto de las tres regiones litorales, una vida vegetativa y tímida. El desorden revolucionario había arrastrado consigo las autoridades primarias que protegían las agrupaciones vecinales. El desamparo y la pobreza tenían todo el país sujeto al miedo y á la humillación; y bajo esa atmósfera depresiva, degradadas las costumbres, incierta la propiedad, temblorosa é inerme la familia, se había extinguido la conciencia de la individualidad; y el haber y el hogar, y la mujer principalmente, eran presa de los perdularios que con bravura más altiva y más fiera imponían terror á los demás.

Allí fué naturalmente donde encontró su más fértil terreno el semillero de los caudillejos y bandoleros que encabezaron el anarquismo litoral. Allí donde comenzó cada uno de ellos por ser uno de tantos entre los que se alzaron contra el régimen

civil y orgánico del país. Con actos de arrojo sorprendente, de astucia y aun de raro talento en las obras de la maldad después, y en las correrías depredatorias del desorden, fué que algunos de ellos tomaron el ascendiente que los hizo jefes de cuadrilla. De compañeros subieron á capitanes, y de capitanes á jefes, que favorecidos por el concurso de la masa se hicieron omnipotentes, convirtiendo en sumisos esclavos del ídolo local á los mismos que lo habían creado con sus propias manos... como sucede siempre.

Antes de que el desorden anárquico de las masas les hubiese abierto allí un teatro apropiado á los vicios de la vida inculta que llevaban, habían dado desahogo á sus pasiones y á los instintos de su actividad en las saciedades del individualismo entregado á sí mismo y fomentado por las imperfecciones y defectos del estado casi bárbaro en que se procreaban. Privaban más que todo entre aquellos haraganes, los apetitos fantásticos del amor conquistado á empuje y como prenda de poderío personal. Robar y sacar á los campos, en ancas del *redomón*, una aldeana ó gauchita de diez y siete años, bien parecida y «de trapos limpios» como decían en su típico lenguaje, era la hazaña de que más blasonaban estos tenorios de guitarra y de luciente daga en los riñones. La vanagloria no era tanto por la prenda conquistada á sus placeres, cuanto por lucirla, así enancada y esclava de la voluntad de su dueño, en carreras y en sortijas, para provocar cuchilladas entre envidiosos ó rivales, cuando no una riña á muerte con algún antecesor; pues no siempre era la pasión correspondida la que

había puesto á la «china» en poder del adalid que la poseía, sino que las más veces aquello era un robo del bien ajeno que hacía más apetitoso el lance y más arrogante la posesión del robador.

Al estallar nuestra revolución de 1810 ninguno había cobrado más fama entre esta clase de perdularios, ni pasaba por más garboso sultán al aire libre que Pancho Ramírez, mocetón de treinta años, nacido en las márgenes solitarias del arroyo *Yuquery*. Había sido su padre un paraguayo carpintero de ribera que fabricaba canoas con los troncos del bosque circunvecino, y la madre una vecina de apellido Jordán, que habiendo enviudado volvió á casarse con un pulpero portugués de apellido López, el cual se hizo pasar por gallego para eludir las dificultades que de tiempo atrás ofrecía dentro del país la nacionalidad de su origen. Era este segundo marido de la vecina Tadea Jordán un hombre de buena pasta, que sabía apreciar para su negocio y la tranquilidad de su persona el influjo ya notable de que su hijastro gozaba á muchas leguas á la redonda del vecindario en que habitaban. Nacido de padre con oficio y de madre que tenía sus terrenos (lo que entonces probaba poco), se tenía Ramírez por acreditado para aspirar, y era un héroe de aldea haragán y soberbio, cultor infatigable de amóríos, poseído de su imperio sobre las mujeres y de su fama en proezas de bravura. De robusta constitución y de arrogante presencia (1), lucía en su

(1) Nuestra lengua necesita complementarse en muchas acepciones capitales que no acepta á pesar de las raíces propias y de origen legítimo que tienen en ella. Tenemos el verbo *encarar*, y no se nos da el sustantivo *enca-*

rostro una abundante y sedosa barba que parecía un esmalte sobre lámina de bronce; tenía el ojo atrevido, la nariz aguileña, la frente echada atrás, y la expresión despreciativa. Violento también y bastante imperioso para echarla de guapo, se mostraba confiado en sus fuerzas y en su propio predominio; y no solamente por eso, sino por claro talento natural, y por una rara hidalguía que brillaba al través de sus bruscas pasiones, se había hecho caudillejo temible por un lado, y por otro, dueño de las vivas simpatías del rebaño popular, inclinado siempre á seguir y adorar lo que lo aplasta por la fuerza del poder ó por la superioridad del ánimo. Cualquiera que lo hubiese visto vestido con la bombacha turquí, que era de uso general en su pago, prendida al cuerpo por un cinto de cuero curtido y *enjaezado* con variedad de monedas de oro y de plata, y ligada bajo la rodilla con la vistosa trenza de las botas de potro, sin más sobrepuesto en el busto que el chaleco abierto, y la blanca camisa transparentando el ancho y velludo pecho, con el pardusco chambergo (2) encajado en pañuelos flotantes de vivísimos colores, se hubiera figurado tener por delante un capitán de *bachibusuks* salido de las orillas del Uxus ó del algún otro río del Turquestán.

Desde su primera mocedad, en la cumbre del poder arbitrario, y hasta en el momento aquel en

ñada, que es de una necesidad evidente cada vez que se quiere dar el rasgo de mirada fija y abierta que no sólo se traduce en el ojo, sino en la actitud de toda la fisonomía y hasta en el nivel que toma la cabeza.

(2) Llamábase vulgarmente al sombrero sin formas *panzaburro*, por el cuero de que se hacía en el país.

que recibía la muerte sobre el campo de batalla, fué Pancho Ramírez eximio entre estos culteranos, no diré de la mujer en su tipo ideal, sino de la *china*, de la *hembra*, como decían los de su jaez en su torpe y brutal lenguaje. Y no se nos tenga á mal que así lo reproduzcamos en toda su crudeza porque entra en nuestros fines poner de pie con sus hábitos, su traje y su lenguaje á estos bandoleros del artiguismo, que por desgracia tienen todavía quien los ensalce, y... quien los imite por tierra adentro.

Fácil es ver que los hombres como Pancho Ramírez estaban en la pendiente natural de la anarquía local que encabezaba Artigas. Demasiado insolente é inculto para tomar un puesto honroso en las filas del nuevo ejército republicano; incapaz de aprender á obedecer ó á mandar bajo las reglas orgánicas del arte militar; sin hábitos sociales para ajustarse á las armonías que exige la vida política bajo un gobierno culto, Pancho Ramírez tenía que brotar, de pronto y robusto, caudillo de banda al servicio del desorden litoral; y en efecto, así fué como reveló su nombre y su influjo con una rapidez sorprendente; y desde que comprendió que Artigas iba perdiendo el poderío del territorio Oriental que lo hacía dueño de las costas entrerrianas, él, Ramírez, comenzó también á centralizar su influjo y su partido en su propia tierra; y por pasos hábiles, que denotaban inteligente astucia y espíritu atrevido, se puso en camino de localizar su poder. Se desprendió poco á poco de los conflictos orientales, y echó del lado de Santafé y de Buenos Aires todas las aspiraciones al predominio general en la Repú-

blica Argentina que se hizo desde entonces el violento y apasionado deseo de su alma.

Adueñado de todo el territorio entrerriano, aquel mocetón que todos habían llamado por sus pagos Pancho Ramírez, se transforma y comienza á figurar con el título y la jerarquía de el general Ramírez. Porque ¿qué menos que general podía ser cada uno de aquellos caudillos que imperaban á su placer sobre los hombres y las cosas de toda la provincia que tenían bajo su mano?... Y si acaso se prescindía en lo confidencial de llamarle general Ramírez, se le decía á lo menos DON FRANCISCO RAMÍREZ, que lo de *Pancho* habría sido un desacato que hubiera pagado caro quien lo hubiese cometido (3).

(3) Entonces fué cuando Ramírez cambió el traje habitual con que lo hemos dado á conocer, adoptando el pantalón azul con *vivos colorados*, chaquetilla corta con pequeñas coletas por detrás y cuello parado del mismo color y vivos, que llevaba siempre abierta sobre el chaleco; el pañuelo pintado pasó de la cabeza al cuello en forma de esclavina, y tomó el sombrero de copa en vez del *panzaburro*. Inhabilitados estos jefes de correría para usar el verdadero traje militar de los grados que habían usurpado (que de haberlo hecho se habrían puesto en contradicción con las bandas desmelenadas y andrajosas que encabezaban), habían adoptado los atavíos del *cívico populachero* que eran los que mejor cuadraban á su carácter de caudillos. Hablando en Montevideo en el año de 1854 con el general Mansilla, del traje que llevaba habitualmente el general Urquiza, que á su vez sabía también vestir el de general en toda regla y el *frac*, nos decía: «Ese traje es el que usaba Ramírez cuando tomé servicio con él; y después han seguido todos la moda; sólo Echagüe y Urquiza se han puesto entorchados en Buenos Aires y en los recibos ó paradas. Estanislao López vestía lo mismo; y creo que nunca *gastó uniforme* ni dejó el vestir medio gaucho de chaquetilla y sombrero de copa con *barbijo*».

Estaba ya decidido Ramírez á sacar de Entreríos el predominio extranjero de Artigas, y hacerse jefe imperante en las extensas comarcas occidentales del Uruguay y del Paraná. Necesitaba para esto aumentar su poder con la alianza de Santafé. Pero el gobernador de esta provincia don Mariano Vera no había sido inquietado desde que Pueyrredón había entrado á presidir al gobierno nacional, y prefería mantenerse en ese estado. No quería amenazar á Buenos Aires ni ponerse tampoco en buenos términos con su gobierno. Porque si hacía lo primero tenía que aceptar la protección de Ramírez, ó la de Artigas, y convertirse en sumiso pupilo de estos dos mandones, ó de uno de ellos por lo menos; y si lo segundo, se exponía á provocar la enemistad del *partido local* que era predominante entre aquellas masas incultas é intransigentes con todo orden público que tuviese por regla la ley y el imperio de sus agentes regulares.

La situación en que Vera quería mantenerse, era cómoda, pero no era posible que pudiera asegurarla; porque de un lado era un grande estorbo á la ambición de Ramírez, que necesitaba reunir en su mano las fuerzas de Entreríos y Santafé para someter á Buenos Aires bajo la prepotencia de su poder personal y con elementos puramente argentinos; y del otro, daba pretexto á los descontentos de su provincia para que lo tacharan de traidor ó secretamente inclinado á reintegrarla en la unión gubernamental de la nación.

El peligro más inmediato que se cernía sobre el gobernador de Santafé, era el comandante de campaña don Estanislao López, campesino sagaz

y egoísta sin igual, aunque por otra parte debemos hacerle justicia diciendo que fué el mejor inclinado y el más honorable en su vida doméstica de los caudillos que tuvieron retardado el progreso de nuestro país por espacio de treinta años, sin haber hecho jamás el menor servicio, un sacrificio cualquiera, personal ó político, por la causa de nuestra independencia ó de nuestra organización administrativa; pues es ahí donde está la vergüenza de todos ellos y el anatema que merecen de nuestra historia.

Este comandante de fronteras que va á comenzar aquí su larga carrera, era un individuo de la clase media de Santafé que en 1811 había marchado en clase de sargento de caballería miliciano con la expedición del general Belgrano al Paraguay. Aquella caballería era poco más entonces que grupos colectivos compuestos de individuos sin preparación: perdularios y haraganes de pulpería, los más, sin táctica ni formación firme; de modo que el sargento Estanislao López, no por haber sido sargento se había hecho militar; pero tenía indudablemente mucha viveza de espíritu, con las condiciones que las fábulas populares dan á los zorros ó raposas, y una destreza notable, á la manera de los jefes de tropas tumultuarias, para corretear por los campos desiertos con la rápida movilidad de sus caballos y jinetes, tan semisalvajes los unos como los otros. Metido desde 1812 entre el gauchaje de las pampas limítrofes del Chaco é indias del Río Salado, se había hecho de gran prestigio; y como tenía práctico talento para tratarlos según convenía, de ellos mismos se servía para castigarlos unas ve-

ces con dureza, permitiéndoles otras que con una licencia absoluta se entregasen al desorden.

Advirtió el gobernador Vera que se enredaban tratos entre Ramírez y López para deponerlo. Pero no pareciéndole prudente tomar desde luego una actitud decidida, se valió de un tal Lasota y de otros amigos fieles para que ofreciesen al gobierno nacional la reinstalación de la provincia en la unidad nacional, encareciéndole la necesidad de obrar pronto, y de ocurrir con buenas tropas á ocupar á Santafé, é invadir firmemente Entreríos.

A contar con lo que había ofrecido el general San Martín, y con la división de mil quinientos soldados que se le pedían al general Belgrano, tenía el gobierno nacional medios sobrados y superiores con que poner término radical al vergonzoso y amenazante desorden en que gemían las provincias litorales. Seis mil hombres de excelentes tropas como eran las que podían concentrarse en Córdoba, del *ejército de los Andes* y del *ejército auxiliar del Perú*, mandados por oficiales como García Zequeira, Cajaraville, Brandzen, Lavalle, desprendidos del uno; y Paz, Morón, Lamadrid, bajo el mando de Arenales, además de otros dos mil reclutas que habrían entrado en esos sólidos cuadros, constituían una fuerza incontrastable que habría barrido con sólo el empuje de su marcha las miserables *montoneras* de Santafé y el gauchaje de los bosques entrerrianos. Que digan hoy los jefes y oficiales que han sometido allí dos grandes rebeliones de esas mismas montoneras, mucho más adelantadas ya en el arte de la guerra, si es posible que entonces un gaucho Ramírez y un campesino López hu-

bieran podido triunfar de los que habían asaltado á Talcahuano, y vencido en *Chacabuco* y en *Maipú*. En esos mismos días cinco mil portugueses habían triunfado de Artigas que era mucho más poderoso que sus tenientes de Entreríos y de Santafé; y lo habían arrojado para siempre del país que había manchado con su nacimiento y con su presencia. ¿Y puede pretenderse que cinco, que ocho mil soldados argentinos de línea no habrían podido recuperar la tierra segregada de su nación por las manos impuras del caudillaje y de dos mil *montoneros*, pues no tuvieron más? ¡Oh! Hay cosas que no se discuten, que de suyo están demostradas; y ya veremos como los hechos nos van á dar razón, aún en el triste caso en que le faltaron al gobierno nacional algunos de los servidores que más deber tenían de haber ocurrido á salvar el orden y el organismo sobre que reposaban las bases del Estado. Suponer ahora que aquellos jefes reunidos en un grande ejército nacional se habrían sublevado también y entrado en las líneas de los anarquistas, es otra suposición monstruosa; y no hay oficial de línea que no sepa que si es muy posible el levantamiento de un cuerpo aislado, ó de una división, no lo es el de todo un ejército contra el orden político que lo sostiene; y que aun en el caso de haber eso acontecido, habrían caído los hombres del gobierno, pero jamás se habría disuelto el cuerpo y el conjunto de las instituciones que componían el organismo general y político del país. La verdad es que ese ejército hubiera vencido y que nuestro país se habría salvado de la ruina en que cayó.

El gobierno nacional debió confiar en que las

órdenes impartidas á sus generales de Cuyo y de Tucumán serían inmediatamente cumplidas, y contando con la concentración de fuerzas que hemos mencionado, entró en acuerdos con los nacionalistas de Santafé para redimirlos del yugo de los caudillos que hacían imposible el buen gobierno en aquella provincia y su concordancia con el orden nacional representado por el Congreso y por el Poder Ejecutivo del Supremo Director.

Artería fué de alguien, ó imprudencia quizá, la que hizo llegar á oídos de los caudillos López y Ramírez la noticia de la combinación de fuerzas con que se trataba de atacarlos en sus propias guaridas; y ellos, comprendiendo bien el peligro, resolvieron adelantarse poniendo á Santafé bajo su mano, y cubriendo de ese modo el terreno en donde debían desarrollarse los sucesos. Con la doblez que le era característica, preparó López el motín contra Vera y la usurpación del gobierno, si es que gobierno puede llamarse la autoridad personal y de banda con que eran dominados aquellos incultos y miserables villorrios, que con más propiedad podrían llamarse aduares ó paradas de tribus semibárbaras.

Para justificar el motín hizo López que bajo cuerda entraran de sorpresa los indios *guaycarúes* por los suburbios del pueblo mismo que era asiento de eso que por allí llamaban gobierno: mataron, cautivaron mujeres, y saquearon lo que en aquel rápido *malón* encontraron á mano. Sirvió esto de motivo para que los confabulados con el autor del hecho alborotaran aquel populacho esencialmente nómada, que habitaba el lugar con el caballo siempre pronto y atado al cerco para levantarse como

bandada de gaviotas, y salir dando alaridos en *montón* ó en *montonera*, á escaramuzar y corretear por el desierto campo que los rodeaba. Dos agentes de López, los vecinos Maciel y Roldán, acometieron al Cabildo y pidieron asamblea general del pueblo para que se tomara en consideración la necesidad de nombrar un gobernador capaz de dar seguridad individual al vecindario. La asamblea no dió el resultado que ellos buscaban; y declaró al contrario por grandísima mayoría que el señor Vera estaba bien en su puesto. Irritados con este chasco, los directores del motín alegaron que como no era posible continuar gobernados sin constitución, no obedecerían á nadie mientras el Cabildo no ofreciera hacer esa constitución; pues sin este requisito no había más gobernador que el Cabildo mismo.

El alboroto de los amotinados había provocado la actitud defensiva de los amigos de Vera; y puesto á la cabeza de dos compañías de cívicos y de otros partidarios el capitán Juan José Obando, joven valiente, se apoderó del edificio de la Aduana resuelto á defender allí el orden de cosas establecido, al mismo tiempo que otro comandante, don José Rodríguez, tocaba llamada también en Coronada á sus secuaces para sostener á Vera. Pero Vera, que bien sabía de donde le venía el golpe, y que por momentos esperaba verse atacado por mil indios y tapes entrerrianos, abandonó la partida y dimitió su gobernación en la esperanza de que le permitieran vivir tranquilo y seguro.

Don Estanislao López estaba entretanto en el *Rincón* al mando de 120 *blandengues*, diciendo á los que iban y venían á verle la cara y el gesto, que

él no se metía en nada. Pero dejaba al mismo tiempo que un cierto Larrosa, hombre de su devoción, se pusiese á la cabeza de los blandengues, y que con la tropa y un cañón que tenían los revolucionarios, se adelantase á guerrillear contra Obando. Entonces el cura Amenabar, hombre de influjo y de talento, que estaba también convenido con López, se puso de por medio á transigir el conflicto. Obando y Larrosa dejaron su puesto, y cada uno se fué por su lado. Pero lo curioso es ver cómo se hacían las cosas en estas sociedades embrionarias de las provincias litorales, y tomar el relato en la boca ingenua é inconsciente de los cronistas lugareños. «En la mañana del día siguiente apareció en la Aduana don Estanislao López con la tropa de Larrosa y otra gente que él traía (*gauchaje*, por supuesto). Mandó llamar al doctor Seguí, y luego por bando público *hizo saber que él era el gobernador*» (4).

El señor Vera entretanto se había retirado al Paraná; pero allí lo tuvieron bajo custodia y lo confinaron en Calá, centro mediterráneo del territorio.

Los contratiempos sufridos en Entreríos por el coronel don L. Montesdeoca y por el general don Marcos Balcarce, el mal éxito del coronel E. Galván en Corrientes, y la destitución de don Mariano Vera en Santafé, estrechaban de tal manera la mala situación del gobierno nacional, que de no llamar en su auxilio fuerzas de Chile y de Tucumán, le sería imposible evitar que las montoneras semibár-

(4) *Apuntes de don Urbano Iriondo*, pág. 39.

baras del litoral entrasen á saco por los campos de la provincia de Buenos Aires, y se apoderasen al fin de la capital. Diéronse, pues, órdenes terminantes para que el general Belgrano desprendiese una columna de 400 infantes y 100 húsares, que ganando horas, y con el mayor sigilo, alcanzase las márgenes del *Río Tercero* y se situase en el *Fraile Muerto*, tratando de reunir allí cuatro ó cinco mil caballos. El general Belgrano, entre cuyas virtudes sobresalía la subordinación y el respeto á las autoridades legítimas del país, cumplió al pie de la letra lo que se le había mandado, y puso en marcha la pequeña columna al mando del coronel Juan Bautista Bustos. La caballería era indudablemente muy escasa para las operaciones que se iban á emprender; pero se contaba con dos escuadrones de *granaderos á caballo* y con un regimiento de 500 infantes según se había convenido con el general San Martín, al entregarle el subsidio de 500,000 pesos que había solicitado para reponer la separación de esta fuerza y completar los armamentos navales. Concentradas estas dos divisiones en el Río Tercero, con las buenas y numerosas caballadas que ya las esperaban, debían formar un total de 2,500 soldados, incluyendo en ese número 400 y tantos milicianos que el coronel Arenales tenía reunidos en la villa de los *Ranchos* (Córdoba) para incorporarse.

Todo estaba previsto y combinado con muchísimo acierto para emprender la campaña desde que llegase al *Fraile Muerto* la división del ejército de los Andes, de cuya reunión dependía el movimiento sobre Santafé por el lado de Córdoba.

Por el de Buenos Aires, el general don Juan

Ramón Balcarce se hallaba acampado en el *Arroyo del Medio* con 1,500 infantes de muy buena organización, y seiscientos reclutas de caballería, que carecían todavía de espíritu de cuerpo, y que para operar con éxito necesitaban sin duda verse apoyados por cuerpos de mejor temple.

Una vez que la división acampada en la margen izquierda del Río Tercero estuviese ya incorporada á la de Cuyo, seiscientos de sus mejores soldados de caballería debían abrir la campaña, bien montados, y hacer por el oeste y por el norte una batida formidable en los campos de Santafé. Ese era el momento en que las fuerzas de Balcarce debían entrar por el *Rosario* y cerrar el cerco á los montoneros, sin dejarles más recursos que asilarse en Entreríos, ó perecer en el Chaco. Completada, pues, esta batida que ninguna dificultad podía ofrecer á las fuerzas con que se contaba hacerla, era el caso de concentrar sobre el río Paraná los cinco ó seis mil hombres de las tres divisiones: ocupar la Bajada y emprender igual batida en Entreríos, donde los anarquistas estaban ya entregados á sus propios recursos, sin poder contar con Artigas á quien los portugueses tenían acogotado y reducido á las últimas convulsiones de un moribundo. Supo Estanislao López la llegada de Bustos al *Fraile Muerto*; é informado de que no tenía sino cien hombres de caballería, y muy confiado en que no se habían de ver por allí los terribles *granaderos* de los Andes que Balcarce esperaba para hacer su entrada, mandó montar á caballo todo el aduar que le obedecía; y con aquella rapidez común con que los bárbaros atraviesan los campos desiertos, se puso sobre el

Río Tercero con cerca de ochocientos jinetes armados á sable y lanza, con fusiles y tercerolas otros, con *chuzas* los indios, y después de hacer volteretas y escaramuzas por las riberas, vadearon el río el día 8 por la madrugada y se echaron sobre los campos en que pastaban las numerosas caballadas reunidas por Bustos á espera de los soldados de Cuyo. Los húsares, que era la única caballería de confianza con que contaba Bustos, eran muy poca gente para defender tantos animales sueltos en los pastizales de aquel campo abierto á todos vientos; y como el tropel de los montoneros contribuyó á espantarlos, se desbandaron por el vasto horizonte de las pampas, á pesar del esfuerzo hecho por el pequeño cuerpo de húsares que bajo el mando del comandante Sayós atacó y sableó algunos grupos enemigos, teniendo al fin que retirarse al campamento por no poder emprender nada más allá de lo prudente.

Al ver abandonada otra vez la periferia del campamento y villa del *Fraile Muerto*, los montoneros, como pájaos de banda que después de revolotear en dispersión rehacen sus grupos y vuelven al lugar de la pitanza, trataron de embestir á toda rienda; pero tan incapaces eran de emprender una operación seria de guerra, que les bastó ver á la infantería resguardada por algunas carretas, y sentir el efecto de las primeras descargas, para que se pusieran á prudente distancia, limitándose á corretear á la vista con alaridos salvajes y vociferaciones provocativas. Otro jefe que hubiese tenido más iniciativa y actividad que Bustos habría podido romper y deshacer con brío y oportunidad aquel incómodo enjambre de avechuchos que circundaban su campo.

Muy cerca tenía al coronel Arenales, que con mucho menos habría hecho mil veces más; pero, á lo que parece, tenía ya Bustos sospechas que se pensaba darle á ese brillante y aventajado guerrero el mando de toda la división, y no dió paso ninguno para llamarlo.

Esperaban los montoneros acabar con Bustos por hambre; pero Arenales por su lado, y Balcarce por el suyo, tuvieron noticia del estado de las cosas en el Río Tercero. El primero se movió hacia el lugar del peligro; y Balcarce adelantó rápidamente un escuadrón al mando del coronel Sáenz, subiendo él mismo á marchas forzadas por la margen derecha del *Carcarañá*.

Tuvo entonces Estanislao López que volverse de prisa á su provincia; y bien se comprende que habría quedado completamente perdido si el general San Martín hubiera enviado los dos ó tres cuerpos de ejército de los Andes que el gobierno nacional esperaba en vano con tanta ansiedad.

El señor O'Higgins, de propia autorización y sin que sepamos de quién la hubiera recibido, se había permitido mandar al sur de Chile toda la caballería argentina: al mismo tiempo que el general San Martín recibía los 500,000 pesos de subvención bajo promesa de poner en Cuyo 2,000 hombres de ese ejército. Esta singular coincidencia le impedía al general cumplir su oferta; y así quedaba siempre pendiente de promesas nunca cumplidas, y de nuevas promesas á cumplir, ese auxilio de fuerzas que el gobierno nacional pedía para defenderse, y que el general quería rétener para expedicionar al Perú. Véase si no es de una rareza

inexplicable el oficio en que el señor Guido, plenipotenciario argentino, da cuenta de que el señor O'Higgins había dispuesto la marcha al Sur del ejército argentino que no dependía de él bajo ningún concepto: «*Santiago, Agosto 29 de 1818: Instruido el GOBIERNO SUPREMO DE ESTE ESTADO de que puede ser tomado Talcahuano (5) ha resuelto destinar una parte del ejército de tierra para asaltar á Talcahuano antes que desembarquen tropas enemigas en este punto fortificado... La orden general del día de hoy previene á los batallones se equipen pronto para esta campaña*»... Pendía, pues, la remesa de la división auxiliar de nuevas órdenes para que regresase del sur y repasase la cordillera; pero como se creía que esas órdenes ya estaban dadas, el general San Martín había mandado movilizar milicias de Mendoza y San Luis, anunciando que en el acto marcharían á reunirse con Bustos y operar de acuerdo con Balcarce.

Contando con eso el general Balcarce, y cumpliendo su deber de socorrer y desembarazar de enemigos á los cuerpos comprometidos en la misma campaña que él, pasó el río *Carcarañda*; y arrollando siempre las montoneras con que López le salía al paso, se dirigió á los vados del río *Salado* con el objeto de ocupar á Santafé, y de dar facilidad á las fuerzas del *Fraile Muerto*, mandadas por Bustos ó por Arenales, de que viniesen de su lado con las suficientes caballadas para acosar á los montoneros y exterminarlos en las orillas del Chaco, ó

(5) Esta plaza permanecía aún en poder de los españoles después de la victoria de Maipú.

hacerles abandonar la provincia y asilarse al otro lado del Paraná.

Convencióse López de que su táctica montonera no era bastante á detener fuerzas regladas, y la abandonó por la idea de defender la ciudad fortificando militarmente el *Paso de Aguirre* en el Río Salado. Un oficial español llamado Yac, que había sido artillero, se encargó de la obra. Escogido el lugar aparente, abrió fosos, levantó parapetos, circundó el reducto con talas formadas de árboles y arbustos espinos que allí abundan, y con 600 hombres de fusil y cuatro piezas se propusieron contener la invasión.

Después de estudiar y de conocer bien la posición, aparentó el general Balcarce hacer un ataque decidido sobre su frente, que no tenía más objeto que cubrir el movimiento de una de sus divisiones que había subido el río dirigida por el cura de Cayastá fray Juan José Leal. Conocía este sacerdote punto por punto aquellos lugares, y dirigió la tropa á dos picadas por donde toda pasó fácilmente. Ocultando así su marcha por dentro del bosque, apareció de sorpresa sobre la batería. Alborotáronse los que estaban dentro de ella y aun algunos hicieron fuego; pero no pudiendo ya sostenerse se desbandaron echándose al río, donde perecieron muchos, y se salvaron otros como sucede siempre en estos casos. Desde luego no quedaba ya obstáculo alguno para ocupar la ciudad y la división se acampó en la *Chacarita*.

Esperaba Balcarce que la fuerza de 800 ó 1,000 hombres que suponía en el *Fraile Muerto* se pondrían en marcha inmediata á reunírsele; pero pasa-

ban días y más días sin tener noticia ninguna; al paso que las montoneras y los indios en grupos más ó menos grandes recorrían libremente los campos entre Córdoba y Santafé, le inquietaban las guardias, le retiraban ó arrebatában los caballos y los ganados sin que se realizase la combinación con que debía haberse hecho la batida por las dos fronteras.

Entretanto, Ramírez no había desatendido la urgente necesidad de auxiliar poderosamente á su aliado; y apenas supo la marcha de Balcarce y la aproximación por el lado del norte de las fuerzas de Bustos, hizo que pasasen el Paraná mil ochocientos montoneros de Entreríos al mando de su hermano materno Ricardo López Jordán, hombre pacato, que no tenía de militar sino el grado y el puesto que le había confiado su hermano. El verdadero caudillo que venía con esa fuerza era el aventurero Pedro Campbell: un forajido hecho y derecho, nacido para ser salvaje y que á fuerza de serlo por naturaleza había encontrado lugar y mando entre las hordas de aquel alzamiento.

Este aventurero, inglés según unos y escocés según otros, había sido marinero, y bajado á la playa de Quilmes en el batallón de marinos con que Popham había reforzado la brigada de Beresford. En los primeros días de estar en Buenos Aires entró ebrio en el cuartel, y al agarrarle del cuello un teniente, levantó la mano sobre el oficial y le echó abajo la gorra de cuartel que llevaba, con algunas otras circunstancias que ya habían hecho notar su natural insolencia. Le valió la cosa una carrera de baqueta con cincuenta azotes. Pero después de haberlos recibido, se supo que en el mismo

día, ó poco antes, había atacado una pulpería y robado á mano armada algunas prendas de plata: crimen muy grave entonces, que tenía pena de horca entre los ingleses. Estaba, pues, preso y curándose de la azotaina mientras se le seguía la causa, cuando Liniers atacó y redimió la ciudad. Habiendo quedado libre en el hospital, Campbell se presentó como voluntario al coronel don Bernardo Velazco; y cuando éste fué nombrado gobernador del Paraguay, Campbell lo siguió y se acomodó á la vida de aquellos pueblos, en algún oficio propio de su clase (6). Unióse después á las montoneras que en Corrientes levantaron la bandera de Artigas: y como se daba por marino, comenzó recorriendo los ríos con lanchones armados. Otras veces aparecía como jefe de caballería; y en todas partes resaltó en audacia y arrojo, pues tenía la astucia, sagacidad, golpe de vista, la saña, rapidez y crueldad que distingue á las fieras, sin un solo accidente que denotara al hombre que alguna vez hubiera vivido entre gentes civilizadas. No tenía principios morales: carecía de las más simples nociones religiosas, y nunca se le oyó el menor recuerdo de familia. Pero lo importante para nuestro criterio, es que basta pintarlo y saber quién era, para juzgar el movimiento de barbarie en que había tomado servicio; así como para conocer bien los horribles caracteres de ese movimiento, basta y sobra con saber que Campbell fué uno de sus grandes generales.

(6) Sé estos detalles por conducto de mi respetable amigo don Diego Davidson, vecino de Corrientes por muchos años, y padre del doctor en medicina del mismo nombre que reside en esta capital.

Con la incorporación de López Jordán y de Campbell, tenía ya el de Santafé fuerzas muy superiores á las del general Balcarce, sobre todo en caballería, que era el arma decisiva en aquel momento. Le hubieran bastado á este jefe (como se probó poco después) dos escuadrones veteranos del ejército de los Andes ó del de Tucumán con oficiales como Cajaraville, Medina, Paz, y como muchos otros del mismo mérito que podríamos mencionar, para dar cuenta de las bandas enemigas que lo inmovilizaban por falta de recursos para echarse sobre ellas. Pero pasaban los días, y nada le venía de Córdoba ó de Cuyo que le diera esperanzas de ver la caballería que se le había ofrecido. Bustos no daba señales de vida, y en vez de haber seguido el movimiento retrógrado de los montoneros como quería el coronel Arenales, se negó á ello, y se retiró hacia el Pilar inutilizando con esto la incorporación de este brillante jefe. De allí dió cuenta al gobierno que era imposible operar sobre Santafé si no bajaba todo el ejército del general Belgrano.

Las circunstancias se hacían, en efecto, cada día más graves y delicadas. Había fracasado también una nueva tentativa del coronel Hereñú para levantar la provincia de Entreríos contra Ramírez, y los dispersos andaban escondiéndose por las islas y costas del Paraná, donde los recogía la escuadrilla de Buenos Aires, que no pudo evitar el apresamiento de dos de sus lanchones y el sacrificio que Campbell hizo de los tripulantes y de los prófugos que iban en ellos.

Conociendo, pues, Balcarce que la permanencia en la ciudad de Santafé podría agotar sus medios

de movilidad á una distancia de Buenos Aires que le hacía imposible mantener sus comunicaciones, resolvió retroceder al *Rosario*, para ponerse en actitud de restablecer sus quebrantos y de volver á invadir si se reanudaban de una manera seria los movimientos combinados que habían servido de base estratégica al emprender la campaña. Luego que se puso en retroceso quisieron los montoneros (á la manera de los partos con los romanos) envolver la columna y destrozarla. Pero la infantería era demasiado sólida para que aquellos grupos de puro gauchaje pudieran conmover sus líneas; y pudo continuar su marcha cubriendo bien su débil caballería y el ganado ovino con que hacía su rancho y sus paradas convenientes. Mas como conocía que la debilidad de su caballería le privaba de emprender nada serio contra los montoneros, el general se esmeraba de mil modos en hacérselo comprender al gobierno que, en verdad, no tenía como defenderse sino haciendo bajar el ejército del general Belgrano, ó dando orden categórica á San Martín de poner en marcha una parte del de los Andes.

A lo primero se oponía tenazmente el ministro Tagle alegando los malísimos resultados y los peligros que debía producir ese abandono indebido é injustificado de las fronteras del norte al frente de las tropas realistas, cuando el ejército de Chile ningún peligro tenía á que hacer frente, ni razón ninguna para no ocurrir en defensa de su gobierno, estando enteramente acuartelados é inactivos sus mejores cuerpos, los que más se necesitaban. Y de acuerdo con esto instigaba al Supremo Director que diese comisión al general don Marcos Balcarce para

ir á Cuyo en calidad de gobernador de Mendoza y general en jefe de las fuerzas argentinas que se hallaban en Chile, en caso de que por no separar una división de ellas, volviera el general San Martín á renunciar su mando.

Lo singular era que en ese momento el general San Martín tenía, por decirlo así, agarrada la muñeca en la trampa. Nunca había tenido la intención de pasar fuerzas del ejército argentino á este lado de la Cordillera; y por lo que parece y se vió después, poco le importaba, una vez que ya tenía escuadra, y dinero, y vestuarios, que Buenos Aires cayese en manos de los montoneros, y que Pueyrredón con todo su gobierno y *sus amigos* los hombres de orden, y el Congreso (aquel famoso Congreso de Tucumán á quien tanto debía) fuesen á las cárceles, ó tuviesen que huir al extranjero. Pero, como hemos dicho, de repente la trampa le coge la muñeca; rompe en San Luis la sublevación de los prisioneros españoles; aparece el hecho como una gran conflagración combinada con las montoneras del litoral, y con José Miguel Carrera; se asusta y mira como en terrible peligro la provincia de Cuyo, Mendoza, San Juan y San Luis que eran su cuartel general, la base de sus recursos, sus provincias, el vivero de sus reclutas, y de todo lo demás con que contaba para robustecer su expedición al Perú; se asusta, repetimos, y desde Curimón donde recibe la terrible nueva, le escribe á O'Higgins que vuele á Mendoza, PORQUE LA SALVACIÓN DEL ORDEN INTERIOR LE INTERESA MÁS QUE CINCUENTA EXPEDICIONES. Al partir no es su ánimo por cierto meterse en Mendoza *sin saber lo que había sucedido*, sino que toma

lo que tenía á mano, lo que el gobierno nacional le había pedido, y que él no había querido darle: tres escuadrones de *granaderos á caballo* al mando de Necochea, uno de *cazadores de la escolta* (carabineros), y el regimiento número 1.º de infantería (cazadores de los Andes) y les da órdenes de pasar á Cuyo. Cuando llegó todo el peligro había pasado; pero no le quedaba modo honesto de hacer volver á Chile una fuerza que pertenecía al gobierno de la nación, y que el gobierno de la nación necesitaba. Aquí empezaron sus apuros, y aquí las tergiversaciones que el señor general B. Mitre ha llamado LA SUBLIME COMEDIA. Nuestra opinión es, como se verá, que no hubo comedia. Pero si la hubo, dudamos mucho que el incidente pueda llamarse *comedia*, ni clasificarse de *sublime* la desobediencia de un general al gobierno de quien su ejército depende; desobediencia que si fué *cómica* debió tener algo de doblez, de enredo, ó de engaño, y que si fué *sublime* nosotros preferiríamos verla por los dos lados, por el lado del general y por el lado del gobierno nacional; la llamaríamos entonces *tragicomedia*, trasuntando con más propiedad al menos, el desdichado drama de aquel tiempo en que se jugó la ruina de nuestro organismo político, y cuyos ecos, bien tristes por cierto, resuenan lúgubrementes todavía en nuestro estado social.

CAPITULO XII

LOS GENERALES BELGRANO Y SAN MARTÍN EN LA CATÁSTROFE DE NUESTRO ORGANISMO POLÍTICO

SUMARIO: Campaña infructuosa contra los montoneros.—Retirada del ejército nacional.—La infantería.—Actitud del general San Martín.—El general Belgrano.—El ejército de los Andes.—Vacilaciones de San Martín.—El comandante de caballería don José María Paz.—Debilidad militar de las montoneras.—Llegada del general Belgrano al teatro de la guerra.—Trabajos políticos del general San Martín.—Antecedentes sobre la defensa de la capital.—Compensación de reclutas chilenos por soldados argentinos.—Exigencia y disgustos de San Martín.—Dificultades de Chile.—Tribulaciones.—Invención de un armisticio.—Carta del señor Guido.—Vuelta á lo del principio.—El ministro Tagle.—Mediación de Chile rechazada con enfado.—Ordenes terminantes sobre el *ejército de los Andes*.—Declaración de O'Higgins sobre la propiedad y composición del *ejército de los Andes*.—Sanción del Senado de Chile.—Esperanzas y propósitos.—Apurada situación de los sucesos.—Insinuaciones de San Martín.—Situación desesperada de los montoneros.—Estanislao López protesta deseos de reconciliación.—Su perfidia, y la candidez de Belgrano.—El armisticio.—Sorpresa é irritación del gobierno nacional.—Su impotencia delante de la presión de sus generales.—San Martín en Mendoza.—Sus trabajos en la remonta del *ejército de los Andes*.—Sus comunicaciones con el ministro de Chile señor Zenteno.—Sedición de los jefes.—Situación anómala del general.—Desaliento del Supremo Director.—Pertinacia de Tagle.—Robustez de la situación.—

Adhesión de la opinión pública.—Predisposición de los militares.—Convocación del Congreso.—Último esfuerzo del Supremo Director.—Negativa del general San Martín.—Apertura de las sesiones.—Los hombres de Estado y los aventureros.—El deán Funes y el proyecto de Constitución.—La concepción y el espíritu conservador.—Constituciones programas.—Reminiscencias de Moreno.—Organismos constitucionales.—El régimen provincial.—El *Habeas corpus*.—El idilio de la fraternidad.—Lo débil y lo fuerte.—Postración y alejamiento de Belgrano.—Tarea final de Pueyrredón.—La logia.—La reelección.—La resistencia.—La renuncia.—Elección de Rondeau.—Sentido político y miras especiales de esta elección.

La culpable desidia del coronel Bustos para combinar sus movimientos con el general J. R. Balcarce, fué causa de que toda la pampa intermedia quedase abierta á las correrías de los montoneros, y de que no se les hubiese perseguido ni encerrado en el Chaco. Excusóse Bustos alegando que había esperado la incorporación de las milicias de San Luis que se le habían ofrecido; y ya fuese por la apatía de su carácter, ya por estar en otras combinaciones más propias de sus secretas miras, la inacción en que se mantuvo le dió ocasión de conservarse en su provincia nativa, á la espera de los sucesos, sin ponerse á las órdenes inmediatas del gobierno nacional.

Frustrado, pues, el proyecto de circunvalación con que había marchado, el general J. R. Balcarce tuvo que ponerse en retirada, acosado por las guerrillas enemigas. Perdió poco á poco su escasa y débil caballería, y alcanzó al Rosario con la esperanza de recibir refuerzos para sostenerse allí hasta

repetir la campaña con mayor seguridad de las combinaciones.

A esto mismo tuvo que renunciar, porque aunque la infantería le bastaba para estar libre de peligros y de asaltos, no tenía cómo hacerse de víveres en aquella inmensidad de campos desiertos donde no había una sola granja, ni sementera, ni un árbol plantado por el hombre, ni la más rudimentaria aldea; y donde sólo se habría podido encontrar algún pequeño grupo de ganados diseminados á tan largas distancias que era imposible darle alcance. El general San Martín tenía en San Luis, á cinco jornadas escasas de Santafé, una brillante división de caballería bien montada, nada menos que los famosos *granaderos á caballo* al mando del coronel M. Necochea; pero esta fuerza permaneció indiferente, á pesar de que el general le escribía al señor Guido: «Balcarce está sitiado en el Rosario» (1).

Después de este contratiempo comprendió el gobierno que era un error estar empeñando contra los montoneros fuerzas pequeñas y colectivas, compuestas en su mayor parte de milicianos ó reclutas; y que era menester obrar de un modo formal y definitivo contra esta inmunda plaga de bandoleros alzados contra los poderes nacionales. Pasó órdenes apremiantes al general Belgrano de que se pusiese en marcha con todo el ejército de Tucumán. Al general San Martín se le ordenó que pusiese á este lado de la Cordillera al ejército de los Andes, y que marchase á Salta, dirigiendo antes al Río Tercero

(1) *Papeles del señor Guido*, pág. 199.

la división de caballería que se hallaba en San Luis para que se incorporase al general Belgrano.

La traslación del ejército de los Andes á Salta no era por cierto un paso desacertado. Chile estaba en completísima seguridad. El mismo señor Guido, en un momento de arranque sincero, y en medio de una gran fiesta nacional, había dicho bien alto en Santiago: «LA GUERRA HA CONCLUÍDO YA EN CHILE» (2).

Pero la guerra no había concluído al norte de nuestras provincias; y ya que el diminuto ejército del general Belgrano bajaba de allá á consolidar el orden interior, pensaba el gobierno (lo decía al menos) que se proponía formar en Salta bajo la dirección del general San Martín y del coronel Güemes, un ejército de seis ú ocho mil hombres que invadiera por el Alto Perú, al mismo tiempo que el que debía formarse en Chile sobre el plantel de 2,000 hombres que allí se le dejaban, amenazaría las costas con la poderosa escuadra que podía maniobrar en ellas.

La verdad de estas nuevas combinaciones está plenamente justificada.

El general Belgrano le escribía al coronel Güemes que por la vía muy reservada se le comunicaba que el general San Martín iba á pasar á Salta con la mayor parte del ejército de los Andes, remontado poderosamente en Cuyo. El mismo le escribía á San Martín sobre esto (3), y el general, sorprendi-

(2) *Gaceta de Buenos Aires*, 14 de abril 1819, pág. 515.

(3) *Historia de Belgrano* por el señor Mitre, vol. II de la 3.^a edición, pág. 623.

do y profundamente desagradado, le escribía al señor Guido: «Las comunicaciones del gobierno *tan exigentes y apuradas* son de fecha 15 (abril 1819) y se refieren á las de Belgrano del 7 y 9 del mismo, siendo así que este general en las suyas *de oficio no me habla una palabra de la bajada del enemigo*; pero aun siendo eso verdad ¿hay tiempo para que las fuerzas del ejército de los Andes pasen la Cordillera y lleguen á Tucumán?» (4).

El general San Martín duda, como se ve, de que sea verdad la bajada de los realistas por Salta, y parece inclinado á pensar que no se trata sino de tener un pretexto plausible para sacarlo de Chile y reducirlo á la patria argentina, donde no podría menos de obedecer al gobierno. Sería ó no sería así; pero en uno y otro caso quedaría probado siempre que el señor Pueyrredón quería disponer del ejército nacional.

Las nuevas combinaciones eran pues, en resumen, adelantar el ejército de la capital en número de dos mil infantes y quinientos milicianos de caballería á la frontera del Rosario; mientras el general Belgrano con 2,600 veteranos y cuatro escuadrones llegaba á las márgenes del Río Tercero. Allí debían reunirse á él los *granaderos á caballo* que Necochea tenía en San Luis, y marchar en seguida al centro de la provincia de Santafé combinando este movimiento con el ejército de la capital pronto á entrar por el este y por el sur. Al general San Martín no se le obligaba á tomar la menor parte en la guerra

(4) *Papeles del señor Guido*, pág. 235. Lo había ciertamente para que fuese la división que tenía en San Luis.

civil, que era lo que según decía y repetía, provocaba todos sus escrúpulos. Estaba resuelto á no hacerlo, de este lado de los Andes al menos, por ningún pretexto. Pero trasladándose á Salta á organizar una invasión por el Alto Perú, más acertada quizá que la que él proyectaba por las costas del Pacífico, se le dejaba en su puesto y en la pureza de sus escrúpulos morales.

La doctrina del general Belgrano era siempre la de la virtud y del deber. Ciudadano antes que todo, no había interés político ó personal que en su alma pudiera prevalecer contra la ley, ó sobre la disciplina militar. No tenía talentos de guerrero, pero tampoco tenía límites su abnegación y su respeto á las autoridades constituídas de su país. Militar siempre y en todos los casos, debía obedecer ciegamente á su gobierno; y si en ello se comprometía su honra, podía salvarla renunciando su puesto y dejando libre el paso á la autoridad. Así es que creyendo desacertado el abandono de Tucumán, «do manda quien puede» le escribía á San Martín, y se ponía en marcha.

En el camino tuvo noticias de que Bustos estaba sitiado y á mal trance en las márgenes del Río Tercero, por falta de buena caballería; é inmediatamente ordenó que se adelantasen á marchas forzadas dos escuadrones, si es que merecen este nombre dos pequeños cuerpos que á lo más completarían 130 hombres; el de *Húsares* al mando del coronel Lamadrid, y el de *Dragones*, cuyo jefe era el joven don José María Paz, el oficial más entendido en la guerra y de más claros talentos que figuraba en aquella división, pero por desgracia tocado del

espíritu sedicioso, y aspirante fuera del orden legítimo de los intereses nacionales.

Apenas llegó Paz al campamento del *Fraile Muerto*, se vió ya cuán vana y ridícula era la fama que se atribuía á los montoneros y á sus caudillos. No nos parece conducente, útil ni interesante siquiera, perder tiempo en pormenores militares, desnudos de carácter y de importancia, ya sea que se les mire desde el punto de vista de nuestra sociabilidad, ya desde el del arte de la guerra, ya en fin como causantes del desastre que arruinó entonces nuestro organismo político.

No fueron aquellas montoneras las que derrocaron el orden vigoroso que se había consolidado de 1816 á 1819, sino la sublevación y la desertión de nuestros dos grandes y únicos ejércitos, el de Belgrano y el de San Martín. Esas dos columnas se salieron de la línea del deber, y el edificio se desplomó. Si una parte del ejército alemán se pasase á Austria, y la otra á Rusia ¿en qué pararía la solidez del imperio y del poder de Bismarck? Pues eso y nada más que eso fué lo que pasó entre nosotros el año 1820.

Hemos dicho que apenas se incorporó Paz al campamento del *Fraile Muerto*, se vió ya lo que valía el caudillo don Estanislao López, sus auxiliares López Jordán y el facineroso inglés Pedro Campbell. Después de rodear el campamento con mil ochocientos montoneros, hicieron un «formidable» aparato de asaltarlo. Dos compañías de cazadores (96 hombres) les hicieron fuego, y bastó para que dieran vuelta sus caballos dispersándose como bandadas de patos de laguna. Sale entonces el joven

Paz con sesenta dragones, y los sablea á su gusto en aquella vasta campaña donde el pequeño grupo de sus soldados parecía «un punto en el espacio comparado con aquella multitud que revoloteaba y daba alaridos por el horizonte». Queriendo volver en sí al verse tantos contra tan pocos, tratan de alcanzar al escuadrón que se replegaba á su campo, pero al ver que los veteranos se detenían y les daban el frente para volver á cargarlos, se contienen y los mil ochocientos montoneros se retiran á tres leguas á comer y descansar. Esta era la terrible milicia del salvajismo con que se quería imponer á un gobierno que contaba á lo menos con siete mil veteranos que se habían medido con ejércitos españoles en Chile y en el Alto Perú, en Maipú, en Tucumán y en Salta. Y no era porque esos semibárbaros fueran cobardes: todo lo contrario; tenían un arrojo sorprendente, y morían con la rabia de las fieras. «Vi un indio (dice Paz) que habiendo perdido su caballo había quedado á retaguardia de mis soldados, y que rodeado después por diez ó doce de los nuestros le ofrecían salvarle la vida, pero él con la lanza en la mano los acometía, y aún hirió á uno que quiso convencerlo por piedad. Se asemejaba allí á una fiera acosada por los cazadores que vuelve á esperarlos para vender cara su vida; así éste, furioso, no escuchaba sino su rabia, y fué preciso matarlo como se habría hecho con un tigre». En los días siguientes los montoneros repitieron sus tentativas, pero apenas veían salir del campamento los dos escuadrones de veteranos huían en dispersión, con la mira quizá de alejarlos de su centro para que cansaran sus caballos y poder triunfar con ardides de esa infi-

ma fuerza que no se atrevían á esperar por falta de consistencia militar.

Cansados de estas vanas tentativas, los montoneros desaparecieron. Pudo haber dos causas: la noticia de que el general Belgrano se aproximaba con el grueso de sus tropas, y la entrada del ejército de Buenos aires al Rosario bajo el mando del general Viamonte, con una buena escuadrilla que seguía sus movimientos por el río Paraná (5).

Veamos ahora otro ejemplo asombroso de lo poco que valían las montoneras como fuerza militar. Teniendo que remitir vestuarios y armas á las divisiones que debían llegar al Río Tercero, se cargó todo en ocho carretas custodiadas por una pequeña escolta de cien hombres á cuya cabeza salió de Buenos Aires un oficial de confianza, el mayor Inarra. Así que el convoy tocó en las pampas de Santafé salieron los montoneros á su encuentro. Sin retener la marcha de los bueyes, Inarra aprovechaba sus fuegos cuando los enemigos se le acercaban, y cuando se dispersaban los cargaba y los escarmentaba con su pequeña escolta. Al tercer día todo quedaba á salvo; y el mayor Inarra entregaba íntegro el convoy en el campamento del *Fraile Muerto*. Por más que se haya dicho, estas montoneras no tenían más táctica de combate que la de los indios.

El general Belgrano entró en el territorio de Santafé en una sola masa de cinco batallones, cua-

(5) El general don Juan Ramón Balcarce, ofendido de que en vez de suministrarle buena caballería veterana, se hubiese llamado al general Belgrano, renunció y fué substituído por el general Viamonte.

tro escuadrones—«muy bajos», dice Paz,—y ocho piezas de artillería, con el parque y los bagajes correspondientes. Se esperaba por momentos que se incorporasen los granaderos á caballo que estaban en San Luis, pues se sabía de positivo que el mismo general San Martín se había adelantado con ellos hasta *Río Quinto*.

Con el fin de descubrir lo que pasaba en la vasta y desierta campaña que tenía por delante, mandó el general Belgrano que el joven comandante Paz tomase la vanguardia, é hiciera una firme persecución de los grupos que de vez en vez aparecían correteando á distancia. Marchando aprisa, alcanzaron los dragones á ver un grupo como de 500 jinetes que llevaban azotado por delante un número crecido de ganados; pero, como la persecución era viva y firme, los montoneros se dispersaron en completa fuga y abandonaron caballadas y ganados. Creyendo los caudillos que no podían contrastar la marcha de Belgrano, se lanzaron de prisa sobre Viamonte, y sorprendieron con éxito completo la caballería de reclutas y milicias que acampaban en las chacras del Rosario. En nada habría mejorado con esto su situación, desde que la caballería del ejército de los Andes y de la división Belgrano hubiesen ocupado la provincia por el norte con la solidez consiguiente y con la movilidad de sus poderosos escuadrones.

Veamos ahora en lo que el general San Martín había ocupado el tiempo que acababa de pasar en Mendoza. Apenas vió que no tenía cómo evitar que los *granaderos á caballo pasasen* á incorporarse al ejército del general Belgrano, temió perderlos para

siempre; y de pronto se manifestó resuelto á seguir con ellos la marcha de la invasión á Santafé.

El señor Carlos Guido Spano, anotador de los *Papeles* de su ilustre padre, nos dice en la pág. 225 que el señor B. Mitre trata este incidente y las consecuencias que produjo. «Suponiendo en San Martín (cuyo carácter desvirtúa por completo presentándole como un tramoyista sigiloso) el haber urdido *una trama, un misterioso plan, una sublime comedia*, á lo que se llama *golpes peculiares de su genio*, dice el autor citado (señor Mitre), *inventó* el repaso de su ejército á esta parte de la Cordillera, *lo cual ha engañado hasta hoy á los mismos historiadores*». Sin tomar nosotros la responsabilidad de la cita, y en la creencia de que la documentación del señor Guido Spano para negar esas *supuestas embrolladas, comedias y tramas*, es muy superior á la que puede haber tenido el señor Mitre para suponerlas (si fuera genuina la transcripción), diremos que á nuestro juicio no hubo tales deslealtades; y que dejando á un lado todo lo que tiene de reprochable la final desobediencia del general San Martín y de su amigo el señor Guido (padre), creemos que puede probarse la más completa buena fe de parte del general en su intención de suministrar fuerzas al gobierno directorial; y que no fué él sino el gobierno de Chile quien faltó á todo lo prometido, dejándole al fin sin más alternativa que desobedecer, pero sin que hubiera combinado comedias, chocantes ó sublimes, ni forjado tramas ó mentiras, á excepción de una *exageración dolorosa* y á todas luces inexacta en que incurrió el señor Guido, al forzar

demasiado los argumentos con que quiso apoyar su aserto (6).

Véase ahora cuál fué el origen, los accidentes y las oscilaciones que ofreció el asunto hasta su desenlace.

Nos permitimos recordar, por ser indispensable para esta explicación, la oposición tenaz y violenta que el pueblo de Buenos Aires había hecho á la campaña sobre Chile en 1816. Preciso le fué al Supremo Director don Juan Martín de Pueyrredón hacer acto de peligrosa energía para mandar á Cuyo los batallones que guarnecían la capital; y no se habrá olvidado que el Cabildo, adunado con la *Junta de Observación*, sólo por no alterar el orden, se sometieron á ese sacrificio, ordenando que se levantara un nuevo ejército de 6,000 hombres «bajo la base inalterable de que en ningún caso habían de ser sacados de la capital, porque Buenos Aires se había desprendido ya generosamente de millares de brazos robustos, útiles y necesarios á la agricultura y al trabajo, que se habían mandado con repetición á las penosas campañas de la Banda Oriental, del Perú y Mendoza. Ahora ya no tiene qué dar ni de qué valerse si no agota sus recursos, y se halla expuesta á ser presa de sus enemigos exteriores y de las facciones anárquicas». De estas palabras, que en el fondo tenían más verdad de la que puede suponerse, concluía el Cabildo que el Supremo Direc-

(6) Usamos de la palabra *exageración*, que es la que emplea el señor Guido (hijo) al revelar (creemos que con dolor) lo que él mismo piensa de la aserción de su ilustre padre de que «*más de dos tercios del ejército de los Andes se componía de chilenos*».

tor quedaba obligado ante la patria y el pueblo á reponer con ventaja las fuerzas militares que se le extraían (7).

El gobierno tomó sobre sí la sagrada y urgente obligación que se le imponía, y decretó la formación de ese nuevo ejército. Pero al momento se encontró con la enorme absorción de recursos pecuniarios que le imponía el ejército situado en Mendoza para reconquistar á Chile; y las medidas coercitivas que hubieron de emplearse para obtener dinero y hombres, levantaban tan peligrosa resistencia en el seno de la burguesía contribuyente ó imponible, y tantas alarmas en los cuerpos cívicos (único fondo de donde podía tomarse soldados), que hubo que desistir de tentar la operación en grande, y usar de prudentes demoras y contemplaciones para ir formando poco á poco dos ó tres batallones. Más que de infantería se necesitaba una caballería sólidamente educada; y ésta era la más grande de todas las dificultades dado el carácter de la población de nuestros campos, y dada la falta de oficialidad y de organización administrativa en que había quedado Buenos Aires después de la caída del general Alvear y de la expedición del general San Martín, que se había llevado toda la que se había formado en tres años de asiduos trabajos.

No sólo por deber sino por un vital interés le convenía al gobierno de Buenos Aires mantener fuerzas respetables en Tucumán y en la capital. Y

(7) Reclamación del Cabildo de 17 de febrero de 1816, y contestación del Poder Ejecutivo del 20. *Historia Argentina*, por V. F. López, vol. VI, pág. 326-33.

siendo de creer que Chile se bastaría para formar su propio ejército de defensa una vez que fuese libertado del yugo colonial, ofreció el general San Martín que en el acto de triunfar devolvería 2,000 soldados argentinos con más dos ó tres mil chilenos, ya fuese de los que se tomasen prisioneros, ya reclutas levantados en la numerosa plebe de *rotos* que pululaban en *Santiago* y pueblos circunvecinos. «Vengan sin falta, y antes que se cierre la Cordillera los dos mil soldados pedidos, que es aquí donde ahora hay mayor necesidad de ellos» (8).

De larga data venía, pues, esa promesa; y aunque los sucesos que mediaron pudieron justificar la demora y el error de los cálculos favorables que se habían hecho sobre los resultados de la primera victoria, después de la de Maipú, y de tantos y tan repetidos sacrificios, era natural que el gobierno argentino hubiese comenzado á ser más insistente sobre aquella promesa, y que la hubiera hecho condición de todo lo que había otorgado y dado al general San Martín. A fines de 1818, el Supremo Director le ordenó que pusiese en Cuyo los escuadrones de *granaderos á Caballo* y los tres mil reclutas chilenos ofrecidos para formar allí un ejército sólido á las órdenes del general don Marcos Balcarce. El general San Martín se había comprometido á eso, con tal que se le dejaran en Chile tres mil veteranos argentinos con la suficiente oficialidad para organizar cuatro batallones y cuatro escuadrones de chilenos que debían componer parte del ejér-

(8) Carta de Pueyrredón á San Martín, del 10 de marzo de 1817.

cito expedicionario al Perú. Pero pasaba el tiempo y el gobierno de Chile no tomaba medida ninguna para contribuir al ejército unido y compensar la parte de argentinos que debían quedar en él. Las repetidas reclamaciones no daban resultado, ni alcanzaban contestación. Inquieto el general al ver tan culpable apatía, temió con razón que el gobierno de Buenos Aires perdiese la paciencia y que obligado por la mala situación interna le expidiese una orden categórica de hacer regresar á Cuyo todo el ejército de los Andes. Y como ya se le había insinuado por varias veces que esta sería la última resolución, el general le escribió al señor Guido una nota incisiva y vehemente pero sincera, como era propio de su carácter, sin tramoya ni pueril comedia, con el fin verdadero y honorable de salvar su honra comprometida. Mostrábase en ella profundamente ofendido con el gobierno de Chile, y hacía sentir que se le ponía en una posición falsa y desleal con respecto al gobierno de Buenos Aires. En su deseo de sincerarse pasó otro oficio del mismo tenor al Supremo Director de las provincias del Río de la Plata; no para arrastrarle por la oreja, como vulgarmente se dice, á figurar en una trama de mentiras, que además de indecorosa habría sido imposible de concertar entre personas de tan acrisolada moralidad, sino para que exigiese el cumplimiento de lo que el general, suficientemente autorizado, había ofrecido á nombre de Chile, es decir, los tres mil reclutas (9).

(9) «Creo de mi deber, y en descargo de toda responsabilidad, hacer presente á V. S. que la conducta que observo en el gobierno de Chile no es en nada adecuada ni

Como no es posible á medida que se escribe acumular todos los incidentes que concurren á explicar una época, se verá más tarde que el envío á Mendoza de estos tres mil reclutas, llevado de oído en oído por un vago rumor, producía en Chile tal indignación en el ánimo público, que el temor de la ejecución era la principal causa que encogía á su gobierno, sin comprender que si eso era un sacrificio, era infinitamente menor que el que había hecho la República Argentina y que el que se le iba á imponer á su gobierno dejándolo maniatado y perdido por falta de medios de defensa. El gobierno de Chile trataba, pues, de tener su compromiso en la más grande reserva, y si se hablaba de la idea de hacer una leva, se cohonestaba con la necesidad de remontar el ejército unido para la expedición al Perú, hasta el momento de arrimar los reclutas á la Cordillera y de trasmontarlos bien custodiados, á cuyo fin ya se hallaba acantonado en Santa Rosa

al agradecimiento que debía tener al ejército unido, ni al plan de operaciones para atacar á los enemigos de Lima. El 31 de julio hice ver la necesidad de aumentar el ejército hasta un número que pudiese *quedar en seguridad el país*, y estar disponibles 6,000 hombres para la expresada expedición. Nada se ha hecho, ni hay la más remota esperanza de que se haga. No contesta á las peticiones que se le hacen, *no toma medidas para dar un solo recluta...* En fin, la conducta de este gobierno está manifestamente clara que su objeto es, no sólo que no se verifique la expedición proyectada, sino la de desprenderse del ejército de los Andes, poniéndonos en un estado de desesperación tal que tengamos que pasar la Cordillera, Ó COMPROMETER-NOS Á DISGUSTOS DE LA MAYOR TRANSCENDENCIA.» (*Papeles del señor Guido*, pág. 174-75).

el regimiento número 11. Debe también tenerse presente que en la cuestión de las *montoneras* estaba muy interesado Chile; porque José Miguel Carrera, con muchos emigrados de su partido y desertores, se había unido á Ramírez y López; y porque si bien O'Higgins podía no tener cuidado mientras los argentinos le hiciesen la guardia en Chile, no era lo mismo desde que expedicionasen al Perú. De ahí el deseo de eludir el compromiso y de poner dificultades á la realización inmediata de esa expedición.

La nota del general San Martín era, pues, perfectamente seria y sincera. Cuando decía que la *apatía para dar reclutas podía comprometerlo á mayores disgustos*, preveía con dolor que se le pusiese en la terrible alternativa de tener que entregar el ejército de los Andes al gobierno argentino, ó tener que desobedecer alzándose con toda su fuerza, y marchándose al Perú, *á costa de una tremenda responsabilidad*, como él mismo lo dijo después. En el momento presente, no era eso todavía lo que premeditaba, ni lo que pensaba hacer. Su deseo era que Chile cumplierse el pacto de cooperar á los sacrificios comunes que había celebrado con él, y que su plenipotenciario Irizarri había celebrado solemnemente y por escrito con el señor Tagle. En vista de sus vehementes exigencias se le avisa de Chile que se había *decretado* una recluta de 5,000 hombres, que incorporada al ejército argentino, constante entonces de 4,300 veteranos, debía dar un total de nueve mil soldados poco más ó menos, inclusa la división mixta que debía pasar al servicio del gobierno argentino. San Martín, que esperaba con ansia en

Mendoza *reclutas* y no *decretos*, le escribe enfadado al señor Guido: «Esta voz decreto no quisiera oírla: he visto tantos, y no cumplidos, que desconfío de todos ellos; pero hablemos claro, amigo mío: ¿usted ha visto cumplir ningún *acuerdo* de los amigos de esa? ¿Y de buena fe cree usted que los hombres varíen de carácter? Usted sabe el interés que he tomado en la suerte de América; pero, amigo, es muy doloroso que usted, yo, y otros pocos sean los únicos que meten el hombro. Nada importaría el sacrificio, pero el resultado es que también perderemos el honor, y tanto más desolante cuanto es por culpas ajenas» (10). Se corroboraría esta carta si fuese cierto lo que nos dice el señor B. Mitre que San Martín miraba con grande antipatía y *repugnancia* á los hombres de Chile, «que son de general de un carácter que no confrontan con mis principios, y aquí tiene usted un disgusto continuado que corroe mi triste existencia: dos meses de tranquilidad en el virtuoso pueblo de Mendoza me darían la vida» (11).

A principios de 1819, el general San Martín podía disponer de 5,000 veteranos argentinos como se verá más adelante; y á no tener más propósito que la expedición al Perú no habría tenido razón ninguna para encarecer tanto la nueva recluta de Chile, porque con mucho menos que eso realizó su empresa. Pero lo que explica el conflicto en que se veía, es que entregando á Buenos Aires de dos á tres mil

(10) *Papeles del señor Guido*, pág. 232-33.

(11) *Nuevas comprobaciones históricas*, por B. Mitre, pág. 319-20.

de aquellos veteranos quedaba en la impotencia, ó reducido á la necesidad de dar un escándalo ruidoso, anteponiendo la emancipación del Perú á la salvación del gobierno y del país de quienes dependía. Ningún hombre honrado afronta con frialdad desde el primer momento resoluciones que se mecen así entre la lealtad y la enormidad de un acto que puede tocar la raya del crimen (12).

El general San Martín comenzaba á ver que el egoísmo, «la ingratitude» ó la apatía del gobierno chileno podían arrastrarlo á una fatal alternativa, y se desesperaba. Resolvía unas veces sacrificar sus grandiosas miras y resignarse á su triste suerte, antes que faltar á su deber. Se indignaba entonces de que «la ingratitude» y las faltas ajenas fuesen causa de su conflicto; y al ver que la hora de las resoluciones se aproximaba sobre él, iba desoyendo sus primeros escrúpulos, y razonando consigo mismo que no le dejaban otro medio de terminar en el Perú la guerra de la Independencia de Sud América que el de empeñar en ella el ejército argentino llevándoselo contra la voluntad y contra el interés del país y del gobierno que se lo habían confiado. Este es el proceso moral de todas las faltas humanas, de las grandes y de las nobles, como de las mediocres y de las perversas: propósitos primero: después obstáculos, sugerencias, atenuaciones, vacilaciones, y resolución al fin con las responsabilidades del caso. Aquí tenemos, pues, al general San Martín

(12) Por supuesto que tomamos la palabra en la acepción que le dan las leyes políticas y disciplinarias del Estado ó de la milicia.

en el primer período psicológico de todas las faltas humanas. Se halla sinceramente atormentado entre el escrúpulo ó el miedo de cometer una grave falta «por culpas ajenas» y el dolor de que el deber pueda cerrarle el camino de la gloriosa empresa con que piensa cerrar su brillante carrera.

¿Qué hacer?... Los reclutas chilenos no llegan. No llegarán nunca si él no corre á Chile á apremiar é imponer el cumplimiento de lo ofrecido. Pero si se va, los *granaderos* y los *cazadores á caballo* y el número 1.º de infantería, que son con el número 11 la mejor mitad de su ejército, quedan en manos del gobierno argentino, porque tienen la orden de incorporarse al ejército del general Belgrano. Dejarlos que pasen así á otro general, es perderlos él. Perdidos para él ha fracasado la expedición al Perú. «¡Malditas sean las culpas ajenas!»... Pero él ha acusado ante su gobierno la inercia y la ingratitud de Chile... ¿Qué más quiere Tagle? ¿Qué más quiere Pueyrredón? Ya tienen en la mano el pretexto para recuperar lo suyo; y en el acto expiden la orden terminante de que todo el ejército de los Andes repase la Cordillera y vaya á situarse al Norte; porque al saber Laserna que el general Belgrano ha desamparado aquella frontera, amenaza invadir de nuevo por Salta. Rehuye todavía el general San Martín lanzarse á desobedecer abiertamente lo que su gobierno le ordena.

Si los sucesos le dieran tiempo para presentarse en Chile y forzar la recluta se salvaría de tener que devolver el ejército y todo quedaría arreglado. Es menester, pues, encontrar algo que detenga la marcha vertiginosa del desorden litoral: algo que mue-

va la mano de Dios á detener el curso de los soles del mes de abril que se aproximan. Es menester suplicarle á Estanislao López que transija con el gobierno nacional; á Ramírez que renuncie á la prepotencia que ambiciona; que no humille á Buenos Aires haciendo retemblar en sus calles el alarido de sus bandas y el callo de los potros. Es preciso rogarle á Artigas que sea clemente, que aplaque la furia de sus tenientes mientras esté pendiente la emancipación del Perú; y sobre todo que Pueyrredón se someta á la benevolencia de toda esa gente, les abandone las provincias, los pueblos y las campañas para que fecunde su semilla y se hagan cada día más poderosos por la impunidad, hasta que se devoren los unos á los otros.

El general San Martín no encuentra otro medio que ese de salir de la dificultad que lo atormenta. Una pacificación general, una tregua, un armisticio que le den tiempo á desenvolverse. Ofuscado por esta ilusión, comienza entonces por recabar del gobierno de Chile que nombre una respetable Comisión que medie «entre el gobierno argentino y los montoneros». Reparte entonces sus misivas rogatorias á todos aquellos caudillos; y le pide al señor Guido una «sabia carta» al caso, en la que debata sobre todo el error de mandar venir á tierra argentina el ejército de los Andes, cuando hay todavía como darle al gobierno de Buenos Aires toda la fuerza que reclama, sin afectar la integridad de ese precioso ejército.

Un mes antes, al temer que se subvertiera el orden en Mendoza, centro de sus remontas y recursos, el general San Martín le había escrito á

O'Higgins: «I'oy allá, mándeme usted todo lo necesario, PORQUE EL ORDEN PÚBLICO NOS INTERESA MÁS QUE CIEN EXPEDICIONES Á LIMA»... ¿ Por qué piensa ahora de otro modo? «No tengo más esperanza (le escribe al señor Guido) sino que la comisión de Chile y mis buenos deseos apaguen la guerra civil; dígame usted su opinión sobre este particular». Y como el general sabía bien cuál había de ser la opinión del señor Guido, se le escapa añadir «que creo que será la mía» (13).

Usando el señor Guido de una dialéctica bellísima en que brillan todos los colores indefinidos del arco iris, apoya, por supuesto, las opiniones del general, y tiene para él «que el regreso del ejército de los Andes á manos del gobierno argentino, sería una calamidad tanto más inútil cuanto que volviendo las cosas al acuerdo primitivo arreglado con Chile, se puede evitar, y llenar todas las miras y los intereses que parecían tan encontrados». Muchas razones tiene el señor Guido para entender que el general no debe cumplir la orden que acaba de notificársele. La primera es: «Que DOS TERCIOS de ese ejército SE COMPONE DE HIJOS DE CHILE; y yo quiero suponer (agrega), con toda posibilidad, que no deserte un hombre sólo». La segunda, «que al saber Pezuela la retirada del ejército á Mendoza reforzará á Laserna, y éste bajará hasta Córdoba con diez mil hombres, *cortando al ejército en Mendoza* (sic). Pero si en vez de acantonarlo en Mendoza se le lleva á Buenos Aires, Laserna se apoderará de Cuyo en el acto, se pondrá en comunicación

(13) *Papeles del señor Guido*, pág. 210.

por Santafé con la expedición de Cádiz, y Buenos Aires quedará perdido».

De estos antecedentes se desprende (y nos cuesta creer que fueran seriamente aducidos) que Buenos Aires, Córdoba y las demás provincias argentinas estaban mejor defendidas teniendo su ejército en operaciones sobre las márgenes del *Bio-Bio* y al frente de *Talcahuano*, que teniéndolo en Cuyo ó al alcance de la capital. Y adviértase que no criticamos ni juzgamos, sino que lo dejamos todo al criterio común. Lo que sí diremos es que el general Laserna no tenía cosa parecida á esos diez mil hombres que el señor Guido le supone, ni estaba *Pezuela* en condiciones de poner en marcha semejante fuerza, por más que como dice el señor Guido «este hubiera sido antes el plan de Abascal en 1814 y debía ser el que ahora practicara *Pezuela*». Si tal fué el plan de Abascal, no lo pudo poner en práctica el mismo *Pezuela*, ni aun después de haber triunfado en *Vilcapugio* y en *Ayauma*; y cuando quiso realizarlo en 1816 después de *Sipe-Sipe*, sabemos cómo dió cuenta de tan famoso plan el coronel Güemes, á quien el señor Guido mira ahora en poco menos que nada para dar fuerza al argumento de su carta, y apoyo á las ideas de desobediencia en cuya pendiente estaba ya el general San Martín. Dice el señor Guido con mejor razón, aunque en manera exagerada, que la traslación del ejército de los Andes á Mendoza prepararía la ruina de América. Pudiera ser que por lo pronto dejara sin efecto la expedición al Perú; pero de seguro que eso no arruinaba á las provincias del Río de la Plata, sino que las defendía. No arruinaba tampoco

co á Chile que tenía ya una escuadra poderosa y millón y medio de habitantes para defenderse; y en cuanto á la *América* de más allá, somos de opinión que la *caridad bien entendida debiera empezar por la seguridad y por el buen orden de la casa propia*.

Se extendía después el señor Guido en amplias consideraciones de política general, y en imaginarias ó afectivas apreciaciones que tienen poca aplicación al momento de que nos ocupamos. Pero lo más importante de su carta es el modo como comienza, y que hemos aplazado hasta el fin de esta exposición, porque es ahí donde se encierra el secreto de toda la política con que el general San Martín pensaba desprenderse de sus compromisos, y desoir las reclamaciones de su gobierno. «No varío un punto mi opinión respecto á la necesidad de una *prontísima transacción con los montoneros*». Cuando el señor Guido opinaba así, sabía que esa era la resolución que el general iba á poner en práctica; pues á renglón seguido dice: «Convengo con usted en que cualquiera que sea el resultado de la campaña contra los montoneros será funesto á los intereses generales si deciden las armas *cuando nos vemos amagados de la expedición española* (14). Si usted y la Comisión de Chile consiguen que «ambos partidos» (!) *se den la mano* para defender la pa-

(14) Mal argumento; porque según asegura el señor Mitre con el poderoso peso de su archivo, ese era uno de los incidentes de la *sublime comedia*, y ni el general San Martín ni el señor Guido creían en eso. Nosotros pensamos de diverso modo, y creemos que la expedición española era tan seria y tan inminente que bien podía aterrar con justicia á los que la esperaban y hablaban de ella.

tria, será más glorioso eso que los triunfos de *Chacabuco* y de *Maipú*».

Pero no se habría necesitado grande dialéctica con tal que fuera de colores más fijos y menos vagos, para encontrar que en vez de delegar la defensa de la patria á Artigas tomado de la mano de Pueyrredón (¡qué idea!) habría sido más natural que el general San Martín mismo hubiese venido á completar y hacer más tierno, más imponente al menos, ese gran cuadro en que él habría figurado como el salvador de su antiguo amigo y de la integridad constitucional de su patria, con todo el ejército de los Andes. Sin embargo, el señor Guido tenía siempre lo que antes en lenguaje de montería se llamaba *la vuelta*, y hoy el *rapel*. El buen instinto lo traía siempre al rastro: y haciendo justicia á las exigencias de su gobierno, vuelve á la necesidad de que Chile cumpla el acuerdo primitivo, y dice: «Puede hacerse más extenso y benéfico este plan: puede muy bien pasar á Mendoza el regimiento de granaderos á caballo, un batallón de infantería de los Andes, y 1,500 reclutas de este país (Chile) (15) y con los cuadros sobrantes de oficiales sueltos organizar allí una división de tres mil hombres que sirva de apoyo á las milicias de la provincia que deben bajar á la campaña de Buenos Aires». Hecho esto á tiempo hubiera llenado quizá las miras y los deseos de todos; pero era tarde.

Había en el fondo de la escena un hombre cuyo espíritu silencioso y concentrado iba siguiendo de

(15) La disminución del número venía de que mucho se habría conseguido si esto se alcanzaba.

hito en hito las vacilaciones y los pasos del general. Ese hombre no había creído jamás en la buena fe de la cooperación ofrecida por Chile. Tagle tiene ya la voluntad de poner al general en la alternativa de someterse ó de rebelarse. Ha resuelto disputarle la entrega de la división que se halla en Cuyo: decimos Tagle por no decir Pueyrredón: ponemos al frente al ministro y metemos en la nulidad al Supremo Director, ya que se pretende que San Martín y Pueyrredón marchaban en celestial armonía haciendo tramoyas y comedias con los intereses argentinos. Pero Tagle, ministro de Pueyrredón, no hacía tramoyas; y aunque «era hombre obscuro y mediocre» según algunos, estaba tan lejos de intervenir en comedias, que había resuelto ya (y lo hizo) nada menos que destituir al general San Martín... ¿Sería esto contra la voluntad del Supremo Director?... Sería necesario un candor especialísimo para creerlo.

Inspirado por su principal ministro, el gobierno argentino rechazó con enfado la mediación de Chile; y ese ministro tuvo bastante influjo sobre el jefe de Estado para hacerle contestar así, directamente al gobierno de Chile, é indirectamente al general San Martín y al señor Guido que eran los que habían negociado la mediación: «Ha causado la mayor sorpresa el arbitrio adoptado por el Supremo Director de Chile para cortar las desavenencias entre este gobierno y el caudillo Artigas... Vuestra Excelencia se habrá desengañado de que es llegada la época de concluir con los anarquistas. —Que á este solo objeto se han reunido las fuerzas... y cuando ya se miran destruidos los pequeños restos de esa turba sin orden ni concierto, ¿es po-

sible empeñarse en darles importancia por el extraordinario arbitrio de una mediación tan caracterizada como la del gobierno de Chile? El gobierno de las Provincias Unidas no puede aceptarla sin degradar su dignidad y decoro, y sin exponerlas á males más efectivos y reales que los que se temen. ¿Presumiría Artigas que el gobierno es quien ha solicitado esa mediación?... ¡No señor! trabajemos en acabar con los anarquistas y restablecer el orden. Estas ideas son las de Vuestra Excelencia (San Martín) y espero que sabrá ratificarlas y propender á que triunfen los designios de este gobierno dirigidos á la felicidad del país». Que la expedición de Cádiz fuese la razón verdadera de que el ejército de los Andes repasase la Cordillera, ó que solamente fuera un pretexto para emplearlo contra los montoneros, el hecho era que desde diciembre de 1818 tenía el general San Martín la orden de verificar ese regreso. Si tanto le horrorizaba la idea de intervenir en lo que él llamaba ahora «guerra civil», pero que se había llamado «salvación del orden interior» cuando temió que Carrera y Alvear favorecidos por el alzamiento de San Luis llevasen el desorden á Cuyo, su deber como militar era cumplir las órdenes de su gobierno hasta poner el ejército en Mendoza donde lo había recibido, y después renunciar su puesto. En 9 de marzo hacía ya tiempo que el general tenía esa orden. Pero aplazó su cumplimiento proponiéndole al gobierno argentino la remesa de 5,000 reclutas chilenos en reemplazo de los veteranos argentinos que quería retener. Verdad es que afectaba temer que eso de hacer retroceder á Cuyo todo el ejército de los Andes «era una opera-

ción algo espinosa, y casi imposible poderla ocultar, pues los preparativos se lo indicarían al soldado; por lo tanto, decía, me inclino á que se haga pública aumentando el riesgo, para comprometerlos á que sigan especialmente los chilenos». En esto, el general procedía de acuerdo con las indicaciones que ya le había hecho al señor Guido en carta del 5 de marzo *pidiéndole su opinión* sobre el particular, *en la creencia de que estarían acordes*: concordancia de que nadie había de dudar tratándose de asunto tan grave y de interés tan apasionado para el general. No lo dice tan claro como lo dijo el señor Guido, pero apunta la idea de que pudiera haber gran desertión si el ejército dejara á Chile. Pero en ese caso, el general debía haber dado de baja á los chilenos; que no tenían el deber de estar figurando en un ejército argentino, y que pasando al ejército chileno (que hartó los necesitaba) quedaban en su puesto, al servicio de su país, y en aptitud de tomar parte con su bandera en expedición á Lima cuando se hiciese. Los soldados argentinos del 7, del 8 y del 11 habrían regresado á su país llenos de contento, como habían ya venido sin que hubiese desertado *un solo hombre*, los granaderos y los cazadores de caballería, y el número 1.º de infantería (*Cazadores de los Andes*), en los que por lo visto había tan escasos chilenos como en los que quedan mencionados (16).

(16) Sensible me es no poder dar pruebas de que más bien eran los batallones chilenos los que estaban rebotando de soldados argentinos, pues se les prefería en la paga por su mayor instrucción. Al general Las Heras se lo he oído, agregándome que había hecho reclamaciones y te-

El fin con que se hacía aparecer compuesto de chilenos al ejército argentino, era convencer al gobierno de Buenos Aires que en vez de llamar el ejército y de frustrar la expedición á Lima, aceptase 5,000 reclutas. Así es que en la posdata de esa misma carta del 9 de marzo, dice el general San Martín: «Si el completo de los 5,000 hombres que pide Pueyrredón á Chile pudiera ser de reclutas, sería más ventajoso que no cuerpos formados» (17).

Justo es hacer notar lo incorrecto del concepto «pide á Chile» cuando á Chile no se le pedía tales cinco mil hombres, sino los cuerpos de argentinos que formaban ese ejército nacional.

Aparece aquí, aunque vaga todavía, la especie de que el ejército de los Andes se componía en su mayor parte de hijos de Chile, cuando la verdad era que no contenía un solo chileno. ¿Se quiere una prueba concluyente, incontestable? Oigase á O'Higgins, que al hacerse cargo de la orden del gobierno de Buenos Aires para que ese ejército regresase, le dice á San Martín: «La República Argentina PIDE LO QUE ES SUYO: la salvación del país que ha dado libertad á Chile es antes que todo» (18).

Instando y moviéndolo todo para llegar á sus

nido «serios disgustos» sobre esto con el señor Zenteno, ministro de la Guerra en Chile. Allí, entre los papeles del Ministerio, ó entre los particulares de aquel señor ministro habrá sin duda documentos; pero...

(17) *Papeles del señor Guido*, pág. 212.

(18) Carta de O'Higgins á San Martín de 15 de marzo de 1819, citada por el señor B. Mitre en su *Historia de Belgrano*. Vol. II, pág. 599: íd. de 1876.

finés el general San Martín había conseguido que el Senado de Chile sancionase una formal minuta en fecha 9 de marzo. Con reflexiones que parecen copiadas de la carta del señor Guido, ó por lo menos inspiradas por el mismo espíritu, acerca de la conveniencia de que no se remueva de Chile al ejército de los Andes, ordena el Senado que se proponga al gobierno de las Provincias Unidas que deje en Chile 2,000 hombres con sus respectivos oficiales, «y que en reposición de esos dos mil hombres, se le manden reclutas del país, beneficiándose por este medio ambos Estados».

Alucinado el gobierno argentino con una sanción á la que debió dar todo crédito por el alto cuerpo que la había expedido, y creyendo que el gobierno de Chile la cumpliría inmediatamente, accedió á dar contraorden. Pero pasó todo el mes de marzo sin que llegaran á Mendoza los tales reclutas ni se hubiera tomado la menor medida para reunirlos. El 9 de abril esperaba todavía el general recibir de Chile lo necesario para formar en Mendoza un buen plantel de tropas. «Las últimas noticias de Balcarce me han movido á que vengan los *cazadores á caballo*: con esta base tendremos en un par de meses 800 ó 1,000 caballos excelentes que con algún aumento de artilleros podremos estar prontos para ocurrir á las atenciones que afligen á esta provincia... (19). Mi plan es poner aquí los escuadrones

(19) Nos parece que aquí hay error de copia ó de impresión, y que lo escrito debió ser *á estas provincias*; pues la de Cuyo era entonces la que no tenía ninguna aflicción, ni amenaza, más que la general de las montoneras del litoral, y la personalidad de Carrera unido á ellas.

de Mariano (el coronel Necochea) aumentados con otros dos hasta 800 ó 1,000 plazas, etc.».

Interesadísimo en llevar á cabo este plan, y creemos que con buena fe, San Martín ve con dolor que los sucesos se precipitan en el litoral: que Belgrano adelanta y bate á los santafecinos: que á él no le queda más remedio que actuar, que marchar á San Luis, y de San Luis al Río Quinto. Pero en vez de mandar adelante su fuerza le envía á Pueyrredón la carta del señor Guido, y una noticia de todos los pasos que da para conseguir una reconciliación. El oficial portador de los pliegos es preso, ó se deja prender por los montoneros. Además de los pliegos lleva también insinuaciones de que le haga ver á López que si no transige está perdido, porque no tiene ni puede recibir fuerzas ó elementos de Entreríos que, por el momento al menos, puedan librarlo de ser batido, perseguido y traqueado hasta el exterminio por las fuerzas que van á caer sobre él. Si no transige, el ejército de los Andes va á repasar íntegro la Cordillera; lo cual es por un lado la destrucción segura y para siempre de su poder en Santafé, y por otro el restablecimiento del poder español; porque quedando sin efecto la expedición á Lima, Salta va á ser invadida, y la causa de la Independencia retrocede necesariamente hasta los tiempos aciagos del año de 1811. Entre estas insinuaciones, van algunas sobre cuán grande debiera ser su interés en mantener paz y concordia con Buenos Aires, más bien que ligarse con Ramírez ó continuar sometido á Artigas.

Bien sabía don Estanislao López que todo esto podría convenirle después, pero que su principal

interés era disolver ahora la tormenta que tenía encima, prestándose á una suspensión de hostilidades. Con el pretexto de entregar las comunicaciones del general San Martín que había interceptado, le dió cuenta al general Viamonte que las había leído, como era consiguiente: que no era él quien había puesto á la provincia de Santafé en la necesidad de defenderse; pero que como su corazón de patriota y argentino respondía también á las nobles insinuaciones del general San Martín, estaba dispuesto á suspender las hostilidades y nombrar comisionados que arreglasen un armisticio con los que nombrara el jefe de la división de Buenos Aires. El general Viamonte en su carácter de jefe en campaña aceptó la suspensión con respecto á las fuerzas que mandaba, deferiendo el armisticio ó cualquiera otra negociación en el general Belgrano, que era quien tenía el mando en jefe de todas las fuerzas nacionales, y en especial, de las que venían del interior. El general Belgrano, que al llegar á Santafé venía completamente seguro de sus ventajas sobre los montoneros, y que en ese sentido había escrito con brío al Supremo Director, comenzó á vacilar apenas se puso en contacto con el general San Martín, y acabó por someterse á las ideas de éste sobre la necesidad de transigir á toda costa con los anarquistas, y de no llevar adelante la limpieza policial de la costa derecha del Paraná. Al recibir la noticia de que se había deferido en él la formación del armisticio, tomó una pequeña escolta y se presentó en el Rosario, donde ratificó la suspensión de hostilidades, y el 5 de abril nombró al jefe de estado mayor de la división Viamonte, general don Ignacio Al-

varez-Thomas para que se reuniese en *San Lorenzo*, punto intermedio, con los dos individuos comisionados de don Estanislao López (20).

Puede comprenderse la sorpresa y la contrariedad del gabinete de Buenos Aires, al tener noticia

(20) Reunidos los comisionados el 12 de abril en San Lorenzo se celebró allí el más ridículo convenio que podía haber hecho y firmado el agente del general Belgrano, don Ignacio Alvarez-Thomas. Nada agenció, ni obtuvo cosa ninguna para su representado; nada más que vagas promesas, abandonando todo lo substancial á una nueva negociación, que en el fondo era una simple pillería para llevar á lo largo las cosas con fines siniestros. Era preciso ser el señor Belgrano y su sobrino el señor Alvarez-Thomas, para pactar y firmar semejante oprobio en un momento en que tenían la victoria en la mano. He aquí el acuerdo:

1.º Las fuerzas y la escuadrilla del gobierno nacional saldrán del territorio y de las aguas de Santafé.

2.º Se reunirán diputados el 8 de mayo en este mismo paraje para hacer el acuerdo definitivo.

3.º Las tropas del gobierno nacional que operan en Entreríos, desalojarán aquella provincia.

4.º Por el territorio de Santafé no podrán transitar tropas, sino de 25 hombres cuando más.

5.º No se interrumpirá por buques armados la comunicación de Santafé y Entreríos (esto es, entre sus caudillos).

6.º Extradición de ladrones.

7.º Dificultades ó disgustos ocurrentes se salvarán por medios amistosos.

Cuando veamos cómo se cumplió éste y los precedentes artículos habrá de convenirse en que si este convenio fué obra trabajada de soslayo por el general San Martín, le hace poco honor. Algo más, algo de más generoso podía haber hecho por su gobierno, por Buenos Aires y por sus amigos.

de semejante ajuste. En esos mismos días se le había contestado al general Belgrano desechando algunas de sus indicaciones y diciéndole: «Urge por instantes terminar cuanto antes la presente azarosa campaña, y se opone á su realización enflaquecer, sin una imperiosa necesidad, la fuerza que ha de llevarla á cabo... Pacificada totalmente la presente contienda y REUNIDOS EL EJÉRCITO DE LOS ANDES Y EL DEL PERÚ, llevarán sus armas con las demás fuerzas que se disponen á desalojar á los realistas de todo el territorio de este Estado». Se ve, pues, que el gobierno estaba enérgica y firmemente resuelto á imponerle al general San Martín la obediencia que debía prestar á las órdenes que había recibido. Entretanto, se encuentra ahora con que San Martín ha conseguido enfascar á Belgrano y comprometerlo en actos que no podía condenar ni rehusar. Es verdad que el gobierno podía desconocer lo hecho; pero de hacerlo, tenía que apercibir y destituir al general, que aunque actor principal, era el menos culpable; y provocar quizá un sacudimiento en las fuerzas reunidas, cuyos resultados podían ser muy graves, sin librarse por eso de la esfinge del general en jefe del ejército de los Andes, que era con evidencia el instigador principal y agencioso de esa indecorosa y pérvida solución; pérvida cuando menos de parte de los montoneros, cuya intención no era cumplir, sino salvarse del peligro en que estaban.

San Martín había regresado á Mendoza. Puede creerse que no tuviera todavía la idea de abandonar al gobierno de Buenos Aires, ni la de dejarlo desarmado delante de los anarquistas. El armisticio no

era tal vez para él una solución sino un medio de tomarse tiempo para traer de Chile los 5,000 reclutas que deseaba sinceramente dejar en Cuyo al servicio del gobierno nacional, y conseguir con esto que se revocaran las órdenes que se le habían dado de hacer regresar el ejército de los Andes. Pero el doctor Tagle, taciturno y vengativo, había resuelto estrellarse con el general y ponerlo en el extremo donde no le quedase efugio; porque además de que no creía que Chile diese semejantes reclutas, estaba convencido de que no quitándole al general el mando de las tropas que estaban en Cuyo no las recuperaría jamás el gobierno nacional.

Descorazonado también y desgarrado su ánimo por la «terrible disyuntiva» en que las cosas lo arrinconaban de día en día, el general pedía á Chile los reclutas con más instancia que antes en el mes de abril, para aprovechar la tregua del *Armisticio de San Lorenzo*, y tenerlos en Cuyo cuando se renovasen las hostilidades; porque como él mismo decía, «la nueva Constitución sancionada por el Congreso no permite transigir con los caudillos de la anarquía provincial». Además, entre esos montoneros figuraba ya Carrera como influyente entidad; y si triunfaran sobre Buenos Aires, sobre Córdoba y sobre Cuyo, el peligro de Chile era tanto ó mayor que el de Buenos Aires. Los reclutas chilenos eran, pues, indispensables hasta para este caso. El general no hacía comedia ni tramoyas. Era sincero: quería eximirse de una grande falta, pero empleaba arbitrios impropios é inaceptables. Lo singular era que en vez de traer reclutas de Chile, el general se aprovechaba de su residencia en Cuyo para hacer una re-

cluta de más de tres mil hombres con los que remontaba los cuerpos de *Granaderos á Caballo*, de *Cazadores á Caballo* y el número 1.º de Infantería (*Cazadores de los Andes*) con soldados muy superiores en número y en calidad á los reclutas que hubiera podido mandarle Chile. De sólo la provincia de San Luis levantó 2,185 hombres (21).

El 14 de abril el general le escribe al señor Guido desde Mendoza que apremie categóricamente al gobierno de Chile por el envío de los reclutas. El ministro de la Guerra señor Zenteno le contesta así al señor Guido con fecha 30 de abril: «Impuesto el Excelentísimo señor Director de la nota de Vuestra Señoría del 24 del corriente referente á las comunicaciones que se han recibido sobre que el ejército de los Andes pase la Cordillera, excepto 2,000 hombres que del mismo deben quedar en este Estado, de cuya cuenta serán pagados, me ordena Su Excelencia diga á Vuestra Señoría que ha sido muy de su agrado la resolución del gobierno de las Provincias Unidas tocante á la permanencia en Chile de aquella fuerza *en cuyo reemplazo marcharán los dos*

(21) Véase la *Gaceta* del 15 de septiembre de 1819 donde se halla el cuadro oficial de esa recluta. Cuando decimos «de mejor calidad á los reclutas que hubiera podido mandarnos Chile», es porque tenemos entendido, y es opinión general en Chile, que su población más enérgica y robusta era la que se hallaba entonces aglomerada al Sur; la que por desgracia servía en los batallones y escuadrones realistas del general Sánchez. La plebe de la capital y del norte no era entonces bien considerada como base militar. Al menos así lo hemos oído á los militares de aquel tiempo, lo que muy bien puede haber cambiado después.

mil reclutas que se previene, y á este fin se están practicando las diligencias conducentes. Pero, para no malograr el éxito de esta operación se hace necesario que el general suplente (el señor Antonio González Balcarce) disponga que una partida de cien cazadores se sitúe en la Guardia del camino principal con el objeto de encargarse de la conducción de esta recluta» (22).

Pero ya no era posible continuar en este embolismo de ambigüedades. Reconcentrado en lo recóndito de su espíritu observador y penetrante, el ministro Tagle había seguido de hito en hito los pasos extraviados y las vacilaciones políticas del general San Martín. Miraba el armisticio del 5 de abril como una intriga desleal y como una sorpresa arrancada al carácter inocente del general Belgrano. Nunca había creído que Chile cumpliera sus promesas; y la carta del señor Guido era á sus ojos una grave falta con la que el gobierno no podía contemporar, desde que siendo ése señor su agente público, su ministro plenipotenciario, debía haber cooperado y actuado en el leal cumplimiento de las órdenes que se le habían dado, y no contrariarlas en nombre de razones propias, ó ajenas, como lo había hecho. Había, pues, llegado el momento de separar al general San Martín del mando de la división que estaba en Cuyo y aún del de la parte de ejército que había quedado en Chile, y de reemplazar al señor Guido por otro agente menos vinculado á influencias personales.

Entre el general San Martín y el Supremo Di-

(22) *Papeles del señor Guido*, pág. 237.

rector don Juan Martín de Pueyrredón y su ministro el jurisconsulto don Gregorio Tagle había una combinación de influjos morales bastante curiosa por cierto. El general San Martín comprendía á fondo todo el poder magnético que su mirada de águila y que sus frases soldadescas y gallardas ejercían sobre la naturaleza abierta y luminosa del señor Pueyrredón; y éste, inclinado siempre por una cultura exquisita á admirar el mérito superior, las victorias y los grandes servicios de su ilustre amigo, se puede decir que no osaba agraviarlo con resistencias á que el empuje mismo del otro apenas le dejaba entrada y lugar. Pero no era lo mismo con el doctor Tagle. Esa naturaleza siempre entera y taciturna, impenetrable, que en su mirada reconcentrada encerraba juicios y miras propias y ocultas, con una rara insensibilidad, con una desconfianza aparente, inatacable, de lo que se le decía, ó se quería hacérsele pensar, hacía en general la impresión que hace un abismo insondable en el precipicio de un camino; y el mismo general no sabía si lo odiaba ó lo temía; pero la verdad es que había guardado á su respecto una esmerada prudencia desde que los sucesos lo pusieron en contacto con ese hombre.

Le habían llegado ciertos rumores de que entre él y Tagle no andaban corrientes las relaciones y de que el uno hablaba con poca estimación del otro. «Es una equivocación maliciosa la que usted me indica sobre el señor de Tagle: *siempre he oído hablar con respeto de este señor*, excepto á dos ó tres maliciosos cuyas cartas he visto; por otra parte, aunque así fuese, todo debía haberlo despreciado,

sabiendo lo interesado que está en el adelanto de las luces», es decir, en los trabajos y fines de la logia (23).

Esta carta es de 1816; pero la situación en que ella muestra á los dos personajes, no varió jamás. Así se mantuvieron, sin que ninguno de ellos se fundiera en el otro; y si es probable que el general San Martín oyera hablar con respeto del señor Tagle, debe haber sido no tanto como de un hombre *respectable* cuanto como de un hombre político temible, de genio capcioso y de voluntad incontrastable; porque si la pureza de las costumbres privadas entra como elemento principal en las condiciones del *hombre de respeto*, desgraciadamente el doctor Tagle se hubiera encontrado muy deficiente para poner ese entre los otros diplomas de su vida pública. Pero aun ese mismo rasgo de la carta, es un síntoma que revela el cuidado con que el general tocaba el nombre del ministro del señor Pueyrredón.

	El armisticio del 12 de abril puso el colmo á la
	paciencia del gobierno, y decimos
1818	del gobierno porque no hay como
Abril 12	desconocer la participación del
	Supremo Director don Juan Martín Pueyrredón en los actos que se siguieron. El 15 de abril, en el momento de la enojosa situación producida por el armisticio, y podríamos decir <i>ab irato</i> , el gobierno ordenó al general San Martín que hiciera repasar la cordillera al ejército de los Andes, dejando en Chile 2,000 hombres solamente. Al re-

(23) Carta del general San Martín al señor Guido, en la *Revista de Buenos Aires*, tomo IV, pág. 250.

cibir esa orden seca y categórica, y sobre todo al recibir las noticias particulares que venían con ella, el general se desconcierta, y bajo *reserva* le escribe al señor Guido: «Ya verá usted la orden para que sólo queden en ese estado 2,000 hombres del ejército. Yo me lo tenía ya tragado, por el antecedente de haber sabido que don Marcos Balcarce debía pasar á Mendoza. Por esto no extrañaré *el que usted sea relevado de su destino* y aquél pase á Chile. La *sabia carta* de usted se la incluyo por si acaso no ha sacado copia de ella... *Parece que no ha gustado mucho* que todos se hayan impuesto de los sentimientos *que nos animan*, y esto *está* manifiesto en la seca carta con que me devuelven la de usted, como usted verá». Y la verdad era que el general estaba bien informado al hacer esa suposición, pues sabía que se trataba de separar al señor Guido, como lo sabían muchos hombres influyentes en Buenos Aires, que probablemente se lo escribieron.

Véase ahora como el gobierno estaba en la mira de suspender la expedición á Lima hasta que con la venida del ejército lograra consolidar su autoridad y restablecer el orden público, que era precisamente y por desgracia lo que el general San Martín se permitía estorbar y frustrar. «Por el contexto de la presente carta parece disipada la expedición española. Sólo va un refuerzo para Lima... ; y por eso se sacan las tropas de Chile! ; Ay amigo! *mucho le he ocultado á usted de mis padecimientos*: día llegará en que le hable con franqueza». Estas amargas reflexiones se dirigían naturalmente al señor Pueyrredón que era el jefe del Estado que había expedido las órdenes que tanto agraviaban al gene-

ral, y quien le había *ocasionado, ó permitido que se le ocasionasen los disgustos que había ocultado.*

Pero en la fecha del 20 de abril en que escribía esta carta, el general San Martín no conocía todavía toda la gravedad de las medidas que se habían tomado. El día 24 vió que eran tales que no le daban lugar á tergiversaciones. Se le decía que el general Laserna con un ejército numeroso amenazaba en ese momento hacer una invasión poderosa por Salta, y que era forzoso que las tropas argentinas inútilmente detenidas en Chile, ó en campaña contra las *montoneras* del Sur del Bío-Bío, regresasen sin demora á defender las fronteras de su patria. Que la invasión fuese ó no inminente, á nadie se le podía ocultar que el peligro era real, y justo el motivo de la resolución. En consecuencia se le ordenaba imperiosamente que hiciera marchar á Tucumán la división de caballería que se hallaba en Cuyo; y que á medida que llegaran de Chile los otros cuerpos los dirigiese al mismo punto, donde los recibiría el general don José María Cruz. La idea del gobierno era evidentemente tener en Tucumán bajo su mano toda la poderosa caballería del ejército de los Andes, con las remontas que acababa de recibir en San Luis, y hacerla venir inmediatamente al litoral para castigar á tiempo la perfidia con que los montoneros pensaban sacar buen partido del malhadado armisticio de abril. El plan era acertado, y no podía dejar de dar un completo resultado si los generales y los jefes cumplían su deber. Pero el general San Martín tomó la orden como una venganza personal de Tagle, y con fecha 24 de abril le escribía al señor Guido: «(*Reservada y para usted solo*).—Mi ama-

de amigo: Va adjunto en copia la que acabo de recibir: el Tagle ha tenido un modo sumamente político de separarme del mando del ejército: Dios se lo pague por el beneficio que me hace... Pero ¿habría tiempo para que las fuerzas del ejército de los Andes pasasen la Cordillera y llegasen á Tucumán? ¿Para que el nuevo jefe que se ha de encargar de ellas pudiese contener al enemigo y organizar su ejército? Sea lo que fuere, yo no haré más que obedecer; lavar mis manos y tomar mi partido: el que ya está resuelto».

En el momento en que el general se daba por destituido estaba á la cabeza del gobierno, como jefe del Poder Ejecutivo, el señor Pueyrredón, y era él por consiguiente quien con las facultades constitucionales que le daba el Reglamento vigente de 1817, *separaba del mando al general San Martín con ese modo sumamente político* de que él habla. El general sabía perfectamente la parte principal del ministro Tagle, que como se ve, no era hombre de poco influjo; pero no ignoraba la que tenía también la aquiescencia de Pueyrredón, ni había olvidado los disgustos que habían mediado entre ambos desde 1818. Así en esa misma carta continúa diciendo: «Dije á usted en mi anterior que mi espíritu había padecido *lo que usted no puede calcular: algún día lo pondré al alcance de ciertas cosas*; y estoy seguro dirá usted que nací para ser un verdadero cornudo (*sic*); pero mi existencia la sacrificaría antes que echar una mancha sobre mi vida pública que se pudiera interpretar por ambición» (24).

(24) *Papeles del señor Guido*, pág. 235.

Para proceder así no sólo tenía el gobierno argentino el propio derecho de disponer de lo suyo, sino que á principio de año había celebrado un tratado con el plenipotenciario chileno don Antonio José Irizarri, por el cual la expedición á Lima debía hacerse con dos divisiones de fuerza igual, una chilena y la otra argentina: en cada una debía tener mando independiente y respectiva administración el general y los empleados que cada uno de los dos gobiernos nombrase; y las dos divisiones debían regresar cada una á su país, en el acto que se organizase el primer gobierno peruano. El tratado era absurdo, pero al celebrarlo el señor Pueyrredón (ó el señor Tagle, como se quiera) no había tenido otra mira que la de reducir el mando del general San Martín, en Chile, á los dos mil hombres argentinos y á lo que quisiera darle el gobierno chileno, retirando el resto á este lado de los Andes. A lo que parece, el general no conoció este tratado hasta el mes de abril, siendo así que había sido celebrado en 5 de febrero; pues en la posdata de la carta antes transcrita le dice al señor Guido: «Es lo más célebre la copia de los tratados celebrados sobre la expedición al Perú, *sin que el general en jefe haya tenido el menor conocimiento* ni usted tampoco. ¡Dios los ayude!»

Aparentando acatar las órdenes que ya estaba bien dispuesto á desobedecer, el general se dirigió al jefe de estado mayor general residente en Buenos Aires diciéndole que vista la suprema disposición de que el ejército repasase los Andes se sirviera disponer cuál era el estado mayor que debía quedar en Chile con la fuerza respectiva y cuál el jefe que

la había de mandar. El gobierno contestó nombrando al coronel Las Heras como encargado de ese servicio.

En 12 de mayo le escribía el general San Martín al señor Guido: «Aquí me tiene usted separado de todo mando; pues el de la división de tropas que existe en ésta, se lo he entregado á Rudecindo (el coronel R. Alvarado); yo pienso marchar al campo por un mes ó mes y medio». Pero el general no se separaba de Mendoza, donde todos le obedecían á él más que al gobierno; donde los jefes estaban confabulados en todo y para todo con él y hasta en la revolución abierta contra el gobierno consentida por él, dando el primer ejemplo del escándalo cuyos ecos resonaron bien pronto en la posta de *Arequito*, en San Juan, en Tucumán, y fueron causa del terremoto político en que se hundieron las cosas y los hombres sobre que reposaba el orden público. «Todos los jefes de esta división (escribía en la misma carta) *me han representado particularmente la imposibilidad de marchar al Perú* (25). Veremos cómo se recibe esto en Buenos Aires. Por lo que sé extrajudicialmente, todos ellos están resueltos á dejar sus empleos antes que separarse del ejército de los Andes; yo los he apaciguado cuanto ha estado en mis alcances para que no se dé una cam-

(25) Aquí se toma la palabra *Perú* en el sentido general que tenía en las provincias argentinas donde denotaba lo que es hoy Bolivia; de modo que lo que esos jefes resistían era marchar á Tucumán en consonancia con el *Ejército Auxiliar del Perú* que era nombre oficial. Reflexiónese que de otro modo no tendría sentido la frase, y mucho menos lo que sigue.

panada que nos puede traer «consecuencias fatales». Los jefes estaban, pues, sublevados y en cordial inteligencia con el vencedor de Chacabuco y de Maipú para desobedecer y abandonar á su gobierno (26).

Bajo el peso de esta dolorosa situación, el Supremo Director hace su último y desesperado esfuerzo para entenderse con el viejo amigo de la famosa «Conferencia de Córdoba en 1816» y le pide con fecha 29 de mayo «que vaya á Buenos Aires para conferenciar y allanar lo necesario al sostén, elevación de fuerzas y mejor éxito de la *DIVISIÓN que se hallaba en Mendoza* (27). El general le escribe al señor Guido que ha recibido esta carta y le dice: «Pero usted conocerá que me es imposible verificar semejante viaje en tiempo de *invierno* (mes de mayo), pues el temperamento húmedo de Buenos Aires atrasa mi salud extraordinariamente... Quince días hace que me hallo postrado en cama». Sin embargo, con fecha 26 de mayo, es decir, trece días antes, le escribía al mismo señor Guido: «En este correo escribo á O'Higgins oficialmente. Estoy pronto á marchar; pero antes de verificarlo quiero ver algo, es decir, *que haya expedición*, aunque sea de 1,000 hombres. En este caso habré cumplido con sacrificarme, pero no perderé mi honor. A usted le consta cuantas veces he sido el ridículo juguete, y cuantas veces me han comprometido: ya sería debilidad permitir que se repitiesen estas escenas» (28). Si el general podía pasar la Cordillera

(26) *Papeles del señor Guido*, pág. 243-244.

(27) *Papeles del señor Guido*, pág. 251.

(28) *Papeles del señor Guido*, pág. 248.

podía sin dificultad haber ido á Buenos Aires, y hacer en eso un sacrificio que dadas las comodidades y los recursos de su cargo y de su poder no podía inspirarle temores serios en el viaje, ni en un clima sano y templado como el de Buenos Aires. Pero lo que no quería era conferenciar ni allanar cosa ninguna sobre la subdivisión de las fuerzas que retenía desobedeciendo á su gobierno; y de lo que huía no era tanto del temperamento húmedo de Buenos Aires, cuanto de las dificultades y de las espinas que tenía el asunto que se quería tratar con él.

Por lo demás, ni el general se tenía por separado del mando militar ni daba cumplimiento á ninguna de las órdenes que había recibido, ni dejaba de seguir trabajando en la remonta de los cuerpos, en la organización del parque y en la colecta, engorde y enseñanza de caballos: todo para llevarlo á Chile así que le avisasen que la escuadra estaba pronta, y libre de enemigos el mar y el desembarco en las costas del Perú (29).

El supremo director don Juan Martín de Pueyrredón, rendido el ánimo y perdidas ya las esperanzas de salvar la situación interior, había resuelto sacarse de sobre los hombros el enorme peso y las responsabilidades de un gobierno imposible ya para él desde que había de quedar abandonado á los azares de la anarquía por su única columna, el general San Martín. Que no se podía contar con él, que no le quedaba ya nada por ensayar para traerlo

(29) Carta del general San Martín á O'Higgins, de 9 de noviembre de 1819.

al cumplimiento de su primer deber, estaba visto. ¿Podía echar mano de las medidas extremas? ¿Tomaría la resolución de mandar un jefe autorizado con plenas facultades para tomar el mando de las fuerzas y separar los jefes que quisieran desobedecer al gobierno?... Era lo único que quedaba por hacer. El mismo Tagle estaba resuelto á ir hasta ese extremo como lo vamos á ver. Pero el señor Pueyrredón, no: y prefirió cerrar el período de su gobierno activando la sanción de la Constitución Nacional para separarse, y dejar que se eligiese al nuevo Jefe del Poder Ejecutivo de acuerdo con esa Constitución.

Su resolución de dejar el mando causó una profunda alarma en el partido gubernamental, que en aquel momento contaba con toda la burguesía de la capital, con todo cuanto el país tenía de más conspicuo en las letras, en la política y en la ciencia. Los elementos sanos y orgánicos de la nación estaban con el gobierno, en el Congreso y en la opinión pública. Nunca jamás, antes ó después, hasta hoy, han tenido las provincias nacionalizadas mandatarios locales de mayor dignidad y sabiduría. Baste decir que en la de Córdoba era gobernador intendente el sabio y honorabilísimo jurisconsulto don Manuel Antonio Castro; en la Rioja el benemérito anciano general don Francisco Antonio Ortiz de Ocampo; en Catamarca don Nicolás Tula de Avellaneda; en Tucumán el coronel Botello, dechado de hombre administrativo y de espíritu tranquilo; en Mendoza el coronel Luzuriaga, correcto y cumplido caballero por educación y noble descendencia, y así en las demás. Todos esos preciosos

elementos adheridos á la ilustre persona del Supremo Director, insistían en que continuase á la cabeza del gobierno: todos tenían la firme voluntad de reelegirlo como hombre necesario para el primer período constitucional. Pero los jefes del ejército de los Andes, alrededor del general San Martín, en su misma presencia, y oyéndoles él con rara impasibilidad, le habían declarado que no obedecerían al gobierno (30). El general lo había oído y había escrito al señor Guido: «Veremos cómo se toma esto en Buenos Aires». Luego él sabía que tan grave novedad había sido transmitida á Buenos Aires; y el Supremo Director tomó la advertencia como debía, resistiendo todos los influjos y abandonando una autoridad que desde que era desobedecida no podía ya ser desempeñada con dignidad (31).

Hacia dos meses que Pueyrredón se había separado del despacho á causa de una herida que se había hecho en la mano derecha cazando, que le produjo alguna fiebre, dolores agudos é imposibilidad de firmar. Se creía en aquel tiempo que la herida coincidía con la resolución que había tomado el Director de no afrontar las duras contrariedades en que lo ponían las vacilaciones y la falta de franqueza del general San Martín. Pero los tres meses de separación lo habían corroborado en la resolución de abandonar su puesto.

El señor Pueyrredón reasumió el mando y convocó el Congreso, señalando el 25 de febrero para la apertura de sus sesiones. En ese día se presentó

(30) *Papeles del señor Guido*, pág. 244.

(31) *Papeles del señor Guido*, pág. 244.

el Supremo Director y pronunció un discurso notabilísimo, que merece figurar íntegro en las páginas de la historia, porque es la pintura exacta de la época, trazada con la admirable maestría de un grande estadista.

En ese discurso declaraba el Supremo Director que no reasumía el poder sino con dos objetos claros y netamente definidos. El primero era activar la promulgación de la Constitución permanente del Estado; el segundo declarar su inquebrantable resolución de separarse del gobierno y señalar al general San Martín como el hombre necesario para salvar el orden público y consolidar el organismo político de la nación (32).

(32) *Soberano señor*: Lleno hoy con satisfacción mi deber, felicitando á Vuestra Soberanía en la apertura de sus sesiones. Los amigos del país esperan de ellas el término de las vacilaciones en que fluctúa el Estado; y sus enemigos, que temen el día de ver afirmado para siempre el orden interior y el imperio de la ley, trabajan con el tésón que impone la desesperación para alejarlo, ó para que no amanezca jamás. Son públicos y constantes ante Vuestra Soberanía los medios varios de que se valen para destruir nuestra paz y nuestras libertades. Seducciones, engaños, conspiraciones contra la vida de las primeras autoridades, libelos para infamar su reputación, pasquines los más inmundos, son las armas que diariamente emplean para alterar la armonía en que hoy reposan las Provincias Unidas. Es amargo para el corazón menos sensible tener que emplear la proscripción y el destierro con la frecuencia que lo piden los delitos de perturbación. Aún diré más, Soberano Señor: es contra el crédito del Estado, ver á la autoridad siempre armada y siempre castigando á los turbulentos. Situación tan violenta, ó *cansa* á los pueblos que la ven, ó *desalienta* á la autoridad que la sostiene.

«¡HARÉ VER Á LA NACIÓN QUE ES MUY FÁCIL OBEDECER Y MUY DIFÍCIL MANDAR!» Y cuando uno ve á hombres de esta valía, de esta importancia, de estos servicios, de esta experiencia, realizar así la natura-

Es, pues, de primera y de la más urgente necesidad buscar un remedio que aniquile radicalmente el germen de los males que se observan.

No hay otro que la conclusión de la Constitución que ocupa las tareas de Vuestra Soberanía, y que tiene á los pueblos en una ansiosa expectación.

Constituída la autoridad, y fija la ley para los que mandan y para los que obedecen, se verá destruido ese espíritu de aspiración que ha hecho tantas veces los conflictos del Estado, y tendrá en una regla segura todo el nervio y fortaleza que requiere el Poder Ejecutivo... Sabe bien Vuestra Soberanía en qué turbaciones encontré al país cuando recibí el honor del lugar Supremo... Se repitieron los intentos, y me vi obligado á repetir también el uso de la autoridad. No han cesado en su obra desde aquel tiempo los agentes del desorden, ni yo he podido dejar de perseguirlos como un deber de mi puesto. Una sucesión de actos tan dolorosos me ha hecho el objeto de enemistades, de odios y de venganzas de hombres que en otra situación podrían haber sido útiles á la causa de nuestra libertad. También esto, señor, pide un remedio pronto. *Yo podría presentarlo en este mismo acto* á Vuestra Soberanía, pidiéndole mi separación del Directorio, pero no lo creo conciliable todavía con el crédito exterior y aun interior del Estado. La Constitución es la que dará ese remedio natural, eficaz y sin violencia.

Otro hombre, sin los compromisos personales que yo he arrostrado, neutralizará esas pasiones encendidas, con provecho de la causa común; y con el código de la ley en la mano refrenará y castigará los males (si aparecen) sin que se equivoque su justicia con su malignidad, su rectitud con su personalidad.—Por otra parte, nuestros implacables enemigos, los españoles, preparan en Cádiz con eficaz diligencia una fuerte expedición para sojuzgarnos.—El

leza científica del gobierno ¿qué pensar de los aventureros que en los desgraciados vaivenes de las democracias inorgánicas y *meramente representativas* de nuestros días escalan el poder arbitrario con la más completa fatuidad, y sin más fin que convertirlo en sociedad anónima de mutuos provechos? Para éstos se invierte el apotegma del señor Pueyrredón y abren Cámaras é inauguran Congresos diciéndoles con la más impávida jactancia: «Lo fácil es mandar, lo difícil obedecer».

Ni el señor Pueyrredón, ni otro alguno de los hombres políticos que le rodeaban, tenía el candor de creer que con la nueva Constitución iban á hacer desaparecer los conflictos é incoherencias que hacían tan insubsistente como peligrosa aquella situa-

alma me dice que somos invencibles. Pero es preciso prepararnos de *un modo no común*, y que aumente nuestra gloriosa opinión; pero es preciso tomar medidas al tamaño del peligro. El Estado debe tomar hoy una actitud más guerrera: y para ello *necesita poner á su cabeza un jefe más formado en las campañas*, y que reuna más conocimientos militares que los que yo he tenido ocasión de adquirir. Hablo, señor, con la ingenuidad que me impone el sagrado interés de nuestra salvación.—Al darnos Vuestra Soberanía la Constitución, *debe también darnos ese genio que pide nuestra situación*; y como todo esto reclama la mayor prontitud, yo ruego á Vuestra Soberanía que quiera redoblar sus tareas y su contracción á este interesante objeto.—Entonces completará Vuestra Soberanía los deseos y la gratitud de los pueblos de la Unión, que por tantos títulos ya les es debida.—*Y descendiendo yo entonces de este lugar de amarguras, haré ver á la nación que es muy fácil obedecer y muy difícil mandar.* (Sesión del 25 de febrero de 1819).

He aquí el lenguaje de un hombre de Estado.

ción. Pero como el Supremo Director y los miembros del Congreso eran agentes y representantes del partido conservador que les había confiado sus intereses políticos, aspiraban naturalmente á poner un término á sus compromisos por medio de una nueva ley que suponía, á lo menos, la inauguración de un nuevo orden de cosas. Creían que una vez sancionada esa ley, era indispensable la renovación de todo el personal administrativo; y que de esa manera el Supremo Director y los hombres más comprometidos, ó más cansados, en esta tan amarga lucha, encontrarían un medio decoroso y legal de echar sobre otros las cargas y las responsabilidades que ellos no podían sobrellevar por más tiempo. Y en eso se mostraban honrados y patriotas.

Dotado de uno de esos caracteres que por sus dotes insinuantes influyen poderosamente sobre los demás, el Director movió el ánimo de sus amigos en el sentido de su discurso y todos ellos se dedicaron con ardor á terminar la Constitución de las *Provincias Unidas de la América del Sur*, para nombrar Director Supremo al general San Martín. Encargado el deán Funes de preparar el proyecto, fué obra de tan pocos días para él redactarlo, que el 22 de abril (1819) fué sancionada la Constitución y señalado el 24 de mayo para su jura, haciéndola preceder de una exposición de *Antecedentes y Motivos* que tiene también un grande valor histórico.

La Constitución de 1819, la mejor concebida y más adaptada para templar el régimen espúreo de las presidencias representativas, y de las intrigas electorales que desnaturalizan la índole de los gobiernos libres y que los convierten en especulación

personal, nacía condenada á muerte por las circunstancias fatales del país y por la preocupación de la expedición al Perú que tenía absorbido el ánimo y la pasión del general San Martín. Aquellos mismos con cuyo apoyo se había contado; los que tenían el deber de defenderla por gratitud y respeto de los antecedentes que esa obra traía, parecían ahora resueltos á darle la espalda y dejarla abandonada á su mala suerte, prefiriendo seguir el rumbo de otros intereses, y de fines totalmente ajenos á los del orden interior y de la organización política de la patria.

El partido burgués que había hecho la Revolución de 1810, tomado en su conjunto era *republicano conservador*; y al decir conservador queremos decir que era de principios unitarios; porque el sistema de nacionalidad concentrada en régimen unitario, era el que venía obrando naturalmente con los antecedentes históricos de la sociabilidad argentina, y es el que ha de continuar sus evoluciones hasta fundirse con el régimen electoral parlamentario; porque así como no se cambia con artificios la constitución física de los individuos, no se cambia tampoco la índole moral de los pueblos. En este sentido, la Constitución de 1819 es la más oportuna y la mejor concebida de todas cuantas se han proyectado en el curso de nuestra revolución, inclusa la vigente. Antes he tenido otra opinión sobre ella; pero la experiencia y el espectáculo de los gobiernos personales que se han sucedido de período á período, sin más razón que la cábala de los partidos, me ha hecho comprender cuán necesario es atenuar los principios puros de la democracia electoral consa-

grando en el Parlamento elementos conservadores que no dependan de ella, sino de la tradición administrativa y de las categorías consagradas por el tiempo y por los servicios hechos al país. A esto respondía, con tino y buena intención, esa Constitución que de cierto se habría afirmado y triunfado si los jefes del *Ejército de los Andes* y del *Ejército Auxiliar del Perú* hubiesen sido fieles á la ley del deber.

Es indudable que esa Constitución, como las demás que había proyectado el deán Funes, tenía mucho de teórica y no pocas imitaciones candorosas de los principios ingleses, vistos al través del abate Sieyes, de Montesquieu y de Delolme. Pero en esto se parecía, ó; más bien dicho, padecía del mal de todas las Constituciones otorgadas ó trabajadas *ad hoc*; pues no hay una sola de ellas que no sea en el fondo un Programa entregado á la elaboración práctica de los tiempos y al continuo trabajo de la jurisprudencia política. Treinta años llevamos de vida con la Constitución actual y todavía no sabemos qué clase de gobiernos produce y condimenta, ni hemos resuelto con ella aquel famoso problema planteado en 1810 por el inmortal Moreno: «Los pueblos no han de contentarse con que sus mandatarios obren bien: sino que deben estar seguros de que en ningún caso *puedan obrar mal*, y de que sus pasiones tengan siempre un dique más fuerte que el de su propia persona, para que la bondad del gobierno se derive no de las personas que lo ejercen sino de una CONSTITUCIÓN PODEROSA que obligue á los sucesores á ser igualmente buenos que

los antecesores, *sin que en ningún caso se les deje la libertad de gobernar mal*» (33).

Trabajada en un momento difícil en que los intereses políticos de los hombres que habían hecho la revolución contra España se hallaban seriamente comprometidos por la insurrección de las masas litorales, era natural que la Constitución de 1819 naciese eminentemente oligárquica y conservadora; pero es justo decir que en éste sentido habría tocado en la región de lo verdadero si sus autores hubieran podido saber cuál era el delicado procedimiento con que la Constitución inglesa une sus fuerzas conservadoras con las fuerzas progresivas de la opinión pública, ó más bien dicho con las fuerzas *estimulantes* de la nación. Ella menosprecia las fórmulas *absolutas*, y las substituye con las fórmulas *prácticas* de los estímulos directos y libres del individualismo y de la opinión. Cuida menos de los *principios teóricos* que de los *procedimientos jurídicos* que consagra á la preservación y defensa de los derechos individuales. El deán Funes ignoraba, como lo ignoraban los maestros á quienes copiaba, que todo el secreto con que los ingleses unen la *solidez* de su gobierno á la *libertad* y al *imperio* de la opinión pública, consiste en la *descentralización administrativa* (34), que hace de todo el país un sistema de corporaciones libres y propias, que se gobiernan á sí mismas, y en el *mecanismo parlamentario*, arreglado de modo que los jefes de las mayorías elec-

(33) Mariano Moreno, *Arengas y Escritos*, pág. 209.

(34) Decimos *administrativa* y no decimos política ó *federal*.

torales se mantengan ó se sucedan en el poder central, sólo y cuando estas mayorías los apoyan.

Ençargado el deán Funes de concebir y de escribir un plan constitucional capaz de resistir y dominar la insurrección de las masas y de la anarquía, creyó con razón y con sensatez que era menester acomodar en el Poder Legislativo una Cámara Alta de orden mixto, donde predominaran categorías administrativas y políticas, independientes de la cábala electoral, y dueñas de su propia entidad por servicios eminentes ó por elevadas posiciones adquiridas de antemano en el movimiento político del país. Dirigiéndose por el mecanismo constitucional de los ingleses lo trasladó con acierto al Proyecto de Constitución que se le había encargado, y creó un verdadero Senado. Sentado como un principio inconcuso del organismo, que cada ciudad ó villa debía tener un Ayuntamiento propio (como estaba dispuesto por los Estatutos de 1815 y 1817) electo y compuesto por su vecindario, correspondía á ese Cabildo formar una comisión electoral compuesta de uno de sus miembros con dos vecinos afincados por más de diez mil pesos fuertes. Esta comisión formaba una propuesta de senadores *en terna*, y el Senado elegía en ella al que debía tomar asiento en su seno. Además de este senador provincial, eran miembros natos, el obispo diocesano de la capital, y otro obispo sufragáneo electo por los cuatro ó más obispos de provincia. Lo eran también tres militares del más alto grado cuya elección correspondía al jefe del Poder Ejecutivo. Los cabildos eclesiásticos unidos á todos los curas de su catedral componían otra asamblea electoral para dar tres se-

nadores del clero; y por fin los Claustros ó Facultades Universitarias que tuvieran autoridad para conferir grados científicos podían designar otros tres senadores entre sus propios miembros.

Creía el deán Funes que con esto quedaba constituido dentro del Congreso un eficaz poder moderador, tan capaz de resistir á los caprichosos antojos del Poder Ejecutivo por intereses de *clase y de arraigo territorial*, como apto para cooperar á la acción salvadora del gobierno contra la turbulencia imprudente de los partidos plebeyos, animados siempre del deseo *irreflexivo* de demoler el edificio tradicional que la Revolución había puesto en manos de la burguesía gubernamental, con el fin de que lo adaptase poco á poco á las nuevas necesidades del país. Pero sea de esto lo que fuese, «la verdad es, que por criticable que fuera en ciertos detalles el plan del PODER CONSERVADOR trazado por el deán Funes, en otro sentido, y abstracción hecha del momento histórico, sus fundamentos serán siempre de una eterna verdad; y para no hablar de nosotros, diremos sólo que la misma Democracia de la América del Norte está ya dando al mundo el triste espectáculo de una corrupción precoz y rápida, procedente de ese mecanismo de gobiernos presidenciales, que no tiene más resortes activos que la incesante intriga de las elecciones populares y la omnipotencia personal de los presidentes, sucediéndose de la mano del uno á la del otro, sin resortes intermedios que den entrada á los influjos de la opinión pública y del debate parlamentario, como en Inglaterra y en Suiza. En nuestros mismos días, cuando uno de los pensadores más liberales y mejor inten-

cionados de Francia quiso imaginar una forma completa de *gobierno republicano liberal y ponderado* para esa gran nación (que tan pronto había de darnos un doloroso espectáculo), no encontró por cierto otra forma más práctica que la del deán Funes, que presentar al estudio y á la adopción de su país (35); y hoy mismo, no hay un publicista serio en ninguna parte del mundo cuyo objetivo principal no sea el de ver cómo se pueden adaptar á la constitución republicana de los pueblos libres, los *elementos propios* de toda sociedad civilizada, cuyo juego es tan fácil y tan completo dentro del mecanismo inglés, al paso que el mecanismo norteamericano no se mueve ni se expande sino mutilando y anulando en su funcionamiento los elementos más elevados de la nación, oprimiéndolos de una manera tiránica que de día en día es más contraria á la justicia, á la verdad política y á los intereses generales sobre que reposa la civilización de todo pueblo libre» (36).

La Cámara de Diputados procedía de la elección popular sin más limitación que la calidad de *propietario ó rentista* que debía tener el electo, y la de que se eligiese un diputado por cada 25,000 habitantes.

«En cuanto al Poder Ejecutivo, como el deán Funes no tenía un rey de quien echar mano, co-

(35) Prevost-Paradol, *La France Nouvelle*, composición del Senado ó *Cámara alta* del proyecto de Constitución Republicana.

(36) No es culpa nuestra si en esta transcripción se encuentra algo ó mucho que tenga que ver con nuestro presente. Eso fué escrito en 1873 y publicado *tal cual se ve* en la *Revista del Río de la Plata* de ese año (1888).

piaba á los norteamericanos y traspasaba al presidente ó director todas las atribuciones de ese poder. Pero le suprimía las limitaciones que en los Estados Unidos le ponen la Corte Suprema y el Senado, y le entregaba el nombramiento y destitución espontánea de sus ministros para que fueran su simple hechura, y nada más que los actuarios serviles que debían refrendar sus actos: fórmula vacía y absurda, contraria á todo mecanismo serio de gobierno, porque no se necesita mandar que el jefe del ejército tenga *favoritos titulares* que le ayuden á hacer su antojo en el poder. Que eso se le mande ó no se le mande, es indispensable que sus panaguados estén á su lado y que recíprocamente le sirvan de instrumentos personales para gobernar. Inglaterra obra de otra manera, como se sabe; allí el Ministerio es una Comisión ó Gabinete, un cuerpo colectivo igual en el fondo al de Suiza, y procedente de los movimientos eventuales de la opinión pública» (37).

Así como esta fué la primera vez que en el desarrollo orgánico de nuestra Revolución se hizo sentir el influjo inglés y norteamericano por la división del Congreso en dos Cámaras, fué también la primera vez en que ese mismo influjo llevó á nuestros constituyentes á combinar con sistema un *Departamento Judicial*. Pero es preciso convenir en que ninguno de los que tomaron por norma el modelo norteamericano, había comprendido el resorte práctico de la Constitución de los Estados Unidos en este punto. Copiando el aparato exterior y los nombres de los tribunales, desconocieron el mecanismo

(37) Tiene igual fecha y procedencia.

especial y soberano con que esta constitución impera en el límite que une lo *político á lo civil*, para someter la ley y los poderes que la dan, á la verdad práctica y absoluta de la institución fundamental y á la garantía de los individuos contra la inconstitucionalidad de las leyes que violaran ó atenuaran la Constitución.

Podría, pues, decirse con verdad que la parte reflexiva y adaptable de la Constitución de 1819 estaba concebida con buenos propósitos en el sentido de los intereses conservadores, que son siempre legítimos y respetables en toda sociedad libre y liberal. Pero al mismo tiempo, tenemos también que decir que el sistema de los resortes prácticos, era incompleto; y que en el conflicto de la situación, debía levantar en contra suya las prevenciones con que los partidos subversivos se movían para suplantarlo á los que procuraban crear esas fuerzas *resistentes* con que querían *conservar* en el poder á los elementos sociales que lo representaban desde mayo de 1810.

Como era natural, la Constitución de 1819 mantuvo la Sección 5.^a del Reglamento Provisional de 1817, que había dicho: «Las elecciones de gobernadores, intendentes, tenientes gobernadores y subdelegados de partido, se harán *á arbitrio* del Supremo Director del Estado, de las listas de personas elegibles de *dentro ó fuera* de las provincias, que todos los Cabildos formarán y remitirán en el primer mes de su elección». Pero no lo hizo de una manera clara y terminante, sino guardando un absoluto silencio en el particular, y diciendo esto solamente en el *capítulo final*: «Continuarán observándose las leyes, estatutos y reglamentos que hasta

ahora rigen en lo que no hayan sido alterados ni digan contradictoriamente con la Constitución presente *hasta que reciban del Congreso las reformas que estime convenientes*».

En cuanto á garantías individuales la Constitución consagraba algunos de los principios absolutos del *Hábeas corpus* inglés. Pero, como sus autores no habían comprendido que todo el mérito de esa garantía consiste en ser *una excepción previa de nulidad, por falta de causa notoria para prender*, desconocieron que sus virtudes prácticas estaban en el procedimiento civil que autoriza al reo á hacer verificar por cualquier juez, y en el acto, la causa de su prisión, bajo el régimen de la acción de daños y perjuicios y de multa *contra ese juez*, si no hubiera conocido y juzgado la excepción en el término perentorio de la ley. Desconocido esto, que es lo esencial, de nada sirve ni á nada conduce el declarar que *la casa del ciudadano es inviolable y sagrada* con otras sublimidades teóricas que quedán reducidas á pura palabrería delante del interés, del capricho, de la vanidad y de los antojos del poder.

No es por cierto poco característica la filosofía política con que el Congreso vindicaba todo este organismo en el solemne manifiesto de Precedentes y Motivos con que promulgó la Constitución. En algunas partes se le ve recurrir al *idilio* de los famosos *montañeses* de la Convención, que pretendían tomar el *naturalismo* por regla absoluta de la fraternidad y de la organización social, y que exterminaban los vicios con la guillotina para restaurar en la sociedad los *mansos*, los *dulces*, los *tiernos sentimientos de la madre naturaleza*. Así nuestros legisladores de 1819 se deslizan con encanto en frases

como éstas: «Fué preciso á vuestros tiranos que cerrasen los archivos de la Naturaleza para que no pudieseis encontrar los títulos de vuestra libertad, igualdad y propiedad. Pero ellos se os abren hoy á vuestra vista... Entrando el Congreso en el corazón del hombre, y conociendo la marcha de las pasiones, previno las consecuencias de un paso resbaladizo... ¡Hemos tenido presente el *tierno cariño y confianza* que debe unir *el corazón* del pueblo á los diputados que elige!»

Pero también es justo decir, que salvo uno que otro punto débil de la redacción, el Manifiesto es un precioso documento político, que resume con elevada y noble pasión todos los antecedentes de nuestra guerra contra España. Habla con verdad y dolor de nuestras desgracias internas, tiene razón cuando señala el heroísmo de los pueblos en los sacrificios que han hecho para obtener la victoria; y si lamenta la dolorosa confusión de ideas que ha prevalecido entre ellos, les entrega ahora, con ingenuidad y patriotismo, la forma definitiva que á juicio del Congreso era la solución de todos esos males, de todas esas dudas, «y el complemento para llegar á su grandioso destino».

A quien conciba las angustias del momento en que fué hecha esta suprema tentativa, y los nobles propósitos que ella tuvo en vista, le será imposible leer este documento sin sentirse emocionado al considerar los esfuerzos y los sacrificios de esos patriotas que cayeron con su obra, mártires de los intereses y de las responsabilidades que les había impuesto la Revolución misma. Su mira había sido «organizar de un *modo mixto* los Poderes Públicos bajo una forma *unitaria* de gobierno; porque, ¿qué otra

cosa es la constitución política de un Estado, sino ese solemne pacto social que determina la forma de su gobierno, asegura las libertades del ciudadano y abre los cimientos del reposo público?... La presente Constitución, como decía una pluma sabia (Sieyes), no es ni la democracia fogosa de Atenas, ni el régimen moral de Esparta, ni la aristocracia patricia ó la efervescencia plebeya de Roma, ni el gobierno absoluto de Rusia, ni el despotismo de Turquía (¡oh!), ni la *federación complicada* de algunos otros Estados... Para hacer buenas leyes, dijo un filósofo, se necesita *cabezas frías y corazones puros*».

A pesar de todas las perfecciones con que la Constitución de 1819 pretendió organizar la República Argentina, los pueblos que ocupaban su vasto territorio se hallaban en mal momento para entenderse con *tierno cariño* sobre el modo de gobernarse con el juicio y con la sensatez que los legisladores querían pedirles. Se hallaban unos en plena apatía, y los otros dominados por pasiones incoherentes y por caudillos locales, que hacían imposible el avenimiento reflexivo de todos, para que renunciando á los móviles sórdidos de su egoísmo, sujetase cada uno su posición y sus miras á los influjos orgánicos de la ley general.

En ese embate de aspiraciones emancipadas que provocan todas las conmociones sociales, el único freno imperante que hubiera podido salvar la nueva Constitución y hacer prácticas sus cláusulas, habría sido la fidelidad y la abnegación de los jefes que mandaban el *Ejército Auxiliar del Perú* y el *Ejército de los Andes*. Pero el general Belgrano rendía

ya la vida moribundo; y sólo con un esfuerzo dolorosísimo que se había agravado por los disgustos que le ocasionó el armisticio del 12 de abril, había podido mantenerse á la cabeza de su ejército, á pesar de la hipertrofia que lo tenía ya en los umbrales de la muerte. Retirado á la *Cruz Alta* en virtud de ese malhadado armisticio, presidió el 24 de mayo delante de sus soldados la jura de la nueva Constitución, que muy pronto iban ellos á violar. No pudiendo permanecer por más tiempo en el campamento, entregó el mando al mayor general don Francisco Antonio Cruz, uno de los hombres más honorables de nuestro país, y se retiró á Tucumán con la esperanza de que el clima tibio y persistente en su bonanza de esa hermosa provincia, le procurase algún alivio para continuar esa carrera de abnegación y de virtud que á pesar de su candor lo hace un gran carácter en nuestra historia.

Jurada la Constitución en la capital, en los ejércitos y en las provincias, se ocupó
 1819 el señor Pueyrredón de los arre-
 Mayo 24 glos necesarios para separarse del
 mando y dejar cerrados al día todos los servicios administrativos de su período. Convocó la logia Lautaro; explicó su situación y las causas que hacían imposible su continuación en el mando (38). Dos días se emplearon en instancias

(38) El señor Tagle aseguraba que esta sesión había sido conmovedora; que el Supremo Director se había manifestado muy ofendido con el general San Martín; y que desde entonces *había quedado muy fría su antigua amistad*. El general San Martín ha dejado en su posterior correspondencia algunos indicios de esto. Escribiéndole al señor Guido en 1829, le decía: «Si no fuese á usted, á Goyo Gómez, ó á O'Higgins, *con quienes tengo una sin-*

y ruegos; ya por por medio de comisiones, ya por medio de amigos y súplicas personales. Todo fué inútil. El Supremo Director presentó su renuncia al Congreso; y se le admitió «condescendiendo con el mayor dolor á las instancias que por tercera vez había hecho, y sólo por las razones de salud que había invocado». En seguida fué electo el general Rondeau Director Supremo del Estado.

No sabemos si el general San Martín escribió ó no alguna carta, ó hizo alguna gestión para empeñarse que su antiguo amigo continuara á la cabeza del gobierno: casi podríamos asegurar que no, pues no conocemos ni hemos encontrado más á este respecto, que una rápida referencia sobre esta triste terminación que más bien parece un eco frío é indiferente. «Ya usted habrá visto las novedades de la capital con respecto á gobierno; pero todos opinan que á la reunión de las Cámaras, para la que han venido las convocatorias, se deshará el cambio que se acaba de hacer volviendo á ser elegido nuestro amigo Pueyrredón» (39).

La elección de Rondeau no era otra cosa que una simple maniobra del partido burgués y conservador que estaba en el poder. Había llevado al gobierno un hombre á todas luces insignificante, con el fin de que la política siguiera bajo la mano gu-

cera amistad, yo no me aventuraría á escribir con franqueza». Si hay algo notable en esta frase de los *tres únicos amigos*, es la exclusión *deliberada* de Pueyrredón, que era, entre todos, el que más había hecho y el que más había sufrido por la carrera y por la gloria del general. De eso no se olvida nadie involuntariamente, sino deliberadamente y por circunstancias que han debido ser muy desagradables. (*Revista de Buenos Aires*, tomo IV, pág. 165).

(39) *Papeles del señor Guido*, pág. 265.

bernativa del ministro Tagle, que empeñado todavía en hacer triunfar la Constitución, sobre la anarquía y el desorden, se proponía superar las resistencias del general San Martín, hacerlo venir á Buenos Aires con el motivo real y efectivo de la expedición de Cádiz, y una vez dueño, en territorio propio, de todas las fuerzas militares de la República, extirpar con mano firme y desapiadada la lepra de la anarquía y del desorden litoral.

Si el general San Martín hubiera venido á Buenos Aires cuando con tanto ahinco lo llamaba «su amigo» el señor Pueyrredón, este grande hombre hubiera vuelto al gobierno. Sobre los planteles que el general hubiera traído habrían entrado en línea 6,000 cívicos de un temple militar incontrastable, y 6,000 campesinos jinetes consumados que con cuatro ó más meses de cuartel y de ejercicios, habrían rivalizado con los afamados granaderos á caballo. Si á este cómputo moderado se une lo que se habría sacado de las demás provincias, nada habría costado descalabrar en dos semanas la famosa expedición de Cádiz, y quedar con un ejército vencedor de 20,000 soldados, que habría ido á Lima en 1821, dejando la patria organizada sobre una base inconvencible. Y aun admitiendo los sacudimientos, las descomposiciones y recomposiciones personales, la Constitución habría perdurado como sistema político, y hubiera entrado gradualmente en la vida de conjunto y de progresiva armonía que forma el carácter y la cohesión moral de las naciones.

CAPITULO XIII

OJEADA RETROSPECTIVA SOBRE LA OBRA ADMINISTRATIVA DE ESTE PERÍODO

SUMARIO: Dificultades económicas del primer período revolucionario.—El comercio europeo.—El intercambio y el tránsito en las provincias argentinas.—Arbitrios empíricos y eventuales.—Las deudas flotantes y su amortización.—Fracaso de las primeras tentativas.—*La Caja de Fondos de Sud América*.—Su parte meritoria y su parte criticable.—La Instrucción Pública.—Antecedentes de la materia.—El Real Colegio de San Carlos.—Naturaleza de sus estudios.—El señor Cerviño.—El señor Labarden.—El Consulado, el señor Belgrano y el Consejo de Indias.—El Colegio de Monserrat.—Las invasiones inglesas.—La escuela de matemáticas.—Abandono subsiguiente de la instrucción.—Los conventos de frailes regulares.—El padre Castañeda y el dibujo.—La enseñanza primaria.—La Academia de matemáticas.—El Colegio de la Unión del Sur.—El general San Martín y el Colegio de la Trinidad en Cuyo.—El intercambio con Chile y sus agentes.—Las fronteras del Sur.—La colonización de los campos.—El Resguardo y el Portazgo.—La agricultura.—La exportación de trigo.—Las adulteraciones de la moneda de plata.—El *boliviano*.—Reglamentación del corso.—La calle de las Artes.

Desde que tomó asiento en la opinión pública trató el señor Pueyrredón de regularizar su gobierno. Trajo el Congreso á la capital; se sancionó el Reglamento Provisorio constitucional de 1817 que

por mucho tiempo después ha durado como fuente jurídica en algunas de sus cláusulas, y echó su mirada á la Hacienda y al crédito público que había recibido en un estado lamentable.

La Revolución de 1810 había comenzado por consagrar los principios del comercio libre. Pero los resultados de esta innovación no podían bastar, en aquel tiempo, para dotar al país de una fuente regular de medios inmediatos ni de recursos de crédito con que hacer frente á las necesidades apremiantes de la administración y de la guerra. La Europa de aquella época se despedazaba, y su suelo estaba empapado en sangre por las guerras del primer imperio francés. Su industria, su producción y sus capitales bastaban apenas para pagar las cargas y las erogaciones que les imponía la conquista por una parte, y los esfuerzos de la defensa por la otra. El comercio marítimo, reducido á poca cosa, se hallaba totalmente perturbado por el trastorno general y por el combate sangriento que se daban entre sí todas las naciones. La única que producía y que comerciaba en grande escala era Inglaterra. Bajo el influjo poderoso y feliz de sus grandes instituciones parlamentarias ella tenía tiempo, brazos y riquezas para ayudar á Europa á defenderse del insaciable usurpador que ocasionaba todos estos males. Salvaba el comercio marítimo, y llevaba los productos de sus fábricas á las colonias emancipadas, levantando á la vez los retornos con que fomentaba la riqueza de sus propias fuentes. Pero entonces el arte de las construcciones navales era tan imperfecto que no había ningún marino que conociese ó hubiese estudiado las corrientes y

las brisas normales del Océano. Los buques mercantes eran pequeños, y sus condiciones tan poco aventajadas para la carga y pasajeros en viajes lejanos, que rara vez atravesaban el Atlántico en menos de tres meses, exponiéndose á percances que aterraban el ánimo y los recuerdos de todos los que alguna vez habían pasado por ese peligro.

De nuestra parte, la guerra de la Independencia había cortado las relaciones de las provincias argentinas con las del Alto Perú. En los tiempos anteriores, la ganadería de nuestras campañas era la que las había surtido de mulas, de caballos y de bueyes para el trabajo y para el alimento. De nuestro puerto también era de donde iban desde la creación del virreinato en 1777, los surtidos de géneros y mercaderías que en gran parte procedían del contrabando; y á este mismo puerto era donde acudían los caudales del *Situado*, que eran los tesoros en oro y plata sellada que se remitían al Consulado de Cádiz para liquidar y pagar los cargamentos del monopolio y el quinto del Fisco Real.

La guerra de la Independencia había interrumpido todos estos intercambios de la riqueza interior. La inseguridad de las fronteras había alejado de ellas el valor económico para elevar á un grado eminente el valor militar. Las continuas invasiones que las tropas del rey hacían hasta el centro de nuestras provincias, y las invasiones que á su vez llevaban nuestros ejércitos á las del Alto Perú, cuando derrotaban á las primeras, hacían imposible que el comercio pudiese establecerse ni prosperar. Y si á esto se agrega la soledad de las campañas; las extensiones inmensas y desiertas en que se prolonga-

ban los caminos; su estado lamentable, las incursiones de los indios, y los infinitos contratiempos de la vida, con los peligros que nacían naturalmente de la guerra y del estado revolucionario del país, se comprenderá bien que cualquiera que hubiera sido la liberalidad de las leyes y de los principios proclamados desde 1810, los gobiernos revolucionarios tenían que luchar con la pobreza de los mercados y con la escasez de los recursos, para vivir y para saldar los ingentes gastos que les imponía la lucha.

En efecto: dada la carencia de producción y de comercio, fué indispensable ocurrir á la violencia de las exacciones, de los empréstitos forzosos y de los arbitrios. Los capitalistas españoles, que eran los ricos del viejo régimen, tuvieron que pagar como crimen el interés y la simpatía natural que los unía á los enemigos de nuestra independencia; y era sobre ellos sobre quienes caía á cada instante el terrible prorrato de los empréstitos forzosos, que, unidos al exiguo producto de las rentas que el consumo dejaba en la Aduana, iban á mano de los proveedores de los ejércitos y de los comerciantes que corrían las gruesas aventuras de surtirnos de armas, de adelantar fondos para pagar tropas y empleados, y de los que descontaban á usura el boleto del empréstito repartido á cada contribuyente.

En medio del trastorno general y de los cuidados apremiantes de una situación tan azarosa, no era dable que administraciones tan nuevas y arras-tradas así por la fiebre de tan grande perturbación y de tanta insubsistencia, hubieran podido fundar y arraigar un sistema regular y científico de la con-

tabilidad pública. Las reglas y trámites del pasado colonial estaban abandonadas y muertas. El arbitrio para salir de la necesidad del momento fué por mucho tiempo la ley suprema de nuestros primeros gobiernos; y la presión de este estado desastroso de los intereses públicos dió origen, como era natural, á un enjambre inextricable de papeles de deuda con infinitas calidades y cantidades, buenos y malos, genuinos unos, abusivos otros, y no pocos falsos, que á fines de 1816 eran una verdadera lepra que contaminaba la verdad, la secuela y la honradez de todos los valores y de todos los actos administrativos.

Puesto el gobierno en la altura moral y política á que lo llevaron las victorias obtenidas en Chile y en Salta por nuestras armas, y regularizada la organización de los Poderes Públicos por la cooperación del Congreso y por el *Reglamento Provisorio*, se preocupó el señor Pueyrredón de buscar los mejores medios de regularizar el estado de la Hacienda y de fijar el carácter del crédito público.

El primer paso que dió en este sentido fué el decreto de 29 de marzo de 1817, que para poner un principio á la amortización de la deuda y fundar el crédito de que el gobierno necesitaba para crearse recursos, permitió que los derechos de Aduana se abonasen, por mitad, en metálico y en papeles de obligaciones contraídas por los gobiernos anteriores, desde mayo de 1810 hasta diciembre de 1816, y se abrió al efecto una cuenta de amortización especial.

Esperaba el gobierno que con esta medida podría amortizarse la suma de 800,000 duros cada año,

y que el interés del comercio abriría el mercado con un valor para la deuda flotante y atrasada, relativo y amortizable de cada año; y que por consiguiente, entablada la demanda de créditos por esa medida, los tenedores de esos papeles podrían optar entre el valor presente para venderlos, y el valor progresivo que debían adquirir en el futuro á medida que disminuía la cantidad que circulaba de ellos, acreciese el fondo amortizante, y fuese acercándose el plazo del resto hasta su completa extinción.

Los motivos y el estilo con que el Poder Ejecutivo justificaba esta benéfica medida son dignos de reproducirse. El primero era el deseo de que los créditos que gravitaban sobre el Estado, ya fuese por empréstitos, compra de pertrechos, expropiación de esclavos para el servicio militar, ya por sueldos atrasados ó pensiones devengadas, tuviesen un pago pronto y efectivo, que aliviase justamente las aflicciones de tantas y tan recomendables personas como se habían hecho acreedoras á eso por la heroica constancia con que habían sufrido privaciones de todo género, en el largo tiempo en que los gobiernos de la patria, rodeados de gravísimas atenciones, nada habían podido hacer por ellas, á pesar de sus más puras intenciones. El segundo era, que en tan interesante asunto, nada era más conforme á la naturaleza de nuestra causa y á la religiosidad de los empeños tomados por ella, como cumplir los compromisos contraídos, y *manifestar al Universo con hechos constantes los justos sentimientos* que nos animaban, propendiendo de este modo á merecer un crédito bastante *para dar vida al Comercio, á la Agricultura, á la Industria, y fomentar así la pros-*

peridad general de los dignos hijos de Sud América, en justa retribución de los enormes sacrificios de bienes y personas que habían hecho para defender su independencia.

En aquel tiempo se creía que una medida de esta naturaleza iba á producir en poco tiempo la liquidación y extinción de la deuda flotante, y el gobierno se lisonjeaba de que con esto había dado un paso definitivo para entrar en el camino del orden y de la justicia. El público también, halagado con la esperanza de que así fuese, respondió con gratitud á estas buenas intenciones de poner en orden el crédito y las finanzas.

Pero eran esperanzas que carecían de fundamento, porque la medida había sido dada sin un estudio exacto de los hechos preexistentes, sin una clasificación previa de las categorías de los papeles de diversas épocas y orígenes, otorgados á los acreedores, y en suma, sin que una liquidación y consolidación de deudas tan variadas y multiformes, igualase su valor por medio de una renta fija asignada á la totalidad de su capital, para cambiar los títulos especiales é incoherentes que eran relativos á cada promesa ó contrato anterior, por títulos impersonales que dotados de un interés fijo tuviesen un valor de venta en el mercado.

Sucedió, pues, lo que era consiguiente: los menesterosos tenedores de liquidaciones y documentos por sueldos atrasados, y por otros de los infinitos motivos con que se habían expedido estos papeles, acudieron en tropel á golpear las puertas de los especuladores, suplicando los unos que los prefirieran á los otros, y que les comprasen su título por cual-

quier valor, para hacer de él algún *dinero presente*, con renuncia de toda ventaja *futura*, siempre ilusoria ante la premura de la necesidad; y así fué que en vez de que la medida produjese la *demanda* en favor de los papeles de crédito público, produjo por el contrario la *oferta*; y su valor vino á degradarse hasta el extremo de que en vez de servir para realzar, sirviese para desacreditar las responsabilidades del gobierno. La proporción de la mitad de las rentas de Aduana señalada para amortizar deudas no sirvió, pues, de auxilio efectivo á los servidores ó acreedores del Estado. La medida se convirtió en beneficio de los deudores y de los usureros, es decir, de aquellos á quienes el Estado no debía servicio alguno ni había querido favorecer.

Fué tan rápido el desengaño, que afectado el gobierno con las malas consecuencias, cambió las proposiciones de su decreto por otro de fecha 17 de mayo de 1818. Se hizo un estudio serio de la materia y se resolvió derogar el de 29 de marzo substituyéndolo por otra creación que se presentó con todas las apariencias de una amplia y excelente combinación económica.

Estudiando las operaciones con que monsieur Ouvrard, el célebre arbitrista del primer Napoleón, sacaba algún jugo del exhausto pueblo francés, el ministro de Hacienda señor Gazcón llegó á comprender (aunque no con mucha claridad) que todo el secreto de una buena operación para dar valor á la renta consistía en la consolidación de las deudas bajo la asignación de un interés fijo, combinado con la creación de capital efectivo levantado á crédito para amortizarlas. Pero bisoño en esta delicada materia,

sin base dentro del país mismo para levantar capitales, y sin relaciones establecidas con el capital extranjero (porque todo esto era imposible y aún desconocido en aquel tiempo), entró á montar un mecanismo artificial, que, tomado como obra de arte no carecía de cierto mérito financiero ni de agudeza. Para suplir la falta indispensable de capitales venales que pudiesen constituir la base de un empréstito regular, ideó la famosa *Caja Nacional de Fondos de Sud América*, que, aunque incompleta como institución solvente, fué sin embargo la base de muchos estudios prácticos sobre las finanzas, y que por sus propios defectos sirvió mucho á ilustrar las ideas y á fijar las opiniones sobre las verdaderas leyes que rigen la consolidación y el pago de las deudas públicas, teniendo además el mérito de vivir hasta 1821.

El decreto ó bando de la creación que dió ser á la *Caja de Fondos de Sud América* decía: que ella era el resultado de las profundas consideraciones con que el gobierno había estudiado y resuelto el grave problema de crear una vida regular para los recursos y para el crédito de una nación como la nuestra, á la que *la Providencia tenía señalados grandes destinos*; que en este concepto su primer deber era *arbitrar medios adecuados de estabilidad y de grandeza futura*, alejando toda necesidad fatal de tener que volver á gravar ó inquietar las fortunas particulares pidiéndoles el fruto de su labor, que debiera ser sagrado é inviolable en adelante. Creábase en consecuencia con este nombre de *Caja Nacional de Fondos de Sud América*, un establecimiento de género indefinido entre Crédito Público

y Banco, cuyo carácter y operaciones eran las siguientes:

1.^a La Caja era una institución *permanente*, decía el bando, y quedaba habilitada con un capital de tres millones.

2.^a Los créditos que por el decreto de 29 de marzo (que antes hemos examinado) hubieran obtenido orden de introducirse por mitad en pago de los derechos de Aduana, quedaban privados de esta aplicación, y derogado este decreto. Pero los tenedores de esos títulos ó expedientes que quisieran amortizarlos en la nueva caja, recibirían un documento en el que se les reconociera *acreedores permanentes* por un interés anual del 8 por 100.

3.^a Todos los créditos procedentes de empréstitos de dinero ó de compra de pertrechos que tuvieran un decreto anterior de ser recibidos en la Aduana como *dinero efectivo* y no por mitad solamente, podrían introducirse en la Caja ganando un interés de 12 por 100.

4.^a La Caja recibía también dinero efectivo y capitales procedentes de capellanías, dotes de monjas y otras sumas de manos muertas, acordando á su introducción el interés de 15 por 100.

5.^a Todos estos réditos debían abonarse por trimestres; y al efecto se afectaba á la responsabilidad todas las rentas y bienes que tuviera ó que adquiriera el Estado; y aunque sobreviniesen casos de guerra ó bien otras catástrofes, el gobierno *ofrecía que aquellos fondos serían siempre* inviolables; y para garantir más su pago, se mandaba llevar á la Caja el seis por ciento de lo que produjesen los derechos de Aduana en dinero, imponiendo gran-

des penas á los funcionarios, del Director abajo, que empleasen este fondo en otra cosa que en el pago de esos intereses.

Como esta Caja era una institución permanente, el bando establecía que los capitales introducidos en ella no pudieran ser removidos, es decir, *sacados* por los introductores ni *devueltos* por el Estado, pues los unos no tenían ya más derecho que al interés, y el otro estaba obligado perpetuamente á pagar la renta asignada. Las acciones, títulos ó cupones expedidos eran endosables con tal que se anotase el cambio del tenedor en los asientos administrativos de la Caja.

A estas cláusulas fundamentales agregaba el bando todas aquellas que eran relativas y propias de un estricto y correcto manejo en lo interior del establecimiento y de su contabilidad, y que por lo mismo carecen hoy de interés histórico.

No es mi ánimo entrar ahora en una crítica especial de las bases de este establecimiento, porque éi no tuvo influjo alguno histórico, ni tiene otro valor aquí que el de demostrar la tendencia orgánica que tomaron los propósitos generales del gobierno del señor Pueyrredón. Sin embargo, creo que el establecimiento no merecía los reproches que se le hicieron en el informe de la Comisión de Hacienda de la Cámara de Diputados redactado con mucha habilidad y competencia por el señor don Santiago Wilde en 1821.

Es incuestionable que el defecto fundamental de la Caja de Fondos de Sud América era el de no haber dado á la deuda anterior, que andaba flotante, un medio de amortización efectivo y un plazo fijo

para que con ese medio ó prorrata se efectuase su amortización. Pero, por lo demás, me parece que era injusto tratar de absurda la reunión en la misma Caja de tres categorías distintas de deudas, compuesta la una de los papeles sin origen cierto, la otra de los que procedían de empréstitos forzosos, pagos de víveres, y pertrechos, y la otra de las introducciones de dinero, desde que cada una componía una categoría diversa ó *serie de bonos*, y desde que cada categoría tenía un diverso interés.

Si la Caja, á pesar del alto interés que señaló á favor de los que introdujesen dinero, no atrajo capitales para esta forma de depósitos bancarios, ó de empréstitos disimulados, no fué porque fuese absurda la operación; sino porque á pesar de todo no se creía bastante sólida la situación del gobierno. Se temía la guerra civil, la guerra con Portugal, las necesidades apremiantes de la expedición al Perú; con mil otras contingencias propias de aquellos días azarosos por demás; y es sabido que causas como éstas bastan para alejar todo depósito de dinero de Bancos ó Cajas, ya pertenezcan al Estado, ya sean de administración particular.

Por lo demás, la Caja tenía indudablemente el vicio capital de ser una *Receptoría perpetua* de empréstitos *indeterminados y voluntarios* al 15 por ciento; una oficina de consolidación y de amortización perpetua de la deuda en dos categorías, una al ocho por ciento, y la otra al doce por ciento, y á la vez oficina de crédito público para abonar perpetuamente esas obligaciones siempre abiertas; es decir, admitidas á voluntad y diligencia espontánea de los interesados ó solicitantes. Pero la justicia his-

tórica, que ningún interés tiene ya en la operación misma, debe apreciar el mérito del gobierno que entró en esa operación con relación al tiempo en que la medida fué tomada y con relación á las intenciones que presidieron en su sanción.

La Caja Nacional de Fondos de Sud América contenía en germen la noción de los Bancos de Depósitos y de Descuentos unida á la idea fundamental de la Administración del Crédito Público, que después estableció en toda regla el señor don Manuel José García. Teniendo en cuenta lo vago de las ideas y de las informaciones que nuestros hombres tenían entonces sobre estas arduas materias, no se puede negar que, aunque deficiente, tuvo el mérito de ser el punto de partida para el arreglo de nuestro crédito y de nuestras finanzas: mérito que realza la administración, célebre por tantos otros títulos, que presidió como Director Supremo del Estado don Juan Martín de Pueyrredón. Así fué que cuando superados los azares de 1819 y 1820 entró la provincia de Buenos Aires en aquella vía saludable y reparadora en que la puso la administración del general Rodríguez, dirigido por sus ministros García y Rivadavia, la *Caja Nacional de Fondos de Sud América* suministró, por su misma existencia, los medios adecuados para emprender la consolidación de la deuda y el establecimiento de los *Fondos* del crédito público del 6 por 100 anual. Su buena contextura quedó probada por la fácil y honrada liquidación que pudo hacerse de las operaciones realizadas en los cuatro años en que había subsistido, como puede verse en la ley del 14 de julio de 1821 que la reformó.

Uno de los primeros objetos á que el Supremo Director dirigió su atención, así que la victoria de Chacabuco le quitó los graves temores de la guerra, fué también la instrucción pública. Con fecha 3 de junio de 1817 dió una comisión á los ministros López y Trillo para que hiciesen levantar una información indagatoria del estado en que se hallaba la enseñanza, ya fuese en los conventos de regulares, ya en los escasos establecimientos que regentaban algunos particulares, con el fin de tomar medidas para establecerla y darle un ensanche conveniente.

Para mostrar el resultado que dió esa indagación, nos vamos á permitir hacer una sucinta relación de los antecedentes que asunto de tanta magnitud tenía en nuestro país.

Poco tiempo después de suprimidas las casas de los jesuitas y de confiscados sus bienes, el gobernador don Juan José Vértiz, americano de nacimiento y de corazón, inició en 1770 un expediente administrativo para hacer que esos bienes fuesen destinados á la enseñanza clásica de la juventud. Tan vehemente era su deseo de asegurar esta interesante mejora, que sin esperar que la corte resolviese la materia, Vértiz se adelantó á fundar aulas de latinidad, de filosofía escolástica y de teología, que comenzaron á funcionar en 1772.

Sobrevino entonces la última guerra de España con Portugal; y conviniendo ya erigir á Buenos Aires en virreinato, se dió el título de virrey á don Pedro de Ceballos con la famosa expedición de 1777.

Restablecida la paz en ese mismo año por el *Tratado de San Ildefonso*, Ceballos recibió orden de regresar á España, y volvió Vértiz á tomar como

virrey el gobierno de Buenos Aires. Desde luego su primer conato fué hacer despachar el expediente que antes había iniciado para fundar en la capital un colegio de estudios literarios y una Universidad.

Pero después de largo tiempo y de muchos esfuerzos, lo único que pudo conseguir fué el establecimiento del *Real Colegio de San Carlos*, quedando aplazado indefinidamente el de la Universidad, por la mala voluntad con que el Consejo de Indias oponía siempre obstáculos y demoras á esta clase de concesiones. El colegio se inauguró el 3 de noviembre de 1783 con aulas donde se enseñaba la latinidad con señalado esmero, la filosofía escolástica unida á la física especulativa ó hipotética que le servía de apéndice, y la ética.

No faltaron desde entoncés algunos hombres adelantados y bien informados en los progresos hechos por las ciencias exactas, que criticaran este género de estudios como notoriamente insuficientes é inadecuados para el siglo. Aranda y la compañía distinguida de pensadores que se había formado á su lado, habían marcado esa inclinación de los tiempos modernos á dar preferencia á los estudios de las ciencias exactas y á los conocimientos prácticos que se ligan al progreso de la riqueza territorial é industrial de acuerdo con el espíritu de la gran Enciclopedia Francesa. Labarden y Cerviño fueron en Buenos Aires los ecos más distinguidos de estas ideas: el uno por sus ensayos de aclimataciones rurales, y el otro por sus trabajos topográficos y geodésicos.

Profesólas también después el joven abogado don Manuel Belgrano, que, por ser secretario del

Consulado pudo hacer valer el influjo que tenía en esta corporación, para que fundase y dotase con sus propios fondos una *Escuela de Náutica* que en efecto fundó y puso al cargo de Cerviño en 1797. Abrazaban los estudios de esta escuela, desde los elementos de aritmética y de álgebra hasta los problemas más prácticos de la cosmografía y de la geodesia; y hubiera producido grandes bienes, si la corte, al conocer no más su establecimiento, no hubiera mandado disolverla como cosa *inútil y de puro lujo*, reprendiendo agriamente al Consulado por haberse avanzado á tan grande desmán. No sucedió lo mismo con el *Colegio de San Carlos*, cuyos estudios tomaron consistencia, y en cuyas aulas se formó la mayor parte de los jóvenes que hicieron la Revolución de Mayo y que la defendieron en el campo de batalla y en el de las letras.

Al mismo tiempo en que Vértiz fundaba en Buenos Aires el *Real Colegio de San Carlos*, fundábase también en Córdoba el Colegio de Montserrat. Pero sus estudios fueron por desgracia de un carácter teológico más bien que literario, quizá por falta de un hombre de genio que, como don Pedro Fernández en el de *San Carlos*, hubiera sabido dar á la enseñanza de la latinidad la viva animación de los modelos, é iniciar á la juventud en el movimiento libre, eminentemente político y filosófico que distingue á los famosos escritores de Roma. Formáronse sin embargo en sus claustros hombres públicos de primera nota como Zavaleta, Gómez, Gorriti, Baigorri, Bedoya y muchos otros.

Estos eran los gérmenes con que la administración colonial del americano Vértiz había consegui-

do dotar á Buenos Aires, cuando cayeron sobre nuestras playas las invasiones inglesas. La primera inició á nuestros padres en las emociones terribles de la guerra, y les abrió el oído á los encantos del cañón en la batalla y en los festejos del triunfo. Al amenazar la segunda, la juventud en masa abandonó, con sus maestros, los estudios y tomó las armas, quedando desde entonces convertido en cuartel de patricios el edificio mismo del colegio.

Siguiéronse tiempos de una agitación pública extrema. La deposición del virrey Sobremonte, la lucha de Liniers y de los patricios contra el partido de Alzaga, que comenzó á caracterizarse como de *criollos* contra *europeos*; la asonada del 1.º de enero de 1809, las conmociones de Chuquisaca y de la Paz, la polémica de los *hacendados del Río de la Plata* contra los *comerciantes monopolistas de Cádiz* por el comercio libre, las emociones morales que producía el estado de Europa, y la invasión de Bonaparte en España, fueron causas de tan profunda inquietud y de tanto alboroto, que no dejaban tiempo ni atención para intereses de un orden tranquilo y orgánico, como los que se referían al establecimiento de los estudios públicos.

Pero apenas se hizo la Revolución de Mayo. Belgrano, que se había ilustrado en el triunfo contra los ingleses y que era uno de los miembros más influentes de la *Junta Gubernativa*, volvió á insistir en la necesidad de que se fundase una escuela seria de estudios matemáticos, «*para que los jóvenes patriotas que se dedicaban á la milicia pudieran instruirse en los principios de esta brillante carrera, que una política destructora había querido sepultar*

en las tinieblas de la ignorancia». La Junta ordenó en efecto el restablecimiento de la Escuela de Matemáticas en el sentido de las necesidades guerreras de la Revolución, creando el plantel embrionario de una verdadera escuela politécnica bajo la dirección del teniente coronel don Felipe de Santenach. Por desgracia, Santenach era español y de ideas reaccionarias; y complicado en el complot de Alzaga, fué fusilado en julio de 1812, quedando la escuela cerrada después de año y medio de existencia.

El triunvirato creado en octubre de ese mismo año y presidido por Pueyrredón procuró poner en estudio y llevar á cabo la restauración de las aulas. Pero esta tentativa, lo mismo que la de la Asamblea de 1813, quedaron en puro deseo. Así fué que desde 1813 á 1816, la instrucción pública estuvo abandonada á la acción espontánea del convento de San Francisco, donde los frailes mantenían una escuela primaria numerosísima, dos aulas de mala latinidad ó más bien dicho de jerga, y una aula de filosofía reducida á la dialéctica, al estudio de las cuestiones dogmáticas y de las contradicciones de las doctrinas hipotéticas formuladas por las diversas sectas ó escuelas del peripato, sin ninguna clase de enseñanza positiva cuya base fuese el estudio de los hechos naturales, metafísicos ó sociales.

Debemos sin embargo mencionar dos excepciones: una escuela de dibujo afecta al Consulado y creada por la enérgica é incansable iniciativa del padre Castañeda, el famoso panfletista de 1820 á 1824, cuyo objeto, decía con notable sagacidad, debía ser preparar á la juventud para lucir y desempeñarse en la industria de las artes y los oficios; y

la otra, un plantel de estudios matemáticos creado por don Felipe de Senillosa, joven español é ingeniero militar, que por haberse comprometido en el partido de José Bonaparte había tenido que emigrar al Río de la Plata.

La enseñanza primaria estaba reducida á tres escuelas de alguna nota para las gentes acomodadas que podían pagar la instrucción elemental de sus hijos (1). Para el común de los pobres, entre los que muy contados recibían algunas lecciones de primeras letras, no existían otros establecimientos que las cuatro escuelas de simple lectura y escritura que se daban dentro de los conventos de regulares.

Este era el miserable estado en que se hallaba la instrucción pública en las provincias argentinas cuando subió al gobierno el director supremo don Juan Martín de Pueyrredón, según resultó de la indagatoria que mandó levantar sobre la materia.

En el deseo de hacer lo posible en aquel tiempo por el adelanto de los conocimientos útiles, comenzó el gobierno por dar protección al establecimiento del señor Senillosa elevándole á la categoría de *Academia de Matemáticas*; y puede decirse en su elogio que salió de sus bancas el eminente matemático argentino don Avelino Díaz, fundador de las mesas técnicas del *Departamento Topográfico*, donde hicieron sus primeros trabajos los aventajados jóvenes que después fueron profesores universitarios como don Saturnino Salas, don Alejo Outes, Sauvidet, Eguía, Juan María Gutiérrez y otros.

(1). Don Rufino Sánchez, don Francisco Acosta y don Manuel Robles. La enseñanza se limitaba á la contabilidad comercial, la gramática castellana, lectura y escritura.

En 2 de junio de 1817 se ordenó que se crease un colegio de estudios clásicos ampliando las bases del de *San Carlos*; y el 16 de julio se inauguró el *Colegio de la Unión del Sur* con cierta solemnidad que demostraba el alto sentido que el gobierno quería dar al acto.

Reorganizado y puesto en auge este Colegio, el Director inició la creación de la Universidad de Buenos Aires, restaurando el patriótico propósito de Vértiz; y con ese objeto dirigió una nota en 1819 recabando la autorización del Congreso para tomar las medidas necesarias. El Congreso contestó inmediatamente dando su asenso. Pero, en ese momento mismo, era cuando las pasiones rabiosas de la guerra civil y los síntomas inminentes de un grande desquiciamiento, tenían ya conmovidos todos los asientos del orden público. El Director estaba ya convencido de que el general San Martín le abandonaba á su propia suerte; y no viéndose con medios para mantener su autoridad y su política, prefirió abandonar el poder, quedando así aplazada la erección de la Universidad de Buenos Aires para tiempos de mayor bonanza (2).

(2) Hemos seguido en esta parte el libro en que el doctor don Juan María Gutiérrez, rector de la Universidad de Buenos Aires desde 1855 hasta 1873 ha trazado con mano sin rival la historia de la Instrucción Pública en el Río de la Plata, y que tiene por título: *Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la Enseñanza Pública Superior*, etc., etc. Buenos Aires, 1868. Ese es, en verdad, un libro precioso por la abundancia de los datos, por la exposición magistral de las doctrinas, por la belleza exquisita del estilo, y por la amenidad de los hechos biográficos que figuran en él como otros tantos cuadros artísticos y deliciosos para la erudición y para el patriotismo de los argentinos.

No se limitó á Buenos Aires la acción benéfica con que el director Pueyrredón procuró servir el establecimiento y los progresos de la instrucción pública.

Durante su gobierno, la provincia de Mendoza tenía una posición ventajosísima y especial entre las que seguían con armonía la política del Congreso y del Director. Era el punto intermedio de las relaciones políticas y comerciales que unían á Buenos Aires con Chile, que como hemos visto tenían un carácter tan estrecho y tan confidencial, por decirlo así, entre San Martín, Pueyrredón y O'Higgins, que podían considerarse como partes de un mismo orden político. El vencedor de Chacabuco y de Maipú le había consagrado á Mendoza una justa y noble gratitud. No podía olvidar que esa provincia benemérita había sido la cuna de su gloria militar y el punto de partida de su encumbrada fortuna. Así fué que después de la victoria empenó todo su influjo con su sucesor en el gobierno de la provincia, el coronel Luzuriaga, y con el Supremo Director del Estado para que se instalase en Mendoza un espléndido colegio de ciencias, especialmente exactas y prácticas, que fuera un modelo en su género, por la *construcción* adaptada del edificio, por la reglamentación de los estudios, por la disciplina, y por el lustre de los maestros. «Ningún hombre (decía él en una carta particular) nacido en nuestra tierra debe tener á menos, ó creer que hace sacrificio, viniendo á esta ciudad excelente á fundar los estudios hasta que ellos puedan marchar por sí solos, bajo la dirección de otros directores que se formen; pues que así todo buen paisano trabajaría por su

gloría y por el beneficio de la patria, como tantos militares y otros hombres de mérito que me acompañaron en la empresa de formar el «ejército de los Andes»; y esta iniciativa se dirigía al doctor don Estanislao Zavaleta, deán de la iglesia catedral de Buenos Aires y gobernador del obispado desde 1811, que oponía resistencias á ir á Mendoza á fundar y dirigir el proyectado colegio, como San Martín quería, para que tan ilustre prelado le diese á la casa y á la enseñanza el inmenso prestigio de que gozaba en las Provincias Unidas por su templanza y por sus virtudes.

A fines de octubre de 1817 dábale ya al edificio la última mano para que quedase preparado á funcionar. Su planta era bien concebida y casi grandiosa para su tiempo. Excitada la generosidad de los vecinos acaudalados de la provincia, consiguió el general San Martín donaciones y legados á favor de la casa. El presbítero Cabral donó una hermosa manzana de terreno que medía 22,500 metros cuadrados; se levantó allí un espacioso y cómodo edificio en donde podían acomodarse 180 alumnos con todas las condiciones higiénicas y adaptaciones á una liberal y amplia enseñanza, bajo los cuidados y distribución prolija del mismo general San Martín. Los dormitorios estaban ventilados, de acuerdo con las reglas últimas de la higiene, por ventanas enfiladas en lo alto del muro, y por lo bajo con vistas al jardín para hacer risueño el despertar de los jóvenes al aspecto de la vegetación. El gran comedor estaba dominado en el extremo por una tribuna donde se daban lecturas políticas y patrióticas que desempeñaban entonces lo que ahora lla-

mamos instrucción civil. En el jardín y en el huerto, además de la labranza entregada al cuidado y trabajo de los alumnos bajo competente dirección, tenían ellos los mejores juegos gimnásticos, la *barra*, la *pelota*, los *bolos*, y el *billar* por la noche.

Poseía el Colegio un fondo metálico de 16,000 pesos fuertes colocado al 5 por ciento de interés; y cada interno abonaba al establecimiento 80 pesos fuertes por año.

El Congreso le había confirmado el título de *Colegio de la Santísima Trinidad de Mendoza*, dándole al rector el rango y las atribuciones de *Canciller* ó *canciller*, para que los estudios hechos allí y los certificados de exámenes valiesen en todas las Universidades de la República; y Chile, obedeciendo á la justa gratitud que le imponían los servicios hechos por Mendoza, otorgó igual crédito en sus establecimientos nacionales á los certificados del Colegio de Mendoza. Cien estudiantes de todas las provincias, y de Chile, se hallaban allí el 10 de noviembre de 1818.

Aunque en rigor pudieran considerarse ajenos estos detalles al carácter de los acontecimientos históricos, debe hacerse diferencia entre un país formado, de viejo origen, donde estos trabajos vienen de antigua tradición y como un resultado ordinario de su vida, y un país nuevo, donde por primera vez aparecen, y donde son históricos precisamente porque marcan el espíritu político y trascendental de su revolución social y el anhelo de los hombres que los concibieron y los plantificaron (3).

(3) Por eso mismo creemos oportuno transcribir la proclama con que el gobernador intendente coronel don

Esperando vencer las dudas y resistencias del deán Zavaleta, se puso el colegio bajo la dirección provisional de un excelente presbítero, el doctor don José Lorenzo Guiraldes, hombre de sólida reputa-

Toribio de Luzuriaga dió cuenta á la provincia de la creación del Colegio y de su próxima inauguración.

«Ciudadanos: Entre los imponderables esfuerzos de la inmortal provincia de Cuyo, será siempre laudable en sus fastos, el empeño de la Muy Ilustre Municipalidad de esta capital, por el establecimiento de un Colegio público, cuya apertura indica para el diez y siete en la proclama que tengo el honor de ofreceros.

»Con demasiada elocuencia manifiesta las trabas hostiles del gabinete español, tan contrarias á la fecundidad de las artes, como á las primeras bases de la sociedad. Un plan seguido y completo de degradación, que se extendía á la prohibición exclusiva de las escuelas más necesarias, son unos hechos de que se han lamentado muchas provincias de ambas Américas.

»Por fortuna no tendréis ya que buscar el tesoro de las letras á la distancia. En vuestro propio suelo se erigen cátedras de humanidades, en que se enseñarán los sagrados derechos y deberes del hombre en sociedad, las facultades mayores, la física, las matemáticas, la geografía, la historia y el dibujo. Ilustrados labraréis vuestra felicidad y con estos estudios abriréis las puertas del país de la abundancia al poder y al valor; sabréis la importancia del heroísmo y de cuanto puede sublimar al hombre sobre los demás seres que, como sabéis bien, es fruto del estudio y de la ilustración.

»La naturaleza, según el emblema del elocuente Tulio, nos ha repartido con pródiga mano todas las semillas de las ciencias. Su rocío y su cultivo son el don más relevante con que los magistrados podemos servir á la patria. Felizmente, el ingenio americano en general es de una grande vivacidad, según la declaración de los sabios más des preocupados del viejo hemisferio. Se han cumplido ya los vaticinios de los eruditos, sobre que las ciencias del Asia habían de fijar su dominio y anidarse en nuestra patria.

»La Universidad de Salamanca, en la pompa funeral

ción y de un carácter sumamente respetable. Empezó el colegio con dos aulas de latinidad y con una de filosofía que dictaba el rector Guiraldes. Un padre de la *Congregación de la Buena Muerte*, llama-

de Felipe III llegó á expresarse que, *entre las riquezas que tributaba á España el Nuevo Mundo, la mayor era la felicidad de los ingenios que empezaban, no ya á aprender, sino á ilustrarse y á servir*. Pascal, Puffendorf y otros, no acababan de ponderar la sabiduría de los incas, cuyas leyes (más célebres que las de Solón), ¡hicieron felices por el espacio de quinientos años, muchos más hombres que los que nos precedieron desde la creación del orbe!

»¡Sudamericanos! La patria os convida con las luces. El templo de Minerva se abre ya para todos sin exclusión.

»Forman la felicidad de un Estado el hombre de armas y de letras, el hombre de gobierno, el hombre de la religión y el de la agricultura, artes y ciencias. La instrucción científica no es tan solamente adorno, mas también prenda necesaria al militar. El general empuña la espada más para mandar que para pelear con ella. Pelear es efecto de la fuerza, y mandar, de la instrucción mental. Julio César no debió menos á su espada, que á su pluma. Esta y aquélla, juntas, lo hicieron ilustre y perfecto general.

»¡Honorables padres de familia! Inspirad en vuestros hijos generosos deseos de aventajarse en las ciencias; inflamad sus corazones para que consagren sus talentos á la patria. Así podréis gloriaros como *Cornelia*, cuando presentando sus hijos, los *Gracos*, al volver de la escuela dijo á la heroína *Campania*: *Estos son, amiga mía, mis collares, mis perlas, mis diamantes, mis adornos y todo el ajuar de mi casa*.

»El gobierno empeña su palabra de proteger, auxiliar y fomentar á los jóvenes estudiosos, y que se perpetúe tan útil establecimiento para que Cuyo sea feliz y pueda llevar sus glorias hasta las últimas extremidades. Si no lo lograre me quedará al menos la complacencia de haberlo deseado.

»Publíquese por bando en la forma ordinaria, con la

do Espinosa, enseñaba las matemáticas, en las que se le tenía por hombre muy aventajado; y dió en efecto un curso completo de esta enseñanza. Tan cuidadosos fueron los estudios en este ramo del

proclama del Muy Ilustre Ayuntamiento. Fíjense copias y circulares á los pueblos de San Juan y San Luis.

»Mendoza, 9 de noviembre de 1817.

»Toribio de Luzuriaga.»

El Cabildo

«¡ Ciudadanos!

»Llegó el momento feliz en que la luz había de substituir á las tinieblas. Abatidos más de trescientos años por la ignorancia á que nos había sometido el despotismo español, privándonos de todos los conocimientos que podían ilustrarnos en nuestros derechos, continuábamos existiendo sin conocer lo que es el hombre. Un encadenamiento de sucesos felices forma al presente nuestra más gloriosa época. Sacudido ya el yugo, y sin temores de sucumbir, se proporciona la oportunidad de ilustrar á nuestros hijos para que sepan conservar el fruto que en ocho años, á costa de inmensos sacrificios, hemos sabido adquirir. Si el guerrero ha sido el instrumento necesario para salvar la nación en las crisis peligrosas, el sabio debe serlo para constituirla estable y brillante en las delicias de la tranquilidad. Demos á la patria hombres útiles en todos ramos y su prosperidad será indudable y permanente.

»¡Padres de familia! La educación es el mejor patrimonio que en herencia podéis dejar á vuestros hijos. La apertura del colegio es el lunes diez y siete del corriente. Los que quieran inscribir á sus hijos, los dispondrán dentro de este término. El rector á quien se encarga su dirección es el doctor don Diego Estanislao Zavaleta. Su aptitud para desempeñarla es demasiado conocida por su fama. El alto destino que ocupa en la soberanía de la nación, no le permite por ahora desprenderse de Buenos Aires. Entre tanto, don José Lorenzo Guiraldes ejercerá sus funciones. Este está prevenido de dar el diseño del vestido que deben usar los cölegiales.

Colegio de Mendoza, que los mismos discípulos guiados por su maestro levantaron con perfección la carta topográfica de la ciudad y de los suburbios. Uno de ellos, don Alejo Outes, fué después un distinguido profesor de la Universidad de Buenos Aires, que mereció el cariño de los que tuvieron la fortuna de ser sus discípulos, y la alta estima que todos sus contemporáneos hacían de su competencia y de las bellísimas prendas de su carácter.

Enseñábase además el dibujo en un salón de más de veinte varas de largo y diez de ancho, especialmente edificado para ese objeto y enriquecido con numerosas colecciones de muestras; y creóse en seguida una aula de derecho al cargo del jurisperito mendocino don Juan Agustín Maza, que era tenido por hábil abogado. Faltaba, como se ve, la teología; y esa falta revelaba ya un progreso tanto más evidente en las ideas de los que habían dirigido la fundación de este establecimiento, cuanto que la enseñanza de la filosofía en manos del rector Guiraldes estaba calcada sobre el método de Condillac, y tomaba por punto de partida, como este grande maestro, la observación experimental y la sensación afectiva de la conciencia individual. Completábase la enseñanza con cursos de física, de geografía y de historia.

Cuando uno reflexiona con sano criterio en que el acierto y la prolija previsión de todos estos detalles, tanto en el edificio cuanto en los fines mora-

»La municipalidad tiene la satisfacción de anunciar la erección tan deseada de este templo que se consagra á Minerva y se promete que, no despreciando su invitación, os apresuraréis á llenarlo de alumnos.

»Sala Capitular de Mendoza y noviembre 9 de 1817.»

les de la enseñanza, procedían de las insinuaciones directas y del influjo personal del general San Martín, comprende con asombro que los méritos extraordinarios de este grande patriota no pueden medirse sino por su propia modestia; pues para hacer el bien de una manera práctica y en grande escala, su primer cuidado era retirar de sus obras y de sus beneficios el carácter personal que los déspotas y los charlatanes gustan tanto de imprimir en sus vulgaridades. En lo que San Martín hacía ó decía jamás había jactancia ni infatuación: era siempre el cumplimiento de un deber sencilla y honradamente entendido y desempeñado.

Su influjo en servicio de la instrucción pública no se satisfizo con el establecimiento del precioso colegio de que acabamos de hablar; sino que se extendió también á la educación primaria y *gratuita* para los niños pobres de ambos sexos, y para ellos fundó escuelas en las que se educaban 500 y tantos alumnos. Mejoró los paseos; y por indicaciones suyas, don Juan de La Rosa, gobernador de San Juan, abrió canales de irrigación que llevaron el agua á los distritos del *Pozito* y de *Angaco*, que eran antes de esto estériles eriales. En Mendoza hizo practicar igual mejora, y fertilizó con ella otros puntos no menos mal dotados, como el *Retamo*, *Barriales* y *Villa San Martín*, que se convirtieron en feraces terrenos de producción. Verdad es que para todo esto estaba ayudado, como ya dijimos, por la posición excepcional que Mendoza vino á ocupar después de *Chacabuco*; y que, como los puertos de Chile habían estado bloqueados por la escuadra de Lima, el consumo del exterior le llegaba por el puerto de Buenos Aires, con lo cual hicieron gran-

des beneficios los negociantes y los arrieros de Cuyo que vinieron á ser así los agentes activos del intercambio de valores que servía de motor á esos adelantos.

Echando una mirada inteligente sobre el desierto, comprendió el señor Pueyrredón el inmenso interés que la provincia de Buenos Aires tenía en pasar sus fronteras al otro lado del río Salado, y pidió al Congreso autorización para llevar á cabo esta importantísima mejora. Pero todo cuanto podría decirse en elogio de las miras del Supremo Director con respecto á las tribus de la Pampa, resalta en los documentos (4): «Siempre creí que sería un medio muy oportuno para llevar á cabo la importante empresa de la extensión de nuestras fronteras, *adjudicar tierras en propiedad* á los que quisieran poblarse en ellas. Lo representé así al Soberano Congreso Nacional; le pedí facultades para proceder; y el resultado ha sido cual debía esperarse de la sabiduría de sus consejos. Por orden augusta de 16 de mayo del año anterior quedé autorizado para hacer la expresada adjudicación. En tal estado, quise adquirir conocimientos más extensos en este asunto. Al efecto mandé convocar una junta extraordinaria, de autoridades civiles y jefes militares... En ella se discutió la extensión de la nueva demarcación hasta la sierra del Tandil como estaba premeditado. Pesadas las razones, quedó acordado que por ahora debíamos limitarnos en la laguna de *Kakel-Huincull*, como la más indicada para construir el fuerte de *San Martín*. Más allá de esa laguna están avanzados algunos pobladores con esta-

(4) *Gaceta de Buenos Aires*, 2 de diciembre de 1818.

blecimientos ya formados. *Ellos han sabido* cultivar tan pacíficas relaciones con sus infieles vecinos, *qu*^a han logrado ya no ser incomodados por éstos (5). Así es que estas poblaciones son las que hoy constituyen la verdadera línea... Es indispensable la necesidad de consolidar cuanto sea dable estas relaciones con los indígenas inmediatos, porque ellas aumentarán el grado de sociabilidad que estos naturales van adquiriendo, sin contar otras razones de conveniencia general y de conveniencia política que son demasiado obvias, y se obtendrán cediendo tierras en propiedad á los que deseen dedicarse á la industria de ganados ó industria agrícola. Bajo estos principios, los que quieran presentarse ante este Supremo Gobierno á denunciar los terrenos baldíos que aspiren á ocupar en aquella demarcación que les serán concedidos en merced, etc., etc.».

Muchísimos otros ramos de la administración merecieron también sus cuidados. El fué quien comenzó á organizar con reglas fijas y respetables la oficina y las funciones del Resguardo. La relajación de los resortes del antiguo régimen que había sido una consecuencia inevitable de la Revolución, había dado lugar á prácticas inexcusables que no se habían coartado por las premiosas preocupaciones de la vida agitada y llena de peligros que llevaron los primeros gobiernos patrios. La licencia del tráfico llegaba á tal extremo, que las carretillas de carga andaban por la ciudad no sólo al amanecer sino también á altas horas de la noche; y bien se com-

(5) Referencia al virtuoso misionero de paz y de riqueza don Francisco Ramos Mejía, cuya propiedad conservan aún sus sucesores.

prende el abuso que se hacía de esta tolerancia en aquel tiempo en que la ciudad no tenía alumbrado, ni serenos, ni más policía que la que hacía el comandante Alcaraz contra los bandidos de los suburbios. No era menos el contrabando que se hacía á pretexto de los artículos despachados en *tránsito* para Chile; y así es que fué preciso también abolirlo, dejando subsistente sin embargo el tráfico de los buques de cabotaje que traían cueros de la Banda Oriental y de otros puertos del litoral.

Una de las aspiraciones más constantes del gobierno de Pueyrredón fué la de promover la agricultura, favoreciendo con esa mira la exportación de trigos y las sementeras de nuestra campaña. Pero, por desgracia, este anhelo que debió haber sido un motivo de elogio, se convirtió desgraciadamente en un tema tenaz de calumnias y acusaciones. El único mercado que se ofrecía entonces á nuestra producción (bien corta por cierto) de cereales era Montevideo, y uno que otro cargamento al Brasil. La carestía, la escasez y la mala calidad del pan, servían de pretexto para acusar al gobierno de que sacrificaba al pueblo por mantener un comercio ilícito y de favoritismo con los portugueses detentadores y opresores de *nuestra* Provincia Oriental. Si Pueyrredón y Tagle no les mandasen trigo (decían) en negocios fraudulentos y provechosos, ya se habrían muerto de hambre, y hubieran tenido que abandonar la tierra que usurpan; y mientras los «portugueses comen de nuestro pan en abundancia, los hijos del país carecen de él, ó comen un amasijo espúreo y dañino». Artigas levantó el grito contra esta inicua traición, que era la prueba más solemne que podía darse de como el Supremo Director era

cómplice de las monarquías europeas y de los enemigos internos confabulados en avasallar *la Patria*. Los partidos de oposición hicieron coro, y á una voz señalaron todos ese crimen, que consistía en querer explotar las fuentes de nuestra riqueza agrícola exportando trigos y fomentando sementeras. «Ni la plata de los portugueses quieren recibir estos brutos», le decía Pueyrredón á un amigo con quien se lamentaba de los sufrimientos que le imponía su puesto. El Director resistió cuanto pudo; pero dominado al fin por la acritud y por la fiera de los cargos, empezó á ceder, y hubo de resolverse á poner prohibición á las expediciones de trigos dirigidas á la plaza de Montevideo, sacrificando nuestro más grande interés local á los caprichos de Artigas y á las pasiones ciegas de la oposición que se formaba en Buenos Aires.

Sin embargo, era tan injusto exigir que la medida tuviese efectos absolutos é inmediatos sobre una porción de personas que habían comprado ó sembrado trigos, confiados en la animación que ese artículo había tomado en el mercado, que el Director tuvo que acceder de cuando en cuando en favor de algunos solicitantes que protestaban grandes perjuicios; en la inteligencia de que esa lenidad no solamente era justa, sino de pública utilidad. Llevado de esas ideas no fué del todo riguroso en la prohibición que administrativamente había promulgado.

Ocurrió por el mismo tiempo en las provincias del norte un hecho fraudulento que puso en gran alarma al comercio desde Salta á Buenos Aires. La circulación monetaria reposaba entonces sobre el valor típico de la plata, y el oro tenía el cambio in-

terno de 17 pesos con 2 reales plata por onza de oro. De repente comenzó á notarse por todas partes una crecida existencia de moneda adulteradísima; y luego que la atención pública se fijó en este grave fraude, se averiguó que la provincia de Salta había hecho gruesos pedidos de mercaderías, contando con un pago de servicios militares y civiles que el gobernador Güemes había comenzado á verificar de un modo fácil entre los acreedores y sus *Gauchos*. Esto dió mérito á que se le tuviese por adulterador de la moneda de plata menos de un peso fuerte; y la voz *moneda*, ó *plata de Güemes*, se hizo una manera proverbial en las calles, y entre la plebe, para designar toda cosa ó promesa de carácter falso.

Los perjuicios y las quejas de los damnificados fueron tan notorios que el Congreso no pudo prescindir de ocuparse seriamente del asunto; y después de ventilarlo transmitió así su resolución al Supremo Director para que la cumpliese: «Habiéndose considerado detenidamente por el Soberano Congreso el expediente sobre la gravísima ocurrencia de haberse falsificado la moneda en la provincia de Salta, y tratándose del remedio de tan escandaloso y criminal abuso, este Soberano cuerpo ha acordado en sesión de ayer, que se apliquen las penas impuestas por el derecho común á los falsos monederos, obrando Vuestra Excelencia conforme al espíritu del artículo 14, capítulo 3, sección 4.^a del Reglamento Provisorio que rige; y también se resuelve que no debe indemnizarse con fondos del Estado á los tenedores de la falsa moneda cualesquiera que ellos sean, y que la que se recoja se les devuelva

después de inutilizada». El Director Supremo puso el *cúmplase*, pero el *cúmplase* y la ley quedaron en letra muerta como era natural.

Con mejores informaciones se vió después que esa alteración se había hecho en la *Casa de Amonedación* de Potosí bajo la administración española del Alto Perú, y que desde entonces viene la circulación de lo que hasta ha poco se llamaba *boliviano* en nuestros mercados.

Otro de los actos bien intencionados y dignos del deseo que tenía el gobierno de ser tenido por culto entre las naciones civilizadas, fué la estricta reglamentación del corso. Esta abominable práctica era aceptada entonces como una derivación del antiguo filibusterismo, y como un medio de defensa de los débiles contra los fuertes. La habían practicado con amplitud los franceses, los holandeses, los norteamericanos. Pero á medida que la cultura política iba tomando su vigoroso carácter comercial, se adelantaba en el conocimiento de los verdaderos intereses de todos, y el corso iba apareciendo en su simple faz de autorización para robar, que sólo interesaba á los forajidos del mar, pues la ruina de los cargamentos comerciales no disminuía ni aumentaba en parte alguna el poder de las naciones que se hacían la guerra: Sin adelantarse á la abolición que se hizo después de este bárbaro resto de los antiguos usos de la guerra, el gobierno del señor Pueyrredón lo restringió de tal manera por su conocido Decreto de 1818, y rodeó de tales dificultades y requisitos las solicitudes y los despachos con que podía expedirse la licencia, que á lo menos era una condena implícita de la cosa en sí misma, por la forma con que se le restringía.

La calle actual *De las Artes*, debe mucho á la solicitud con que el gobierno de Pueyrredón fomentó todas las industrias relativas á la curtiembre de pieles y trabajos de correaje. Todas las monturas que consumía la tropa, y los demás objetos del servicio militar se encargaban con preferencia al gremio de *lomilleros*, que con este fomento dió una poderosa extensión á sus talleres. Alrededor de ellos se agruparon también las *platerías*, las herrerías, y los tejidos que completaban *el apero* ó conjunto de piezas con que los campesinos y los militares ensillaban y enjaezaban sus caballos. Se trenzaban por allí de una manera preciosa cuerdas tejidas con fibras de cuero que parecían formadas y torneadas con el más delicado hilo de Holanda. Y como esa calle era entonces una especie de cintura, que dividía la ciudad del predio y de la campaña, se habían localizado á su largo todas las industrias embrionarias y de interno consumo que fabricaba y que consumía el país; de manera que cuando el señor Rivadavia acordó en 1822 regularizar la nomenclatura de nuestras calles, no pudo ni debió hacer otra cosa que consagrar con su propio nombre el noble origen y el opulento porvenir radicado en esa vía, hoy central, que parece haber nacido predestinada para la riqueza y para el comercio.



UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY



A 000 017 879 8



